wattpad

¿A QUIÉN BESARÍAS,
CON QUIÉN TE CASARÍAS,
A QUIÉN MATARÍAS?

UNA PERFECTA EQUIVOCACIÓN

KISS

MARRY

KILL

ANDREA SMITH

Andrea Smith

UNA PERFECTA EQUIVOCACIÓN

wattpad
by Montena

A mis lectores de Wattpad, que me han
acompañado desde el principio.
A ti, por darle una oportunidad.

CALL
ME!
LITTLE MISS
SUNSHINE
MAY
L M X J V S D

lectuepubgratis2.com

1

—¿A quién besarías, con quién te casarías y a quién matarías?

Me llevé un bocado de pan a la boca y mastiqué lentamente mientras la sonrisa de Heejin se ampliaba. Sus ojos estaban centrados en Carla, mientras esperaba a que ella respondiera. Y sin importarle lo más mínimo que estuviésemos en mitad del comedor y que el resto de los compañeros pudiese oírla, Carla dijo alto y claro:

—Eso es muy fácil. Besaría a Ezra, porque está como un tren. Me casaría contigo y mataría al profe de Gimnasia.

El ceño de Heejin se frunció mientras su sonrisa se desvanecía y su cuerpo se dejaba caer en el respaldo de la silla.

—Eso es trampa —se quejó—. Tienes que contestar como si fuese en serio.

A mi lado Isabella profirió una pequeña carcajada. Ella había dicho que se casaría conmigo, pero que sería un problema porque probablemente acabase matándome. Era mi mejor amiga, pero a veces nos queríamos tanto como nos odiábamos. Según mi tía, Isa y yo parecíamos más bien hermanas separadas al nacer que no mejores amigas.

Carla se encogió de hombros e insistió:

—Va en serio. Me casaría contigo porque cocinas muy bien y mataría al de Gimnasia porque siempre me hace correr dos vueltas de más.

Durante unos segundos pensé que Heejin volvería a replicar, porque la miraba fijamente, pero terminó por suspirar y volverse hacia mí.

—Está bien... ¿Y tú, Olivia?

Apreté los labios, pensativa. Aquel juego me parecía un poco tonto. No tenía intención de responder en público y arriesgarme a que Mateo Ford pudiese oírme. Si eso sucediese, tendría que esconderme para siempre bajo las mantas de mi cama. Porque si algo tenía claro, es que

elegiría casarme con él.

—Yo también me casaría contigo —fue lo que respondí en su lugar.

Mi amiga se apartó el pelo castaño de la cara y me lanzó una de sus patatas fritas, molesta, mientras las demás nos echábamos a reír.

—Sois imposibles...

El timbre sonó y tuvimos que darnos prisa para terminar nuestro almuerzo antes de volver a las clases. Mientras corríamos por los pasillos, pensé en lo rápido que había pasado el tiempo. Hacía nada éramos unas niñas que comenzaban con miedo su primer día de instituto, y ahora ya estábamos en la recta final.

En menos de cinco meses nos graduaríamos, elegiríamos distintos caminos y tendríamos que acostumbrarnos a vivir separadas, sin vernos a diario.

Era incapaz de imaginar no estar con Isabella todos los días, o encontrar una nueva amiga con la que tener la misma amistad. Ella era irremplazable.

—Venga, ¡todos a sus sitios!

La profesora de Historia entró con paso ligero en el aula, y tomé asiento en primera fila al lado de Isabella mientras el resto de los compañeros revoloteaba a nuestro alrededor. Ella no veía bien pero se negaba a usar gafas, por lo que yo me sacrificaba y me sentaba en primera fila con ella para que pudiera ver la pizarra. Coloqué mi vieja mochila en el respaldo de la silla. Estaba bastante deslucida, tenía unos cuatro años, y la cremallera estaba algo rota, pero era de Taylor Swift y la había decorado con pins suyos. Solo por eso, me encantaba. Además, el material escolar es tremendamente caro y necesitaba ahorrar.

Con el rabillo del ojo vi a Ezra Johnson pasar a mi lado. Llevaba la chaqueta azul de nuestro equipo de fútbol y estaba bebiendo agua de un botellín.

Mierda, era tan guapo que mis ojos lo siguieron y giré la cabeza un poco hacia él para verlo mejor. Pero no fui la única. Allá donde Ezra caminara, miles de cabezas se volvían. No solo era el chico más guapo y popular del instituto. Tenía la media más alta de la clase y había liderado al equipo de fútbol hasta ganar el campeonato el curso pasado. Decían que le habían ofrecido varias becas para la universidad, incluso fuera del país.

—Se te va a caer la baba, ¿sabes? —susurró la voz de mi amiga a mi lado.

Isabella era inmune a los encantos de Ezra, y básicamente de cualquier otro chico, aunque una vez me admitió que sí le parecía guapo, pero no de su gusto.

Me volví para recriminarla, pero al hacerlo mi brazo se topó con su estuche y lo tiré al suelo.

Antes de que me diera tiempo a incorporarme, otra figura apareció delante de nuestro pupitre mientras la profesora de Historia nos daba el último aviso para colocarnos en nuestros sitios y abrir el cuaderno. Me dio tiempo a ver un mechón rubio desaparecer antes de que Mateo Ford se agachara y recogiera el estuche del suelo. Cuando se volvió hacia nosotras me miró con aquella sonrisa dulce que le llegaba directamente a los ojos, los más azules que había visto en mi vida.

Sentí cómo mi interior se calentaba y, muy probablemente, mis mejillas se volvían rojo

incandescente. A mi lado Isabella tosió, pero él se limitó a mantener la sonrisa amable y decir:

—Creo que esto es tuyo.

Tragué saliva, buscando unas palabras que no me llegaban a los labios. ¿Era posible que se me hubiese parado el corazón?

Mateo Ford era mi amor platónico desde el primer año de instituto, desde ese día fatídico en el que se sentó a mi lado en el autobús de vuelta a casa y me pasó un pañuelo de papel para limpiarme los mocos y las lágrimas.

Efectivamente, no empecé el instituto con muy buen pie... Pero esa es otra historia.

—En realidad es mío —interrumpió Isabella, provocando que la conexión entre los ojos de Mateo y los míos finalmente se rompiera.

Él asintió y dejó el estuche en su pupitre. Después agarró con fuerza un asa de su mochila y volvió a mirarme.

—Nos vemos, Olivia.

Ay, Dios mío. Se acordaba de mi nombre.

—Claro, Mateo.

Mierda. ¿Había dicho eso?

Sí, lo había dicho.

¿Hasta qué punto podía ser patética?

Sin embargo, mientras Isabella soltaba una carcajada que intentó ocultar en vano con la mano, Mateo amplió la sonrisa y se despidió de mí antes de tomar sitio al fondo de la clase.

Iba a matar a mi amiga.

Me volví hacia ella con las mejillas más encendidas que antes y los dientes apretados.

—¡Ya te vale! —me quejé—. Deja de reírte.

—Claro, Olivia—se burló, llevándose una mano al corazón—. Lo que tú digas, Olivia.

Decidí ignorarla y saqué el cuaderno y el estuche de la mochila mientras la profesora de Historia encendía el proyector. Le encantaba ponernos documentales de sucesos históricos para dar las clases y la verdad es que así se me hacían bastante más amenas. Y en primera fila se veía genial.

—¡Teléfonos fuera! —nos advirtió.

Y es que varios compañeros de clase, incluida mi amiga, estaban mirando las pantallas de sus móviles. Sentí que el mío vibraba en el bolsillo y también lo saqué.

—¿Han hecho un chat grupal de todo el curso? —pregunté, confundida, mirando a Isabella.

Ella asintió y, como yo, continuó mirando la pantalla. Se llamaba «Los Increíbles». Pensé que tendríamos que cambiar el nombre del chat que Isabella, Carla, Heejin y yo teníamos juntas, porque se llamaba también «Las Increíbles». A principio de curso habíamos tenido una profesora suplente que no nos aguantaba. Según ella, éramos una clase increíblemente ruidosa e increíblemente desobediente. Entre nosotros comenzamos a usar la broma de que, sencillamente, éramos increíbles. Nos gustó como nombre para nuestro grupo de chat, pero se ve que al resto de

la clase también le había parecido divertido.

Me metí para cotillear. A juzgar por los primeros mensajes, se trataba de un grupo para comenzar a organizar el viaje de fin de curso, al que en teoría iríamos todos. Nuestro último año antes de separarnos, la última vez que disfrutaríamos juntos, ¿no?

Solo esperaba que no escogieran un destino muy caro, o tendría que buscar un segundo trabajo en el que hacer horas extras para poder pagármelo.

Pronto los mensajes del chat cambiaron de tema.

—Mira, el viernes por la noche habrá una fiesta —leyó Isabella, lo suficientemente alto como para que yo la escuchara—. ¿Crees que podrás ir?

Me encogí de hombros y la señora Anderson alzó la voz, amenazando con quitarnos los teléfonos a todos. En realidad la pobre mujer tenía bastante paciencia con nosotros.

Una vez la clase estuvo en silencio y la tecnología guardada, comenzó a explicarnos de qué iría el documental... hasta que la puerta del aula se abrió de golpe.

Todas las cabezas se volvieron, pero a nadie le sorprendió encontrar allí a Jax DeLuca. A pesar de estar jugándose repetir curso, él siempre llegaba tarde a las clases, como si no le importara no terminar el instituto.

—Vaya, señor DeLuca —murmuró la profesora de Historia, cruzando los brazos—. Veo que por fin nos concede el honor de aparecer por la puerta... cinco minutos tarde.

La comisura derecha de los labios de Jax se elevó en una sonrisa un tanto presuntuosa y fanfarrona. Alzó una de sus cejas, la que tenía perforada con un pequeño piercing algo más oscuro que su cabello. Había oído decir que, además de en la ceja y en la oreja, también tenía uno en el pezón y otro en la po...

—Si quiere puedo irme —contestó con socarronería—. Sé perfectamente dónde está el camino a la sala de estudio.

Se me escapó un pequeño suspiro. ¿Qué demonios se suponía que ganaba faltando así el respeto a los profesores y retándolos?

Durante unos breves segundos, los ojos de Jax abandonaron a la profesora y fueron a parar justo sobre mí. Había oído mi suspiro.

Intenté fundirme con la silla, pero él no perdió la sonrisa juguetona y rápidamente dejó de prestarme atención para regresar a la señora Anderson.

—Apaga la luz y toma asiento —le pidió ella mientras apretaba un botón del proyector.

Jax parecía buscar sitio y, sorprendentemente, se disponía a obedecer, cuando Isabella se inclinó sobre mí y susurró:

—Estoy segura de que, si fuera por él, volvería a escaparse de casa de nuevo.

Corría el rumor de que el año pasado Jax se había ido de casa y por eso estuvo tanto tiempo sin venir a clase. Por el contrario, otro rumor apuntaba que había sido ingresado por sobredosis, pero la teoría de que se había escapado era mucho más popular. De hecho, fue por esas faltas de asistencia por las que se jugaba repetir este año, ya que arrastraba alguna asignatura.

Estaba asintiendo cuando Jax, en su camino, pasó por delante de nosotras. Me puse tensa en el momento en que sus ojos se volvieron de nuevo hacia mí, y nuestras miradas coincidieron.

Aparté rápidamente la mía, no sin antes notar que volvía a tener aquella sonrisa juguetona en los labios. Me dio un pequeño escalofrío. Aquel chico no me daba buenas vibraciones.

Entonces se quedó quieto, a la altura de mi asiento, y temí lo peor.

Maldición, ¿todo esto era porque había suspirado cuando le vi entrar tarde en clase?

Tragué saliva, negándome a volver el rostro hacia él y mirarlo, hasta que finalmente estiró el brazo y movió la silla del pupitre vacío que había detrás de mí para después sentarse.

Dejé salir el aire que había estado conteniendo muy despacio e intenté centrarme en las imágenes del documental que comenzaba a proyectarse, aunque no pudiese. En mi mente, no podía dejar de recordar aquel primer día de clases.

Jamás olvidaría lo que me hizo.

lectuepubgratis2.com

2

Según Isabella todo el mundo lo había olvidado ya, y tampoco era algo tan grave. Sin embargo, para mí fue una de las peores humillaciones de mi vida.

Me daba igual que en aquel momento tuviese doce años y ahora diecisiete.

Me daba igual que los demás compañeros ya no se acordaran. Yo sí lo hacía. Y odiaría a Jax DeLuca para siempre.

Aquel primer día de clases fue difícil en muchos sentidos. Siempre había sido algo tímida, no me gustaba destacar, pero ansiaba hacer amigos y poder encontrar gente a la que abrirme.

Durante la primera hora, que fue para presentarnos ya que veníamos de diferentes colegios, terminé hablando con Isabella y Carla porque las tres habíamos llevado la misma mochila, de Taylor Swift, una cantante country que nos encantaba. Isa y yo habíamos ido juntas al colegio y ya sabíamos que usaríamos la misma, pero fue toda una sorpresa ver a otra niña más con ella.

Así, mientras todos nos reuníamos en pequeños grupos y comenzábamos a charlar, me percaté de que había un niño que continuaba sentado solo, mirando fijamente su teléfono móvil. Me dio algo de pena, y además estaba bastante cerca de nosotras, así que me alejé un poco del grupo para poder hablar con él.

Gran error, porque se trataba de Jax DeLuca.

—Hola —saludé—. ¿Cómo te llamas?

Sin apartar la mirada de la pantalla, su respuesta fue:

—Déjame en paz.

Fruncí el ceño, bastante confundida. ¿Acaso no le gustaba socializar? Pero entonces recordé lo que mi tía me decía muchas veces: para que alguien te cuente algo privado, necesitas decirle primero algo sobre ti. Imaginé que también valía con los nombres.

—Yo me llamo Olivia —probé, pero siguió guardando silencio—. Tu teléfono es el mismo

que tiene Taylor Swift.

Pretendía ser un halago. Estaba bastante segura de que era un halago.

Sin embargo, cuando los ojos llameantes de aquel niño se volvieron hacia mí, cargados de cualquier cosa menos de amabilidad, me di cuenta de que aquello no iba a salir bien.

—Te dije que me dejaras en paz y... —comenzó a decir mientras se ponía en pie. Entonces su mirada se posó sobre mi frente y sus ojos brillaron con malicia—. ¿Qué es eso que tienes ahí?

Preocupada, me llevé una mano al pelo, donde él miraba tan fijamente. Se acercó un poco más y entrecerró los ojos, provistos de unas pestañas bastante envidiables.

—Tienes piojos —exclamó en voz alta.

Abrí la boca totalmente alarmada. Claro que no. Sabía que mentía, porque mi tía me había mirado el pelo al terminar el verano, solo por si las moscas.

Y él también sabía que era una mentira.

No obstante, eso no le hizo callar.

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —continuó, alzando la voz y provocando que varios compañeros nos mirasen—. ¿Olivia?

Empecé a retroceder con lentitud mientras negaba con la cabeza, pero eso solo hizo que su sonrisa burlona se ampliara. Y entonces comenzó prácticamente a gritar:

—Vaya, ¡Olivia la Piojosa!

Las risas de mis compañeros comenzaron a oírse mientras las lágrimas se me arremolinaban en los ojos.

—¡Es mentira! —chillé.

Pero le dio igual y, antes de volver a sentarse y continuar mirando la pantalla de su teléfono, añadió:

—Te dije que no me molestaras, piojosa.

Me di la vuelta y regresé con Isabella y Carla, y les aclaré que no tenía piojos. Ellas me creyeron enseguida. Y, de hecho, entonces fue cuando Heejin apareció. Nos explicó que ella había ido a la escuela primaria con ese chico y que no le hiciera caso porque era muy raro. También nos dijo su nombre.

En aquella época Jax DeLuca era más bajito y enclenque que yo, todo lo contrario que ahora. No tenía aquel piercing en la ceja, y probablemente tampoco los demás.

Por su culpa estuvieron llamándome piojosa durante casi medio curso. Sabía que era simplemente un crío estúpido, pero me decidí a odiarlo para siempre.

Además, las pocas veces que se había dirigido a mí por tener que trabajar en un mismo grupo en clase, había seguido llamándome piojosa. Tuve suerte de que el resto de la clase no adoptara el mote mucho tiempo, pero no dejé de guardarle rencor. Jamás podría ser su amiga.

Cuando llegué a casa horas después tenía cinco llamadas perdidas de mi tía. Le había dicho que

me quedaría en casa de Isabella para hacer los deberes, ya que ella tenía un ordenador bastante bueno y una conexión a internet más rápida que la nuestra, pero probablemente se le había olvidado. Además, ni siquiera se había puesto el sol cuando llegué. ¿Por qué se alteraba tanto?

A tía Jenna no le gustaba que llegara sola de noche, porque el edificio de apartamentos donde vivíamos estaba un poco alejado del centro de la ciudad. Y aunque era una población pequeña y podía recorrerla en mi bicicleta, seguía preocupándose.

Durante años me habló de su sueño de mudarse a una bonita casa con jardín, como la que tenía Isabella, pero con su sueldo de profesora de primaria no nos daba. Mi tía se había encargado de mí desde que podía recordar. Siempre fuimos nosotras dos contra el mundo, por lo que intentaba portarme lo mejor posible y no darle problemas.

No todas las tías se hubiesen hecho cargo de una niña de cinco años después de que se quedara huérfana.

Encadené mi bicicleta abajo, cerca de un camión de mudanzas. No era extraño ver uno por la zona. Muchos de nuestros vecinos solo estaban allí de paso, hasta que conseguían adquirir y arreglar una de esas bonitas casas con jardín.

Subí las escaleras prácticamente saltando y llegué al rellano del segundo piso. Entonces me di cuenta de que el camión de mudanzas estaba allí porque teníamos nuevos vecinos, y no porque alguno se fuera.

En realidad, los nuevos vecinos se mudaban al apartamento que había frente al nuestro.

Un hombre de unos cuarenta y tantos años, con el pelo oscuro salpicado de canas y una camisa de leñador con mangas remangadas, guiaba a otros dos que cargaban un armario sobre la espalda.

Si estaban trayendo muebles, es que se iban a quedar bastante, pensé.

Saludé al nuevo vecino con una sonrisa amable, como mi tía me había enseñado, y él me la devolvió. Luego saqué la llave y entré en casa.

El olor a carne guisada invadió todos mis sentidos nada más cerrar la puerta. Mi tía no era la mejor cocinera del mundo, pero sus guisos me encantaban. Después de lo que se había quejado por todos los exámenes que debía corregir, me extrañaba que hubiese sacado tiempo para cocinar. Imaginaba que tendríamos pizza fría para la cena, o que quizá descongelaríamos un táper.

—¡Ya estoy en casa! —exclamé, lanzando la mochila al suelo y yendo hacia la cocina.

El apartamento no era muy grande. Teníamos una estancia principal que era a la vez salón y recibidor, una cocina con lo básico, un baño en el que apenas te podías mover en la ducha, y dos habitaciones tamaño caja de cerillas. En la mía entraba la cama y un armario de milagro. Pero era mi hogar.

Nos habíamos mudado a aquel apartamento cuando empecé el instituto, porque quedaba a medio camino entre la escuela donde trabajaba mi tía y este. El anterior había sido más grande, porque era en el que había vivido con mis padres, pero la vida cambia y debemos adaptarnos a

ella.

Mi tía estaba de espaldas a mí, rebuscando algo en la nevera. Pude ver su pelo recogido en una coleta alta, y todavía llevaba puesta la ropa de salir a la calle. Me extrañó, porque nunca se la ponía para cocinar.

—Qué bien huele —susurré.

Me acerqué al fuego y levanté la tapa para deleitarme con el puchero, pero entonces la mano de mi tía apareció de la nada y palmeó la mía, obligándome a soltar la tapa.

—Ni se te ocurra echar la zarpa —me amenazó, y entonces me percaté de que había un plato con pizza sobre la encimera—. Esto es para los nuevos vecinos, para darles la bienvenida.

Fruncí el ceño con un leve enfado mientras notaba que mi estómago se enfriaba. ¿Cómo que para los nuevos vecinos? ¿Y qué había de mí?

—¿Desde cuándo damos comida a los vecinos nuevos? —me quejé.

Tía Jenna tomó una cuchara de madera y revolvió el guiso, inundando aún más de su delicioso aroma la cocina. Y pensar que no podría probarlo...

—Es tradición, Olivia —me regañó, sin apenas mirarme—. Especialmente cuando se trata de un hombre soltero tan guapo.

Pensé en el señor que había visto en el rellano. ¿Guapo? Suponía que para su edad estaba bien. Pero no para mi tía. Aquel hombre parecía mayor que ella y no lo conocíamos de nada. Además, ¿para qué quería novio? Así estábamos bien.

—Esto ya está —susurró mientras apagaba el fuego y volvía a tapar bien la olla—. Venga, acompáñame a llevárselo. Estoy bastante segura de que con todo el ajetreo de la mudanza no han tenido tiempo de hacer la cena.

Me crucé de brazos, pero de todas formas la seguí. Eso sí, no quité mi cara de enfadada. Aunque, ¿había dicho «han tenido»? ¿En plural? ¿No mencionó que era soltero?

—Mientras esperaba a que llegaras le ayudé a subir un par de cajas —me explicó tía Jenna, atravesando nuestro diminuto salón—. Se llama Tony y tiene un hijo de tu edad, ¿sabes?

Oh, perfecto. Pues si ese chico era nuevo en la ciudad, esperaba que no tuviera demasiadas ilusiones con el instituto. Quitando el equipo de fútbol, si es que eso le gustaba, no tenía nada de especial.

Cuando salimos aún había un par de cajas en el suelo, pero la puerta estaba cerrada. Llamé al timbre, ya que mi tía sostenía la olla. Una parte de mí casi deseaba que nos invitaran a compartir la cena, porque me apetecía bastante más que la pizza fría.

Quién sabe, quizá tuviese suerte.

Pero cuando la puerta se abrió y ante nosotras aparecieron unos ojos burlones, adornados con un piercing en la ceja, supe que suerte era precisamente algo que no iba a tener.

Porque los nuevos vecinos no eran nuevos en la ciudad.

Y delante de mí estaba nada más y nada menos que el idiota de Jax DeLuca.

3

Abrí la boca. La cerré. Y volví a abrirla y a cerrarla, sintiéndome como una auténtica tonta, aunque no me importaba. ¿Qué hacía él allí? De la misma forma, sus ojos estaban fijos en los míos, aunque en lugar de sorpresa había cierto matiz burlón en ellos.

—Tú debes de ser Jax —saludó mi tía, como si no se percatase de nada—. ¿Está tu padre? Os hemos traído esto para daros la bienvenida.

Jax dejó de mirarme para dirigirse a mi tía.

—¿Bienvenida a este lugar? —murmuró—. Hubiese sido mejor una malvenida.

La sonrisa de mi tía vaciló.

No le des importancia, tía Jenna. Es que Jax DeLuca es así de idiota siempre.

Pero entonces otra persona apareció por detrás. Un poco más bajo, pero con músculos más abultados, el señor al que había saludado antes en el pasillo.

Su padre.

—Jax, sé amable —le riñó, y después se volvió hacia mi tía—. Vaya, qué agradable sorpresa. Primero me ayudas a subir cajas, y ahora me traes la cena.

Observé que mi tía volvía a sonreír mientras decía:

—Oh, no es nada.

Mientras le pasaba la olla al hombre, yo me hice a un lado. Su lenguaje corporal me estaba dando a entender que nos invitaba a pasar. ¿Por qué? Ni loca entraba allí.

—Aquí hay mucho, ¿os gustaría a tu hija y a ti cenar con nosotros hoy? El apartamento está hecho un desastre, pero...

—¡Nos encantaría! —exclamó mi tía.

¡Y un cuerno!

—Soy su sobrina —informé, tratando de mantener mi voz serena—. Lo siento, pero yo no puedo, tengo mucho que estudiar.

Entonces Jax tuvo que intervenir... Imitando mi postura, él también se cruzó de brazos y alegó:

—¿Qué dices? Si hoy no nos han mandado apenas deberes.

Apreté los dientes y me negué a apartar los ojos de los suyos. Ojalá las miradas mataran. ¿Qué demonios pretendía? ¿Qué entrásemos a cenar con ellos?

Casi no nos habíamos hablado desde que insinuó que yo era una piojosa aquel primer día en el instituto. Probablemente ni se acordara. ¿A qué venía aquello? No éramos amigos, y dudaba que tuviese intenciones de empezar a serlo ahora. Lo más probable era que solo quisiera fastidiar.

—¿Os conocéis? —preguntó su padre.

—Vamos juntos a algunas clases —casi gruñí.

Ojalá no hubiera dicho nada.

—¡Vaya! —exclamó con una carcajada, a la que mi tía también se sumó—. Sí que es pequeña esta ciudad.

Y que lo digas...

Jax continuaba mirándome, y yo solo quería borrar esa sonrisa de burla de su cara e irme de allí, por lo que le espeté:

—Bueno, que tú no tengas que estudiar no quiere decir que a mí no me importe mi futuro.

—¡Olivia! —gritó mi tía a modo de riña, para luego volverse a Tony—. Lo siento, no suele ser así.

La sonrisa de Jax seguía clavada en su rostro. ¿Acaso había ensayado para mantenerla intacta?

Finalmente, fui yo quien rompió el contacto visual. A veces perder también es ganar, y conseguir irme de allí sería una gran victoria para mí.

—Tía, es en serio —insistí, aunque las dos sabíamos que era mentira—. Tengo que estudiar.

Cuando suspiró supe que había ganado.

—Está bien. Ve a casa. Tienes un táper con verduras en la nevera.

Alcé las cejas sin poder evitarlo. También tenía pizza fría en la encimera, si no recordaba mal. Pero no repliqué. Me bastaba saber que me estaba librando de cenar con aquellos nuevos vecinos.

Mi tía siguió a Tony al interior de su casa y yo me volví para irme. Pero Jax todavía seguía allí y, antes de que me diera la vuelta, dijo:

—¿Tanto miedo me tienes que no te atreves a entrar en mi casa?

Tomé aire, apreté los puños y me volví hacia él. Estábamos a menos de un metro de distancia.

—Sí, no sea que muerdas —repuse con mi mejor tono sarcástico.

Las cejas de Jax se alzaron unos centímetros, pero después bajó el rostro, acercándolo al mío, y susurró:

—Tranquila, piojosa. A ti te morderé flojito.

Me di la vuelta y me alejé de allí echando lava por los oídos, sin dignarme siquiera a replicarle. Podía escuchar perfectamente sus carcajadas de fondo en el rellano.

En cuanto entré en casa me encerré en la habitación, olvidándome de la pizza y dando un

portazo. ¡Ese idiota...!

Tomé el teléfono móvil y escribí enseguida un mensaje a Isabella para contarle lo que había pasado. Podría haber utilizado el grupo donde estábamos todas, pero primero necesitaba desahogarme y sabía que ella me escucharía aunque empezara profiriendo miles de insultos.

Ni siquiera miré el chat grupal del curso. Había como doscientos mensajes nuevos. Seguramente sobre la fiesta del viernes.

Isabella
Pero żqué me estás contando? żVa en serio? żTu vecino?

Aplasté la cabeza contra la almohada. Ojalá fuese todo una pesadilla. ¿Qué más podía salir mal aquel día?

Yo
Encima me llamó piojosa. Es tan... ˇagh! Definitivamente, él sería la persona a la que mataría.

Isabella
Claro, porque te casarías con Mateo Ford, żverdad? żY a quién besarías?

Sonreí un poco. Ella sí sabía cómo hacer que mi malhumor se rebajase unas décimas.

Tardé unos minutos en contestar, pensando bien cómo ponerlo, y dije:

Yo
Pues siguiendo con el juego, yo besaría también a Ezra Johnson, porque está cañón. Me casaría sin dudarlo con Mateo Ford. żHas visto lo guapo y simpático que es? Y, definitivamente, mataría a Jax DeLuca. Es la persona más idiota y narcisista que conozco.

Isabella
Muy bueno. Pero tienes que decírselo también a Carla y Heejin, que has sido la única que no ha

contestado.

Pensé en ello. Sí, probablemente se reirían. Y se lo debía.

Coloqué el dedo sobre el mensaje y di a «Reenviar», para mandarlo al grupo en el que estábamos las cuatro. Así podríamos reírnos un rato y, de paso, les contaría lo sucedido con el imbécil de DeLuca.

Después salí a por la pizza. Se me había abierto un poco el apetito tras desahogarme con Isa. Me comí un par de trozos y calenté los últimos, porque el queso se había quedado muy duro.

Cuando regresé a mi habitación, cinco minutos después, encontré la pantalla de mi teléfono encendida con varios mensajes y llamadas perdidas de Isabella.

Pasé los ojos rápido por la mayoría de los mensajes, sin comprender. Los primeros que alcancé a leer eran del chat grupal de clase, en el que había de nuevo como doscientos mensajes más.

Lydia
LOL. ¿Va en serio?

Jason
Seguro que está borracha.

Anna
Son nuevas tácticas para ligar.

Eric
Yo también besaría a Ezra. Lo siento, tío. Sabes que es cierto.

Ezra
LOL. Me siento halagado.

Mateo
Olivia se ha equivocado, dejadla en paz.

Una idea comenzó a formarse en mi cabeza. No, no, no...

Salí y entré en el chat de Isabella, confirmando mis peores temores:

Isabella
Olivia, entra en el chat grupal rápido y borra el mensaje!!! Te has confundido de grupo porque se llaman casi igual.

Isabella
Rápido, ˇya hay gente que lo ha leído!

Isabella
Olivia, has reenviado el mensaje al chat grupal del curso 😱

La cabeza me dio vueltas y sentí que me mareaba mientras me sentaba en la cama. Con dedos temblorosos volví al chat del grupo e intenté buscar mi mensaje para eliminarlo, aunque el daño ya estaba hecho.

Un compañero había preguntado de qué estaban hablando porque había muchos mensajes, y cuatro personas mandaron una foto. Un pantallazo de mi mensaje.

Todo el mundo lo había leído y todos se habían dado cuenta.

Mateo Ford incluido.

Una notificación de un número desconocido apareció arriba, pero no me hacía falta tenerlo guardado para saber de quién se trataba.

Desconocido
żAsí que me matarías, Olivia James? żTú y cuántos más?

Mierda.

4

Isabella
Llego en dos minutos.

Suspiré y me apoyé contra la pared del edificio. Odiaba que mi amiga, o cualquier persona, utilizase el teléfono mientras conducía. Pero Isabella se había ofrecido a acercarme al instituto esa mañana, a pesar de que tenía que desviarse bastante para recogerme. Todo era para que no tuviera que ir en bici después de no haber pegado ojo durante la noche.

Aunque, en realidad, sospechaba que la verdadera razón era que sabía que si ella no me arrastraba hasta allí, no hubiese ido a clase.

No había salido de la cama desde que ocurrió el desastre, y mi tía me obligó a levantarme aquella mañana a base de pegarme con la almohada. Después se dio cuenta de que algo andaba mal, pero le dije que no pasaba nada.

Incluso llegó a preguntarle a Isabella, y por esa razón ella me escribió para decirme que vendría a por mí con la excusa de que hacía un día horrible y amenazaba lluvia.

Apenas dormí por la noche. Y es que, ¿cómo narices pude meter la pata de aquella manera tan desastrosa?

Solo tenía que fijarme bien a qué grupo enviar el mensaje. O, por lo menos, cerciorarme de que lo había hecho bien. Si lo hubiese borrado durante los primeros segundos, quizá...

—¡Buenos días, piojosa!

Todo mi cuerpo se tensó, y me alejé de la pared mientras mi cabeza se volvía con lentitud hacia él.

Allí, con los rizos oscuros despeinados y unas gafas de sol que nada pegaban con el día, estaba

Jax DeLuca.

Tocando las narices, como siempre.

Lo ignoré, y volví a mirar la pantalla de mi teléfono. Como si de esa forma mágicamente Isabella me fuese a escribir que ya estaba aquí.

Obviamente, eso no pasó.

—No te veo muy habladora esta mañana —se jactó, acercándose un poco más a mí.

Sabía que solo estaba tratando de fastidiarme, pero no pude evitar volverme hacia él y fulminarlo con la mirada. No había tomado suficiente café como para compensar mi malestar a causa de la falta de sueño y, aunque no era técnicamente culpa suya, su presencia me molestaba.

—Anoche no contestaste a mi mensaje —añadió, apoyándose de costado contra la pared.

Tenía aquella sonrisa socarrona y juguetona en los labios. Estaba bastante segura de que por las noches practicaba frente al espejo.

Apreté los labios unos segundos y, con la barbilla alzada, respondí:

—No sé de qué mensaje hablas.

Su sonrisa se amplió. Se quitó las gafas de los ojos y bajó la mirada hacia mí. Quizá el sol de la mañana me confundía, pero ¿eran verdes? Siempre pensé que los tenía castaños.

—Desde luego, no del que enviaste tú diciendo que me matarías —se burló.

¿Qué me importaba a mí su color de ojos? Seguía siendo un idiota.

—Déjame en paz, ¿quieres?

Volví a mirar la pantalla, pero ni rastro de mi amiga.

Jax volvió a colocarse las gafas y comenzó a juguetear con sus llaves, balanceando las del coche.

—No, la verdad es que no —me retó.

Increíble.

—¿Por qué?

—Es divertido.

No tenía ni idea de a qué se refería pero, por suerte, Isabella finalmente apareció. Su coche llegó hasta donde estábamos, y yo corrí a la puerta del copiloto como si huyera de algo.

O más bien de alguien.

—¡Nos vemos en clase, piojosa! —Escuché su voz antes de cerrar de un portazo.

Isabella se volvió hacia mí con las cejas alzadas y cierta expresión de diversión en el rostro.

—¿Ese era Jax DeLuca?

—Sí —gemí mientras me ponía el cinturón—. Y arranca antes de que tenga pensamientos asesinos de atropellarlo.

Escuché la risa cantarina de mi amiga, y segundos después salíamos de allí. Apenas nos habíamos alejado unos metros de la urbanización cuando un coche oscuro nos adelantó, y al volverme vi a Jax DeLuca saludando con la mano.

Gruñí, pero Isabella no dijo nada. Tampoco mencionó el tema del mensaje, al menos no hasta

que llegamos al instituto.

Una vez aparcó el coche y nos quitamos el cinturón, tomó mi mano impidiendo que saliera. Sus ojos buscaron los míos y vi seriedad en su mirada.

—Olivia, ¿estás bien? —preguntó.

Sabía a qué se refería. No solo a si estaba bien, sino también a si lo estaría. Por eso me tomé unos segundos antes de asentir.

No era ni la primera ni la última persona en enviar un mensaje al grupo equivocado. En unos días, una semana a lo sumo, todo el mundo lo habría olvidado.

Salimos del coche y caminamos con paso decidido hacia el instituto. Teníamos clase de Inglés, y al profesor no le gustaba que llegásemos tarde.

Mantuve la cabeza gacha durante buena parte del camino, como si de esa forma me pudiese mimetizar con el ambiente. Pero no funcionó.

Cuando pasamos por delante de los casilleros, Jason, del equipo de fútbol, me gritó si ya había conseguido besar a Ezra. Lo peor fue cuando añadió:

—Pero si lo prefieres, ¡yo también me ofrezco voluntario!

Quería morirme.

Isabella no dudó un segundo en volverse hacia él y gritar:

—¡Antes se besaría con un sapo, que será más agradable que tú!

Y juntas llegamos a la clase de Inglés.

Sin embargo, allí hubo más altercados. Un par de estudiantes se rieron cuando pasamos a su lado, y los cuchicheos iban en aumento, por no añadir las miradas.

Isa intentó prohibirme mirar el teléfono, pero fue inútil. Por mucho que lo intentase no podía aislarme del exterior, y acabé leyendo varios de los mensajes del grupo de chat de clase, en los que preguntaban si había ido a clase, si no se me caía la cara de vergüenza y si por casualidad Ezra o Mateo ya me habían visto.

Ojalá no lo hicieran.

Ojalá no me viesen nunca.

Ojalá pudiese meterme bajo las mantas de mi cama y fundirme con el colchón hasta que acabara el año. ¿Podía alegar una enfermedad y asistir a clase a distancia? Lo estaba empezando a considerar una muy buena opción.

Las bromas, risas y cuchicheos continuaron durante el resto de las clases, y Carla, Heejin e Isabella me instaron a salir a comer al patio. No era demasiado grande, pero como todavía estábamos a finales de enero la mayor parte de nuestros compañeros prefería quedarse en el comedor.

Lo cierto es que fue un gran alivio disfrutar de un bocadillo con el silencio de la calle, a pesar del frío. Cuando me dispuse a regresar al interior para ir a clase de Historia, me sentía revitalizada.

Hasta que encontré a Ezra Johnson caminando directamente hacia mí por el pasillo.

Sentí que el corazón comenzaba a acelerarse, y me di media vuelta con rapidez, ya que él no me había visto. Estaba conversando animadamente con Jason, el mismo que se había ofrecido a besarme aquella mañana.

Isabella intentó seguirme al percatarse, pero yo fui más rápida y ella se quedó atrás.

Doblé una esquina a todo correr, pensando en una forma ingeniosa de llegar a clase a tiempo sin toparme con nadie, después otra esquina y...

¡PUM!

—¿Estás bien?

Había chocado a toda velocidad contra un cuerpo, y una mano me tomó de la muñeca para evitar que ambos nos cayésemos.

Cuando alcé los ojos, me di cuenta de que se trataba de Mateo Ford.

Mierda, escapaba de uno para encontrarme con otro.

Asentí con torpeza mientras Mateo me soltaba y yo alejaba la mano. Tenía unos ojos increíbles.

Me sonrió, intentando hacerme sentir mejor... hasta que una compañera pasó a nuestro lado, una de las que había compartido una foto con el pantallazo de mi mensaje, y nos gritó:

—¡Talán, talán, suenan las campanas de boda...!

Después de eso se echó a reír y salió corriendo.

Con las mejillas encendidas y muerta de vergüenza, apenas me atreví a mirar a la cara a Mateo. Pero tenía que hacerlo. Él siempre era amable conmigo, y esa vez no fue una excepción.

—No les hagas caso... —me dijo, sin perder la sonrisa amable—. Es una tontería.

Asentí. Y decidí disculparme.

—Lo siento mucho, no tenía intención de enviar el mensaje por ahí...

—Lo sé, lo entiendo —me interrumpió.

Sentí un tremendo alivio dentro de mí. No dije nada en el grupo después de lo sucedido, pero di por hecho que todo el mundo se daría cuenta de que se había tratado de un error.

—Oye, Olivia —continuó Mateo—. Yo...

Se quedó callado cuando detrás de mí apareció Isabella, que me había seguido a pesar de todo. Al vernos juntos intercambió una mirada conmigo y después, tratando en vano de disimular, continuó caminando como si en realidad no nos conociese.

Eso es una amiga.

Me volví hacia Mateo y le animé a seguir, ligeramente entusiasmada.

—¿Sí?

Él tragó saliva, y entonces...

—Tengo pareja, pensé que debería decírtelo.

F.

F pero con mayúsculas.

Tierra, trágame. Menuda metedura de pata.

Además, ¿cómo no iba a tenerla? Era un chico increíble, amable, simpático, guapo, buena persona... Lo tenía todo.

—No viene a este instituto, pero...

—No tienes que darme explicaciones —le interrumpí, muerta de la vergüenza y tratando de simular mi mejor sonrisa—. Si yo no hubiese cometido esa equivocación y no hubiera enviado el mensaje, no tendríamos ahora esta conversación.

Él asintió y, de pronto, me di cuenta de que también había estado intranquilo. No se encontraba cómodo hablando del tema conmigo, pero se había tomado la molestia para evitar futuros problemas.

Mierda. ¿No era un amor de persona?

Era un amor de persona.

—¿Vas a Historia? —comentó, sacando unos segundos el teléfono para mirar su pantalla—. Porque yo también y podríam...

—¡Aquí estás, piojosa!

Una voz alta y profunda interrumpió el ofrecimiento de Mateo. Sabía perfectamente de quién se trataba sin necesidad de volverme. Aunque quería hacerlo, y gritarle que podía largarse por donde había venido...

Hasta que sentí un brazo posarse con fuerza sobre mis hombros.

—Vamos, te acompaño a clase —dijo Jax, tirando un poco de mí—. Te he estado buscando todo el día.

Me arrastró lejos de Mateo, que nos miró con el ceño fruncido sin comprender nada. Y sinceramente, a mí me pasaba igual.

5

—¿Qué se supone que estás haciendo? —exigí mientras avanzaba por los pasillos con el brazo de Jax todavía sobre mis hombros.

Desde aquella distancia podía oler su perfume y, francamente, jamás habría pensado que un chico como él usara perfume. Era algo que imaginaba en Ezra Johnson, o quizá en Mateo, pero no en chicos como él.

El único perfume que podría ponerse por la mañana era *eau* de problemas.

—Acompañarte a clase —contestó, como si fuese obvio.

Antes de que pudiera arrepentirme, coloqué un pie frente al suyo en el siguiente paso que dimos. Todo sucedió bastante rápido, aunque yo también tuve reflejos para actuar.

Jax tropezó con mi pie, perdió el equilibrio, y su cuerpo se vio impulsado contra el suelo. Mientras trataba de mantenerse erguido me soltó, y yo aproveché para alejarme de él.

Finalmente consiguió estirar un brazo y agarrarse a la pared, lo que hizo que no se rompiese la cabeza contra el suelo. Qué pena...

—¡Oye! —exclamó, llevando los ojos hacia mí—. ¿A qué ha venido eso? ¿Quieres matarme o qué?

Fue mi turno de poner una sonrisa juguetona. Me lo había puesto en bandeja.

—Obviamente —respondí con burla, dando un paso hacia atrás, lejos de él—. ¿O todavía no te has enterado?

Durante un breve instante Jax me observó como si no pudiese creerlo... pero fue extremadamente breve. Enseguida elevó la comisura de los labios y, con un matiz de advertencia en su mirada, dijo:

—¿Tú y cuántos más, piojosa?

No lo pensé dos veces.

Me di la vuelta y eché a correr por el pasillo hasta la clase, sin molestarme lo más mínimo en

girarme para ver si me seguía o no.

Por suerte no lo hizo, y llegué al aula justo a tiempo, antes de que la señora Anderson cerrara la puerta. Tomé asiento al lado de Isabella y saludé con la cabeza a Mateo, que de alguna forma había llegado antes que yo.

Mi amiga me miró intranquila.

—¿Todo bien? —preguntó.

Asentí. Más tarde le contaría.

Saqué las cosas de la mochila, y la profesora de Historia se dispuso a encender el proyector. Unos segundos después, Jax DeLuca entró por la puerta, nuevamente tarde.

Sus ojos se clavaron en los míos durante un instante, hasta que la profesora volvió a llamarle la atención por llegar fuera de hora. A mi lado, Isa me miró como si se hubiese dado cuenta de que había una conexión entre su retraso y mi acaloramiento.

—Apaga la luz y entra, Jax —suspiró la señora Anderson.

Jax obedeció y se sentó en el mismo sitio que el día anterior: detrás de mí. La verdad es que había muchas cosas que no entendía. Como, por ejemplo, por qué la señora Anderson era tan benevolente con él si siempre llegaba tarde. Como mínimo se merecía un castigo, ¿no? El resto teníamos que estar allí a tiempo.

Intenté prestar atención al documental y a las explicaciones de la profesora, pero el cansancio acumulado ya comenzaba a pesar y empezaba a adormilarme. Isabella tuvo que darme unos cuantos codazos para lograr que me mantuviese despierta. Si seguía así, no sabía cómo iba a lograr llegar al fin de semana. Quizá necesitase una dosis triple de café.

Hasta que, en mitad de la clase, sentí un pequeño pinchazo en la espalda.

Durante unos segundos pensé que lo había imaginado, pero el pinchazo volvió a repetirse. Cuando me volví, encontré a Jax DeLuca inclinado sobre el pupitre, con un lapicero en la mano y su maldita sonrisa de petulante.

—¿Qué? —susurré, rezando para que la señora Anderson no se diera cuenta.

—Necesito hablar contigo.

Sí, claro.

Lo ignoré y volví a centrar mi atención en el documental o, al menos, a intentarlo. Pero Jax no me dejó. Volvió a picarme con el lápiz, y eso me estaba crispando los nervios.

—Para —le exigí, girándome otra vez durante unos segundos.

Intenté mantenerme firme el máximo tiempo posible, pero los pinchazos de Jax cada vez eran más insistentes, y mis nervios más extremos.

Cuando lo clavó entre la columna y la escápula, causándome dolor, fue demasiado. Sin importarme nada y perdiendo la paciencia, me volví hacia él, prácticamente poniéndome de pie, y exclamé:

—¿Puedes dejarme en paz de una vez, maldito idiota?

Jax se quedó quieto con el lapicero en la mano. A pesar de la oscuridad en la que nos

encontrábamos por la proyección, por primera vez pude apreciar su expresión sorprendida, sin rastro de aquella sonrisa burlona.

Antes de que reaccionara, o de que la profesora dijese algo, escuché la voz de uno de mis compañeros decir:

—¡Siempre puedes matarlo!

Y acto seguido, todos comenzaron a reírse.

Mientras la señora Anderson paraba el documental y nos mandaba callar a todos, volví a sentarme bien en mi silla, con los brazos cruzados y actitud derrotada. En realidad, me lo merecía. Por aquella maldita equivocación. Por gritar a Jax en medio de clase. Por todo.

Afortunadamente la profesora no me riñó, y pude salir de la clase con el ego derrotado pero el expediente limpio. Estaba conversando con Isabella sobre nuestros posibles planes para esa tarde, cuando Jax nos alcanzó.

—¡Piojosa, espera! —me llamó.

¿Es que ese chico era tonto, o qué?

—¡Olivia! —exclamé, volviéndome hacia él—. Me llamo Olivia.

Sin hacerme caso, e ignorando completamente a mi amiga y al resto de los alumnos que caminaban cerca, continuó hablando:

—No trataba de molestarte, piojosa, sino de hablar contigo.

Tomé aire despacio, y decidí ser más razonable de lo que había sido en clase. Al menos lo intentaría, porque si en todo el instituto no había mostrado el menor interés por mí, no encontraba una razón válida para que cambiase de opinión de un día para otro.

—¿Hablar sobre qué? —pregunté—. ¿Qué tenemos tú y yo que hablar ahora que no hayamos podido decirnos en los últimos cinco años?

A mi lado noté que Isabella asentía, apoyándome. Sentí la tentación de tomar su mano y apretarla con fuerza.

Sin embargo, me concentré en Jax y en su mirada. Volvía a estar cerca de mí, aunque no tanto como el día anterior. Esta vez sus ojos parecían de nuevo castaños, pero seguían teniendo un matiz verdoso.

—Ayer tu tía nos invitó a mi padre y a mí a cenar esta noche en tu casa —dijo por fin—. Mi padre me escribió antes para pedirme que te acercara y así llegar pronto. Pensé que querrías saberlo.

Oh. Mierda.

—Volveré con Isabella —repliqué en su lugar.

Metió las manos en los bolsillos del pantalón, encogiéndose de hombros.

—Ya, a mí la idea tampoco me entusiasma, ¿sabes? Pero es lo que hay.

—Pues qué bien... Gracias por avisar.

Y tomé a Isabella del brazo para alejarme con ella antes de que él dijera algo más.

Gracias a su advertencia tuve tiempo de llamar a mi tía y decirle que los padres de Isabella me

habían invitado a cenar y pedirle permiso para ir. Ella se mostró disgustada, pero como siempre, no me obligó a nada y dejó que me escaquease.

La casa de Isa en realidad era como mi segundo hogar. Pasaba allí la mayoría de las tardes, menos las de los viernes y sábados, porque tenía que trabajar sirviendo asqueroso pollo frito en la tienda del centro comercial. Sus padres, aunque obviamente no me habían invitado, no tuvieron ningún problema en que me quedara a cenar.

Isabella era su única hija, y a veces envidiaba lo consentida que estaba. Su habitación era prácticamente igual de grande que mi apartamento, pero ella jamás haría comparaciones. Las pocas veces que había venido a mi casa se había pasado todo el tiempo agradeciendo a mi tía la comida casera y la ayuda con los deberes.

Cuando me llevó a casa después de cenar, al ponerse el sol, no vi el coche de Jax por ningún lado. Eso fue un alivio.

—¿Quieres que venga a buscarte mañana? —preguntó antes de que me bajara.

Sopesé su oferta unos segundos. Lo cierto es que el viaje me vendría muy bien, pero la ruta le quedaba lejos de casa, al igual que el centro comercial donde tenía que ir. Lo mejor era que usara mi bicicleta.

—No te preocupes, estaré bien —le aseguré.

Sabía que seguía preocupada. Heejin y Carla no habían insistido en preguntarme, pero en todas notaba la preocupación.

—Si estás con ánimos de ir a la fiesta cuando acabes de trabajar solo tienes que decírmelo —insistió, refiriéndose a la fiesta del día siguiente—. Además, creo que irán universitarios, mucho más interesantes que nuestros aburridos compañeros de clase.

Alzó las cejas de forma sugerente y yo me reí, aunque sabía que a ella los universitarios tampoco le interesaban. En la ciudad de al lado había una universidad a la que parte de la población asistía, por lo que probablemente dichos universitarios solamente fuesen los estudiantes de último curso del año anterior. Nada tan interesante como lo planteaba, pero la intención era lo que contaba.

Yo misma tenía intención de ir a esa universidad. Allí podría estudiar la misma carrera que mi tía y, si ahorraba suficiente para un coche, conseguiría ir y volver todos los días, y seguiríamos viviendo juntas.

—Te quiero, amiga —se despidió de mí, inclinándose para darme un abrazo.

Subí los escalones de dos en dos, aunque sigilosa, esperando no encontrarme a nadie. Cuando giré la llave en la cerradura, me tomé unos segundos por si escuchaba voces, pero todo estaba en silencio.

Al entrar, no había ninguna luz encendida. Supuse que la cena habría terminado.

Dejé la mochila a un lado, me descalcé, y crucé el apartamento directa a la habitación de mi tía. Cuando entré, la encontré acostada en la cama leyendo un libro de pedagogía.

—Buenas noches —saludé, acercándome a ella mientras dejaba su lectura—. ¿Cómo ha ido la

cena?

Tía Jenna echó las sábanas a un lado y me dejó un poco de hueco para que pudiese tumbarme junto a ella. No era algo que tuviese por costumbre, no desde que cumplí los ocho años y dejé de llorar por las noches preguntando por mis padres. Sin embargo, de vez en cuando me gustaba hacerlo, como los días en los que pasaba mucho tiempo sin estar con ella.

Y lo mejor de todo es que no tenía que preguntar. Bastaba con saludar, y ella ya sabía lo que pretendía. Estábamos muy unidas. Tanto, que una parte de mí se sentía extraña por no haberle contado nada sobre el mensaje en el chat grupal, ni sobre Jax DeLuca y por qué no me gustaba.

—Bastante bien, al final solo fuimos Tony y yo. Su hijo tenía algo que hacer.

—Uh, ¿en plan cita? —me burlé.

Mi tía me abrazó y se rio conmigo.

En realidad, por mucho que la llamase «tía», era prácticamente una madre para mí.

—Todavía no, pero creo que le gusto.

Interesante.

—¿Cómo sabes si le gustas a alguien?

Sus ojos se volvieron suspicaces hacia mí.

—¿Qué pasa, enana? ¿Hay alguien por ahí?

—Ojalá, pero no por el momento.

Mateo Ford tenía pareja, y con Ezra Johnson ni me hacía ilusiones. En cuanto a la propuesta de su amigo Jason... Un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar en ello.

Definitivamente no, descartado.

—Supongo que, sencillamente, lo sabes.

—Vaya, qué definición más exacta.

Mi tía volvió a reírse, y yo tomé el mando de su televisión para encenderla.

Antes de que me diese cuenta, me había quedado dormida acurrucada a su lado, recuperándome de todo el cansancio que había acumulado durante el día.

lectuepubgratis2.com

6

El viernes fue un poco mejor. Mis compañeros seguían riéndose y cuchicheando, pero Mateo me saludó con una sonrisa al pasar a su lado en el pasillo, y no vi ni rastro de Jax en todo el día.

Lo único malo de los viernes era lo tarde que acababan para mí. De cinco a nueve tenía que ir a trabajar a Alitas Picantes. Cuando decidí probar suerte allí el curso pasado, estaba emocionada. Mi tía y yo solíamos ir de vez en cuando y nos encantaba. El día que dejó a su último novio incluso nos acabamos dos cubos enteros de alitas de pollo extrapicantes y yo me bebí dos litros de Coca-Cola.

Terminé vomitando todo nada más llegar a casa, pero el recuerdo hasta ese momento era bonito.

Una vez empecé a trabajar allí, a volver a casa con la ropa oliendo a comida frita, a tratar con clientes presuntuosos y maleducados y a tener pesadillas con la freidora sucia y el encargado malhumorado que teníamos, empecé a detestar el lugar.

Ya ni siquiera el pollo me sabía a pollo y, por lo que tenía entendido, es que probablemente ni lo fuese.

Dejé mi bici aparcada como pude en la entrada del centro comercial y até la cadena antes de lanzarme a la carrera. Llegaba tarde, y al encargado eso no le gustaba nada, me miraba igual de mal que el profesor de Inglés cuando no era puntual.

Conseguí apañármelas para ponerme el horrible uniforme amarillo con delantal negro que no le quedaba bien a nadie y aparecer frente al mostrador justo a tiempo para comenzar mi turno. Pude ver la cara de alivio en el rostro de la compañera a la que relevaba. Ni siquiera a ella, con lo atractiva que era, le favorecía aquel uniforme.

Era amplio en las piernas y en el pecho, pero ceñido por el estómago y el trasero. O, al menos, así me quedaba a mí. Las mangas llegaban por encima del codo, y la camisa daba la sensación de

ser de una talla superior a la tuya. Por último, el delantal arrugado en la parte delantera no ayudaba nada.

Por no hablar de aquel maldito olor a comida frita...

Fui a mi puesto y comencé a rellenar los contenedores de verduras que se habían terminado para después pasar a los botes de salsas. En media hora aquel lugar comenzaría a llenarse de familias pidiendo su cena del viernes.

Poco antes de que llegase la hora punta, mientras terminaba de verter salsa barbacoa en un bote de plástico y lo cerraba, llegó el encargado.

—¡Olivia! —exclamó, asustándome—. ¡Ven un momento!

Apreté con fuerza el bote de plástico a causa del susto, y buena parte de la salsa fue a parar a mi cara, al pelo y al uniforme. Genial.

Simplemente genial.

Tomé unas servilletas de papel del mostrador y me dirigí hacia la parte de atrás, desde donde me había llamado, mientras me quitaba aquella sustancia pegajosa de los ojos. Seguro que si entraba en contacto con ellos escocería como mil demonios.

—Voy a presentarte a tu nuevo compañero —continuó diciendo a pesar de que aún no había llegado a su lado—. A partir de hoy trabajaréis juntos los viernes y sábados.

Conseguí retirar la salsa de los ojos y finalmente me atreví a enfocar.

Y entonces lo vi. Como si fuese una maldita broma del destino.

Vestido con el mismo asqueroso uniforme de color amarillo pollo, ahí estaba Jax DeLuca. Solo que, cómo no, a él sí le quedaba bien. Se le ceñía en todos los lugares indicados, que en su caso era básicamente todo el cuerpo. Incluso sus ojos parecían definitivamente verdes al lado de aquel color.

—Jax vino ayer a hacer una prueba de trabajo y la ha pasado. Como su compañera, te toca enseñarle todo lo que sabes durante este turno, ¿de acuerdo?

Los ojos de Jax miraron vacilantes mi cara, pasando de mis mejillas manchadas de salsa a las puntas del pelo e incluso a los cuellos de la camisa. Probablemente estaba hecha un cromo.

Fue ahí cuando mi (en realidad, nuestro) encargado se percató de la situación.

—Olivia, ¿has tenido algún problema con el kétchup? —me preguntó, aunque no parecía alarmado.

—Es salsa barbacoa —repliqué.

—Está bien, límpiate y acompaña a Jax al frente para atender a los clientes. ¡Vamos!

Dijo aquello último dando una pequeña palmada, como si así nos animase. A aquellas alturas, dudaba que nada pudiese reconfortarme.

Con un poco más de papel y sintiéndome un cubo de pollo andante (el uniforme ayudaba bastante), terminé de limpiarme y regresé al mostrador. Jax no tardó en seguirme.

—Allí tienes todos los tipos de verduras, supongo que sabes lo que es cada cosa. Necesitas usar guantes para manipularlos. Las salsas están etiquetadas, por si acaso. Siempre que algo se

acabe, lo debes rellenar. No esperes a que otro compañero vaya a usarlo y descubra que está vacío. En cuanto al menú, necesitas empezar a memorizar qué es cada cosa y...

—¿Te has metido un chute de cafeína? —me interrumpió, mientras se apoyaba contra una de las baldas metálicas—. Hablas demasiado rápido para que pueda comprenderte.

—En este trabajo tenemos que ser rápidos —repliqué.

Sobre todo en hora punta.

—Relájate, piojosa. Es solo pollo.

Increíble. Encima de aparecer hasta en la sopa, tenía las narices de venir a darme lecciones en mi propio trabajo. Primero era mi edificio de apartamentos. Después el pollo. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Le robaría el sitio a Isabella en clase?

—En primer lugar, no vuelvas a llamarme así —le espeté, y tomé un bote de mayonesa para moverlo de sitio, pero, al mismo tiempo, tener un arma defensiva. Por si las moscas—. Sabes perfectamente que me llamo Olivia.

—Ya, pero es más gracioso verte reaccionar a piojosa.

Decidí ignorar eso, al igual que la sonrisa juguetona que volvía a aparecer. Ojalá pudiera borrársela de la cara algún día.

—Además, ¿qué se supone que te pasa?

Esa pregunta lo pilló desprevenido, y lo supe porque su sonrisa titubeó unos segundos y se separó de la balda metálica donde estaba apoyado.

—¿A mí?

¿A quién si no?

Di un paso hacia él, todavía con el bote de mayonesa en la mano. Podía notar mis dedos doblándose sobre el plástico.

—En todos estos años de instituto apenas hemos hablado, si exceptuamos esa vez en la que trataste de ridiculizarme el primer día de clase, cuando yo simplemente fui amable contigo.

Esperaba que me contradijera, pero no lo hizo. Solo dejó por fin de sonreír. Era obvio que no podía negarlo o decir que no lo recordaba, porque entonces no estaría llamándome piojosa.

Eso me dio ánimos para seguir:

—Y ahora, de un día para otro, apareces en mi vecindario. ¡Enfrente de mi casa! Me persigues en el instituto. ¡Y hasta apareces en mi trabajo! ¿Estás acosándome o qué pasa contigo?

Su rostro, antes sonriente, fue pasando por distintos grados de confusión hasta finalmente llegar a la molestia. Incluso frunció el ceño. Y dio también un paso hacia mí.

—Que quede claro de una vez, porque te estás haciendo una idea muy equivocada —comenzó a decir, con voz extrañamente calmada—. Todo esto ha sido únicamente una serie de horribles coincidencias.

Casi me reí. Pero no lo hice, porque mantener el duelo de miradas ya requería bastante concentración por mi parte.

Tras unos segundos, Jax continuó:

—No te perseguía en el instituto, solo quería hablar contigo y ser agradable porque mi padre me lo pidió. ¡Somos vecinos, por el amor de Dios! Y cuando ayer me llamaron para la prueba no tenía ni idea de que tú trabajabas aquí.

Eso sí me hizo reír.

—Llevo más de un año trabajando aquí, así que permíteme dudarlo.

La ceja oscura del piercing se alzó, y Jax avanzó un paso más hasta que estuvimos separados por menos de un metro de distancia. Si me concentraba, podía oler su aroma incluso por encima del olor a pollo frito.

Como si pudiese leer mi pensamiento, la sonrisa habitual regresó a su rostro. Así de fácil.

—No eres el centro del mundo, piojosa. No lo sabía. Apenas vengo al centro comercial.

Intenté no creerlo, pero no había ningún dejo de mentira en su voz. O quizá sencillamente era un buen mentiroso, pero parecía sincero. Además, ¿por qué mentirme?

—¿Y el apartamento? —probé, ya que en realidad tenía esa duda—. ¿Por qué os mudasteis?

Era extraño que alguien del propio pueblo se mudara allí, especialmente con intención de estar una larga temporada.

Los ojos de Jax brillaron, oscuros. En aquel momento no podía ver ese tono verde que tanto me había llamado la atención. ¿Puede ser que lo hubiera imaginado?

—Después de todo el tiempo que tu tía y mi padre estuvieron hablando anoche, pensé que ella te lo habría contado. Estoy bastante seguro de que él se lo dijo.

Parecía molesto.

—¿Decirle qué? —presioné.

Jax estiró el brazo hacia delante y, antes de que me diera cuenta, la yema de uno de sus dedos estaba rozando mi mejilla.

Sentí un pequeño cosquilleo y el bote de mayonesa se deslizó unos centímetros en mi mano. Me mordí el labio inferior, y sus ojos enseguida se centraron en ese punto.

Noté que había dejado de respirar, en especial cuando su dedo se movió un poco más sobre mi mejilla. Quise preguntar qué demonios estaba haciendo, pero de pronto me había quedado muda.

Cuando finalmente lo alejó, tenía una mancha oscura en la yema.

—Barbacoa —murmuró, y después se lo llevó a la boca para chuparlo.

Necesité unos largos segundos antes de procesar qué demonios estaba pasando. Y también por qué narices aquello me había parecido tan sumamente... excitante.

¡Estamos hablando de Jax DeLuca!

—¿Qué es lo que tu padre le dijo a mi tía? —repetí.

Jax apartó los ojos de mí y me dio la espalda.

—Pregúntaselo a ella. Ahora tenemos clientes, piojosa. Y tú tienes que enseñarme.

7

Odiaba a Jax DeLuca.

Definitivamente lo odiaba.

No solo le quedaba mucho mejor el uniforme que a cualquier persona que hubiese visto antes. También hacía el trabajo de una forma más veloz y eficaz que yo, que llevaba allí un año entero. Por no hablar de las increíbles propinas que había conseguido, aunque eran gracias a la cola de chicas sonrientes que batían sus pestañas mientras le preguntaban con voz chillona cómo de grande era la pieza de pollo.

Sí, amigas, yo también pillé la indirecta.

Y para colmo, estaba aquella sensación. Ese hormigueo en el bajo estómago que me asediaba cada vez (y no fueron pocas aquella tarde) que mi mente volvía a recordar cómo su dedo me había tocado la mejilla, o la forma en que sus labios carnosos chupaban la salsa.

Solo quería regresar a casa, quizá soltar un poco de adrenalina mientras pedaleaba en mi bicicleta, meterme en la ducha para hacer desaparecer el olor a pollo frito y la salsa de mi pelo, y descansar. Descansar mucho. Ni siquiera tenía humor para ir a aquella maldita fiesta, por muchos mensajes que Isabella, Carla y Heejin me hubiesen mandado para animarme.

Estaba caminando hacia el aparcamiento con la mochila al hombro, cuando Jax apareció a mi lado.

—Ha sido un buen día, ¿no crees, compañera?

Bueno, compañera era mucho mejor que piojosa.

Apenas me quedaban unos metros para llegar a mi bicicleta. Casi podía verla a lo lejos, por lo que aceleré el paso e intenté no mirarlo, pero fue tarea imposible. Jax llevaba aún el uniforme amarillo, que definitivamente le quedaba como hecho a medida. Tenía esa sonrisa traviesa tan suya en el rostro y me miraba divertido.

—Sí, lo que tú digas...

Casi eché a correr hasta llegar a la bici. Podría pedalear unos cuantos kilómetros y liberar mi mente un rato. Sin embargo, Jax se acercó. Confundida, cuando quité el candado me volví para mirarlo de nuevo.

—¿Vas a volver en bici? —preguntó antes de que me diera tiempo a abrir la boca—. Es de noche.

Había regresado a casa en bicicleta muchas noches de viernes durante los últimos meses. Aunque a mi tía también le preocupaba, valoraba mi independencia y yo no quería molestarla pidiéndole que me recogiera.

—Sí —repliqué escuetamente.

—Puedo llevarte en coche. Lo tengo ahí mismo.

Aunque podría tratarse una forma de intentar ser agradable, no me fiaba ni un pelo de él. Apreté los labios para negarme y me dispuse a tomar mi bicicleta pero, como si necesitase una razón más para decir que no, Jax abrió la boca de nuevo y susurró:

—Aunque si en algún momento quieres un viaje en coche, para algo más que solo regresar a casa...

Frené en seco y me volví de golpe, provocando de ese modo que prácticamente chocásemos. Necesité dar un paso hacia atrás para así poner un poco de distancia entre ambos, y fruncí el ceño antes de preguntar:

—¿Qué estás insinuando?

Por supuesto que sabía a qué se refería, pero necesitaba comprender hasta dónde pensaba llegar con sus juegos.

No tenía exactamente fama de ligón en el instituto, pero era un chico muy atractivo y eso nadie lo podía negar. Su piel estaba bronceada y tenía la nariz recta, las pestañas tupidas y el pelo oscuro y rizado. Había notado el acento italiano de su padre, y no dudaba que él había heredado también muchos de sus rasgos.

Sin embargo, era un chico muy solitario. No tenía amigos y rara vez se le veía con gente, aunque este curso había regresado al instituto después de haber crecido diez centímetros, bronceado y con los músculos marcados, y más chicas de las que esperaba habían caído rendidas a sus pies.

No me extrañaba que no durasen mucho, porque era escucharle hablar y...

—Bueno, soy un chico muy atractivo... —continuó.

—No me digas —repliqué con sarcasmo.

Intenté no hacer ningún gesto con la cara que le dejara ver que yo pensaba exactamente lo mismo, aunque me daba la sensación de que era plenamente consciente de su propia belleza.

—Y tú eres una chica muy...

Dejó la frase en el aire y sus ojos bajaron de mi rostro unos centímetros, parando en el uniforme amarillo pollo, holgado en el escote y apretado en la tripa, para después regresar de nuevo a mirarme a los ojos. Entonces puntualizó:

—Una chica.

Ay.

Pero no dejé que viese cómo sus palabras me habían dolido. De acuerdo, quizá no fuera Miss Universo. No tenía una melena larga y cuidada, sino pelo castaño, liso y un poco apelmazado. Mis ojos eran marrones de lo más corriente, y las pecas de mi nariz, imposibles de cubrir. Me salía tripa cuando comía y sin sujetador push-up me quedaba en nada, pero... ¡todos teníamos nuestro propio encanto!

No hacía falta insinuar que no era guapa, y mucho menos de esa forma.

—Muy observador —fue mi aplastante respuesta.

La sonrisa de Jax creció unos centímetros más.

—Digamos que no me importaría si tú y yo nos metiéramos en mi coche para hacer travesuras. —Alcé las cejas intentando mostrar mi expresión más escéptica, pero él se inclinó un poco sobre mí—. Me han dicho que soy muy bueno con los dedos.

Puaj.

O al menos, esperaba que eso fuese lo que mi rostro expresara: asco. En realidad, dentro de mi mente comenzaron a crearse un sinfín de imágenes en las que él y yo empañábamos los cristales de su coche. Una escena digna de *Titanic*.

Pero de nuevo, no iba a dejar que lo supiera.

—¿Y por qué querría rebajarme a acostarme contigo? —alegué, sin molestarme en endulzar las palabras, y coloqué una bonita sonrisa alargada en mi cara—. Te recuerdo que mi elección era matarte.

Él tampoco perdió el matiz burlón de su mirada. De hecho, parecía bastante entretenido con aquel intercambio de palabras que estábamos teniendo.

Se acercó un poco más a mí, de forma que pude distinguir las pequeñas motitas verdes sobre el tono avellana de sus ojos. Le daban un matiz increíble.

—Yo pondría una opción distinta en ese juego de preguntas, ¿sabes, piojosa?

—Sorpréndeme.

No retrocedí cuando volvió a aproximar su rostro, tan cerca que invadía mi espacio personal y, en un susurro, respondió:

—A quién besarías, con quién te casarías... y con quién follarías.

Tenía que haberlo visto venir. Mi fachada se derrumbó y perdí la sonrisa mientras la suya se ampliaba. Di un paso para alejarme de él y farfullé:

—Eres asqueroso.

—Pues no has dicho que no.

Quería gritar.

Pero no lo haría.

Me di la vuelta y tomé con furia el manillar de mi bicicleta. Me alejé unos pasos de él antes de montarme, rezando para que mi enfado no me traicionase y acabase tropezando con el pedal.

—Descansa, piojosa —escuché que decía a mi espalda—. E intenta quitarte ese olor a barbacoa del pelo.

—Que te den —repliqué.

A la mierda la educación con él.

Consciente de que continuaba mirándome, comencé a pedalear, pero en el último momento me giré y grité hacia él por encima de mi hombro:

—Para que lo sepas, la respuesta es no. No me acostaría contigo jamás.

Y me fui de allí sin esperar su contestación.

8

Mis amigas se disgustaron porque no fui a la fiesta, pero entendieron que estuviese cansada, además de sumamente molesta porque, ya no solo en casa y en el instituto, ahora tenía que soportar a Jax DeLuca también en el trabajo.

Normalmente los sábados no eran tan estupendos para mí como para otros adolescentes. Mi horario de trabajo comenzaba a las doce para estar lista a la hora de servir las comidas, y acababa a las cinco. Y si eso no fuese suficientemente agotador, ahora tenía que compartirlo con Jax.

Con él y su estúpido uniforme que le quedaba perfectamente. ¿Sería la tela?

Intenté mantener un perfil bajo y no hacerle mucho caso durante las horas que debíamos pasar juntos, a pesar de sus constantes burlas e insinuaciones de este estilo:

—¿Hoy no hay baño en salsa barbacoa, piojosa?

—Métete el bote por el culo.

O:

—Tengo el coche aparcado fuera. Podemos regresar juntos. He oído que el descampado está poco concurrido durante la tarde.

—Antes vuelvo haciendo dedo.

—¿No sería mejor si yo te hago uno?

—¡Que te jodan, Jax!

Dije que mantendría un perfil bajo, no que no le contestaría.

Cerca de las cinco, cuando ya contaba los segundos para poder irme a casa y descansar, huyendo de toda aquella situación, entraron los primeros clientes de la tarde. Solían llegar a esa hora, pero los sábados eran impredecibles y la verdad es que tenía la esperanza de no tener que trabajar en lo poco que me quedaba de turno.

Me alisé el delantal negro, que ya estaba todo arrugado, y aparté de la cara los mechones de pelo que se me habían escapado de la coleta. Después de llevar más de cuatro horas sin parar y

manteniendo a raya a Jax, estaba totalmente despeinada y con las mejillas encendidas.

No fue hasta que los clientes estuvieron más cerca cuando me di cuenta de que en realidad los conocía.

Eran compañeros de clase.

No solo eso.

Eran Ezra Johnson y sus amigos.

Todavía no le había encarado después de aquel fatídico mensaje equivocado, aunque sí recordaba haber leído un mensaje suyo riéndose.

Tragué saliva, sopesando la posibilidad de pedirle a Jax que me cambiase el sitio. Pero él estaba en la parte de atrás, limpiando. Por no mencionar lo horrible que sería tener que pedirle ayuda. Por eso mismo, decidí ser valiente.

Jason fue el primero en verme, y rápidamente soltó una carcajada. No entendía por qué narices se hacía el sorprendido. Sabía perfectamente que trabajaba allí, le había servido alitas de pollo extrapicantes con patatas muchísimas veces.

Se acercó y me pidió exactamente eso, seguido del resto de sus amigos, que reían como animales recién liberados de sus jaulas. Escuché sonidos dentro, y noté que Jax se acercaba a ver qué pasaba. Probablemente pensaría que había más gente y quería ayudar.

Ezra fue el último en hacer su pedido. Tomé su orden con la cabeza gacha y los ojos clavados en la pantalla. Cuando le di el tíquet, comentó:

—No te vi ayer en la fiesta.

Sentí un pequeño vuelco en el estómago. Tomé aire y me animé a mirarlo.

—No fui —respondí un poco cohibida.

Jax apareció en ese momento, distrayéndome unos segundos. Tomó los tíquets y comenzó a preparar los pedidos de los demás, que se habían alejado un poco de nosotros y reían entre ellos, sin fijarse demasiado en su amigo.

—Una pena —continuó Ezra, con una sonrisa suave—. Me hubiera gustado tomar una cerveza contigo.

Madre del amor hermoso.

En su lugar, dije:

—¿En serio?

Estuve tentada de darme un tortazo en la cara por haber hecho aquella pregunta, pero la sonrisa de Ezra continuó intacta.

—¿Que si en serio me hubiese gustado pasar un rato hablando contigo, una chica preciosa? Por supuesto.

Algo caliente y burbujeante se instauró en mi estómago. En realidad tenía náuseas, pero era a causa de la emoción. Me había imaginado que Ezra me rechazaría o, entre las mejores posibilidades, simularía que no me conocía o que no había visto el mensaje.

En vez de eso, ahí estaba, diciendo que yo era una chica preciosa, y que querría pasar un rato

conmigo.

Espera, ¿por casualidad no sería esa una forma de pedirme una cita? Estaba un poco desentrenada en ese terreno, quizá me confundía y...

—¿Qué me dices, Olivia? —agregó—. ¿Te animarías a salir un día conmigo?

¡Por mis santos ovarios! ¿Esto iba en serio o estaba soñando?

Pero antes de que pudiera contestarle (y estaba bastante segura de que mi voz saldría en un atronador grito diciendo «¡Sí, sí quiero!»), escuchamos una palabrota muy malsonante a nuestro lado.

Cuando me giré, encontré a Jax con el delantal empapado en refresco y dos envases vacíos en el suelo.

Enseguida se agachó a recogerlo, y yo corrí a ayudarlo. Por experiencia sabía que si no lo limpiabas rápido, el suelo quedaría pegajoso. Y nadie quería escuchar después a nuestro encargado quejándose.

Mientras agarraba un paño y me agachaba para arreglar el desastre, una voz surgió desde el otro lado del mostrador. La de Jason.

Genial.

—¡Hostia, DeLuca! —exclamó—. ¿Qué haces tú aquí? ¿Te tiene amenazado la chica?

—Trabajo aquí.

Alcé los ojos hasta encontrar la mirada de Jax totalmente seria clavada justo delante de él, probablemente en nuestro compañero.

—A nosotros puedes decírnoslo. Somos testigos de que amenazó con matarte.

—¿Querías algo más, o ya estás atendido? —prácticamente gruñó Jax.

Suspiré y me levanté, lancé el trapo a un fregadero y me sacudí las manos. Jason era de esa clase de personas que se creían graciosas cuando, en realidad, eran muy muy pesadas e insoportables. No sabía nunca dónde estaba el límite, aunque una parte de mí entendía que en realidad no era mala persona. Solo tremendamente tonto.

—Eh, tranqui, tío. Somos todos amigos. ¿Verdad, Livy?

Sus ojos vacilaron durante unos segundos hacia mí, y yo fruncí el ceño.

—No me llames Livy. No soy tu amiga.

Además, ni siquiera mis amigos me llamaban así.

Su expresión cambió a una que él probablemente consideraba seductora. Gran error.

—Tiene garras la tigresa... Me gusta.

Arcada.

Arcada grande y fea.

—Si eso es todo, son diez con cincuenta. —Quise zanjar el asunto.

—Lista y bonita, justo como a mí me gustan —comentó mientras sacaba la cartera del bolsillo.

Menudo idiota.

Jax no se quedó callado y, con una voz seria y grave que me dio escalofríos, le dijo:

—Muévete, se está formando cola.

Parecía una advertencia, pero lejos de asustar a Jason, le enfadó.

—¿A ti qué te pasa, tío? Esto no va contigo.

—Estás molestando a mi compañera de trabajo.

—No pasa nada —intervine rápidamente, apaciguadora.

Jax me miró, como si me preguntara sin palabras si de verdad era así. ¿Estaba loco o qué le pasaba? Jason era un cliente, y por muy gilipollas que fuese, debíamos atenderlo bien.

Al final acabó asintiendo y se fue de nuevo a la parte de atrás de la tienda, aunque no parecía muy convencido.

Terminé de preparar los pedidos, los cobré y me despedí con la mano de ellos. Antes de irse, Ezra se volvió hacia mí.

—Entonces, Olivia... Tú, yo y una cena agradable. ¿Qué te parece?

¡SÍ, SÍ, SÍ Y MIL VECES SÍ!

Me encogí de hombros simulando dudar.

—Supongo que estaría bien.

¡Eso es, Olivia! Hazte la dura.

—Genial. Nos vemos pronto, Olivia.

Ezra me guiñó un ojo y se alejó de allí, dejándome con el corazón latiendo a mil por hora. Quizá, de una vez por todas, mi suerte cambiaría. Y todo gracias a una tonta equivocación.

El resto de la tarde se me pasó volando, llena de felicidad. Mi estado de ánimo consiguió que ignorara parcialmente a Jax, e incluso a los clientes molestos que se quejaban por no encontrar servilletas o no tener suficiente salsa barbacoa en su pedido, o porque el menú infantil había subido un dólar. Rebosaba alegría y nada podría bajarme de aquel estado de excitación.

Sin embargo, cuando el turno se terminó y llegué al aparcamiento con ganas de irme a casa y contarle todo a mis amigas, se me cayó el alma a los pies.

—Mi bici —gemí.

En el lugar donde supuestamente había dejado la bicicleta, solo quedaba una rueda. Concretamente la delantera, junto con la cadena que había usado para atarla a un barrote. El resto había desaparecido.

Normalmente encadenaba algo más, pero había ido con prisas, y ahora...

Me agaché junto a la rueda, observando lo único que quedaba de aquella fiel amiga. Y puede que fuese una bicicleta muy vieja, que necesitase una mano de pintura y que la cadena se saliese varias veces durante los recorridos largos..., pero había sido de mi madre. Mi tía la había arreglado y me la había regalado cuando cumplí doce años. Y ahora algún desalmado se la había llevado.

¿Cómo podían hacerme eso?

De pronto, con el peso de los acontecimientos de los últimos días cayendo sobre mí y el asfalto duro del suelo machacando mis rodillas, comencé a llorar.

Y una vez que empecé, no pude parar.

Estuve por lo menos dos minutos seguidos lagrimeando, llegando a ese penoso estado donde empiezas a respirar con fuerza e hipar, y en el que no te importa lo más mínimo que te vean tan deplorable.

Ahí fue cuando alguien extendió un pañuelo frente a mí.

—Toma, límpiate.

El no escuchar la palabra «piojosa» detrás de aquella frase se me hizo muy extraño. Pero nada me importaba. Estaba cansada, olía a pollo y a salsa barbacoa, y me habían robado la bici de mi madre. No iba a pelear más con Jax DeLuca. No por el momento.

—Era tu bici, ¿verdad? —preguntó.

Parecía bastante obvio, puesto que estaba llorando agachada al lado de una rueda en el suelo, con el candado todavía atado al barrote.

Asentí, y acto seguido lancé un pequeño hipido.

—Venga, te llevo a casa —comenzó a decir mientras me tomaba del brazo y me obligaba a levantarme del suelo—. Los dos necesitamos quitarnos este asqueroso olor a frito de la ropa.

No peleé. No tenía ya energías para hacerlo, y dejé que Jax me arrastrara hasta su coche mientras en mi mente le decía adiós a la bicicleta.

Guardé silencio durante gran parte del camino, con los ojos clavados en la carretera aunque mi cabeza estaba en otro sitio. Cuando por fin estábamos llegando y el llanto había quedado aparcado, hablé:

—Pensarás que soy una idiota por llorar por una bicicleta.

—Eh, no soy quién para juzgarte, piojosa. Si alguien le hiciera algo a mi coche, probablemente no sería capaz de controlarme a mí mismo.

A decir verdad, su coche parecía bastante más caro que mi bicicleta vieja. Que me llamase piojosa era una señal de que él también se había dado cuenta de que estaba mejor.

—Es que no era exactamente mi bici —expliqué—. Era la bicicleta de mi madre.

Y Jax sabía que vivía con mi tía. Quizá nunca le conté mi historia, pero no había que ser demasiado listo para intuir la razón por la que ella no estaba allí, y que yo llorara por perder su bicicleta.

—Lo siento.

Sonó totalmente sincero.

Su madre tampoco vivía con ellos, pero podía ser por varias razones.

—No te preocupes, realmente pasó hace mucho tiempo —continué, porque cuando abría la boca, era como si no pudiese cerrarla—. Los dos, ella y mi padre, murieron hace demasiado tiempo como para llorarlos ahora.

—Nunca es demasiado tiempo para llorar a un ser querido —me replicó.

Me animé a mirarlo, pero él tenía los ojos fijos en la carretera, y estaba serio. Cuando lo veía así, sereno, parecía una persona totalmente diferente al Jax burlón del instituto. Decidí no objetar

nada.

—¿Cómo pasó? —preguntó al ver que no añadía nada más.

Tomé aire y abrí la boca. Había contado aquella historia tantas veces a esas alturas de mi vida que prácticamente me la sabía de memoria.

—Yo tenía cinco años y ellos habían salido a celebrar su aniversario. Un conductor borracho invadió el carril contrario, en el que ellos iban, y murieron todos.

A continuación, un poco de silencio. Siempre pasaba así. Y después, un «lo siento».

—Qué putada —fue lo que dijo en su lugar.

—Pues sí —asentí, dándole la razón—. Una gran putada.

El rostro de Jax finalmente se volvió hacia el mío y, cuando nuestras miradas coincidieron, de la nada, se nos escapó una risa nerviosa. Fue raro pero agradable al mismo tiempo. Luego nos quedamos en silencio, pensativos, pero no fue tan incómodo como habría pensado. No había hablado de mis padres con nadie que no fueran mis amigas y Jax DeLuca era la última persona del mundo con la que me habría imaginado tratando un tema tan personal, pero... por alguna razón, me sentí bien.

Cuando finalmente llegamos al edificio de apartamentos y me bajé del coche, traté de ser educada con él.

—Muchas gracias por traerme —le dije.

Y entonces, Jax DeLuca volvió a ser Jax DeLuca... Alzó las cejas, se apoyó en el capó del coche, y murmuró con cierto tono de advertencia:

—Esto no significa que ahora seamos amigos, ¿de acuerdo, piojosa?

Puse los ojos en blanco y me di la vuelta para alejarme de él y su ridículo coche. Cuando pensabas por un segundo que podría ser agradable, te recordaba que no lo era. No entendía a Jax DeLuca, y pensé que jamás lo haría.

9

Cuando llegué a casa, le conté a tía Jenna lo de la bici, y ella tuvo la magnífica idea de hacer una noche doble M para animarme. Y te preguntarás, ¿qué demonios es eso?

La mejor noche inventada jamás. Eso es lo que es. Y todo fue idea de mi tía después de que una niña se riera de mi camiseta de Taylor Swift en cuarto de primaria. Doble M significaba magdalenas, deliciosas, que cocinábamos nosotras mismas, y mascarillas caseras, que nos poníamos para ver nuestra película favorita o serie del momento.

En realidad, la anécdota de la niña que se rio de mi camiseta terminó bien. En resumen, yo la empujé y la tiré al suelo. Ella fue corriendo a decírselo a nuestra profesora, pero una niña por aquel entonces desconocida dijo que lo había visto todo y que era mentira. Que yo no la había empujado.

Hoy por hoy, Isabella y yo somos inseparables.

Cuando la película terminó, a pesar de lo tarde que era, mi tía me pidió que bajara la basura. El camión pasaría a primera hora de la mañana, antes de que ninguna de nosotras se levantara. Cuando protesté porque aún tenía puesta la mascarilla, recalcó que su camisón era demasiado revelador en comparación con mi infantil pijama de Taylor Swift. Era de entretiempo, compuesto por unos pantalones largos rosa sumamente cómodos, y una camiseta blanca con la frase «You belong with me» de su famosa canción.

Pasaban los años y ella me seguía encantando.

Gruñí, pero hice lo que me pedía. En el futuro, cuando yo también tuviese un buen trabajo y mi propio apartamento, me compraría ropa para dormir elegante y atractiva como la suya. Camisones transparentes, dos piezas con pantaloncitos cortos como en las novelas, camisetas XXL que parecían robadas al novio... Pero por el momento, disfrutaba del merchandising de mis bandas favoritas o de los polares calentitos del Primark.

—¡Si no vuelvo en cinco minutos, llama a la policía! —le grité a mi tía antes de salir por la

puerta con la bolsa de basura—. ¡O a los cazafantasmas!

Odiaba salir de noche a tirar la basura. No es que tuviese miedo de los vecinos, exceptuando al loco del primero que cada cierto tiempo salía de su apartamento para gritar a la gente, pero sí de la oscuridad. ¿Quién sabía qué cosas extrañas podían esconderse en ella? Además, nuestro complejo de edificios era tan pobre que apenas teníamos iluminación.

Dicho de otra forma, si un perro defecaba en la calle, probablemente lo pisaría con mis chanclas desgastadas porque apenas veía el suelo.

Lancé la bolsa al cubo que había a la entrada y me di la vuelta, dispuesta a echar una carrera hasta mi puerta antes de que algún fantazombi me alcanzara (no podías fiarte de la oscuridad). Y entonces lo vi.

Primero aprecié la figura alta, apoyada contra la barandilla de la acera. Los oscuros rizos despeinados de Jax eran inconfundibles.

Me sorprendió verlo levantado tan tarde. Habíamos tenido un día intenso en el restaurante y cuando me dejó en casa me había parecido que estaba cansado. De primeras pensé que quizá había salido de casa para fumar, porque... ¡Hablábamos de Jax DeLuca! El chico de los piercings y con fama de romperreglas. Sin embargo, a medida que me acercaba a él (porque estaba de camino a las escaleras que necesitaba tomar para volver al apartamento, no por nada más), aprecié que no había rastro de cigarrillo en su mano.

En realidad... ¿estaba contemplando las estrellas?

No me lo podía creer.

Y a la vez sí.

—Acércate, piojosa —dijo de pronto, sobresaltándome—. Ya te dije que muerdo, pero esta noche haré una excepción.

Fruncí el ceño, sin creerlo del todo. Nunca sabías qué esperarte de este chico. Un día era un imbécil sin remedio que insinuaba que quería tener sexo contigo en su coche, y al siguiente era amable y te animaba a abrirte a él. No había quien lo entendiera.

Quizá se había caído de la cuna de pequeño.

Mucha broma con eso, pero a mí me pasó. Me lo contó mi tía. Con menos de un año me lancé de cabeza de la cuna porque no quería dormir la siesta, y acabé con la clavícula rota.

Pero no me acuerdo de nada.

—Está preciosa, ¿verdad? —fue lo siguiente que añadió.

Lo miré confundida, pero su mirada seguía en el cielo. Me quedé unos segundos observándolo. Estaba apoyado con los brazos en la barandilla metálica. Llevaba un jersey oscuro y unos pantalones de chándal. En sus pies, algo que casi me saca una sonrisa: unas chanclas prácticamente iguales a las mías.

Pero no sonreí, porque él estaba serio.

No, en realidad... pensativo sería una mejor palabra para describirlo. Tenía los ojos brillantes, clavados en algo más allá...

—La luna es una mentirosa, ¿lo sabías?

Guardé silencio, y me apoyé en la pared que había detrás. Desde mi posición podía ver la espalda de Jax y parte de su perfil. Tenía el pelo mucho más despeinado que de costumbre.

—Cuando tiene forma de C, de creciente, en realidad decrece —continuó sin girarse—. Y cuando tiene forma de D, de decreciente...

—En realidad es creciente —completé por él.

Mi tía me había contado aquello en un viaje que hicimos al lago cuando era pequeña, pero jamás se lo había escuchado a otra persona, lo cual me parecía extraño, ya que era bastante curioso. Además, así aprendí bien las fases de la luna y a reconocerlas.

En aquel momento, era luna creciente.

—Mi madre también lo era.

Me separé unos centímetros de la pared.

—¿Qué quieres decir?

—Que ella también era una mentirosa. —Suspiró Jax mientras se separaba finalmente de la barandilla—. Y también se llamaba Luna.

Cuando se dio la vuelta, sus ojos seguían igual de brillantes que antes, a pesar de que las constelaciones ya no se reflejaban en ellos.

Por unos segundos me quedé prendada ahí, en ese mismo momento, de lo tortuosa pero a la par increíblemente bella que me parecía su mirada. Él, y la expresión de su rostro. La forma en que sus ojos me decían que sufría, pero que jamás me diría por qué. La arruga en un lateral de sus labios carnosos, mientras una sonrisa comenzaba a formarse, y los rizos rebeldes tapando parte de su frente.

Sentí una increíble tentación de elevar la mano y apartarlos.

Quería hacerlo. Mucho.

Demasiado.

Me hormigueaban los dedos y la parte baja del estómago en anticipación. ¿Serían tan suaves como parecían?

Pero entonces Jax DeLuca hizo lo que mejor sabía hacer: fastidiar el momento abriendo la boca.

—Hostia, piojosa —dijo con un tono totalmente distinto al de hacía un par de minutos—. Pensé que había visto un ogro, como Shrek.

Inconscientemente me llevé una mano a la cara, al darme cuenta de a qué se refería. La mascarilla que tenía puesta era de aguacate.

—Vete a la mierda —escupí.

Él se acercó más a mí, hasta que pude apreciar la sombra de sus pestañas a pesar de la oscuridad de la noche. Tenía aquel tono travieso y burlón en su mirada pero, de alguna forma, no terminaba de llegarle a los ojos.

—Espera... ¿O quizá seas el increíble Hulk?

Agh, a la mierda el pensar que podía ser un chico normal y sensible.

Jax era pura fachada, y yo no iba a ser quien lo aguantase.

—Ya, y tú Superidiota —protesté, dispuesta a irme de allí.

Era plenamente consciente de que, además de la mascarilla de aguacate (que, por cierto, no volvería a usar en la vida), también tenía un aburrido pijama de Taylor Swift.

Perdona, diosa Taylor, por decir aburrido. Quería aburrido para los tontos mortales o los desagradables haters que no saben apreciarte.

—Entonces ¿crees que soy un superhéroe? —continuó chinchando Jax.

Puse los ojos en blanco e hice el amago de alejarme de él pero, al separar la espalda de la pared no se apartó y mi cuerpo prácticamente chocó con el suyo.

No llevaba sujetador bajo la camisa y, aunque tampoco tenía tanto que ocultar, no me apetecía chocar contra su pecho y que lo notara. ¿Acaso no estaba pasando ya suficiente vergüenza?

—Sí, el increíble superhéroe, rey de los idiotas —murmuré, y eso le hizo sonreír.

—Nah, me gusta más Superidiota... Mejor eso que ser don Superamabilidad, como tu adorado Ezra Johnson.

Fruncí el ceño, y yo tampoco me hice a un lado. Mantuve su mirada sobre la mía allí, en la oscuridad. ¿A qué venía aquello?

Jax continuó hablando:

—El sábado escuché cómo te pedía una cita. ¿Ya se te han mojado las bragas o todavía no habéis quedado en nada?

—Eres asqueroso.

Las palabras salieron solas de mis labios. ¿Perdona? ¿Mojarse las bragas? No teníamos el suficiente nivel de confianza como para que hiciera esa broma. Solo Isabella podía, o quizá Heejin y Carla.

—Superasqueroso —repitió, apartando la mirada por unos segundos con la sonrisa torcida—. Me gusta.

Bufé, y finalmente hice el amago de apartarme...

Pero volví a chocar contra él, y acto seguido mi espalda lo hizo contra la pared.

Tomé aire y dije:

—¿Cómo sabes que me pidió una cita?

Aunque, en realidad, quería decir: ¿cómo sabes que me la pidió de verdad?

—Estaba allí, ¿recuerdas? Sirviendo pollo frito. Y escuché perfectamente cómo te la pidió.

Era cierto. Fue un poco antes de que crease un problema con Jason.

Podría haber pasado del tema, esperar unos minutos a que él se aburriera y regresar de nuevo a casa, pero algo en mi mente era incapaz de dejar pasar aquella oportunidad.

Jax parecía ser aplastantemente sincero, sin importarle herir o no a la otra persona, algo que a mis amigas sí les importaba. Ellas dijeron que Ezra de verdad quería salir conmigo, pero ¿y si solo fue para hacerme sentir mejor?

Al fin y al cabo, Ezra Johnson era... increíble. ¿Y yo? Una adolescente del montón con demasiadas pecas.

Por eso mismo alcé los ojos hacia él con decisión y pregunté:

—Entonces ¿no crees que estuviese bromeando?

Sus cejas prácticamente formaron una sola.

—¿Por qué demonios iba a estar bromeando?

Pensé en muchas respuestas: porque él está cañón y yo no, porque podría estar con chicas mil veces más guapas que yo, como Isabella... Pero, sobre todo, porque había sido tan penosa como para enviar un mensaje equivocado al chat de toda la clase.

En su lugar, lo que dije fue:

—No sé. ¿Por el mensaje que mandé?

Jax movió la cabeza hacia un lado. La sombra de sus pestañas se extendió un poco más por el párpado. En aquella oscuridad sus ojos parecían oscuros, perdiendo cualquier tono verdoso que tuviera sobre el marrón.

—El mensaje —repitió, pensativo—. Digamos que fue... una perfecta equivocación por tu parte. Y ahora él también quiere besarse contigo.

Una perfecta equivocación.

Qué manera más bonita de decir que había metido la pata hasta el fondo, y la había sacado cubierta de mierda.

—Mientras tú no quieras matarme, me vale —bromeé.

Pero Jax no se rio.

Su expresión se mantuvo seria, algo que me perturbaba. Me recordaba a aquel niño de hacía cinco años que me había pedido dejarlo en paz antes de insinuar que era una piojosa, pero...

No, ahora no era solo eso.

Cuando estaba serio, especialmente cuando me observaba... algo se calentaba en mi interior, pero no sabía reconocer qué era, porque no se trataba de nervios. Aquella sensación no me provocaba náuseas, como me ocurría con Ezra.

Al final fue él quien terminó de separarse de mí, dejándome el espacio perfecto para que me alejara..., sin embargo, no lo hice.

No entendía qué le pasaba... ni qué me pasaba con él.

Sus ojos estaban clavados en los míos, pero lentamente fueron bajando. Se fijaron en mis labios, y después en mi barbilla, justo antes de pasar al pijama.

—*You belong with me* —leyó despacio, fijándose en cada detalle.

Sentí cómo me ardían las mejillas, y recé a lo más sagrado para que el frío no hubiese hecho que mis pezones se endurecieran. O quizá no era solo cosa del frío...

—Es una canción de Taylor Swift —aclaré.

—Lo sé.

Tragué saliva, pero sentí la boca seca.

—¿Te gusta Taylor Swift?

—No está mal, aunque es muy mainstream.

Me reí sin poder evitarlo, y sentí parte de la repentina tensión evaporarse. Eso hizo que elevara las cejas y su piercing brilló en la oscuridad de la noche.

—Decir que algo es muy mainstream te convierte automáticamente en alguien muy mainstream.

—Touché.

La sonrisa de mis labios se convirtió en una real, y comencé a darme la vuelta para finalmente volver con mi tía. Si había hecho caso de mi advertencia, probablemente en estos momentos ya estuviese llamando a la policía.

O a los cazafantasmas, lo cual era aún peor.

—Nos vemos mañana, piojosa.

Agh. Qué idiota.

—Lamentablemente —farfullé sin volverme.

Llegué hasta los primeros escalones que llevaban al piso de arriba, pero cuando apenas había subido cuatro, escuché una voz detrás de mí:

—¡Oye, piojosa!

Me paré en seco y, al girarme, encontré a Jax al comienzo de las escaleras.

—Sabes que no me importa llevarte en coche al instituto, ¿verdad? —dijo, y parecía sincero —. Al fin y al cabo vamos al mismo sitio.

Me encogí de hombros, pero no bajé. En cambio, lo observé desde mis buenos metros de separación y de altura, y respondí:

—Puede, pero a mí no me apetece que lo hagas desde que sé que quieres acostarte conmigo dentro.

—Eso es mentira —replicó.

Una pequeña sonrisa rebelde volvió a cruzar su rostro. «En realidad», pensé, «me gustaba más cuando sonreía».

Hasta que dijo:

—Quisiera acostarme contigo en prácticamente cualquier lugar. Incluida esta barandilla.

Arrugué la nariz; no debería bromear con esas cosas.

—Eres asqueroso.

Estiró todavía más la sonrisa.

El chico que hablaba de la luna llamándola mentirosa era todo un chantajista. Especialmente con aquella maldita sonrisa.

—Y aun así, aquí estás —recalcó, subiendo un escalón hacia arriba—. Hablando conmigo.

Pero yo también subí uno más.

—Hasta mañana, Jax —me despedí antes de girarme.

—Hasta mañana, piojosa.

Pero ya no me molesté en discutir, y corrí escaleras arriba. Sola. Hasta el final.

lectuepubgratis2.com

10

Regresé a casa pensativa. A pesar de que siempre acababa estropeando los buenos momentos, Jax me había sorprendido. Nunca lo había visto tan calmado, ni le había escuchado pensamientos tan profundos, aunque bien es cierto que nunca habíamos compartido una conversación tan larga.

Mi tía estaba fregando los platos cuando entré en casa. Gracias al espacio diáfano pudo verme y con una sonrisa, gritó:

—¡Cuánto has tardado! Estaba a punto de llamar a los cazafantasmas.

No se me pasó por alto la burla en su voz. Caminé hasta el sofá y me dejé caer sobre él antes de contestar:

—Estaba hablando con Jax.

Eso captó su atención. Cerró el grifo del agua y con las manos todavía mojadas, caminó hacia mí y se sentó a mi lado. Parecía repentinamente eufórica.

—¿Y de qué hablabas con nuestro nuevo vecinito?

Se me ocurrió que quizá era el momento de preguntarle sobre Jax y lo pensativo que estaba mirando a la luna, pero no quería pensar más en él. Necesitaba desviar el tema, y se me ocurrió algo que llamaría más la atención de mi tía.

—No te lo he dicho, pero tengo una cita.

Efectivamente, lo hizo. Sus ojos se abrieron como platos y dio un pequeño salto de emoción sobre el asiento.

—¿Cómo?

—Bueno, todavía no hemos concretado nada y la verdad, no sé si va en serio o se está burlando de mí...

—¿Jax se está burlando de ti?

Alcé las cejas confundida, hasta que comprendí que me había malinterpretado.

—¡No tengo una cita con Jax! Fue Ezra quien me la pidió. De todos modos, puede que no me lo haya pedido en serio. Tal vez debería cancelarla.

—¿Quieres escuchar mi opinión? —comentó mi tía, secándose las manos en la tela de los pantalones.

Me miró con más seriedad, dejando de lado el entusiasmo inicial. Asentí y me senté un poco mejor. Mi tía siempre daba muy buenos consejos, aunque ella misma no los siguiese. Me había ayudado a convertirme en la persona que era en ese momento.

—Deberías seguir adelante con la cita. —Entrecerré los ojos hacia ella, que agarró una copa de vino que había dejado sobre la mesa de café y la balanceó en sus manos—. No pierdes nada por intentarlo, pero todo si no lo haces.

Me mordí la mejilla, lamentando haber terminado ya con todas las magdalenas y masticando mentalmente lo que me había dicho.

—Bueno, evitaría perder mi dignidad —comenté.

Tía Jenna dio un largo sorbo de vino y, cuando apartó la copa de los labios, me sonrió con una pizca de tristeza.

—¿Y qué se supone que te aporta la dignidad, Olivia?

Guardé silencio mientras sopesaba su pregunta, pero no se me ocurrió ninguna respuesta. Después de casi un minuto, ella asintió, pero no lo hizo dándome la razón.

—Exactamente. Nada. Escudarse en la dignidad es de cobardes. Tienes toda una vida por delante para meter la pata. Y sinceramente, mientras lo que hagas sea legal, métela tantas veces como puedas. Aprende de esas experiencias y, después de un tiempo, ríete del recuerdo.

Un sorbo más, y su mirada se perdió en el techo por unos segundos, como si todo su ser estuviese buceando en el mar del pasado. Al final volvió a mirarme, y declaró:

—La vida sería muy aburrida si todos intentásemos conservar siempre nuestra dignidad.

11

La semana siguiente, sin bici para poder ir a clase, Isabella me vino a buscar todos los días. Ella sí que era una buena amiga. No obstante y a pesar de la conversación que tuve con mi tía, seguía sin tener las cosas claras sobre Ezra. Apenas volvimos a hablar durante la semana, solo unas cuantas sonrisas intercambiadas en el pasillo. Por lo menos, la mayoría de mis compañeros parecían haberse olvidado del terrible mensaje equivocado.

También dediqué parte de mi tiempo a huir de Jax. Trataba de entrar en el coche de Isabella por las mañanas antes de que él saliera, puesto que casi siempre iba tarde. Sin embargo, no podía evitarle en el trabajo, aunque decidí esforzarme al máximo por ignorarlo.

El viernes la central del pollo frito estuvo bastante tranquila.

Jax continuó yendo al trabajo en su flamante coche negro, con el horrible uniforme que tan bien le quedaba solo a él.

Y la sucesión de chicas pidiendo salsa barbacoa y su número de teléfono continuó llegando.

De hecho, ese día fue incluso peor: me pidieron su número a mí.

—¿Algo más? —pregunté a la chica pelirroja y menuda que había pedido un menú infantil para comer—. Tenemos bolitas de queso por un dólar como complemento.

Esperé dos segundos a ver si se volvía hacia mí y me miraba a los ojos, como supuestamente sería normal y de educación hacer. Pero a esas personas no les habían enseñado educación.

La chica estaba contemplando con ojos golosos a Jax, quien en aquel momento se inclinaba sobre la barra para pasarle una tarjeta del restaurante a un chico bastante mono. Probablemente él también estaba intentando ligar, algo que confirmé cuando le dio diez dólares de propina.

En serio, Jax se haría rico en muy poco tiempo. Y trabajando en la central del pollo frito. Tenía mucho mérito, y también era sumamente injusto.

—Entonces serán cuatro con cincuenta —dije con voz monótona una vez dejé de mirarlo.

Tuve que aclararme la garganta y volver a repetirlo antes de que la chica a la que estaba

atendiendo me prestase atención. ¿Qué demonios pasaba con esta gente? En realidad lo entendía, Jax era guapo. Y misterioso. Y sexy.

Pero no era más que un chico.

La pelirroja, que parecía tener un par de años más que yo, finalmente me prestó atención y lanzó un billete sobre el mostrador. Suspiré, sabiendo que no tendría propina, lo tomé y abrí la caja para darle su vuelta.

Cuando las monedas se deslizaron en su mano, pareció prestarme atención de nuevo. Pero no fue para darme propina por mi buen servicio, sino para...

—¿Tienes su número?

Parpadeé dos veces, confusa.

—¿Perdón?

—Que si tienes su número —repitió, un tanto exigente—. El número de teléfono de tu compañero buenorro.

Ugh.

Tenía que haberlo visto venir.

—No, lo siento —respondí, tratando en vano de sonar amable y no irritada—. Es gay, ¿sabes?

El ceño de la chica se frunció, y tomó el tíquet que le entregué no muy convencida.

—¿En serio?

Asentí con ganas. Si de esa forma me libraba de ella, mejor. No tenía por qué aguantar que me pidiera a mí su número, podría ir directamente con él.

¿No había otros sitios donde ligar, o qué demonios pasaba? Sabía que Jax interesaba de forma sexual porque algunas chicas habían estado con él, pero dentro del círculo del instituto no era especialmente popular. Quizá, en parte, porque no estaba en ningún equipo, no se trataba con el resto de estudiantes, y a veces no aparecía por clase.

La chica se fue a esperar su pedido y yo miré el reloj en mi muñeca. No solía llevarlo, salvo en el trabajo. No podía sacar el teléfono móvil y tampoco tenía un lugar visible donde controlar la hora, así que tomé uno prestado de mi tía para aquellos momentos.

Me quedaban quince minutos antes del cambio de turno, y rogaba por que ese momento llegase de una vez.

Cuando alcé los ojos, me encontré con los de Jax. Él también tenía las mejillas encendidas y el pelo revuelto pero, de algún modo, le hacía parecer increíblemente sexy. Podías imaginarte cómo se sentiría meter los dedos dentro de su melena, acariciar sus rizos y rozar su piel.

En cambio, yo parecía un gato pasado por agua. Con el cabello aplastado contra las mejillas y respirando de forma agitada.

—Un combo de alitas barbacoa.

La voz frente a mí me hizo volver a prestar atención. Toda mi atención.

Hola, Ezra.

—Marchando —respondí con una sonrisa mientras tecleaba con rapidez su pedido—. ¿Algo

de beber?

¡Muy bien, Olivia! Que no se note que has vuelto a hiperventilar.

—¿Cerveza?

Sonreí ante su broma. Esperaba que fuese una broma. Pero cuando él se mantuvo serio y con las cejas alzadas, supe que no lo era.

Así que me aclaré la boca y dije:

—Te la pongo en un vaso de refresco y con tapa, ¿vale? Pero solo si es nuestro secreto.

Solo estábamos autorizados a vendérsela a personas mayores de veintiuno. Para mí era una norma un poco idiota. Luego la gente cumplía esa edad y se pegaba tales fiestas que acababa en el hospital, y muchas veces antes de eso conseguía robar alcohol a escondidas, como nosotros, así que en realidad daba igual.

Mis amigas y yo lo hacíamos en la pequeña bodega de los padres de Isabella, pero esto era porque allí tenían muchos vinos y estaban sumamente ricos. En realidad a mi tía le daba igual. En su último cumpleaños, compró tantos botellines de cerveza como años tenía. Acabamos bebiéndonos casi los treinta y siete ese fin de semana. Ahí conocí de verdad la resaca.

La primera vez que me dio a probar el alcohol yo tenía trece años. Siempre dijo que con su permiso o sin él, haría lo que me diese la gana, porque el mundo me presentaría la oportunidad, y prefería saber que tenía suficiente confianza en ella como para serle sincera con cosas como, por ejemplo, pasarme bebiendo.

Heejin siempre decía que mi tía era guay.

—Estaría genial —respondió Ezra.

Asentí, y le di la espalda para rellenar el vaso. Cuando me acerqué a la máquina, una sombra apareció a mi lado.

Jax DeLuca tomó un vaso de refresco, como yo, pero lo llenó de Pepsi.

—Hasta donde yo sé, Ezra Johnson tiene diecisiete o dieciocho años —comentó.

—Dieciocho —dije, buscando una tapa—. En Europa sería mayor de edad.

Los labios de Jax se curvaron en una sonrisa, pero lejos de ser traviesa, la había formado con desgana.

—¿Y? Esto no es Europa. Yo también tengo dieciocho. Y él no debería pedirte que le des alcohol. Podrían despedirte. Tú misma dijiste que no lo conoces lo suficiente.

Coloqué la tapa sobre la parte de arriba del vaso y tomé una pajita.

—¿Y quién se va a chivar? ¿Tú?

Escuché un sonido de suspiro a mi lado, pero evité mirar a Jax.

—Claro que no. Pero eso no significa que esté bien que te lo pida.

Entendía lo que quería decir. Sin embargo, no era la primera vez que lo hacía. Heejin, Carla e Isabella se habían bebido muchísimos litros de cerveza en aquel centro comercial, pero él no lo sabía.

Aunque comprendía su punto de vista. Ellas eran mis amigas y se entregarían antes que

traicionarme. Con Ezra, en cambio... no sabía.

Pero yo le interesaba, ¿no? No entregabas a una persona que te interesaba.

—¿Qué te importa? —le espeté antes de alejarme de él.

—Eres mi compañera.

Claro. Su compañera de trabajo. Y de clase. La chica a la que le preguntaban su número de teléfono.

Que te den, Jax DeLuca.

Mi tía me sirvió un sanísimo plato de verduras mientras yo estudiaba para el siguiente examen del instituto. En el futuro quería ser profesora como ella. Lo había decidido al cumplir siete años, cuando tía Jenna por fin consiguió encontrar trabajo de lo que había estudiado.

Tenía veinticinco años cuando mis padres murieron y trabajaba de nanny para una buena familia, que dejó que también cuidara de mí al mismo tiempo que de sus hijos. Pero con el paso de los meses se volvió más difícil y, al final, consiguió el trabajo de maestra en el que seguía en la actualidad.

Ella era mi heroína, y yo sería lo mismo que la había convertido en una superviviente: ser maestra.

—De verdad que no lo soporto.

Mi tía me miró con una sonrisa de circunstancias. Una que me dio a entender que mi repulsión hacia nuestro vecino le causaba, sobre todo, gracia.

—¡No te rías de mí, tía! —me quejé, frunciendo el ceño y dejándome caer sobre la silla de mi escritorio—. Me entenderías si tuvieses que soportarlo todos los días en clase, después también como vecino, y, por último, ¡hasta de compañero de trabajo!

Estaba sentada sobre mi cama. Aunque la habitación era muy pequeña, se las apañó para apoyar la espalda en la pared y mirarme con una sonrisa traviesa. Y tuvo el atrevimiento de decir:

—No me parece tan inaguantable. Solo un poco rebelde... Cuando yo tenía tu edad eso era sinónimo de tío bueno.

¡Tío bueno! ¡Jax DeLuca!

Vaya, que guapo lo era un rato, pero ¡el físico no era lo más importante! Su personalidad lo fastidiaba todo, con aquel tono sarcástico constante, esa actitud de «yo paso de la vida», la barbilla alzada como si fuese superior a los demás...

Agh. Tía Jenna no sabía de lo que hablaba.

—Jax DeLuca es inaguantable, ¿vale? Me cae muy mal, y ojalá no fuese nuestro vecino.

Mi tía puso una expresión extraña... Una que decía que no le gustaba nada lo que había dicho. ¿Acaso le caía bien? Pensaba que el que le gustaba era su padre.

—¿No hay nada de Jax que te guste? —presionó.

Apreté los labios y pensé. No iba a decirle a mi tía que físicamente Jax estaba de «toma pan y moja», y que yo podía babear por él perfectamente, como muchas más personas.

En su lugar, opté por decir:

—El otro día le pillé hablándole a la luna, y fue bastante majo por unos segundos... Por unos segundos, pareció otra persona.

No, no fue eso...

Lo que me gustó fue que, por un momento, su fachada de chico duro y misterioso desapareció. Y que, durante un brevísimo instante, Jax DeLuca se había convertido en simplemente Jax, mi vecino, mi compañero de clase, un chico adolescente con sentimientos.

Al final mi tía se puso más seria y dijo:

—Olivia, si te cuento algo, ¿me prometes no decirle que yo te lo conté?

Inmediatamente pensé en la conversación que había tenido con Jax. Cuando me comentó que pensaba que su padre le había contado algo a mi tía.

Ese algo, presentía, era lo que ella estaba a punto de decirme.

—¿Es sobre Jax?

Tía Jenna asintió, y yo también me senté mejor en la silla. Pero no esperaba lo que me reveló:

—Jax perdió a su madre por cáncer el año pasado, antes de que acabara el curso.

Miles de ideas e imágenes invadieron mi cabeza.

Entre ellas, aquel rumor de que se había ido de casa. El otro rumor, de que había tenido una sobredosis.

Todos y cada uno de los cotilleos. Todas aquellas palabras nocivas.

Cuando, en realidad, su madre había muerto.

—Lo pasó muy mal, y su padre lo mandó a Italia a pasar unos meses con su familia para que pudiera recuperarse. Pero nadie lo sabe.

No respondí. Me había quedado a cuadros.

Pobre Jax.

—No me había dicho nada.

—¿Y cómo lo iba a hacer, Olivia? No es tu amigo.

—¿Cómo sabes que no lo es?

Una sonrisa triste atravesó los labios de mi tía.

—Porque dudas de él. Dudas mucho y dices que te cae mal. Piensa en Isabella, en Heejin o en Carla. ¿Tendrías dudas de cualquier cosa que te dijeran?

Mis amigas podrían decirme que habían saltado de un quinto piso y sobrevivido, que habían visto a un chico invisible, lo que sea... y las creería. ¿Por qué iban a mentirme?

Pero de Jax... Siempre dudaba de Jax.

Sentí un tirón en el centro del estómago. Un castigo de la conciencia.

—Pero de Jax, ni siquiera crees que pueda ser simpático.

Mierda. Tenía razón.

—Bueno... Siempre se ha portado mal conmigo —agregué.

Y me sentí como una estúpida. Isabella también se había portado mal en alguna ocasión, como aquella vez que les dijo a sus padres que yo me había bebido la botella de vino reserva que guardaban en el salón, cuando fue ella.

Y la había perdonado.

—Lo entiendo —asintió mi tía—, pero creo que deberías darle una oportunidad, ¿vale? Lo ha pasado muy mal.

Asentí, y ella se levantó de mi cama con una sonrisa.

Jax DeLuca, ¿cuánto había de ti que no nos dejabas conocer?

12

El lunes siguiente Ezra Johnson se acercó a hablar conmigo.

Lo digo y no lo creo. Pero sucedió de verdad. Estábamos terminando de almorzar cuando Carla, que había aprovechado el rato para contarnos las múltiples razones por las que no soportaba a su hermanastro, se quedó callada de pronto.

Al seguir la dirección de su mirada me encontré con los ojos oscuros de Ezra. Esperaba tranquilamente de pie al lado de nuestra mesa.

—Ese chico tiene pinta de ser un poco gilipollas —comentó.

Tragué lo que me quedaba de ensalada y observé cómo Ezra dirigiría su atención hacia mí. Sabía que aquel era mi momento, ese que tanto había esperado.

Como mi tía había dicho, no tenía absolutamente nada que perder. Si me rechazaba, me refugiaría en mis amigas, muchísima comida basura y las canciones de Taylor Swift. Bueno, y vino robado de la bodega de los padres de Isabella, todo sea dicho.

—¿Qué tal, Olivia? —preguntó.

Incluso estando sentada, observándole en ese tipo de perspectiva nada favorecedora porque podía apreciar su mentón y los agujeros de la nariz... Ezra Johnson seguía siendo guapísimo.

Probablemente podría dejar su futura carrera como cirujano o jugador de fútbol para convertirse en modelo.

—Bien estoy yo —contesté, sintiendo la boca seca.

Acto seguido Heejin me pegó un codazo nada disimulado entre las costillas. Ahí me di cuenta de mi error y comencé a notar cómo el calor inundaba mi cara. Sin embargo, Ezra simplemente amplió la sonrisa, pero no como si se burlara de mí.

—Quiero decir que estoy bien —me corregí apresuradamente, y yo también traté de sonreír.

—Me alegro —dijo él.

Sus ojos, durante unos segundos, bajaron de los míos hacia el sur. Hacia mi boca.

Había leído en alguna parte, esencialmente en novelas de Wattpad, que cuando un chico hacía eso era porque tenía ganas de besarte.

¡Ay, Dios mío! Por las gafas de Harry Potter que si Ezra Johnson quería besarme no solo me dejaría, sino que también me desmayaría.

No obstante, enseguida volvió a alzar la mirada.

Bueno, era un muchacho educado. Minipunto para él.

—Quería decirte que tengo muchas ganas de que tengamos esa cita —continuó, con su sonrisa seductora—. Me preguntaba si te parecería bien quedar el próximo sábado. Conozco un sitio que hará que te chupes... los dedos.

—El sábado me viene bien —respondí, notando cómo mis mejillas se ruborizaban.

—Genial. Por cierto, estás muy guapa hoy.

Ezra me guiñó un ojo y se alejó de nosotras para regresar a su mesa, en la que Jason le dio unas palmadas en la espalda antes de lanzarnos una mirada y vitorear algo ininteligible.

Nada más volverme para mirar a mis amigas con cara de no poder creerme lo que acababa de pasar, Carla exclamó:

—¡Le gustas o le gustas!

Gemí por dentro y sonreí. Tenía ganas de saltar.

—Ha venido hasta aquí solo para decirte que tiene muchas ganas de salir contigo y que hasta tiene pensado el restaurante —añadió Isabella, entusiasmada—. ¡Está loco por ti!

Ojalá tuvieran razón. Quería dejarme llevar por la euforia y reír con ellas, pero una parte de mí todavía tenía miedo.

Comencé a recoger todo, porque era casi la hora de regresar a las clases.

Al levantarme, escuché que alguien tosía detrás de nosotras. Cuando me volví, me encontré con los ojos verdosos y burlones de Jax. Estaba levantándose de la mesa que había detrás de la nuestra. ¿Cuándo demonios se había sentado allí a comer?

Y aunque una semana atrás no me hubiese importado nada dónde estaba, dónde se sentaba o incluso si respiraba, entonces sí me importaba. Especialmente porque había pasado de ignorar su existencia a encontrármelo hasta en la sopa.

En el edificio de apartamentos, en mi trabajo, por la noche al sacar la basura, en mis pensamientos...

Pero lo que más me inquietaba en aquellos momentos era que parecía que Jax utilizaba cualquier mínima excusa para tocarme las narices e intentar molestarme, como si hacerme sufrir le causase un extraño y perverso placer.

Y en ese preciso instante, estaba bastante segura de que había escuchado toda la conversación...

Traté de ignorarlo y avancé hasta el mostrador para dejar mi bandeja vacía. Jax llegó a mi lado, y colocó la suya también, pero no dijo nada.

Tampoco habló mientras caminaba a mi lado hacia la salida. Mis amigas se habían quedado

rezagadas porque eran unas lentas comiendo y les daba igual llegar tarde a clase, así que estaba sola.

Cuando salimos al pasillo, Jax finalmente habló:

—Tienes un trozo de espinacas entre los dientes.

Me quedé completamente quieta, así que él frenó un poco más adelante. Al volverse, le dije:

—Estás mintiendo para reírte de mí.

La parte derecha de sus labios tiró hacia arriba.

Mierda.

—La verdad es que no. Lo tienes aquí, justo entre la paleta y el incisivo. Mira.

Extendió su teléfono móvil hacia mí, con la cámara abierta en modo selfi. Además de aparecer con cara de pandereta aplastada en la pantalla de su teléfono, cuando sonreí noté que, efectivamente, tenía un trozo verde y bastante grande de espinacas entre mis dientes.

¡Por eso Ezra me había mirado la boca!

Tierra, trágame.

—Poder ver tu cara en este momento no tiene precio.

—Cállate —gemí, llevándome las manos a la boca y arrepintiéndome de mi propia existencia —. Qué vergüenza.

De alguna forma conseguí que mis piernas me obedecieran y me llevaran a través del pasillo del instituto al baño más cercano.

Para mi disgusto, Jax me siguió.

—Pobre, pobre piojosa... —murmuró a mi lado—. Ha quedado mal ante su príncipe azul por culpa de una mala hierba.

Arrugué la nariz ante la mención del príncipe azul, que estaba muy anticuada. Sabía a qué se refería: el típico pensamiento de que el chico que amamos es como nuestro príncipe azul, tal como las películas antiguas de Disney veían el amor. El amor real y verdadero.

Pero se equivocaba.

—Ezra no es mi príncipe azul —repliqué.

—¿En serio? Pues no lo parecía hace unos minutos. Casi babeaste a sus pies cuando te pidió quedar.

Lo miré con la cabeza ladeada, sin dejar de caminar. ¿En serio Jax pensaba que las cosas en el romance eran tan básicas?

Ezra Johnson me atraía muchísimo o, en las palabras que Carla usaría... Me ponía cachonda.

Sin embargo, no sabía mucho más de él como para decir que estaba enamorada. Ni siquiera podía decirlo de Mateo Ford en su momento, de ahí lo de llamarlo mi amor platónico.

—En primer lugar, no babeé. Yo no babeo. Y en segundo, ¿qué te importa si me emociona o no que Ezra Johnson esté interesado en mí? De todos modos, tampoco es un secreto que él me gusta. Todo el mundo lo sabe por culpa de aquel maldito mensaje equivocado.

Jax parecía confuso.

—Entonces ¿no es tu príncipe azul, pero admites que te gusta?

Habíamos llegado al baño, así que me paré delante de la puerta. Aquella conversación, de pronto, se había vuelto un tanto entretenida.

—Claro.

—No lo entiendo.

Suspiré y posé una mano en el pomo de la puerta.

—¿El qué no entiendes? Ezra Johnson me gusta. Me parece guapísimo e inteligente, pero no lo conozco lo suficiente como para estar enamorada de él. Por ende, para mí no es nada parecido a un príncipe azul.

Jax frunció el ceño.

Sacudió la cabeza, dejando que sus rizos botaran en el aire. En ese momento pude ver un poco del piercing que llevaba en su oreja izquierda. Normalmente el pelo solía cubrirlo.

—Al menos Ezra tenía razón en una cosa que dijo... Estás muy guapa, pero no solo hoy.

Después se fue, y yo entré al baño todavía más confundida que antes.

Cuando me acerqué al espejo, observé horrorizada que ahí el trozo de espinaca parecía incluso más grande. No sabía cómo Ezra aguantó la tentación de reírse de mí o señalarlo. Yo habría dicho algo.

Lo limpié con el dedo y tomé aire profundamente.

El sábado quedaría con él.

Lo haría, encararía por fin a Ezra Johnson y, si había un poco de suerte..., tal vez el mensaje se haría realidad y, al final, acabaría besándole.

13

—¿Me vas a dejar sola?

Mi tía me lanzó una mirada que, sin necesidad de traducirla en palabras, básicamente decía: tienes diecisiete años; no puede darte miedo quedarte sola en casa por la noche un día de entre semana.

Bueno, lo siento, tía, pero me lo da.

Era miércoles por la tarde y ella había quedado con unas amigas para cenar. Una de ellas estaba embarazada y le habían preparado una sorpresa. Pensaba que normalmente estas cosas sucedían los fines de semana.

—Tienes una pizza en el congelador.

Fruncí el ceño y la seguí a través de la sala hasta el baño. Tomó el frasco de perfume que solamente ella tenía permitido usar y prácticamente se bañó en él.

—Estoy en pleno crecimiento y no dejo de comer pizzas. ¿Sabes lo malo que puede ser para mi salud?

Se volvió unos segundos hacia mí, únicamente para lanzarme una mirada fría.

—También hay sobras en la nevera de la coliflor con bechamel que hice anoche. Solo necesitas calentarla.

Apreté los dientes. Tendría que haber recordado lo de la coliflor...

—De acuerdo, comeré pizza —gemí.

Con una sonrisa de suficiencia dejó el perfume y tomó un pintalabios.

—Ya me imaginaba...

Observé cómo se aplicaba el color rojo oscuro y luego cerraba el estuche de maquillaje. Me hice a un lado para dejarla salir del baño, pero la seguí de nuevo hasta la puerta de casa. Una vez llegó allí suspiró y me agarró por ambas mejillas, apretándolas hasta conseguir arrugarme la boca y la nariz.

—Mi niña ya es toda una mujercita, no necesita una niñera que la vigile constantemente.

—Di eso para consolarte mientras comes una cena rica y apetitosa —me quejé, soltándome de su agarre—. Como me entere de que comes tarta de chocolate y no me traes un trozo, me enfadaré mucho.

Una chica tenía sus principios. Ya que ella disfrutaría de una buena cena, por lo menos podría acordarse de su pobre y desdichada sobrina cuando llegase la hora de los postres.

—Haré lo que pueda —me aseguró.

Y luego salió de casa, y me quedé sola en el apartamento.

No era la primera vez. De hecho, mi tía me había dejado sola desde que cumplí los trece, pero normalmente ocurría en fines de semana y yo me iba con Isabella. O durante el día, no cuando faltaba media hora para que se pusiera el sol.

Sabía que no me quedaba otra, así que saqué los libros y me puse a estudiar Matemáticas. Cuando pasó una hora y me dio hambre saqué la pizza del congelador y la metí al horno. Por norma general me gustaba decorarla con un poco más de tomate, champiñones y queso, pero entre semana, como tenía que madrugar para ir al instituto, me volvía más perezosa. Especialmente si la cena era solo para mí.

Apenas llevaba diez minutos en el horno, mientras yo intentaba entender un ejercicio de logaritmos, cuando la luz se fue.

Al principio pensé que era culpa de los plomos. ¿El horno los había hecho saltar? Me levanté a oscuras, esperando a que mis ojos se acostumbrasen a la falta de luz. Además de pequeño, el apartamento también era sombrío, y como fuera era de noche, no se veía nada.

Sin embargo, los plomos parecían estar bien. Al asomarme a la ventana me percaté de que fuera tampoco había luz.

—Genial —suspiré al entender la situación.

Si se había ido en toda la urbanización, probablemente no volveríamos a tener electricidad hasta pasada la medianoche. Lamentablemente ese tipo de averías sucedía mucho más a menudo de lo que me gustaría.

Ya estaba casi acostumbrada, por lo que me dirigía al cajón donde guardábamos las velas y el encendedor... cuando llamaron con mucha fuerza a la puerta.

En silencio tomé una vela y la encendí, valorando si debía abrir o no.

Era de noche. Estaba sola en casa. Se había ido la luz. ¡A saber quién era!

Volvieron a llamar, esta vez un poco más fuerte. Madre mía, ¿pretendían echar la puerta abajo?

—¿Hay alguien en casa? —gritaron desde el otro lado.

Reconocí la voz de mi querido y amable vecino Jax.

Me planteé seriamente no abrir, a pesar de conocerlo, pero me sentí de inmediato mala persona. Probablemente no estuviese acostumbrado a aquellas caídas de electricidad. Ni siquiera yo lo estaba del todo a pesar de lo a menudo que sucedían. Le daría un par de velas para él y su

padre y me despediría.

Caminé con paso decidido hacia la puerta, no fuera a ser que me echara atrás, y al abrirla me encontré a Jax apoyado en el marco de la puerta, esperando.

Sin camiseta.

Tragué saliva e hice un gran esfuerzo por evitar que mis ojos se posasen más de la cuenta en aquel pequeño gran detalle.

Pero a ver, ¿quién iba sin camiseta en pleno enero? ¿Y por qué? Al menos podría haber tenido la decencia de ponérsela antes de venir a llamar a mi casa y...

—Anda, ¡sí que era cierto que tienes un piercing en el pezón! —exclamé.

Efectivamente, no había puesto demasiado esfuerzo en no mirarlo. Y tampoco en poner filtros a mi boca.

Lejos de avergonzarse, Jax encontró aquella situación sumamente divertida. Lo sé porque aquella sonrisa suya tan impertinente comenzó a formarse, y llegó a los ojos. Vi el brillo travieso gracias a la luz de la vela. Se inclinó un poco más hacia mí, y añadió:

—¿Te gustaría saber dónde más tengo uno, piojosa?

Si los rumores eran ciertos, podía imaginarlo perfectamente. Pero me negaba a confirmarlo.

—Que te den —repliqué.

Y me dispuse a cerrar la puerta de nuevo.

Sin embargo, la mano de Jax lo impidió, y yo me hice atrás para mirarlo con hastío y saber qué narices quería.

—Estaba con el ordenador y de pronto se fue la luz, internet y todo. Venía a comprobar que, efectivamente, se ha ido en todo el bloque.

Asentí despacio y dejé de estar a la defensiva. Entendía cómo se sentía. Era un fastidio, especialmente si no estabas preparado.

—Ve acostumbrándote, suele suceder una vez cada dos meses, más o menos.

—¿Y tardará mucho en volver?

Me dio un poco de pena. Solo un poco. Por eso mismo me hice a un lado, invitándolo a pasar.

—Ven, entra. Voy a darte unas velas para que os podáis alumbrar.

Agradecí la tenue luz de la vela cuando Jax entró en mi salón, porque mientras él iba sin camiseta, yo iba de nuevo en pijama. Esta vez no era de Taylor Swift, sino de gatitos y corazones. Además, llevaba debajo un sujetador de licra muy fino, lo que me hacía sentir un poco desnuda.

Mientras colocaba la vela en la mesa y sacaba unas cuantas más del cajón, Jax preguntó detrás de mí:

—¿Huele a pizza?

—Metí una al horno hace diez minutos... Ya debería estar hecha.

De hecho, en realidad había tenido suerte de que la pizza hubiese estado en el horno al menos ese tiempo. Podría cenar caliente. De otra forma...

De otra forma estaría como Jax, sin comida, sin luz y sin internet.

Cuando lo miré, entre las luces y sombras de la vela, vi que su mirada se dirigía a la cocina.

Mierda, ¿cómo era capaz de poner aquella carita de pena?

—Jax... —comencé a decir, sabiendo que podría arrepentirme de mis palabras—, ¿quieres quedarte a cenar pizza precocinada conmigo?

Volvió su rostro hacia el mío con una expresión totalmente distinta.

—Es la propuesta más sugerente que me has hecho hasta el momento, piojosa. Me encantaría.

Y yo ni siquiera sabía por qué demonios lo estaba haciendo. Encendí una vela más e intenté ignorar sus últimas palabras.

—Genial. Vete a por una camiseta primero, que yo preparo todo.

—¿Por qué? ¿No te gusta como estoy ahora?

Ladeé la cabeza y fingí estar pensativa, hasta que finalmente susurré:

—Digamos que... el piercing de tu pezón brilla mucho a la luz de las velas. Me da la tentación de arrancártelo.

La sonrisa creció en su rostro.

—Mientras sea a mordiscos, como tú prefieras. Puedes intentar hacer lo mismo con el de...

—¡Vete a por una camiseta, Jax!

Entre risas, tomó una de las velas y se fue del apartamento.

Valoré la opción de cambiar el pijama mientras lo esperaba, pero al final decidí no hacerlo. ¿Qué imagen le estaría dando entonces? Que me importaba mi aspecto delante de él, y no era cierto.

Me daba igual lo que el idiota de Jax DeLuca pensara de mí.

Encendí unas cuantas velas más hasta que el ambiente quedó aceptable. Cuando Jax regresó, con una camiseta puesta, me ayudó a preparar la mesa del comedor para cenar. Aparté los libros del instituto y él colocó un par de platos.

—¿Hacías los deberes? —preguntó con curiosidad mientras dejaba los libros sobre el sofá.

Tomé unas tijeras y regresé a la mesa. Él observó con el ceño fruncido cómo comenzaba a cortar la pizza con ellas. Sabía que no era el mejor método, pero sí bastante eficiente.

—A diferencia de ti estudiaba —contesté por fin—, no veía porno.

—¿Cómo sabes que estaba viendo porno? ¿Me espías?

No lo sabía. Solo se lo había dicho para fastidiar.

Inmediatamente después, la imagen de Jax sin camiseta, tirado en una cama y tocándose invadió mi cabeza. Los colores no tardaron en llegar, y agradecí la poca luz que nos daban las velas.

—Tendrías que ver tu cara ahora mismo —se burló, y tomó uno de los trozos de pizza—. Estaba buscando vuelos.

—¿Vuelos? ¿Te vas de vacaciones?

Negó con la cabeza. Mientras yo soplaba mi porción de pizza él dio un mordisco a la suya.

¿No se quemaba?

—Tengo pensado tomarme un año sabático cuando termine el instituto —me explicó—. Viajar por el mundo, conocer otras culturas, aprender... Por eso estoy trabajando en el sitio del pollo frito.

Había oído hablar de esos años sabáticos, pero nunca me había planteado tomarme uno. Tenía bastante claro desde hacía mucho tiempo que sería profesora como mi tía, y para poder estudiar la carrera necesitaba ahorrar todo el dinero posible.

—¿Y qué hay de la universidad?

Jax tomó otro trozo de pizza. ¿Cómo demonios podía comer tan rápido? Y sin quemarse.

—¿Qué pasa con ella? No todo el mundo tiene que estudiar en la universidad, ¿sabes?

Lo sabía, pero seguía sorprendiéndome. Casi todas las personas que conocía tenían intenciones de estudiar algo después del instituto, aunque no fuese en la universidad. Solo había escuchado a Jax decir lo del año sabático.

—¿Qué harás tú? —preguntó al ver que no respondía.

—Quiero ser maestra —confesé—. Como mi tía.

—Ya veo. ¿Te gustan los niños?

Me encogí de hombros, y di un mordisco a mi pizza. Si no me daba prisa se la comería entera y no me dejaría nada.

—Supongo.

Alzó las cejas y dejó la porción en el plato unos segundos. Milagro.

—¿Solo supones? No hay nada peor que un maestro sin vocación. Seguro que hay más cosas que te gustan.

Me quedé pensativa unos segundos, aunque sus palabras me dolieron un poco. Se podría decir que la música de Taylor era mi otro hobby. Me encantaba localizar en el mapa del mundo dónde se celebraban sus conciertos e imaginar que conseguía ir a uno de ellos. Entonces investigaba sobre cada ciudad donde tocaba y todo lo que podía hacer en ella. Pero no era más que eso, un pasatiempo, mera curiosidad. Me encantaría poder ganarme la vida con algo así, pero ¿cómo?

—Me gustan muchas cosas, ¿vale? —protesté y sacudí la cabeza—. De todos modos, ¿quién te dice a ti que no tengo vocación? Es una profesión preciosa.

Mi tía siempre volvía muy cansada, pero cada mañana la veía salir de casa con una gran sonrisa. Muchos días regresaba contando anécdotas de los niños a los que daba clase. Se veía a la legua lo feliz que la hacía su trabajo.

Jax no parecía pensar lo mismo.

—¿En serio? Porque a mí me da la sensación de que solo quieres ser maestra porque tu tía lo es. Y esa es una razón un poco estúpida para escoger a qué vas a dedicar tu vida.

Pero él no me conocía. Molesta, le apunté con el borde de la pizza, que casi nunca me comía.

—Mira quién fue a hablar. ¿O sabes ya qué va a pasar con tu vida después de tu año sabático?

Se encogió de hombros, y continuó con la cena.

—¿Importa acaso? La vida es demasiado corta como para preocuparse por tonterías. Puedes tener la vida planificada, y que luego no salga como quieres. Podrías enfermar. O podrías morir.

Me quedé callada, saboreando un trozo con especial cantidad de queso. Intuía que lo decía por su madre, y no sabía qué contestar a eso.

Jax notó enseguida mi silencio. Esta vez me miró con una sonrisa triste y no burlona.

—Tu tía ya te contó que mi madre murió, ¿a que sí?

Asentí.

—Lo siento mucho.

Fue lo único que se me ocurrió decir. Quizá yo no opinaba lo mismo que él, pero no por eso debía decírselo. Al final, la gente tiene distintas formas de ver las cosas, la vida sobre todo.

Él continuó hablando:

—Deberíamos haber estado preparados para que ocurriera, ¿sabes? En realidad creo que mi padre sí lo estaba. Ella llevaba enferma tanto tiempo que no puedo recordar cuánto. La primera vez que escuché la palabra «cáncer», tenía diez años.

Sus ojos relampagueaban con las velas. Desde aquella perspectiva parecían muchísimo más oscuros... y muchísimo más profundos.

Evité decir nada mientras él siguiera hablando. Algo me decía que necesitaba contármelo, no por ser yo, sino porque alguien le escuchara.

—En poco tiempo esa palabra se adueñó de nuestras vidas. Los médicos dejaron claro desde un principio que no sabían cuánto tiempo le quedaría. Nadie pensaba que llegara a vivir más de un año, mucho menos siete. Yo no quería ir a clase para poder pasar más tiempo con ella. Me llevaba el teléfono para poder preguntar cómo estaba. Y mi madre mentía diciendo que estaría conmigo para siempre.

Me di cuenta en ese momento de que quizá por eso Jax era tan solitario. Había estado pendiente de su madre, de disfrutar más de ella. Y en el camino, se alejó del resto de las personas.

Se removió en la silla, y cambió su expresión distante a una un poco más alegre.

—Aunque aprendí una valiosa lección: no te puedes encariñar con nadie, porque corres el riesgo de perderlo.

Fruncí el ceño. No me parecía una lección bonita, la verdad.

—¿Tú no te encariñas con nadie?

Negó con la cabeza.

—Nunca.

—Entonces... ¿tampoco te enamorarás de nadie?

Alzó los ojos, atrapando los míos, y contestó:

—No, si puedo evitarlo.

Tomé otro trozo de pizza, y comencé a comerla en silencio, pensando en las palabras de Jax. Me parecía muy triste eso de no querer enamorarse nunca de nadie. Yo todavía no lo había

hecho. Me había gustado algún que otro chico, y había tenido un par de romances pasajeros de verano, pero nunca me había enamorado de verdad.

Daba miedo, eso lo entendía. Sin embargo, una vida sin amor me asustaba aún más.

—Y así, piojosa, tras siete años luchando contra una enfermedad incurable, fue como mis padres se dejaron todos sus ahorros en pagar facturas médicas. Mientras yo estuve en Italia, mi padre aprovechó para arreglar papeles y poner nuestra casa en venta. Así que cuando aparecieron compradores tuvimos que mudarnos a este cuchitril.

¡Y volvíamos a atacar el complejo de apartamentos! Aunque, teniendo en cuenta que estábamos cenando sin luz una noche de entre semana, no podía culparle por pensar así.

—¡Oye! Que esto no está tan mal. Es bastante mejor que vivir en la calle.

—Lo sé... pero no tiene los recuerdos de mi madre, ¿sabes?

Asentí despacio. Los recuerdos son los que convierten cuatro paredes en un hogar.

—Mi tía y yo nos mudamos aquí cuando tenía doce. Vendimos el otro apartamento donde había vivido con mis padres. Sé que no es lo mismo, porque yo solo tenía cinco años cuando murieron, pero... lo entiendo.

Continuamos comiendo la pizza, y la luz al final regresó antes de lo esperado. Fue un alivio, porque no había terminado los ejercicios de Matemáticas y hacerlos a la luz de las velas no hubiese sido nada cómodo para mis ojos.

Llevamos los platos al fregadero, apagamos las velas y acompañé a Jax hasta la puerta. Con la luz eléctrica podía ver mucho mejor, y me sentí pequeña en mi pijama fino, mientras él vestía una camiseta y vaqueros normales.

Coloqué la mano en el pomo de la puerta, pero antes de girarlo, le escuché decir:

—Gracias por la cena, Olivia.

Abrí la boca sin ocultar el asombro.

—No me lo creo.

—¿El qué no te crees?

Parecía confundido, y eso me hizo reír.

—Me has llamado por mi nombre. Y yo que pensaba que no lo sabías...

Mientras seguía burlándome, Jax dio un paso hacia mí. Solté el pomo, y mi espalda chocó contra la puerta mientras él comenzaba a invadir parte de mi espacio personal.

—No te acostumbres... —susurró, inclinando la cabeza hacia mí—. Y no me gusta tener deudas, así que otro día seré yo quien te invite a una pizza.

Noté que el corazón comenzaba a latirme un poco más rápido de lo normal. De alguna forma, no estaba incómoda, pero...

Sus ojos parecían más oscuros cuando no les daba la luz natural, pero aún podía apreciar aquellas motas verdes. Y sus labios carnosos y entreabiertos.

—No hace falta, gracias —negué.

—Insisto. Recuerda que soy mitad italiano. Tengo una receta familiar que queda de muerte. Y

mis lasañas... —Bajó el rostro un poco más—, te provocarían un orgasmo.

Arrugué la nariz, pero en realidad estaba comenzando a sentir la sangre corriendo por todo mi cuerpo. Por mi rostro, por mis brazos, en la parte baja de mi estómago...

—Eres un guarro hablando, ¿lo sabías?

—Y tú tienes los pezones duros... Justo como la otra noche.

Tragué saliva de forma pesada. Se refería a cuando lo había pillado mirando la luna al sacar la basura. Había ido en pijama, sin sujetador. Y el que llevaba ese día era demasiado fino...

Mantuve la mirada en la suya, evitando bajarla para comprobar si lo que decía era cierto... porque probablemente lo fuese.

—Así que quizá yo sea un guarro hablando —admitió—, pero a ti te pongo cachonda.

Volví a tragar saliva, y su mirada abandonó la mía para ir un poco más abajo, hacia mis labios. Cuando la subió, sus ojos parecían aún más oscuros.

—No te avergüences por ello, piojosa. Es todo un honor.

Con el rostro ardiendo y la palma de mis manos hormigueando, lo agarré por los hombros y lo hice a un lado. No opuso resistencia.

—Lárgate, Jax.

—Hasta mañana, piojosa.

Pero antes de alejarse, volvió a acercar el rostro al mío. Contuve el aliento cuando sus labios rozaron mi mejilla en un suave beso que lanzó chispazos de electricidad nuevamente por todo mi cuerpo.

—De verdad, gracias por la cena —susurró.

Y después desapareció de vuelta a su casa, dejándome con la cabeza hecha un lío y el corazón a punto de salírseme del pecho.

14

Isabella
ˇMe he quedado dormida! No voy a poder ir a buscarte a casa y llegar a tiempo a clase. ¿Hay alguna forma de que consigas ir por tu cuenta al instituto?

Así de mal comenzó mi mañana aquel viernes. Y justo por ese mensaje me encontraba corriendo a toda velocidad, camino a clase, a las ocho de la mañana. Había intentado localizar a Heejin o Carla, por si sus padres podían tomar un desvío y pasar a por mí, pero no hubo suerte. Lo mismo con mi tía.

Isa me había dicho que si no encontraba a nadie no pasaba nada, nos saltábamos la primera hora y nos íbamos a por un café. Pero no me parecía una buena opción, prefería que al menos ella consiguiera llegar a tiempo y no ponerla en ese compromiso.

Además, tenía acumuladas tantas faltas por retrasos que no me sorprendería si un día acababan echándola.

Continuaba corriendo por la calle cuando un conocido coche negro llegó a mi lado y redujo la velocidad. Paré, en parte porque lo necesitaba. Respiraba de forma agitada y sentía que me ardía la garganta por el esfuerzo.

¿Sería posible que me estuviese quedando sin pulmones?

—¿Te llevo a clase?

Me tomé unos segundos antes de contestar, tratando por una parte de recuperar el aliento, y por otra de no morirme. Aquellas carreras a primera hora de la mañana no podían ser saludables.

—No te preocupes —le aseguré—. Puedo ir andando.

Jax no pareció muy convencido, así que me puse erguida. Me había apoyado en las rodillas para recuperarme.

—¿Te das cuenta de que no vas a ser capaz de llegar a tiempo por mucho que corras? Y por lo que parece, tampoco lo harás viva.

—Gracias, Jax. Pero de verdad, puedo ir sola.

Escuché cómo suspiraba. No había movido el coche del sitio, y alguien que pasaba con mucha prisa le pitó con rabia mientras se cambiaba de carril para adelantarlo.

—Vamos, Olivia. No seas cabezota y deja que te lleve a clase. Vamos al mismo sitio, ¿sabes?

Apreté los labios sin querer decir que sí todavía. Si aceptaba, probablemente me estaba asegurando un viaje cargado de burlas. Pero, por otro lado, apenas serían unos minutos.

—Y si seguimos aquí discutiendo acabaremos llegando tarde los dos —agregó.

Está bien. Tenía que dejar el orgullo a un lado por una vez. La situación lo exigía. ¿No había dicho ya que a veces perder también es ganar? Iría con Jax en el coche, pero conseguiría llegar a clase a tiempo y, tal como él había dicho, viva. Mis pulmones estaban muy desacostumbrados a estos esfuerzos.

Quizá debería valorar empezar a salir a correr algún día a la semana...

—Buena decisión —me dijo cuando rodeé su coche para sentarme en al asiento del copiloto.

Eché la mochila a los pies y me coloqué el cinturón de seguridad mientras él volvía a poner en marcha el coche y nos incorporábamos a la carretera.

Con el rabillo del ojo observé a Jax conducir. Tenía una mano en el volante, y el otro brazo apoyado en la ventanilla, que aún seguía abierta. Me preguntaba si nunca tenía frío. Un día aparecía sin camiseta, al siguiente conducía con las ventanillas bajadas...

—No sabía que el viaje en coche incluiría servir de aperitivo —comentó de pronto, con una sonrisa ladeada.

Aparté la mirada rápido. Demasiado rápido, a decir verdad. Pude escuchar perfectamente la risa grave de Jax.

—Tranquila, piojosa. Te contaré un secreto.

Se inclinó unos centímetros hacia mí, y apartó la mirada de la carretera tan solo unos segundos. Los suficientes para susurrar:

—En realidad me encanta que me mires.

Me mordí el labio y me hice a un lado mientras él volvía a colocarse bien y se reía. Me costaba entender a Jax y su forma de ser.

—¿Eres así de ligón siempre, o solo conmigo para molestarme?

—Diría que especialmente contigo..., pero no solo para molestarte.

Alcé las cejas y lo miré con mi mejor cara de «no te creo nada».

—Vaya, ¡cualquiera lo diría cuando hace nada insinuaste que era fea!

Su rostro adquirió un matiz de desconcierto bastante creíble, como si no supiera de qué le estaba hablando. Era muy buen actor.

—¿En serio? No me suena nada haber hecho tal cosa.

Pues yo sí lo recordaba. Y perfectamente.

—Lo hiciste. El día que comenzaste a trabajar en el pollo frito. Dijiste que tú eras un chico muy atractivo y luego que yo era una chica muy... Me miraste de arriba abajo y terminaste con un triste «una chica».

Jax tomó aire y lo soltó despacio, observándome con admiración.

—Vaya. Menuda memoria.

—Vete a la mierda.

Me crucé de brazos en el asiento y miré hacia la carretera. Yo a él jamás le había insinuado que era feo... aunque sí otras cosas. Sin embargo, tampoco iba flirteando todo el tiempo, como hacía él.

Después de unos segundos de silencio, volvió a hablar:

—Lo siento. No debí decir eso. Claro que me pareces atractiva. Además, el otro día te dije que estabas muy guapa. ¿O de eso no te acuerdas?

Gruñí. Sí me acordaba, pero no tan bien como de lo que dijo cuando insinuó que no lo era. Quizá era una tontería, pero muchas veces los halagos se olvidaban antes que los insultos. Esos se te clavaban como una espinita imposible de quitar.

Como no dije nada más, añadió:

—Lo digo en serio, piojosa. Eres muy atractiva y estaría más que encantado de enrollarme contigo. Si quieres podemos dar media vuelta y volvemos al apartamento. Mi casa está vacía ahora mismo.

Estaba sonriendo, así que no sabía si trataba de tomarme el pelo o lo decía en serio, pero no iba a descubrirlo en ese momento.

—Casi que mejor vamos a clase, ¿te parece?

—Una pena, pero tenía que intentarlo.

Resoplé y me dejé caer en el asiento, con los ojos clavados en la carretera para no mirarlo... y una pequeña sonrisa en los labios.

Jax DeLuca me confundía. Y mucho.

Pareciera que se pasaba todo el día ligando, y no solo conmigo. Le había visto conseguir propinas vendiendo pollo y sacando caídas de ojos a muchísimas chicas, como por ejemplo a la hermana de Jason. Además, en ocasiones parecía que solo quería molestarme, y otras veces...

No sabía qué quería. Estaba totalmente confundida.

Y justo cuando por fin hubo un rato de silencio y me sumí unos segundos en mis pensamientos, el coche pegó un brinco. O, mejor dicho, Jax pisó el freno con tanta fuerza que agradecí a mi cinturón lo bien que me estaba sujetando.

Con una mezcla de sorpresa y miedo tomé aire y miré alarmada primero a Jax, asegurándome de que no le había pasado nada, y luego a la carretera. Él también se había vuelto hacia mí.

—Perdona, ¿estás bien? —me preguntó.

Asentí despacio mientras el pulso se me calmaba. ¡Menudo susto! Delante de nosotros, a unos cuatro metros en la carretera, había un niño pequeño tirado en el suelo. ¿Qué narices hacía ahí? No debía de tener más de cinco o seis años y parecía solo. Además, estaba llorando.

Jax puso los cuatro intermitentes y se bajó del coche muy rápido. Cuando me quité el cinturón de seguridad él ya había llegado a la altura del niño. Se agachó a su lado y pude ver que parecía ileso, solo que muy muy triste. Lágrimas enormes rodaban por sus mejillas y tenía los ojos hinchados.

—Estaba buscando a mi gato, Calcetines. Pero no lo encuentro.

—¿Y tus padres?

El niño lloró con más fuerza.

—No saben dónde estoy. Me escapé para buscarlo y yo también me perdí.

Jax suspiró y luego le tendió una mano para ayudarlo a levantarse. Por un segundo pensé que le recriminaría estar tirado en medio de la calzada, pero daba la sensación de que aquel niño se había tropezado porque tenía los cordones desatados. Menos mal que aquella carretera no era muy transitada.

Lo llevó hasta la acera para que se sentara y comenzó a atarle los cordones mientras intentaba tranquilizarlo.

—De acuerdo, campeón. ¿Cómo te llamas?

—Ryan.

—¿Y tus padres?

—No... No sé. Son papá y mamá.

—Vale, vale, no pasa nada... ¿No sabrás su teléfono por casualidad?

Sacudió la cabeza, pero luego comenzó a quitarse la chaqueta. No entendí nada hasta que le enseñó a Jax una etiqueta que tenía a la altura del cuello. Ahí tenía escrito su nombre completo, «Ryan Brown», y un número de teléfono.

—Eh, bien, eso está muy bien. Llamaremos a tus padres y les diremos dónde estás, ¿vale?

—Pero se enfadarán... ¡Y no he encontrado a Calcetines!

—Estoy seguro de que Calcetines volverá pronto. Los gatos son muy listos, ¿sabes? Seguro que solo quería salir a vivir unas cuantas aventuras.

Ryan no pareció del todo convencido, pero dejó que Jax marcara el número de teléfono y llamara. Enseguida alguien contestó al otro lado de la línea. Mientras tanto, yo dejé mi propio teléfono al niño para que pudiera distraerse con uno de los pocos juegos que tenía descargados.

Jax estacionó su coche a un lado de la carretera para no entorpecer el tráfico.

—Lo siento, Olivia. Ahora sí que llegaremos tarde al instituto.

Sacudí la cabeza, eso ya no importaba. No podíamos dejar a aquel niño solo y perdido en medio de la carretera. A Jax le dio tiempo a echar una competición de ver quién conseguía más puntos en el juego antes de que un vehículo familiar llegara y aparcara justo delante de nosotros.

La madre del niño salió disparada de él y corrió a abrazar a Ryan. Parecía mucho más

preocupada que enfadada, lo cual fue un alivio.

Nos despedimos de ellos y retomamos el camino hacia el instituto.

—Espero que encuentre a Calcetines —comentó al cabo de unos segundos.

Asentí y apreté los labios para no mirarlo de reojo. Jax tenía un lado dulce muy enternecedor, y me había gustado descubrirlo.

Parecía que Jax DeLuca no iba a dejar de sorprenderme.

Llegamos al instituto justo a tiempo, prácticamente a la vez que Isabella. De hecho, se acercó corriendo por detrás mientras caminábamos hacia la puerta de entrada.

—¡Lo siento mucho! —me saludó, lanzándose sobre mí—. Te llevaré al trabajo y te iré a recoger todos los días hasta que consigas otra bicicleta... ¡E incluso después!

Su disgusto me hizo sentir un poco mal. En realidad no tenía por qué hacer el esfuerzo de llevarme a clase cada mañana, no me debía ningún viaje extra al trabajo.

—No pasa nada —la tranquilicé mientras me soltaba de su abrazo—. Jax me ha traído.

En ese momento mi amiga pareció percatarse de que el chico que caminaba a nuestro lado era él. Y con los ojos abiertos como platos, lo miró y dijo:

—¿En serio?

Jax se encogió de hombros y contestó:

—Claro, al fin y al cabo venimos del mismo sitio. Somos vecinos. Lo que me recuerda... ¿Por qué no te llevo yo al trabajo después de clase? Volvemos a ir al mismo sitio.

—¿No te importaría? —preguntó Isabella, emocionada.

Mi amiga me volvió a mirar, totalmente entusiasmada con la idea. Quería decir que no, y de hecho probablemente mis ojos me traicionaron..., pero no pude. Decir que no sería volver a poner la carga de mis viajes en ella.

Lo mejor sería esforzarse para conseguir más propinas y comprar una bicicleta nueva lo antes posible. O incluso el coche, y así lo tendría para cuando comenzara la universidad.

—¡Por supuesto que no! —insistió Jax—. Además, sería un malgasto de gasolina que tú la llevaras.

Isabella dio una pequeña palmada al aire.

—Jo, ¡pues me harías un superfavor!

Jax aceleró un poco más el ritmo y entró antes que nosotras por la puerta del edificio. Después se giró para despedirse, pero lo hizo mirándome exclusivamente a mí.

—Entonces está hecho. Nos vemos más tarde, piojosa.

Guiñó un ojo, y se fue a su primera clase.

Isabella enganchó su brazo al mío y tiró de nosotras. A decir verdad, si no acelerábamos el paso al final acabaríamos por llegar tarde de todas formas.

—Parece simpático —comentó, refiriéndose a Jax—. No entiendo por qué te cae mal.

—¿No has escuchado que me ha llamado piojosa antes de irse?

Pareció pensarlo durante unos segundos.

—Ya... ¡Llámalo caraculo en respuesta! Para que sepa que te molesta.

Claro, una idea maravillosa.

—Jax sabe perfectamente que me molesta, por eso mismo lo hace... Y no pienso llamarlo caraculo.

—Tienes razón —asintió con decisión—. Su rostro es bonito. No le pega. Pensaré otro insulto por ti.

No pude evitar reírme, y le solté el brazo porque justo llegábamos a nuestra aula.

—Tú sí que eres una gran amiga.

Isabella me devolvió la sonrisa con plena satisfacción.

—Lo sé.

15

Odiaba trabajar en la central de pollo frito. De hecho, lo odiaba tanto que no había vuelto a comer nada allí desde hacía mucho mucho tiempo. Pero necesitaba aquel empleo para seguir ahorrando, tratar de comprarme un coche y poder ir a la universidad.

El pensamiento de un futuro mejor era lo que lograba que continuase yendo a trabajar cada viernes y sábado, mientras el resto de mis compañeros salían de fiesta.

Y lo odiaba especialmente desde que compartía el horario de trabajo con Jax, aunque...

—¡Te juro que está loco! Anoche amenazó con sacar el bastón y pegarme con él si no dejaba de mirar la luna, porque según él parecía un drogadicto. ¡Y luego me llamó mafioso!

Me reí y cerré el último bote de kétchup del local. Jax me estaba contando una de las tantas anécdotas que había tenido con los vecinos desde su llegada al complejo de apartamentos.

En todo el tiempo que mi tía y yo llevábamos viviendo allí, apenas habíamos tenido ningún problema, si acaso alguno pasajero. ¿Cómo podía Jax llevarse tan mal con tanta gente en menos de tres semanas?

—Un poco de pinta de mafioso la verdad es que sí que tienes —bromeé, ladeando la cabeza—. Y también de drogadicto.

Arrugó la nariz y me lanzó un tapón de refresco a la cara, lo que hizo que me riera aún más.

—Ja, ja. Muy gracioso, piojosa.

Efectivamente. Jax y yo nos llevábamos un poco mejor ahora que el primer día de trabajo. Pero solo un poco mejor.

Me seguía pareciendo un idiota incapaz de parar de ligar, por no mencionar que seguía llamándome piojosa. Pero me había acercado a clase aquella mañana, y después al trabajo. En realidad, cuando le cogías el punto a su extraño sentido de la diversión, podías reírte un poco con él...

Salí a tirar unas bolsas de basura mientras él se quedaba al pie del cañón, por si entraba algún

cliente. Cuando regresé, vi que estaba atendiendo a alguien. Me acerqué por si necesitaba que le echase un cable, cuando me percaté de a quién atendía.

La chica pelirroja que me había pedido su número la semana anterior, y a la que yo había dicho que Jax era gay.

Y, por lo que parecía, ya había descubierto que era mentira... porque estaba apuntando algo en el teléfono y, al enseñárselo a Jax, él asintió. Después vi cómo la chica, sin dejar de sonreír, se llevaba el móvil a la oreja y tras unos segundos lo apartaba.

Acababan de intercambiar números.

Bueno, Olivia, piensa en positivo.

Primero, a ti te da igual si Jax liga o deja de ligar. Él no es tu problema.

Y segundo, ¿cuántas posibilidades hay de que esa chica le cuente a Jax que yo le había dicho que él era gay?

Cuando la chica se alejó y Jax me miró al volverse, supe que la respuesta era «muchas». Se lo había dicho.

Me escondí como una cobarde en la parte de atrás del local, y simulé estar interesada en el inventario, sobre todo cuando él entró.

Se apoyó contra la pared que había a mi lado, con el cuerpo girado hacia mí y los brazos cruzados. Carraspeó dos veces hasta que me digné a mirarlo.

Estaba sonriendo.

—¿Sabes? Esa chica tan mona que me acaba de dar su número me ha dicho algo bastante curioso.

Mierda. Mierda. Mierda.

—No me digas.

Di que sí, Olivia. Ante todo, tú mantén la calma.

Pero Jax se inclinó un poco más hacia mí, y tuve que dejar de disimular. La distancia a la que se quedó era tan peligrosa que podía diferenciar cada pestaña en sus ojos. Y había muchas.

—Resulta que mi adorable compañera de trabajo le dijo el otro día que yo era gay. Qué curioso, ¿verdad?

—Muy curioso —asentí, aunque sabía que hacerme la loca no funcionaría en aquellos momentos—. ¿También dijo lo de adorable?

—No, eso es un añadido mío.

Descruzó los brazos y para mi sorpresa acercó una mano a mi rostro. Contuve el aliento cuando sus dedos me rozaron la frente, por la línea donde nacía el pelo. Quitó una pelusa, y la sacudió entre nosotros. Después volvió a mirarme, y le dije:

—Me incordió pidiéndome tu número, ¿vale? No pensé que te molestaría.

Jax negó con la cabeza.

—Oh, y no lo hace. Me divierte.

Se alejó de la pared, y su cuerpo se inclinó sobre el mío. Me sacaba una cabeza, pero lo cierto

es que no me sentía intimidada por él. Más bien era otro tipo de sensación.

—Me divierte pensar que te pusieras tan celosa como para no querer pasarle mi número de teléfono.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? Eso no fue lo que sucedió.

—¿Estás segura, Olivia?

Tragué saliva con nerviosismo. Me había llamado por mi nombre otra vez. Como si se hubiese dado cuenta de las sensaciones que estaba provocando. Amplió la sonrisa. Tenía que hacer algo para evitar que notara mi turbación.

—Completamente —repuse—. Y también de que tu ego está por las nubes.

—Un ego grande es una buena compañía. Sobre todo para tratar con compañeras de trabajo tan adorables como tú.

Mierda. ¿Pasaba de insinuar que no era guapa a decir que era atractiva y adorable en un mismo día? Y, en serio, ¿cómo podía una persona ser tan sexy y encantadora a la vez? ¡No era justo!

—Te has sonrojado —añadió—. Eso te hace todavía más adorable.

—Vete a la mierda, Jax. No me he sonrojado.

Claro que sí, Olivia. El primer paso es creértelo tú misma. Quizá después también lo haga él.

—Te has sonrojado tanto que está tapando incluso tus pecas. Y es una pena, porque son unas pecas muy bonitas.

Agh. Mierda.

Quise dejar de mirarlo, apartar los ojos y dirigirlos a cualquier otra cosa que hubiese en la habitación..., pero no pude. Dentro de mí algo me empujaba más y más hacia de él. De hecho, de alguna manera su rostro había bajado hasta quedar casi a mi altura. Cuando respiraba, podía notar su aliento fresco.

Y lo peor es que sentía que necesitaba acercarme aún más.

—¿Sabes? —continuó—. Si quisieras, podríamos tener nosotros una cita este fin de semana, en lugar de quedar con Daniela.

Supuse que la chica pelirroja se llamaba Daniela. Eso me molestó un poco.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué pasa con la hermana de Jason?

—¿Qué pasa con ella?

Unos dedos acariciaron mi mentón, subiendo por la mejilla con suavidad hasta llegar a mi oreja. Tuve que controlar el impulso de cerrar los ojos ante el tacto de Jax, mientras el calor se arremolinaba en mi vientre.

—He escuchado que saliste con ella el otro día —repliqué.

Lamentablemente, en el instituto los cotilleos corrían como la pólvora y era imposible no escucharlos.

—¿Y?

—Que pasas muy rápido de una chica a otra, Jax.

Sus dedos volvieron a recorrer mi cara, con suavidad, haciéndome cosquillas, pero no de esas que te provocan reír. Continuó hasta llegar a la comisura de los labios.

—La vida es corta, tenemos que disfrutarla. ¿No crees?

Era incapaz de apartar la mirada de la suya. Tenía los ojos oscuros y entrecerrados, brillantes. La yema de su dedo pulgar continuó el camino un poco más allá, acariciando mi labio inferior y entreabriendo mi boca.

Me temblaban las piernas, y no precisamente porque me estuviera mareando, sino de placer...

Hasta que el encargado apareció de la nada, y lo hizo gritándonos:

—¡Eh, vosotros! ¿Qué hacéis ahí? Hay clientes esperando que alguien los atienda.

Me eché hacia atrás de golpe para separarme de él, agradecida de aquella oportuna interrupción. ¡Maldición! ¿Qué demonios me ocurría?

El encargado se fue echando pestes de nosotros y yo me volví hacia Jax. Probablemente ahora no solo estaría sonrosada, sino que tendría la cara más roja que el fuego. Yo misma me sentía fuego.

Jax abrió la boca como si fuera a decir algo, pero al final guardó silencio.

—No soy como tú —le contesté, tomando aire profundamente para intentar controlar mi respiración—. Yo sí quiero enamorarme, porque para mí eso es disfrutar de la vida.

Y me fui rápidamente hacia la barra para atender a los clientes.

No volví a hablar con Jax en todo lo que quedaba de turno, y de hecho me planteé muy seriamente regresar a casa caminando. No podía dejar de pensar en sus dedos acariciando mis labios, y lo bien que me había hecho sentir.

Sin embargo, cuando pasé junto a su coche, él mismo abrió la puerta del copiloto para que me subiera. Lo observé durante unos segundos. No había hecho ningún comentario sobre lo sucedido. Quizá porque para él, que cada día salía con una chica distinta, no había tenido ninguna repercusión.

Como de todos modos se estaba comportando, y yo todavía seguía cansada por la carrera de aquella mañana, acepté subir.

Guardamos silencio buena parte del camino. Tanto que pudimos escuchar perfectamente cuándo sonó un mensaje entrante en mi teléfono móvil.

Ezra
Entonces żmańana cenamos juntos?

—¿Tu príncipe azul?

Me volví hacia Jax con los labios apretados y guardé el teléfono.

¿Habría visto el mensaje?

Bueno, ¿y qué si lo había hecho? Le había dicho antes que no saldría con él.

—Ya te dije que no es mi príncipe azul... —repliqué—. Pero mira por dónde, parece que los

dos tendremos una cita mañana.

Me miró durante unos segundos con las cejas alzadas, por lo que expliqué:

—Tú con Daniela, y yo con Ezra.

Asintió con una pequeña sonrisa y volvió a hablar, pero lo hizo en un susurro, y no estuve del todo segura de si me lo decía a mí:

—Entonces sí que se trataba de tu príncipe azul...

16

—Pero ¡qué guapa estás, Olivia! Si es que eres igualita a tu madre cuando tenía tu edad.

Me miré en el espejo del baño una vez más. Me había puesto un conjunto azul que mi tía me había regalado en Navidad, con un top de cuello abierto con efecto purpurina, y una falda oscura.

La verdad es que me veía bastante bien, sobre todo después de que mi tía me hubiese maquillado y arreglado el pelo. Se puso muy contenta cuando le hablé de la cita, pero era más probable que fuese porque me había animado a decírselo que por la cita en sí.

Me volví hacia ella con una sonrisa hasta que me fijé mejor en su cara.

—Tía Jenna, ¿estás llorando?

Se limpió una lagrimilla y me abrazó. Pero enseguida me soltó.

—Ay, lo siento, cariño. Son las hormonas. Esta mañana me ha bajado la regla, y ha sido verte así y...

—Pero ¿a tu edad no deberías tener la menopausia?

Le estaba tomando el pelo porque no me gustaba verla llorar, aunque fuese por la emoción. De todos modos, mi madre era su hermana. Y tenía razón. Había visto fotos y me parecía muchísimo a ella. Debía de ser duro ver su recuerdo en mí.

—¡Serás mala! —me regañó, pegándome un pequeño manotazo en el brazo—. Que solo tengo treinta y siete, ¿vale?

Llamaron al timbre, interrumpiendo el momento a tiempo. ¿Sería Ezra? Todavía faltaban unos cinco minutos para que llegase, pero quizá era más que puntual.

Seguí a mi tía hasta la sala, y ella abrió la puerta. Sin embargo, no se trataba de Ezra.

—Mi padre pregunta si tenéis sal.

—¿Sal? —repitió mi tía, extrañada.

Me moví para ver un poco mejor, aunque sabía perfectamente que se trataba de Jax. Cuando la puerta apareció en mi rango de visión, él movió la cabeza hacia mí. Sus ojos bajaron y me

inspeccionaron durante unos segundos, pero enseguida volvieron a mi tía.

—Sí, sal —repitió él a su vez—. Está haciendo la cena y nos hemos quedado sin sal.

—Claro, claro... Adelante, pasa. Ahora te la traigo.

Mi tía parecía muy confusa. Tenía que haberlo visto venir: eres maja con un vecino y le llevas un plato de guiso, y cogen la confianza suficiente como para venir a pedirte sal.

O como para llamarte piojosa y presentarse en tu trabajo.

Mientras mi tía se iba hacia la cocina, Jax entró en el apartamento y se acercó a mí. Me sentí examinada con detalle, por lo que puse los hombros más rectos.

—¿Preparándote para tu cita, piojosa? —preguntó cuando llegó a mi lado.

—Obviamente, ¿y tú?

Lo observé un instante. Llevaba una camiseta negra sencilla y unos pantalones vaqueros, como un día normal. Pero lo cierto es que Jax siempre vestía así.

—Pasaré a por Daniela dentro de una hora —contestó después de unos segundos, cuando volví a alzar la mirada, como si hubiese estado esperando que terminara de analizarlo—. Vamos a ir al cine, a una de las últimas sesiones.

—Qué bien. Nosotros a cenar.

Sus ojos quedaron sobre los míos, y no dijimos nada más mientras manteníamos la conexión entre nuestras miradas.

Hasta que mi tía regresó con un bote de cristal a la sala.

—Aquí tienes, la sal —le dijo, entregándoselo. Entonces pareció percatarse de que había interrumpido algo—. ¿Verdad que está guapa Olivia?

Me volví hacia ella, alarmada. Sin embargo, Jax sonrió de una forma un poco más amable, y respondió:

—Está preciosa.

Tragué saliva, tratando de controlar el pequeño acelerón que había sufrido por dentro.

Jax se despidió de mi tía con un asentimiento.

—Gracias por la sal —le dijo, y después se volvió hacia mí—. Nos vemos, piojosa.

No me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que la puerta se cerró. Entonces mi tía se volvió hacia mí con los ojos entornados.

—¿Te acaba de llamar piojosa?

—Es una larga historia...

No tuve noticias de Ezra hasta pasados quince minutos, y fue por un mensaje que me escribió al móvil.

Ezra

¿Bajas? Estoy esperando en el aparcamiento.

Se lo enseñé a mi tía y me dispuse a salir. Ella no pareció muy contenta de que él no subiera. Quería conocer a todos los amigos o posibles pretendientes que tuviese, pero no insistió.

Mientras salía por la puerta, recibí otro mensaje suyo.

Ezra
¿Es posible que el pirado que estoy viendo apoyado en una barandilla y mirando al cielo sea Jax DeLuca?

Ni siquiera había anochecido del todo, pero tenía bastantes papeletas de que fuera él. Y, de hecho, cuando bajé el último tramo de escaleras y vi el coche con las luces encendidas en medio del aparcamiento, también me percaté de la figura de Jax. En la barandilla de siempre. Mirando al cielo.

—Adiós, piojosa —me dijo mientras pasaba a su lado—. Espero que tu príncipe azul pueda cumplir tus expectativas.

Ni siquiera me molesté en decirle de nuevo que Ezra no era mi príncipe azul.

—Mi única expectativa esta noche es pasarlo bien —repliqué.

Se alejó de la barandilla, dio un par de pasos hacia atrás, y contestó:

—Sigo esperando que lo consiga.

Después de eso se dio la vuelta y subió las escaleras hacia su apartamento. ¿Qué demonios había querido decir con eso? Éramos dos adolescentes que se gustaban y que salían a cenar un sábado por la noche. Por supuesto que lo pasaríamos bien.

Ezra arrancó el motor del coche en cuanto me senté a su lado.

—¿Te estaba molestando? —me preguntó, y yo me volví hacia él confusa.

—¿Qué? Claro que no. Jax no me molesta.

¿En serio, Olivia? Si siempre te estás quejando de que lo hace...

Dentro de mí había sentido la terrible e ilógica necesidad de defenderlo. Quizá era un poco pesado a veces con sus bromas y su forma de ligar constante, pero no era mala persona. Y desde luego, Ezra no lo conocía lo suficiente como para insinuar que pudiera molestarme.

—Si tú lo dices —murmuró, mientras se encogía de hombros—. ¿Dónde te apetece cenar? Yo me muero por un poco de pollo frito. ¿Te parece bien?

Contuve las ganas de arrugar la nariz en señal de desagrado. ¿Debería decirle que no?

—Por supuesto no iríamos donde tú trabajas —continuó, bastante emocionado—. Han abierto un local en el centro, con un poco más de categoría como para una primera cita.

¿Acababa de decir que un local de comida rápida especializado en pollo frito era «categoría» para una primera cita?

—Claro —mentí, sabiendo que volvería a casa con hambre—. Vamos a ese sitio.

El restaurante al que fuimos sí que era algo mejor que en el que trabajaba yo. Te servían en la

mesa en lugar de hacer cola para pedirlo y luego llevarlo tú. Sin embargo, la calidad de la comida era básicamente la misma.

Cuando no terminé mi plato, Ezra me miró preocupado.

—¿No te gusta? —preguntó.

Sacudí la cabeza.

—Me he llenado con las patatas —mentí de nuevo.

En realidad la mísera cantidad de patatas fritas con kétchup que había acompañado las tiras de pollo solo había servido para abrirme más el apetito.

Ezra asintió. Me había creído.

—Oh, entonces me lo como yo.

Y estiró el brazo sobre la mesa para tomar las tiras de pollo y pasarlas a su plato.

Mientras tanto había estado hablándome de las universidades que le habían ofrecido una beca para estudiar, la mayoría gracias al fútbol. No tenía claro si quería quedarse en Estados Unidos o irse a Europa. Tenía familia en Inglaterra y estaba bastante seguro de conseguir una plaza en Oxford.

Tenía la sensación de que más que mantener una conversación conmigo, estaba fardando de sus planes de futuro. Pero lo entendía. Si yo tuviera todas esas oportunidades, probablemente también querría contárselo a todo el mundo.

Después de la cena dimos un paseo por la ciudad, de noche. Había un río bastante bonito que cruzaba el centro, y muchas parejas paseaban a aquellas horas.

Cuando llegamos al puente, Ezra se detuvo y tomó mi mano.

Ay, Dios mío. ¿Tendría mi beso en ese momento?

—Me lo he pasado muy bien contigo esta noche, Olivia —me dijo—. Eres una chica increíble.

¿Lo era? Muy probablemente. Lo que no entendía era cómo demonios sabía él eso si, aparte de las clases que compartíamos, apenas sabía nada de mí. De hecho, después de aquella cena en la que estuvo hablando de su futuro académico, era fácil que yo supiera más de su vida que él de la mía.

—Fuiste muy valiente enviando aquel mensaje al grupo —continuó, ignorando mi expresión desconcertada por sus últimas palabras—. Ninguna chica había sido así de directa conmigo antes, y eso me gusta.

No podía estar hablando en serio.

—En realidad eso fue un error... Pensé que se lo estaba pasando a mis amigas.

Se acercó un poco más a mí, sin soltar mi mano.

—Claro. —Sonrió, con expresión de no estar creyéndose nada—. Lo que tú digas, preciosa.

Y entonces bajó el rostro hacia el mío y me besó.

Me quedé quieta. Ni siquiera cerré los ojos. Aquel beso, para empezar, había ocurrido más rápido de lo que esperaba. Y para continuar... ¿Había ignorado completamente mis palabras, y simplemente quiso callarme?

Pero un beso es un beso, y yo había conseguido mi cita con Ezra Johnson. Por lo menos intentaría disfrutar, ya que estaba allí...

Así que cerré los ojos e intenté continuar. Los labios de Ezra abrieron los míos y me metió la lengua.

Pero ¡es que la metió prácticamente hasta la campanilla!

Intenté concentrarme en cómo lograr que ese beso mejorara, pero las babas comenzaron a mojarme el contorno de la boca, su lengua a girar de una forma bastante extraña, y lo único que sentí fueron ganas de dejar aquel beso.

¡Por las gafas de Harry Potter! ¡Si seguía así me asfixiaría!

Más tarde que pronto Ezra se separó, y yo me llevé la manga a la boca del modo más discreto que pude para limpiarme. Sin embargo, lejos de ofenderse, él siguió sonriendo.

Volvimos al coche sin que me soltara la mano, y me llevó de vuelta a casa. Una vez llegamos se inclinó sobre mí para darme otro beso, pero, por suerte, esa vez no hubo lengua. Aunque lo cierto es que me aparté un poco de él para evitarlo.

¿Quizá debería darle otra oportunidad?

—Nos vemos en clase, Olivia —se despidió.

—Claro.

Y observé cómo se alejaba del aparcamiento antes de que me diera tiempo a girarme y subir las escaleras.

Sin embargo, no estaba sola allí. Tardé muy pocos segundos en darme cuenta de la figura apoyada en la barandilla. De nuevo.

—¿Qué tal la cita? —preguntó Jax, acercándose a mí—. ¿Te has divertido?

—¿Y tú con Daniela?

Jax se metió las manos en los bolsillos de los pantalones antes de contestar:

—Es simpática, pero no sé. La película estuvo bien por lo menos.

Entorné los ojos y comencé a subir las escaleras. Pobre chica. ¿Sabría al menos que él era un ligón? Jax me siguió de cerca. Era increíble lo mucho que parecía gustarle invadir mi espacio.

Y también el hecho de que cada vez a mí me importara menos.

—No has respondido a mi pregunta —presionó.

Me frené en mitad de la escalera. En la oscuridad de la noche podía notar cómo el leve viento movía los rizos de su cabeza.

—Me divertí mucho.

No pareció creerme.

—¿En serio?

—Claro que en serio.

Entonces se inclinó un poco más sobre mí y... ¿me olió? Cuando se alejó, parecía sumamente divertido por algo que no entendía.

—Hueles a pollo frito —reveló.

Genial. Ya empezaba a ser costumbre. A este paso se convertiría en mi nuevo perfume.

—¿Y? —fue lo que dije en su lugar.

—Que esta noche, antes de salir con Ezra, olías a una colonia de flores. Eso solo puede significar que habéis ido a comer pollo frito para cenar.

Vaya. Ese era el olor del perfume de mi tía.

—Muy observador.

—Y tú detestas el pollo frito —agregó.

Ladeé la cabeza hacia un lado. Era cierto, pero no recordaba habérselo dicho nunca.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque trabajo contigo, piojosa. Te he visto mirar asqueada los pedidos y quejarte del olor, por no mencionar que eres la única que no hace uso de su cupón de empleado. Te llevas un bocadillo de casa para no tener que comer lo del restaurante.

En realidad había sido culpa mía por no decirle a Ezra que el pollo frito no me gustaba desde que había comenzado a trabajar, pero no pude contarle eso a Jax. No pude porque me había quedado totalmente impresionada con lo que acababa de decir.

—¿Yo hago todo eso? ¿Y tú cómo lo sabes?

Jax volvió a inclinarse sobre mí, y susurró:

—Porque te observo.

—Has sonado totalmente como un acosador.

Mi comentario no le hizo perder la sonrisa, y yo me aparté para continuar el camino escaleras arriba. Estaba demasiado cansada. Había sido un sábado de trabajo agotador seguido de una cita un tanto desastrosa. Estaba deseando contarles a mis amigas todo lo ocurrido.

Acababa de llegar al último escalón cuando escuché a Jax gritar desde abajo:

—¿Y qué tal es besando?

¿En serio quería saberlo?

—Genial. Besa muy bien —repliqué.

Esperé unos segundos hasta que vi su cabeza aparecer de nuevo. Su cabeza sonriente.

—Estás volviendo a mentir.

—Hablas con demasiada seguridad... ¿Acaso tú también lo has besado?

Me di cuenta tarde de que aquello solo había sido una burla por su parte... Y de que yo acababa de corroborar su teoría.

—No, no he tenido el placer —respondió con mucha calma—. Pero sí he visto cómo te apartabas en el coche cuando fue a darte el beso de despedida.

Terminó de subir las escaleras, hasta llegar finalmente a mi lado. Puse los brazos en jarras y bajé la voz antes de murmurar:

—Mierda. Sí que eres un acosador.

—Y tú una mala mentirosa.

Negué con la cabeza e hice el amago de despedirme con la mano, pero Jax siguió hablando. Se

inclinó de nuevo sobre mí, y su aliento mentolado me hizo cosquillas en los labios.

—El día que yo te bese, Olivia James —susurró con suavidad—, Ezra te parecerá una basura.

Tardé varios segundos en procesar lo que acababa de decirme. Suficientes como para que la atmósfera se cargara a nuestro alrededor.

Algo se calentó en mi estómago ante las palabras de Jax.

—Te lo tienes muy creído, ¿no? —contesté, con la barbilla alzada.

Los dedos de Jax subieron a mi cara y me tomaron del mentón, aunque prácticamente fue una caricia. Sentí cómo me picaban los labios al recordar cuando me los había acariciado y, por unos segundos, deseé volver a sentirlo.

Sus ojos también bajaron a esa parte de mi rostro, antes de regresar sobre los míos.

—Bueno, me han dicho que mis besos son increíbles.

Genial. Jax DeLuca sabía cómo crear ambiente, desde luego. Pero también era un experto en romperlo.

Volví el rostro y su mano cayó. Me aparté de él con demasiada facilidad.

—¿Sabes? La humildad también es una virtud bastante atractiva —le dije—, de la que, por cierto, careces.

Jax no volvió a hacer amago de acercarse. Mantuvo la sonrisa, y finalmente se despidió.

—Si tú lo dices... Nos vemos pronto, Olivia.

Me quedé en el sitio durante unos segundos mientras se alejaba, observándolo con el ceño fruncido y el corazón en un puño.

Lo había vuelto a hacer. Me había llamado por mi nombre.

¿Por qué?

17

—¿Qué te parece el viernes por la noche?

Apreté los labios y puse gran parte de mi concentración en evitar volverme hacia mis amigas. Casi podía ver sus risas contenidas mientras Ezra esperaba de pie, en el comedor, a que yo aceptara una nueva cita con él.

Lo que Ezra no sabía era lo bien que se lo habían pasado ellas el fin de semana mientras les contaba lo mal que besaba, y cómo me había llenado entera de babas.

—El viernes trabajo —respondí, contenta de poder poner una excusa real.

En realidad no sabía si quería darle una segunda oportunidad. De acuerdo, besaba fatal (algo que no comprendía si, supuestamente, tenía fama de haber salido con muchas chicas). Pero a besar bien se puede enseñar, ¿no? Solo necesitaba ser sincera con él y decirle...

Mierda, Olivia. ¡Si no has sido capaz ni de contarle que no te gusta el pollo frito!

—No me acordaba —contestó él, pensativo—. ¿Y a la fiesta del sábado irás?

—Pues... —comencé a murmurar mientras trataba de pensar una excusa decente.

«Ya he quedado».

«Ese día estaré enferma».

«Tengo que dar de comer a mi perro inexistente».

Besas fatal y no quiero quedar contigo de nuevo.

—¿Eso es un sí? —insistió.

Me hizo sentir un poco más incómoda y nerviosa. Quise mirar a mis amigas en busca de ayuda, pero era yo quien debía salir del paso, así que terminé por contestar:

—Supongo que si van mis amigas, iré también.

Ezra levantó el dedo pulgar hacia mí y murmuró un breve «genial, ahí nos vemos» antes de alejarse de nuestra mesa.

Los del curso habían vuelto a organizar una fiesta. Esta vez sería en casa de otra compañera,

Lydia Stevens. Lo cierto es que mis amigas ya habían hablado de pasarse, por lo menos un rato. Después de lo sucedido en la última fiesta, Carla había dicho que no tomaría cerveza, pero la situación en su casa la tenía muy estresada y cualquier excusa era buena para escaparse unas horas.

Empezábamos a preocuparnos un poco por ella, porque le habían salido unas pequeñas ojeras de no dormir y parecía odiar cada día más a su familia. Incluido su padre, pero no podía culparla. El último fin de semana se había ido de vacaciones con su hermanastro, dejándola a ella tirada con su madrastra, a quien no soportaba. Sentía que cada día la excluían más.

—Entonces ¿sí que vamos todas? —preguntó con entusiasmo Heejin, aunque sus ojos continuaban mirando a Ezra mientras regresaba a la mesa con los demás.

—Sí, pero creo que deberíais ir vosotras primero —contesté antes de dar un sorbo a mi zumo de manzana, pensativa—. Llegaré tarde por culpa del trabajo, y no quiero que os perdáis parte de la fiesta por mí.

Isabella juntó las cejas y pasó una mano por encima de la mesa.

—Sabes que no nos importa. Somos un equipo.

—Además, ¿cómo irás hasta la casa de Lydia desde la tuya? —añadió Carla—. Andando tardarás por lo menos... ¡media hora!

En realidad lo más probable es que fuesen cuarenta minutos. Vivíamos bastante lejos a pesar de ser una ciudad pequeña.

—Tomaré el bus —repliqué, decidida.

Mis amigas me miraron sin estar demasiado convencidas. Los autobuses urbanos de mi ciudad estaban muy mal comunicados, y era probable que tardase todavía más que a pie. Quizá mi tía estuviese libre y me pudiera acercar... Aunque los sábados que no salía, abría una botella de vino a eso de las cinco y se ponía a leer un libro tranquilamente en el sofá. No iba a pedirle que condujese después de un par de copas.

—Oh... Se me ocurre... —comenzó a decir Isabella.

—Isa, no.

Traté de interrumpirla, pero no sirvió de nada.

—... que podrías pedirle a tu encantador vecino Jax que te lleve —concluyó, haciendo caso omiso de mi protesta.

Me llevé la mano a la cara y negué con la cabeza. Lo había dicho, y ya no había vuelta atrás. Heejin soltó una risita, y Carla comentó con voz sugerente y alargando las sílabas:

—Uy, es verdad. Tu encantador vecino que te acerca al instituto todos los días.

Iba a matarlas.

Solo que no podía. Ellas no sabían todo sobre Jax. Se burlaban porque habíamos pasado de no hablarnos y de prácticamente odiarlo, a vernos bromear y lanzarnos pequeñas burlas. Todo en menos de un mes.

Para ellas Jax simplemente me caía mejor desde que la vida nos había obligado a pasar tiempo

juntos: éramos vecinos de puerta y compañeros de trabajo. Por no mencionar que todas habían coincidido en que era guapo con un aire misterioso un tanto sexy.

De lo que no tenían ni idea era de cómo lograba hacerme sentir. De la electricidad que corría por mis venas cuando estaba cerca, cuando me miraba con aquella intensidad... o cuando me acariciaba los labios y me hacía imaginarme cómo sería besarlo.

Pero Jax DeLuca no era para mí. Él no quería pareja, ni enamorarse, ni siquiera encariñarse con la gente. No estaba dispuesta a que jugaran con mis sentimientos y caer en ese tipo de relación, y tampoco a intentar cambiar las decisiones de otra persona.

Por eso él estaba fuera de mi radar.

—Supongo que puedo comentárselo —murmuré, aunque no estaba convencida del todo.

Eso pareció gustarles a mis amigas, que asintieron con energía. Bueno, por probar no perdía nada.

Había intentado hablar con Jax en el coche de vuelta a casa sobre el tema de la fiesta, pero no supe muy bien cómo sacarlo. Además, el camino era rápido (a diferencia de si lo hacías andando) y él había estado contándome que quería hacerse un tatuaje.

No se había hecho ninguno hasta entonces porque a su madre no le gustaban, pero siempre tuvo ganas. Lo quería antes de las vacaciones de verano y de empezar su viaje.

Quizá el viernes pudiese decirle algo en el trabajo, o quizá él mismo sacaría el tema.

En realidad, sabía que pedírselo era sencillo, pero me pasaban dos cosas: la primera, me fastidiaba tener que depender de alguien para ir a los sitios. A veces era más fácil no hacer planes y quedarse en casa, aunque te apeteciera salir, que saber que estabas molestando a los demás, o que les debías una por el favor que te hacían.

La segunda, Jax pensaría que quería ir a la fiesta para ver a Ezra, y ya se había burlado suficiente. Aunque, por suerte, no había vuelto a sacar el tema de sus propios besos en lo que llevábamos de semana.

Sin embargo, eso no significaba que yo no hubiese pensado en ello. O incluso —y no volveré a admitirlo jamás— soñado con ello.

El mismo domingo me había despertado empapada en sudor, después de que mi subconsciente me traicionara y mi cabeza se hubiese imaginado una escena para nada infantil en la que Jax me besaba junto a la barandilla del aparcamiento, mirando el cielo, y acabábamos haciendo todavía más cosas.

Nunca volvería a ver aquella barandilla de la misma manera.

Lamentablemente, no fue la única noche que se coló en mis sueños.

—¿Puedes lavar la fuente de pasta y devolvérsela a los vecinos, por favor?

Miré a mi tía desde la mesa del comedor, donde yo estaba haciendo los deberes, mientras ella se calzaba para salir a comprar unas cartulinas. Estaba haciendo un proyecto con su clase con el

que estaba bastante emocionada, y mientras fregaba los platos se le ocurrió una nueva idea. Así que ahora tenía que ir a la tienda antes de que cerrasen.

—¿Y tiene que ser ahora? —gemí, mirando mis apuntes—. ¿No puede ser por la noche, o mañana?

O nunca.

Tony DeLuca nos había sorprendido la noche anterior con una fuente de pasta a la carbonara para que mi tía y yo cenáramos. Ella no supo decir que no, y lo cierto es que olía genial. Lo invitó a cenar con nosotras, pero él se negó. Lo habían llamado a última hora del trabajo para una reunión y Jax estaba fuera. Además, «era una pena que una cena así se desperdiciase».

En eso tenía razón.

—No sabes si la necesitarán para la cena de hoy —me regañó, abriendo la puerta de casa—. Ve y llévasela, anda.

Gruñí, pero hice lo que me pedía, porque sabía que su intención inicial era terminar de fregar y acercársela ella misma.

Enjaboné y aclaré la fuente, que había permanecido toda la noche con agua para que fuese más fácil. La sequé con un trapo y crucé el descansillo hasta la puerta de enfrente.

Fue Jax quien abrió.

—Gracias por la cena, dile a tu padre que estaba muy rica —le dije mientras extendía la fuente de cristal hacia él.

Sus dedos rozaron los míos cuando alargó los brazos para tomarla, y conté hasta cinco mentalmente antes de retirar las manos. Un cosquilleo había pasado desde la punta de sus dedos a los míos, aunque era probable que solo yo lo hubiese notado.

Me observó con diversión mezclada con una pizca de asombro.

—¿Os comisteis la fuente entera en una sola noche? —preguntó, alzando la voz—. ¿Vosotras dos solas?

Podía entender a qué se refería. En realidad había tanta pasta en aquella fuente que podría haber alimentado a una familia entera... pero ¡es que estaba deliciosa!

Crucé los brazos sobre el pecho y simulé indignarme.

—Bueno, ya te dije que estaba muy rica... Y por una vez que teníamos comida casera e italiana, ¡no íbamos a desperdiciarla!

Mi indignación duró poco, porque mis labios dejaron escapar el rastro de una risa. Jax suspiró y negó con la cabeza.

—Ay, piojosa... ¿No te había prometido yo una lasaña?

Inmediatamente me acordé de sus palabras: «Mis lasañas... te provocarían un orgasmo». Y sentí el calor invadiéndome las mejillas.

¡Otra vez no, por favor!

Por suerte, Jax no dijo nada sobre mis sonrojos... Ni sobre un orgasmo.

—Hoy no hay lasaña, pero estábamos haciendo ñoquis... ¿Por qué no venís a cenar con

nosotros?

—¿Has dicho ñoquis?

Jax se hizo a un lado como invitación para que pasara, y yo no lo pensé dos veces. Atravesé el pequeño recibidor que tenían a la entrada, y aparecí de pleno en la sala. Allí mismo empecé a percibir un olor tremendamente sabroso. A comida y a hogar. Y a especias a las que mi paladar no estaba para nada acostumbrado.

Aunque, a decir verdad, me gustaba casi cualquier cosa que no fuese el pollo frito.

El apartamento se parecía al nuestro, pero estaba dividido en más estancias. El que yo compartía con mi tía tenía aspecto de ser más amplio y este, de una casita pequeña.

No dudé en seguir el rastro del olor y atravesé la estancia en dirección a la cocina, con Jax siguiéndome.

—Oye, ¿estás descalza? —escuché que preguntó.

—Bueno, solo tenía que cruzar el descansillo. Me daba pereza calzarme.

Nada más llegar a la cocina el olor se hizo todavía más intenso, y sentí que la boca se me volvía agua. ¡Madre mía! ¿Aquella cocina era real? Tenía un horno bastante mejor que el nuestro y una nevera de dos puertas. ¡Dos puertas! Con razón se habían traído sus propios muebles.

Sobre la encimera de la cocina había una botella de vino tinto abierta junto a una copa de cristal. A pocos centímetros todo estaba embadurnado de harina. Había una especie de masa en forma alargada, un cuchillo y un tenedor. Parecía que Jax había estado cortando la masa en pequeñas porciones del tamaño de una canica.

—¿El vino es tuyo? —comenté al pasar los ojos de nuevo por la botella abierta.

—No, pero a mi padre le gusta tomar una copa de tinto mientras cocina. Dice que le relaja. Ha tenido que salir porque en el último momento se ha dado cuenta de que no nos queda parmesano, y sin él no cocina.

Se acercó a mí para tomar un delantal manchado de pequeñas motas de harina y su brazo rozó el mío, provocándome un escalofrío. Luego se lo colocó. Pasó un cordón por la cabeza y ató el resto a la espalda de forma bastante hábil.

—¿Vas a cocinar tú los ñoquis? —pregunté asombrada—. ¿Caseros?

Cuando me invitó a cenar supuse que serían comprados, del súper, y que luego añadirían la salsa. Nunca imaginé que los prepararían como auténticos profesionales. Lo que luego me llevó a pensar... ¿La pasta del día anterior también habría sido casera?

—Claro que son caseros —respondió con un deje de indignación—. Mi padre es cocinero en un local italiano del centro. Tiene unos horarios bastante malos, pero la comida compensa.

Por lo visto, aquella noche cenaría como si estuviese en un restaurante de lujo. ¡Pues no iba a quejarme! Ya podrían invitarme todas las noches, si los platos iban a ser así.

Lo que me hizo recordar...

—¡Y mi tía va y os trae un guiso el primer día!

Al instante comencé a reírme, imaginándome la reacción de tía Jenna en el momento en el que

se enteró que el hombre al que pensaba enamorar con un guiso de carne era chef profesional.

—Y tú vas y me ofreces pizza del supermercado —añadió Jax.

Eso me cortó un poco la risa.

—¡Oye! Se había ido la luz...

Jax sacudió la cabeza con una pequeña sonrisa en los labios. Después se acercó a la encimera y continuó cortando el rollo de masa durante unos segundos, hasta que sus ojos volvieron a mí. Aunque no miraba, conseguía cortar los trozos con una exactitud pasmosa. ¿Cómo narices lo hacía? Puede que el don de la cocina fuese algo hereditario.

Por eso a mí se me daba tan mal. La comida de mi tía muchas veces estaba demasiado salada.

—¿Quieres aprender?

Lo sopesé unos segundos y mientras lo hacía, los ojos de Jax bajaron un poco más hasta caer de nuevo en mis pies descalzos, a lo que añadió:

—Quizá deberías ponerte unas zapatillas.

Sacudí la cabeza para negarme.

—La cocina no es lo mío. Solo sé recalentar táperes congelados y pizzas precocinadas.

Eso le hizo volver a sonreír.

—Ay, piojosa —suspiró—. Deja que te enseñe.

El aire se quedó en mis pulmones cuando Jax soltó el cuchillo y agarró mi muñeca. Dejé que tirara de mí hasta colocarme delante de él, entre su cuerpo y la encimera. Noté el roce de su cuerpo en mi trasero. Después pasó los brazos a mi alrededor hasta que colocó ambas manos sobre las mías.

Oh.

Oh. Dios. Mío.

—Con esta mano agarra la masa y con esta el cuchillo. —Empezó a guiarme mientras colocaba mis dedos—. Ahora haz cortes de unos tres centímetros.

Dejé que continuara mostrándome cómo se hacía. En ningún momento soltó mis manos, y menos mal. Podía notar el calor de su cuerpo mezclándose con el mío, cada pequeño roce en mi trasero, el aroma de su perfume... Si me soltara, probablemente acabaría por cortarme un dedo.

—Así, muy bien... —Su aliento me hizo cosquillas en la oreja y erizó toda mi piel.

Tragué saliva con nerviosismo. Estábamos tan cerca... ¿Sería capaz de notar mi inquietud? Porque me iba el corazón a mil. Si ahora me girase, nuestros rostros chocarían. Y si me echaba un poco más atrás, él...

—Ahora les daremos forma con la ayuda de la tabla y un tenedor.

Apenas se apartó unos segundos para tomar los utensilios que había nombrado. Colocó la tabla frente a mí y regresó al mismo sitio de antes. Volvió a tomar mis manos y me mostró cómo hacer rodar cada pequeña porción de la masa y que así tomase una forma más parecida a los ñoquis que vendían en las tiendas.

—Vaya, nunca habría imaginado que se prepararan así —comenté mientras conseguía formar

la décima bolita.

En realidad un par de ellas se habían espachurrado porque me había pasado de fuerza, pero Jax me corrigió con condescendencia. Parecía un buen... profesor de cocina. Sí, eso.

—Y verás que estos saben mucho mejor que los de la tienda.

Me reí, pero se me fue el tenedor y casi lanzo unos cuantos ñoquis hacia el suelo. Jax por fin me soltó las manos y yo me volví hacia él.

Mala idea. Al hacer eso me lo encontré todavía más cerca. Sus labios estaban entreabiertos y tuve que alzar un poco la barbilla para poder mirarlo a los ojos. Al hacerlo, me di cuenta de que él también había estado observando mi boca.

La tensión entre ambos podía cortarse con un cuchillo, ¿o solo yo la notaba? Nerviosa, me puse un mechón invisible tras la oreja. Eso hizo que Jax mirara hacia esa zona de mi rostro y automáticamente se le dibujó una sonrisa en los labios.

—Te has manchado de harina —susurró.

Su voz sonó ronca y pastosa.

Y entonces se inclinó un poco más sobre mí. Me aplasté contra la encimera mientras extendía su mano y rozaba un lado de mi frente, cerca de la oreja.

Iba a morirme...

Hasta que, a lo lejos, como si me sacara del sueño en el que me encontraba, escuché cómo se abría la puerta de entrada para cerrarse de un portazo.

Jax se apartó de mí despacio y me lanzó una última mirada antes de que su padre entrara en la cocina cargado con una bolsa de papel.

—¡Casi encuentro el supermercado cerrado! Al final he decidido comprar unas cuantas verduras porque hay que comer sano y...

Se quedó callado al verme allí, en la cocina, con las manos manchadas de harina y muy probablemente el rostro sonrojado. Jax se acercó para tomar la bolsa y su padre sonrió.

—¡Hola, Olivia! ¿Cómo estás?

—Bien.

Con el corazón latiendo a mil por hora y fantasías nada bonitas sobre lo que podría hacer con tu hijo en la cocina, muchas gracias.

—Papá, he invitado a las vecinas a cenar, ¿vale? —anunció Jax mientras guardaba las verduras en la nevera.

—Donde caben dos, caben cuatro —respondió el hombre con alegría—. ¿Te dijo tu tía que hace unas semanas vino a cenar con unas amigas a mi restaurante?

Abrí la boca con estupefacción. Entonces... ¿allí era donde salieron de cena? Pero me limité a negar con la cabeza.

Tony se acercó a la encimera para ver cómo iban los ñoquis, después miró mis manos y a su hijo unos breves segundos.

—Me ha enseñado cómo se preparan —expliqué cuando me pasó un trapo de cocina para

limpiar la harina.

Tony asintió con orgullo.

—Jax debería prepararte un día su famosa lasaña —comentó antes de dar un breve sorbo al vino—. Tiene una mano increíble con la bechamel... ¡Este verano ligó mucho gracias a ella! Salió a su padre.

Así que de ahí venía lo de su lasaña y los orgasmos... Porque probablemente le había abierto el camino a provocarlos.

—Sí, algo me ha contado —repliqué con picardía.

Mis ojos coincidieron con los de Jax, que ya volvía a tener su sonrisa juguetona. Entornó la mirada hacia mí, y susurró:

—Cuando quieras, piojosa.

Qué idiota.

Solo que de la nada, volví a imaginarme cómo serían aquellos besos dados en la barandilla, en su coche, en mi cama...

—¿Acabas de llamarla piojosa? —preguntó su padre, sacándome por suerte de mi ensoñación.

No quería pensar en lo roja que seguramente se me había puesto la cara después de eso.

—Es una broma nuestra —respondió su hijo.

¡Ja!

—En realidad, es una broma solo tuya —le dije tratando de permanecer seria—. Y yo he decidido no hacerle el menor caso.

El padre de Jax se volvió el tiempo suficiente como para lanzar una mirada silenciosa a su hijo, una que prometía que más tarde hablarían del tema. Venga, a ver cómo le cuentas a tu padre que me llamaste piojosa en el instituto, y que ahora lo usas como mote diario.

Decidí regresar al apartamento, por lo menos para ponerme unos zapatos y terminar los deberes antes de la cena. Así podría decirle a mi tía que cenábamos fuera cuando regresara de comprar las cartulinas.

Y de paso, dejar que mi corazón volviera a latir a un ritmo normal tras la pequeña sesión de cocina que habíamos tenido.

Jax me acompañó hasta la puerta, aunque era imposible que me perdiese en aquel apartamento.

—El sábado podría invitarte a una lasaña, después del trabajo —propuso—. Y así devolverte el favor de la pizza.

Pues ya que sacas el tema, Jax...

—Para empezar, me llevas a clase todos los días. No me debes nada, sería más bien al contrario. —Nada más decir aquellas palabras me arrepentí.

La sonrisa de Jax me dijo que se acordaría más tarde de aquel momento, en el que yo había admitido que le debía algo...

Mala idea, Olivia. Muy mala.

Sin embargo, continué:

—Y para terminar, lo cierto es que el sábado hay una fiesta en casa de Lydia a la que todos estamos invitados.

—¿Una fiesta? —escuché que dijo de fondo la voz de su padre—. ¡Deberíais ir!

¿Nos estaba espiando? Como si pensara lo mismo, Jax abrió la puerta y ambos salimos al descansillo antes de continuar con la conversación.

—¿Tú tienes ganas de ir? —me preguntó.

Me encogí de hombros. Esperaba no terminar muy cansada de servir pollo frito. No quedaban muchas fiestas así, y en realidad debería aprovechar antes de que la vida adulta nos separara a todos.

—Va todo el mundo —respondí escuetamente.

Una sonrisa traviesa que significaba problemas cruzó su rostro.

—Ya veo... —comenzó a murmurar mientras se inclinaba un poco sobre mí—. Tus amigas y tu príncipe azul baboso.

Fruncí el ceño. No recordaba haberle contado los detalles sobre Ezra y el beso.

—¿Cómo sabes lo de baboso?

—Isabella es muy simpática —me informó—. ¿No te lo había dicho nunca?

Traición.

No había que ser muy lista para deducir que mi amiga, ¡mi mejor amiga!, había hablado con él y le había comentado lo horrible que fue el beso con Ezra. ¿Por qué? Sabía que a Isa le caía bien Jax, pero ¡no debería haber dicho nada!

—¿Cuándo pensabas pedirme que te llevase a la fiesta, piojosa? —continuó, inclinándose un poco más sobre mí.

—Yo no...

—Tranquila, ya le dije a Isabella que lo haría. Además, ahora que mi padre sabe que va a celebrarse esa fiesta, no tengo opción de negarme a ir... O debería aguantarlo toda la semana llamándome asocial.

Así que por eso Isabella había hablado con Jax. Se había adelantado a mí y ella ya le había pedido que me llevase... Tenía que hablar muy seriamente con mi mejor amiga.

Mantuve la mirada sobre la suya y asentí despacio.

—Gracias.

Como mínimo, seguiría siendo educada. Por mucho que Jax fuese mi vecino y tuviese que hacer sí o sí el mismo camino al instituto que yo, el mismo al trabajo, o incluso el mismo a la fiesta..., lo cierto era que sí que estaba haciéndome un favor, y para nada tenía la obligación.

—No me las des, mejor me cobro el favor por ser tu taxista, ¿no crees?

Levanté las manos con las palmas abiertas hacia él en señal de stop, y dije con rapidez:

—Pero nada sexual o depravado.

Los ojos de Jax relampaguearon con malicia y yo contuve el aire. Entonces se movió y su

pecho chocó contra mis manos, que hacían de tope.

No quise apartarme.

—¿Por qué clase de depravado sexual me tienes, señorita James?

¿En serio tenía que preguntarlo?

—Uno que me dice que debería follarlo en lugar de matarlo —repliqué sumamente directa.

—Y sigo pensando que deberías hacerlo. Es una opción que... —Sus ojos abandonaron lentamente los míos, bajando hasta mi boca— me gusta más.

Oh, Dios mío.

Recordé el hormigueo de sus dedos tocando mis labios, el calor en mis sueños, el mismo que estaba sintiendo en aquellos momentos.

Jax se acercó un poco más.

—¿Olivia? —Se escuchó una voz de pronto—. ¿Todavía no has devuelto la fuente?

Me separé de un salto, aunque él apenas se movió. Cuando me volví hacia mi tía, que estaba terminando de subir las escaleras con una cartulina enorme, supe por su expresión que lo había visto todo.

Maldición. ¿Cómo salía de esta sin que se creyera que tenía algo con el vecino?

—Adivina qué, tía. ¡Hoy cenamos con un chef!

18

—Los condones están en el cajón de arriba del baño.

—¡Tía Jenna!

Gemí y me llevé la mano a la cara, muerta de vergüenza. Mi tía no había escuchado lo que Jax y yo hablábamos, pero nos había atrapado en el descansillo con los rostros muy cerca y mis manos posadas sobre su pecho. No había que ser un genio para imaginar lo que había deducido.

—Olivia, no hay nada de lo que avergonzarse. ¿O prefieres que pidamos cita con el ginecólogo y miremos otro método anticonceptivo?

Abrí los ojos con espanto y comencé a negar rápidamente con la cabeza. Conociendo a mi tía, ya tardaba en tomar el teléfono y marcar.

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no!

Como si no me escuchara, dejó el pintalabios que estaba usando sobre el lavamanos y salió del baño farfullando conmigo detrás.

Había decidido arreglarse para la cena con los vecinos, a pesar de ser un día cualquiera de entre semana. Sabía que quería gustar a Tony.

Continuaba pensando que mi tía era una mujer excepcional y no terminaba de entenderlo, pero la verdad es que el hombre me caía un poco mejor desde que conocía su faceta como chef.

—En realidad, sí que deberíamos pedir cita con el ginecólogo —continuó, buscando en el perchero una chaqueta que encajara con su traje—. En nada harás dieciocho años, y las revisiones son importantes.

—Tía Jenna, no. Para.

Encontró una color beige y se volvió hacia mí con seriedad.

—De acuerdo, sé que ya tuvimos la charla de las abejitas y las flores cuando cumpliste doce, y otra a los catorce, pero... Nunca es malo recordarlo. En especial si tienes un novi...

—Pero ¡yo no tengo nada con Jax! —exploté.

Sus cejas se alzaron traviesas. ¿Acaso aquella maldición no iba a acabar nunca?

¿No podía por una vez mi tía actuar como un adulto común, y en lugar de darme charlas sobre el uso de anticonceptivos prohibirme ver al chico? Cuando los padres de Heejin supieron de su primer novio amenazaron con mandarla a pasar el verano a Corea con sus abuelos.

—Entonces ¿me quieres decir que sueles mirar así a todos tus amigos? Lo siento, pero jamás te he visto en una situación igual con Isabella, y mira que ella se empeñó en enseñarte a usar un tampón.

Era Isabella o mi tía. Y al final fueron las dos. Uno de los grandes problemas de ser la última de tus amigas en tener el periodo. Recuerdos que nos unían más pero que, si me dejaran escoger, preferiría olvidar.

—Solo somos amigos, te lo prometo —le aseguré.

—Está bien —suspiró, aunque sabía que no me creía—. ¿Y qué hay del chico del otro día?

Me mordí el labio inferior. No pensaba contarle nada sobre el tema, pero si así conseguía que se olvidase de Jax... El cotilleo seguro que le parecía suficientemente jugoso.

—¿Ezra? Mejor ni me lo nombres.

—¿Te hizo algo?

—¿Dices aparte de dejarme la cara llena de babas? No, es solo que no sabe besar.

Dos segundos después nuestro apartamento se llenó del sonido de sus carcajadas estridentes. No podía culparla, yo también me habría reído si no me hubiese ocurrido a mí.

—Además, solo habló de sí mismo durante toda la cita. No tengo muy claro que me guste una persona así.

Mi tía tomó las llaves y abrió la puerta de casa, pero antes de salir agregó:

—Claro que no te gusta, ¡si a ti quien te gusta es nuestro vecinito!

—¡Tía Jenna!

Me colocó una mano en el hombro, como si así fuese a tranquilizarme.

—Tranquila, cariño. No te culpo. Es muy mono. Se parece a su padre.

Bufé y salí detrás de ella, cerrando la puerta a nuestro paso.

—No tengo por qué aguantar esto.

—Mientras yo siga pagando las facturas, sí que tienes que hacerlo.

Increíble.

Los ñoquis estaban espectaculares, y cené incluso más que la noche anterior. No cambiaría nada de aquella cena aunque pudiese. Especialmente el momento en el que, nada más llegar, Tony obligó a Jax a pedirme disculpas por haberme llamado piojosa cinco años atrás y continuar haciéndolo en el presente.

Él y yo sabíamos que no pararía de llamarme así, pero eso no quitaba el gusto de oírlo decir:

—Lo siento, Olivia.

Y mucho menos el de mi satisfactoria respuesta:

—De acuerdo, ya pensaré si te perdono o no.

El karma llega tarde, pero llega.

Mi tía me permitió beber una copa de vino con la cena. No estaba en contra del alcohol, pero teníamos clase al día siguiente. La botella, además, estaba increíble.

Tony y mi tía, por otro lado, se quedaron terminándosela en la cocina mientras Jax y yo nos fuimos a la sala. Pusimos una serie de Netflix que varios compañeros estaban viendo, aunque para ser sincera, apenas le presté atención.

Era muy consciente de que nos encontrábamos sentados en el sofá, de cómo su muslo se pegaba al mío bajo la manta y cómo sus dedos amenazaban con pasar hacia mi rodilla.

Fue un alivio cuando me sonó una notificación del teléfono. Quizá fuese una de mis amigas. Antes de la cena había reñido a Isabella por hablar con Jax. Ellas distraerían mi cabeza.

Sin embargo, me equivocaba.

Ezra
Tengo ganas de verte el sábado.

—¿Alguien ha muerto?

Me volví hacia Jax, y suavicé un poco mi expresión. No había podido evitar apretar los dientes mientras leía el mensaje un tanto descontenta.

—No, solo es Ezra.

Pude ver el momento en el que la burla cruzó sus ojos. Mierda...

—Con razón mirabas así el teléfono... Tranquila, tu príncipe azul resultó ser una babosa. No es el fin del mundo.

—Ya te dije que no es mi príncipe azul.

Guardé el móvil e intenté centrarme en la serie. Un momento, ¿cuándo se habían liado esos dos personajes? ¿Y por qué?

Sentí la mirada de Jax todavía clavada en mí. No podía concentrarme.

—Desde luego, si piensas darle una segunda oportunidad, tan malo no pudo ser.

Tomé aire muy despacio, centrándome en que mi corazón se calmara, y después me volví hacia él.

—Efectivamente. Fue muy amable conmigo. Dimos un paseo y me tomó la mano.

Técnicamente lo había hecho para besarme, pero él no tenía por qué saber todos y cada uno de los detalles.

—Así que eso es lo que te gusta. ¿Que te tomen la mano?

Antes de que lo viera venir, noté sus dedos moverse por debajo de la manta. Rozaron mi rodilla, la parte baja de mi muslo y, finalmente, atraparon mi mano.

—¿De esta forma?

No contesté.

Sentí su palma caliente sobre la mía, los dedos amoldándose a los míos, y el agarre fuerte y

seguro con el que me tomó.

No aparté los ojos de la pantalla ni dije nada, tampoco moví la mano. Dejé que Jax la sujetara mientras el capítulo continuaba avanzando.

Y él tampoco la apartó.

No lo hizo hasta que mi tía apareció en la sala y me avisó de que teníamos que irnos.

Nuestros dedos se soltaron, y yo me levanté con una cálida pero pesada sensación en el estómago.

—Nos vemos mañana, Olivia —se despidió Jax.

¿Me habría llamado así porque su padre le había reñido por el apodo de piojosa?

Algo me decía que esa no era la razón.

19

Jax intercambió una rápida mirada conmigo.

Le di un codazo nada disimulado para que dejara de reírse.

Nuestro encargado nos gritó todavía más alto:

—¡Quiero todo esto impoluto y los clientes bien atendidos! Os estáis jugando vuestros puestos.

A decir verdad, sentía pena por primera vez en mi vida de nuestro encargado. Probablemente jamás imaginó lo que le esperaba al poner en el mismo turno a dos estudiantes, que además también eran compañeros de clase.

Mismamente, yo tampoco me lo esperaba.

No esperaba que Jax DeLuca resultase tan divertido como para acabar tropezando con un trozo de rebozado que había tirado en el suelo, todo por culpa de su imitación de nuestro encargado.

Y ojalá hubiese quedado ahí.

Tropecé y me caí cual payaso en una película muda. ¡Como si fuese una cáscara de plátano en lugar de grasa de aceite!

Mi cuerpo se impulsó hacia atrás y me caí de culo. Dolió, claro que sí, pero la risa de Jax, que fue exactamente igual a la de nuestro encargado porque seguía en modo imitación (estridente, aguda y con gruñidos de cerdo intercalados), consiguió que mis carcajadas aumentaran. No me importaba el dolor.

Ni que hubiese una larga fila de clientes observándonos.

Por supuesto, eso llamó la atención del pobre encargado, que me encontró en el suelo desternillándome de risa, y a Jax riéndose como un cerdito. Imitándolo.

En realidad éramos muy malas personas. Esas cosas no se hacían, ni siquiera a un jefe que se esforzaba por hacernos la vida imposible.

Nos ganamos una regañina y Jax, a pesar de todo, se llevó varios números de teléfono.

Como castigo nos quedamos media hora más aquel viernes, rellenando botes de kétchup en la trastienda mientras los compañeros que nos hacían el relevo atendían a los clientes.

Pero había merecido la pena.

—Vamos a ir al infierno por eso —se burló.

Tenía los rizos totalmente revueltos y llevaba por lo menos cinco minutos escribiendo etiquetas con fecha de caducidad en una pequeña mesa que nos hacía las veces de escritorio.

Verlo así, sonriente, alborotado, con las mejillas encendidas... Me hacía feliz de una forma extraña pero increíble.

—Pero de cabeza además —añadí.

Él asintió, y yo cerré la tapa del último bote de kétchup que me quedaba a la altura. El resto estaba en una balda más alta, encima del escritorio.

Me puse de puntillas para intentar alcanzarlos, pero no hubo forma. No me consideraba una persona bajita, pero tampoco era superalta. Quizá si me subía a la mesa...

Jax se puso de pie en cuanto se percató de mis intenciones.

—Deja que te ayude, esta mesa es más inestable que la vida de nuestro profesor de Gimnasia.

Eso volvió a hacerme reír, aunque no debería.

Después de mi equivocación con el mensaje al grupo, de que las burlas fuesen cesando y todo el mundo comenzara a tomárselo como una anécdota para el futuro, llegaron las imitaciones. Entre ellas frases como:

«Besaría a Ezra porque he escuchado que es genial en lo suyo... En todo lo suyo. Me casaría con un millonario y mataría al de Gimnasia porque nos hace correr mucho».

«Besaría a Joe Jonas, me casaría con Tom Holland y mataría a Voldemort. No necesitáis explicaciones».

«Besaría a Miley Cyrus, me casaría con Selena Gómez y mataría a Justin Bieber».

«Besaría a Chime, me casaría con Ariana y mataría a Flor por lo mucho que me hizo llorar con ese final».

«Besaría a la cerveza, me casaría con el tequila y mataría al de Gimnasia por hacerme correr con resaca un lunes».

En definitiva, hubo muchas más, pero algunas (demasiadas) terminaban mencionando que matarían al profesor de Gimnasia. Desde luego, no era ni de lejos el más querido del instituto.

—Puedo yo, solo necesito subirme a la mesa y...

Antes de que terminara la frase, Jax se había agachado delante de mí. Me pasó los brazos alrededor de las piernas, por debajo del trasero, y segundos después estaba siendo elevada.

Bajé la mirada hacia él mientras movía los brazos para intentar en vano mantener el equilibrio. Jax, como siempre, estaba sonriendo. Ni siquiera parecía molesto por tener que cargarme.

Acabé colocando una mano en su hombro y así logré mantener el equilibrio. Su barbilla estaba a la altura de mi muslo.

—Te dije que la mesa es muy inestable —se jactó.

Negué con la cabeza e intenté tomar los botes vacíos antes de que se cansara. Quizá no parecía demasiado pesada a primera vista, pero era consciente de que, en realidad, mantenerme en lo alto podía suponer un gran esfuerzo.

El primer bote se resbaló entre mis dedos. Golpeó directamente la cabeza de Jax, que no tardó en quejarse, y fue a parar al fondo de la mesa que había debajo, a la que pretendía subirme.

—¿Qué clase de agradecimiento es este por ofrecer mi ayuda? Al siguiente te lanzo contra el suelo.

Su amenaza me hizo reír, y conseguí tomar otros dos botes sin que se cayeran.

—Ya puedes bajarme —le avisé—. Con estos dos bastará antes de irnos.

Sentí cómo mi cuerpo comenzaba a deslizarse hacia abajo. A la vez, las manos de Jax acariciaban el exterior de mis muslos.

Después mi cadera.

Y finalmente mi cintura.

No llegué a tocar el suelo con los pies. Cuando casi estaba, él se echó hacia delante, y mi cuerpo cedió hasta terminar sentada sobre la mesa.

Con las piernas de Jax entre las mías, y él encarándome.

El ambiente se cargó con suma rapidez, tan rápido como mis muslos atraparon su cuerpo, como su mirada se colocó a la altura de la mía.

Notaba mi respiración entrecortada y apenas parpadeaba. Jax estaba tan cerca que, de nuevo, podía contar sus pestañas. El verde de sus ojos parecía mágico, brillando sobre las tonalidades marrones.

Sobre la ropa sentí cómo sus manos se deslizaban en mis costados, parándose a la altura de mi cadera.

Tuve la tentación de cerrar los ojos, al menos por unos segundos, cuando me sujetó allí con fuerza.

En mi interior el fuego comenzaba a crecer, saliendo de mi bajo estómago y esparciéndose por todo mi cuerpo. Perdiéndose únicamente en aquella conexión profunda de nuestras miradas.

Dentro de mí algo gritaba «¡más!», y lo hacía con mucha fuerza.

—Estás sonrojada —susurró Jax.

Clavé los dedos en sus hombros. Había acercado el rostro al mío. Tanto como para notar su nariz rozando la punta de la mía.

Tanto como para que nuestros pechos prácticamente estuviesen tocándose.

—Lo sé —respondí, totalmente sincera.

Llegados a aquel punto, ¿de qué serviría negarlo?

Su respiración se entremezcló con la mía en un pequeño torbellino que llenó mi cuerpo por

dentro. No era capaz de mantener a raya los latidos de mi corazón.

Mierda, ni siquiera era capaz de pensar con claridad.

Acercó el rostro un poco más, tanto que ya podía saborear sus labios.

—Si ahora te besara, ¿me dejarías hacerlo?

Jax esperó, sin moverse, en una desconcertante y mantenida distancia que estaba volviéndome loca. Hasta que comprendí que, para él, mi silencio significaba no.

Pero no era eso lo que quería transmitir, por lo que susurré:

—Sí.

Sus labios se curvaron en una sonrisa, casi rozando los míos.

—No sabes lo que me gusta escuchar eso.

Apreté los muslos contra él, acercando su cuerpo un poco más. Escuché cómo gemía, y el sonido de su respiración envolvió el ambiente.

Cerré los ojos, dejándome llevar por fin. Dando rienda suelta a mis sueños, a mi imaginación, a todas aquellas sensaciones que me perseguían y que amenazaban con explotar cada vez que Jax estaba cerca.

Cada vez que me miraba.

Cada vez me tocaba.

Unos labios suaves se posaron sobre los míos. Tranquilos, sin prisa. Los aplastaron apenas un poco, con suavidad. Sentí el calor que emanaba de ellos, la forma en que se conectaban con las manos que estaban posadas en mi cadera, la intranquilidad de la respiración agitada de ambos, que parecía pedir más...

—¿Desde cuándo se supone que esto es hacer horas extras?

Alejé el rostro de Jax, tan despacio como él, mientras cerca de nosotros la irritante voz del encargado continuaba gritándonos despropósitos. Algo así como que, si fuera por él, no seguiríamos trabajando allí.

Sus ojos brillaron oscuros hacia mí, mientras se separaba lentamente.

Jax se alejó y salté fuera de la mesa, con el cerebro embotado y tratando de procesar lo que acababa de pasar.

Tratando de comprender que había estado a punto de besar a Jax DeLuca.

20

La noche del sábado llegó más tarde que pronto.

Al salir del trabajo tenía muchísimos mensajes en el chat que compartía con mis amigas, aunque no tantos como en el del curso. Habíamos cambiado el nombre a «Las increíbles 2.0» para evitar futuras equivocaciones sin perder nuestra esencia. También añadimos una foto bien llamativa de las cuatro. Sin embargo, las que le había enseñado a Jax antes de subir al coche fueron las de mis amigas. Íbamos de vuelta a nuestros apartamentos para poder ducharnos antes de ir a la fiesta.

—Isabella me parece la bomba —dijo al comentar una foto en la que ella aparecía dibujando gotas de babas alrededor de la boca de Ezra—. Nos llevaríamos bien.

Me reí, porque tenía razón.

En que Isa era la bomba, y en que se llevarían bien. De hecho, a ella él ya le caía genial, igual que al resto, pero Jax no parecía haberlo notado.

—Solamente procura no enfadarla nunca —bromeé, mientras guardaba el teléfono—. Y mucho menos a Heejin.

Ellas ya estaban en la fiesta mientras a nosotros todavía nos quedaba al menos una hora para llegar. Había escogido con Isabella el conjunto que me pondría, para que apenas tuviese que pasar por la ducha, ponerme un poco de rímel y vestirme antes de correr hacia la casa de Lydia Stevens.

—¿Heejin? —repitió Jax, totalmente confundido—. Pero si parece más buena que el pan.

El eterno problema de Heejin, como ella diría. Además de parecer más joven de lo que era por su complexión pequeña y su rostro redondeado, todo el mundo pensaba que se trataba de una joven buena y educada.

Y a ver, buena lo era, pero...

Había visto a Heejin explotar muchísimas veces, y además de gritona también sabía pegar. El

verano antes de empezar el instituto había hecho un curso de boxeo y le gustó tanto que repitió al año siguiente. Ella sería la última de mis amigas con la que querría pelear.

De primeras todo el mundo pensaba que Carla era la más rebelde de todas, porque se hacía oír. Todo lo que pasaba por su cabeza lo decía sin ningún filtro, y normalmente también actuaba de una forma un tanto borde. Pero si te tomabas el tiempo para conocerla, descubrías que era una chica muy sensible.

Su familia, por lo visto, parecía no haberlo notado aún.

Isabella era, sin lugar a dudas, la más guapa de todas nosotras. Al igual que Jax, tenía ascendencia italiana. Su piel tostada era increíble, pero mucho más sus ojos. Jamás había visto unos tan profundos. Siempre supe que la mitad del instituto estaba enamorado de ella, aunque no lo dijera.

Cuando le conté todo eso a Jax, él solo se rio.

—Tienes razón en todo menos en una cosa.

—Sorpréndeme —contesté sin ocultar mi sonrisa.

Ya estábamos llegando a casa. Habíamos acordado darnos media hora para una ducha que quitara el asqueroso olor a pollo frito, picar algo y correr de vuelta a su coche para ir a la fiesta.

—Tú eres mucho más guapa que Isabella.

Sentí inmediatamente el calor en mis mejillas.

¿Qué demonios...?

—Eres muy agradable cuando quieres, Jax —comencé a decir mientras negaba con la cabeza —. Pero ambos sabemos que no es cierto.

—No lo será para ti, pero sí para mí.

Se me escapó una pequeña risa. Con el paso de los días, de las semanas... me había acostumbrado demasiado a su constante tonteo. Probablemente le hablase así a cualquier chica que se montara en su coche.

—Isabella es preciosa.

—Y tú también.

Mis mejillas se volvieron incandescentes. Si me tocabas, quemaba.

Jax pareció pensar lo mismo, porque comenzó a reírse de forma descarada. Nada sorprendente viniendo de él.

—Tranquila, piojosa. Deberías estar más acostumbrada a recibir halagos.

Claro que sí. Tú sigue riéndote de mí.

—Pues no lo estoy.

Hasta el momento solo Ezra, mi tía, Jax y dos chicos más (sin contar mis amigas), se habían dignado a decirme que era guapa. O por lo menos a insinuarlo.

Cuando se lo dije, mientras aparcaba el coche delante del edificio de apartamentos, frunció el ceño.

—La sociedad está francamente perdida si no valora la belleza de una chica como tú, que

además de ser espectacular, es increíblemente divertida.

Me bajé del coche con la cara ardiendo y sintiéndome un poco estúpida. En ocasiones su ligoteo llegaba a niveles insospechados.

—¿Me estás haciendo la pelota por algo? —le pregunté mientras avanzábamos hacia el apartamento—. ¿Necesitas alguna clase de favor? Mira que no tengo dinero, ¿eh?

Jax bufó y negó con la cabeza. Se había apartado el pelo, y podía ver el piercing de su oreja con claridad. Me gustaba mucho más que el de su ceja.

Me despedí de él y entré prácticamente corriendo en el apartamento para cambiarme. Mi tía no estaba, al final había quedado con sus amigas para ir a cenar (¡al restaurante donde trabajaba el vecino!) y aproveché para robarle un poco más de perfume y también maquillaje.

Al cabo de poco tiempo sería mi cumpleaños, y tenía el oculto deseo de que me regalara un bote del mismo aroma, ¡o incluso ese mismo ya empezado estaba bien! Lo cierto es que últimamente lo usaba yo más que ella.

Jax llamó a la puerta mientras me ponía una chaqueta sobre el vestido. ¿Cómo supe que se trataba de él? Por su ya conocida sensibilidad natural.

—¡Vamos, piojosa! —gritó mientras daba golpes tan fuertes a la puerta que parecía a punto de echarla abajo—. ¡Ya vas cinco minutos tarde!

Era cierto. Me había excedido del tiempo que nos habíamos dado para prepararnos, pero había decidido recrearme un poco más en el maquillaje. Había comprado una nueva máscara de pestañas y sombra de colores dorados que a mi tía le habían encantado.

—¡Ya voy!

Intenté gritar con todas mis fuerzas mientras corría a mi habitación a por los zapatos. ¡Maldición! Hubiese sido más sencillo ir en vaqueros y camiseta. Seguro que era lo que llevaba Jax.

—¡Si cuando lleguemos la fiesta se ha acabado, será culpa tuya por tardona! —advirtió.

Y más golpes en la puerta.

Maldije por lo bajo. Tomé el primer par que encontré y fui dando saltitos por la sala, calzándome y acercándome a él.

—¡Para de una vez! ¡O echarás la puerta abajo!

Me hizo caso y los golpes cesaron por fin. Tomé aire, me cercioré de estar totalmente preparada, giré el picaporte y...

El cuerpo de Jax cayó directamente hacia mí.

Di un paso atrás de forma inconsciente para mantener el equilibrio, alegrándome por no haber escogido unos zapatos de tacón. Se sujetó como pudo a mis hombros y yo frené la trayectoria que había comenzado a hacer, directo hacia el suelo.

—¿Estabas apoyado en la puerta? —pregunté sin soltarlo.

Además del paso hacia atrás, lo había tomado por los antebrazos. La proximidad entre nosotros era palpable. Podía notar su rostro prácticamente inmerso en el hueco de mi cuello, por

encima de su mano izquierda.

Se fue alejando despacio, ayudándome a recuperar también una postura recta. Su mejilla rozó la mía al hacerlo, y casi saboreé sus labios cuando las puntas de nuestras narices se rozaron. Evité cerrar los ojos, porque estaban conectados a los suyos de un modo tan intenso que me dio escalofríos, pero de los buenos. De los que te hacen desear más.

Sentí que me mareaba, y durante unos segundos perdí el equilibrio. Sin embargo, Jax ya estaba bien estable y fue su turno de ayudarme. Todavía estábamos agarrados el uno al otro.

—¿Te he hecho daño?

Moví la cabeza con suavidad para negar. No podía dejar de mirarlo. Su rostro continuaba cerca del mío, con los ojos entreabiertos y la mirada clavada en mí.

—Hueles otra vez a flores —murmuró.

Tragué saliva, y el recuerdo del beso volvió.

No había sido un beso beso como en las películas. Solo un pequeño roce y, aun así, me había traído miles de emociones.

Ni siquiera hablamos de él. Jax actuó como si nada hubiese pasado, y yo me negaba a admitir ser la única a la que se le había removido todo. Él era un ligón, estaba acostumbrado a esas cosas.

—Es perfume.

La sonrisa comenzó a invadir su rostro.

—Me encanta.

Mi respiración sonaba espesa, y estaba segura de que si él prestaba atención, probablemente también escucharía los latidos de mi corazón. ¿Qué estaba haciendo? Jax DeLuca no se encontraba ni se encontraría nunca en mis planes. Él era un espíritu libre, y yo no.

Con un pequeño carraspeo, me eché hacia atrás, poniendo distancia entre nuestros cuerpos. Solté sus brazos, y él dejó caer las manos de mis hombros. Sentí frío allí donde me había estado tocando segundos antes.

Entonces su mirada bajó despacio por mi cuerpo, y la sonrisa se mantuvo ahí hasta que volvió a mirarme a la cara. Y preguntó:

—¿Te has puesto así de guapa para ver a tu príncipe azul?

Salí del apartamento cerrando la puerta a mi espalda, y comenzamos a bajar las escaleras mientras yo ignoraba el hecho de que había vuelto a referirse a Ezra el Baboso como mi «príncipe azul».

—O más bien para dejarlo —murmuré, más para mí que para él.

—¿Qué has dicho?

Llegamos a su coche. Lo abrió a distancia con el mando y me senté directamente en el asiento del copiloto.

Jax arrancó el motor y puso rumbo hacia la casa de Lydia Stevens. La música se escuchaba bajito de fondo, y mis amigas no dejaban de mandar mensajes a nuestro grupo privado. Carla, de

hecho, llegó a escribir:

> ¿Al final vas a venir o estás tirándote a Jax DeLuca?

Increíble.

A mi lado el aludido tosió, a pesar de que era imposible que hubiese visto el mensaje de mi amiga. Con los ojos en la carretera, preguntó:

—Así que... ¿no vas a darle otra oportunidad a Ezra Johnson?

Entonces sí que me había oído. Me removí en el asiento y, tras pensar bastante mi respuesta, acabé por encogerme de hombros.

—No estoy segura, pero creo que no lo haré... Besa fatal, y no dejó de hablar de sí mismo durante toda la cita.

—Esa combinación suena horrible.

Caí en la tentación de volverme hacia él al escucharle hablar... y lo encontré con una sonrisa torcida que le llegaba prácticamente de oreja a oreja. Eso hizo que yo también curvara los labios un poco.

—¿Por qué me da la sensación de que te alegras de todo esto?

Jax apartó los ojos de la carretera durante unos segundos, los justos para posarse en los míos con picardía.

—Porque lo hago —respondió clara y llanamente—. Te mereces a alguien mejor que Ezra el Baboso.

—Déjame adivinar... ¿Alguien como tú?

Ni siquiera iba a reprocharle el sobrenombre que le había puesto a nuestro compañero, porque tenía razón. Me costaba no estremecerme ante el recuerdo de ese beso, y no precisamente porque fuese bueno.

Volvió a mirar al frente y apretó los labios antes de contestar:

—Para nada. Puedes tener a alguien mil veces mejor.

Eso me hizo fruncir el ceño. ¿Iba en serio? Porque, de ser así, no entendía la razón.

Noté cómo Jax me miraba con el rabillo del ojo, y entonces añadió:

—Pero si quieres que dé la vuelta y volvamos a tu casa, no pienso oponer resistencia. Me encantaría saber cómo es quitarte ese vestido a mordiscos.

Sentí el calor formarse en mi interior y expandirse rápidamente por todo mi cuerpo, mientras me inundaban imágenes repentinas de Jax agarrando el dobladillo del vestido con los dientes y subiéndolo hacia arriba.

Me las arreglé para responder:

—Gracias, pero creo que prefiero mantener mi vestido intacto.

Cuando vi su sonrisa crecer, supe que no se iba a quedar ahí.

—Está bien, también puedo quitártelo delicadamente.

Madre mía. ¿Alguien había subido la calefacción? En mi mente los labios de Jax volvían a besarme, y sus manos y dedos suaves eran los encargados de subir el vestido.

Agarré el dobladillo en mi puño, tratando de tranquilizarme, y susurré:

—Vete a la mierda.

Él se rio, y yo sentí mis mejillas muy calientes, pero no añadió nada más.

Quizá lo de Ezra no había funcionado, y desde luego no intentaría tener algo con él después de la desastrosa cita... pero necesitaba buscar una forma de olvidarme de Jax DeLuca.

Y tenía que encontrarla con urgencia.

21

—¡Nuestra Olivia ha llegado!

Isabella se lanzó a mi cuello en cuanto nos encontramos en la fiesta, dándome un abrazo tan fuerte que casi me ahoga. Detrás de mí me pareció escuchar a Jax reír, aunque la música taponaba mis orejas.

—¿Entonces te lo tiraste antes de venir o no? —preguntó en mi oído, sin soltarme.

Me alejé de golpe de ella, mirándola con los ojos muy abiertos. Una vez Carla había mandado el mensaje haciendo la broma, el resto también puso algo. Y, por lo visto, también habían bromeado sobre el tema en persona, y se lo acabaron tomando en serio.

Isa se rio de mi cara, y añadió:

—¡No me mires así! Habéis llegado supertarde.

Justo como Jax dijo que pasaría.

Carla me preguntó si quería algo de beber y Jax se ofreció a acercarnos un par de bebidas. Le pedí una cerveza, y me quedé charlando con mis amigas, para que me pusieran al día sobre lo sucedido hasta el momento.

Para empezar, Lydia Stevens no estaba en la casa. Jason había tratado de ligar con su hermana menor. Ella se había enfadado y había intentado lanzarle un jarrón a la cara, pero él lo esquivó y el jarrón se rompió. Tuvo que irse (con su hermana) a por uno nuevo a la tienda antes de que sus padres lo descubriesen.

Eric Evans y Colton Sanders se estaban enrollando en una de las habitaciones. La última vez que fueron vistos, Colton le estaba metiendo la lengua hasta la garganta a Eric (pobre, por experiencia sabía que no era nada agradable) en las escaleras que llevaban al piso de arriba.

Pero lo que más me interesaba...

Mateo Ford se había llevado una botella de tequila y estaba bebiéndosela en la barra. Las malas lenguas decían que lo había dejado con su pareja.

—Oh, y Heejin le ha tirado la cerveza a Ezra el Baboso por toda la camiseta —añadió Isabella con una sonrisa un tanto perturbadora—. Me gustaría decir que fue sin querer, pero todo sucedió justo después de que él la confundiera con una niña pequeña.

Esa información hizo que me olvidara de Mateo por unos segundos. Y también que me planteara por qué razón ella y Jax habían usado el mismo apodo para referirse a Ezra.

—Me preguntó si era superdotada —gimió Heejin, con la frente arrugada y ladeando su bebida—. Y cuando le dije que no, comentó que entonces no entendía cómo una niña de catorce años estaba a punto de acabar el instituto.

Abrí los ojos con asombro. Desde luego, le había tirado la cerveza de forma deliberada. No soportaba que nadie la confundiera con una chica más joven.

—Ahora se pasea por toda la fiesta sin camiseta —continuó Isabella, como si aquello fuera algo muy gracioso—. Y creo que está un poco asustado de Heejin.

La aludida se encogió de hombros, pero sabía que no se arrepentía de nada de lo sucedido.

Como Jax no regresaba con nuestras bebidas, dejé a mis amigas un momento y me acerqué a la cocina a ver qué pasaba. Lo cierto es que tenía algo de sed, porque no había tomado agua al llegar a casa y había estado trabajando durante toda la tarde.

Pero cuando llegué a la cocina, la sangre se me bajó a los pies. La razón por la que Jax no regresaba se llamaba Gemma, la hermana de Jason, con quien él estaba hablando. Y, a juzgar por cómo se reía y por cómo ella le tocaba el brazo mientras Jax se inclinaba hacia su cuerpo, parecía una conversación sumamente entretenida.

Algo en el fondo de mi estómago se revolvió, pero decidí ignorarlo. Fuera lo que fuese ese sentimiento tan parecido a los celos, no debía existir.

Tenía bastante asumido que Jax era un casanova como para que me importase.

Y no lo hacía.

Así que me adentré en la cocina con la barbilla alzada y fui directa a la nevera.

Y de camino, me llevé por delante el brazo de Jax.

Con el rabillo del ojo noté cómo se giraba para mirarme, pero lo ignoré y tomé un par de cervezas. Hacía más de quince minutos que se había ido a traernos algo de beber. Si luego se había entretenido ligando, no era mi maldito problema.

De hecho, tomé otra. Y al darme la vuelta me paré junto a ellos.

—Toma, para ti —le dije.

Cuando nuestros ojos se encontraron supe que se había dado cuenta de pronto de todo el tiempo que me había hecho esperar. Abrió la boca para decir algo, pero le interrumpí.

—Espero que lo pases bien, vuelvo con mis amigas —le informé.

Saludé brevemente a la preciosa chica que tenía delante, y caminé con paso decidido hacia mis amigas, sintiendo el corazón latiéndome a mil por hora.

¡Por las barbas de Dumbledore! ¿Qué dementores acababa de hacer?

No me extrañaría si Jax pensaba ahora que era una loca colgada por él. Primero le decía que sí

que quería un beso suyo, y después lo acosaba por tardar quince minutos en regresar. ¿Qué narices me pasaba? Si hubiese sido Carla en lugar de él, al verla con alguien habría apartado la mirada hacia otro lado y seguido mi camino.

Estaba bien jodida.

Di un profundo y largo sorbo a mi cerveza y llegué junto a mis amigas.

—¿Todo bien? —preguntó Isabella al verme.

Éramos tan buenas amigas, casi hermanas, que con solo verme supo que algo no iba bien. Y aunque asentí, sonreí y volví a beber, no se lo creyó.

—Tengo que ir al baño —continuó con el ceño fruncido—. ¿Me acompañas?

Asentí. Dejamos a Carla y Heejin, que todavía continuaba echando pestes de Ezra el Baboso y el pequeño tamaño de su cerebro, y seguí a mi amiga escaleras arriba. Esperamos alrededor de tres minutos antes de que lo dejaran libre y pudiésemos entrar.

Nada más cerrar la puerta me encaró con los brazos en jarras y una ceja alzada. Ni siquiera le hizo falta preguntar.

—Creo que me gusta Jax —confesé.

Maldición.

Decirlo en alto era todavía peor que pensarlo.

Y lo peor: resultó demasiado fácil.

No. Eso no fue lo peor. Fue ver a Isabella sonriendo y dando una pequeña palmada como si mi confesión fuese puramente maravillosa. Vómito de unicornio mezclado con polvos de hadas.

—¡Lo sabía! —exclamó.

Genial.

—¿Por qué te alegras tanto? ¡No quiero que me guste!

Su sonrisa decayó un poco, y dio un paso hacia mí.

—¿Por qué? Está muy bueno, y los dos tenéis una química increíble.

No podía negar ninguna de esas afirmaciones. Jax era un chico muy atractivo, no solo físicamente, sino también el aura que le rodeaba. Y, una vez lo conocías mejor, te dabas cuenta también de que era divertido, cercano y sensible.

Y decididamente, teníamos química. Al menos, yo la sentía hacia él.

—Me conoces de toda la vida —comencé a decir, conteniendo un suspiro—. Y sabes que no me gustan los rollos de una noche, y tampoco sufrir.

Los labios de Isa acabaron por curvarse en el sentido contrario a la anterior sonrisa.

—Oh, no —murmuró.

Exactamente. «Oh, no».

—Jax no quiere novias. Solo quiere alguien con quien pasar el rato. Y me niego a ser ese alguien, porque no quiero sufrir, y tampoco perderlo como amigo.

Isa se terminó de acercar del todo a mí. Tomó mi mano entre las suyas y las apretó con fuerza.

—¿Y cómo estás tan segura de que él no quiere algo más contigo?

Al menos tenía la respuesta para esa pregunta:

—Porque me dijo que no quería enamorarse de nadie.

Mi amiga ladeó la cabeza con expresión de no estar comprendiendo mis palabras.

—Eso no podemos controlarlo...

—Sí, y no. Él no quiere algo serio y está bien, es su decisión, al igual que yo sí quiero algo especial y duradero.

—El amor es tan difícil de entender... —susurró.

Y como hice yo horas antes, lo había dicho más para ella misma que para mí.

Al final terminó por darme un abrazo cálido y bueno, de esos que duran al menos diez segundos. En nuestro caso fueron más.

Me volvió a preguntar cómo estaba y cuando finalmente me creyó al decir que todo iba bien, salimos del baño.

Había una larga cola esperando que saliéramos, a pesar de que apenas estuvimos allí unos cuatro minutos. Una chica me golpeó el hombro al pasar apurada y apenas me pidió disculpas con una mirada.

Cuando seguía a Isabella hacia el piso de abajo, una mano me tomó de la muñeca y me hizo girar.

El olor a cerveza barata y un pecho desnudo fue lo primero que encontré nada más volverme de forma obligada. Necesité dar un paso hacia atrás para saludar a Ezra el Baboso, que sonreía de oreja a oreja y tenía las mejillas encendidas.

—¡Has venido! —exclamó, demasiado feliz para mi gusto—. Perdona que esté sin camiseta, a tu amiga se le cayó su cerveza sobre mí.

Seguro, tú sigue pensando que se le cayó.

Traté de alejarme dando un paso hacia atrás, pero Ezra no soltó mi mano. A su lado vi aparecer la cabeza de Jason, que sonreía de una manera un tanto perturbadora.

—Quería hablar contigo —continuó, con las vocales un poco enredadas en su boca—. No hemos tenido oportunidad de hablar desde nuestra cita.

Mientras solo fuese hablar...

Isa no tardó en acudir a mi rescate, dándose cuenta enseguida de que no la había seguido hacia el piso inferior.

—Perdona, necesito a mi amiga —le dijo, posando su pequeña mano sobre la de él, que seguía agarrada a mi muñeca—. Ahora.

Ezra me soltó y yo suspiré aliviada pero, en realidad, sabía que si no lo solucionábamos en ese momento, tardaría más en librarme de él. Había decidido no tener más citas con él y, por supuesto, ni un beso más.

Lo mejor era transmitirle mi decisión de una vez por todas y acabar con este asunto.

—Está bien, Isa —le dije, elevando los labios con mi mejor sonrisa tranquilizadora—. Tengo que hablar con Ezra.

Me mandó una mirada que preguntaba en silencio «¿Estás bien?», y yo contesté con otra de «Lo tengo todo controlado».

Aún parecía insegura, pero observó unos segundos a Jason, que todavía seguía allí, y asintió antes de alejarse.

—Nos vemos en breve —me aseguró.

Y se fue escaleras abajo.

Tomé aire y dejé de mirar a Jason para buscar los ojos de Ezra. Maldición, también estaban rojos. ¿Se acordaría al día siguiente de esta conversación? Esperaba que sí, porque me negaba a vivirla dos veces.

Decidida, comencé a decir:

—Oye, Ezra... Yo también quería hablar contigo, porque lo cierto es que...

—Espera, aquí no —me interrumpió, invadiendo parte de mi espacio personal con su rostro—. Puede oírnos cualquiera.

Quise protestar, pero Jason gritó como un lobo herido (algo que, suponía, pretendía ser alentador), y no me quedó más remedio que asentir.

Seguí a Ezra por el pasillo, más allá de las escaleras y del baño, hasta una puerta entreabierta. Cuando la pasamos, me di cuenta de que era la habitación de Lydia.

Tenía una cama con sábanas de Harry Styles, un póster de él a tamaño real y un espejo con muchísimas fotos en las que ella aparecía editada a su lado. No sabía que era tan fan. De hecho, en su mesilla había una figurita de apenas quince centímetros del cantante.

Estaba observando fascinada su increíble colección, cuando escuché el sonido de las voces evaporarse. Entonces, al volverme, me percaté de que Ezra había cerrado la puerta.

Y de que probablemente se esperaba otro tipo de conversación.

—Por fin solos.

Di un paso hacia atrás mientras él se acercaba a mí.

—Oye, creo que me has malinterpretado —comencé a decir, con los brazos extendidos y las manos abiertas, esperando el momento en el que él llegase a mí—. La cita estuvo muy bien y todo eso, pero...

Hizo caso omiso.

—Vamos, Olivia. Eres una chica preciosa, y yo estoy buenísimo.

Baja Sol, que ya tenemos a Ezra el Baboso para deslumbrarnos con su ego. Y yo que pensaba que Jax lo tenía subido...

—Gracias, pero eso no es lo que...

—Si salimos juntos, estoy seguro de que seríamos los reyes del baile de graduación —me interrumpió con ojos brillantes—. Ya hay mucha gente hablando de nosotros, ¿sabes?

Ezra se acercó más, hasta llegar al punto en el que las palmas de mis manos toparon con su pecho, poniéndole freno. Eso no hizo que sus intenciones parasen.

—Lo que quiero decir, Olivia James —continuó—, es que me gustas mucho, y me encantaría

salir contigo.

Quise vomitar.

Por mucho que hacía unos meses hubiera deseado oír estas palabras de boca de Ezra, ahora me repelían por completo. Poner tierra y aire (mucho aire sobre todo) entre nosotros era lo que quería.

—Pero si no me conoces —le espeté, con mi tono de voz unas cuantas octavas más agudas de lo que pretendía—. ¿Cómo puedes pedirme salir?

—Claro que te conozco —se burló.

Si mi cuerpo hubiese estado más tranquilo probablemente hubiese elevado las cejas o me hubiese reído de la situación. Pero Ezra seguía allí, con su pecho enorme aplastado contra mis manos y su rostro invadiendo parte de mi burbuja de espacio personal.

Traté de hacerle entrar en razón.

—¿En serio? Piensa, ¿cuál es mi colonia favorita? ¿La comida que odio? ¿Lo que quiero ser en el futuro?

Durante unos segundos vi pasar por su rostro una pizca de confusión. Por supuesto, él no tenía ni idea. No sabía que me encantaba el olor a flores del perfume de mi tía, que odiaba el pollo frito por culpa del restaurante Alitas Picantes, o que siempre he deseado ser maestra como tía Jenna.

Él no sabía nada de mí, y yo apenas sabía algo de él. No era el tipo de relación que a mí me hubiese gustado empezar.

—¿Y eso qué importa? Ya nos iremos conociendo.

Quizá no le importara a él. Entendía que había gente que podía con ese tipo de relaciones, pero yo no. Necesitaba crear un vínculo de confianza con una persona antes de tener algo más.

Enrollarse era una cosa, pero ser una pareja... eran palabras mayores.

Su pecho empujó mis manos y yo tuve que emplear más fuerza, aunque notaba las muñecas doloridas y los codos a punto de ceder.

—Lo siento, Ezra. Pero no creo que quiera... conocerte más.

Ahí estaba yo, intentando ser sutil mientras el chico me tenía acorralada y continuaba invadiendo mi espacio personal.

¿Por qué demonios me enseñaron a ser amable con este tipo de gente y no a patearles el trasero?

—¿Por qué no? —se quejó, mirándome sin comprender—. Soy genial.

Claro que sí. Tú sigue creyéndotelo. No llegarás muy lejos.

Aunque en realidad, antes de tener la cita con él y ver que no pegábamos ni con cola, yo también pensaba que Ezra Johnson era genial. Que era guapísimo, que llevaba a nuestro instituto hasta la final de fútbol y que era inteligente por sus notas.

Aprendida la lección. Y que ser bueno de forma académica no quiere decir que seas listo también en la vida real.

—Simplemente no congeniamos —probé a la desesperada—. ¿No lo has notado?

—Bueno, vale, eres un poco sosa, pero... ¡solo piénsalo! Es nuestra oportunidad para ser los más populares del curso.

Algo hizo clic en mi mente. Nunca me imaginé como una persona popular. Mucho menos en el instituto pequeño en el que nos encontrábamos, donde prácticamente todos nos conocíamos, aunque fuese de vista. Pero él sí. Y por eso había empezado a salir conmigo.

No era solo el mensaje o que le pareciese atrevido, como había dicho... sino que salir conmigo, según él, aumentaría su fama.

Asqueroso.

Además, ¡si él ya era popular!

—¿Y a quién demonios le importa algo tan estúpido como eso? —repliqué.

—A mí.

Mis muñecas comenzaron a ceder. Y sus prioridades me estaban dando un poco de asco. ¿Qué había del amor? ¿De la pasión? ¿De la química? ¿De la amistad?

—Lo siento, pero no creo que funcione. —Negué con la cabeza.

Él presionó con más fuerza.

—Vamos, Olivia... Al menos piénsalo.

Mis muñecas cedieron más.

—Yo no...

Hasta que cedieron del todo, y el cuerpo de Ezra finalmente se precipitó sobre mí.

Lo hizo con mucha fuerza, empujándome hacia atrás, hasta que me di contra la pared cercana a la ventana de la habitación de Lydia. Apenas pude quejarme, porque pocos segundos después tenía las manos de Ezra sobre mi cintura y su nariz pegada a mi cuello, como si quisiera olisquearlo.

Me dio náuseas.

—Ezra, para —pedí.

¿Estaba loco? Tenía que estarlo.

Pero lejos de hacerme caso, sus manos subieron un poco más arriba.

Comencé a ponerme nerviosa.

—Dije que no —intenté afirmar con fuerza, pero la voz me salió temblorosa.

Tampoco sirvió. Su nariz llegó hasta debajo de mi oreja, y entonces comenzó a recorrer el camino hacia mi boca.

Maldición, no iba a dejar que un estúpido chico de instituto, borracho y baboso, me hiciera pasar un mal rato. Y aunque no estaba segura de si llevaría o no las de perder, comencé a gritar:

—¡He dicho que no! ¡Para!

Estaba pasando por mi mandíbula, casi en mis labios. Y por más que yo apretaba las manos contra su pecho para alejarlo, no funcionaba.

Hasta que la puerta de la habitación se abrió de golpe. Como si fuesen ángeles de la guardia,

todas mis amigas aparecieron.

Primero fue Isabella, que llegaba con la cara sonrosada y el pelo revuelto. Detrás, Heejin y Carla jadeaban. Y finalmente, Jax.

Su mirada se cruzó con la mía, y pude imaginar perfectamente lo que parecía. Vi cómo apretaba los puños de las manos y su mandíbula se ponía tensa. Sin embargo, la sombra fría y enfadada que cruzó su mirada fue a chocar directamente con la de Ezra, que todavía seguía sosteniéndome.

Por suerte, ya había sacado la nariz de mi cara.

—¡Aléjate de mi amiga, capullo! —gritó Heejin, abriéndose paso entre todas.

Ezra dudó unos segundos, pero finalmente me soltó.

No tardé en separarme de él y correr hacia Isabella, quien enseguida me envolvió en un reconfortante abrazo. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba respirando con fuerza hasta que me cobijé junto a mi amiga.

—Lárgate antes de que te meta un puñetazo que te deje más tonto de lo que eres —continuó Heejin, que claramente seguía enfadada por el asunto de la edad—. Sé boxear.

Las cejas de Ezra se juntaron como si no la creyese, pero la actitud del resto de nosotros le hizo dudar, además del grito de Carla animando.

—¡Tú pégale! —había dicho—. Yo inventaré una coartada.

Ezra tosió, y movió el cuerpo de forma nerviosa, tratando de cuadrar los hombros.

—Vamos, no es lo que pensáis —comenzó a decir, y tuvo la osadía de buscar mi mirada—. Solo estábamos hablando, ¿verdad?

—Y una mierda —siseé.

Isabella me apretó con fuerza, y Jax dio un paso hacia el frente.

—Vete —susurró.

Lo hizo muy bajo, apenas audible, pero lo suficiente como para que Ezra lo escuchara. Un escalofrío me recorrió, porque parecía enfadado. Más enfadado de lo que jamás lo había visto.

Ezra comenzó a caminar hacia nosotros con fingida seguridad, como si todavía creyese que podía arreglar algo de la situación.

—Tíos, de verdad... Estáis tomando esto muy en serio.

De la nada, Jax se movió y apareció frente a él. Aunque Ezra abultaba más por el fútbol, de pronto pareció mucho más pequeño.

La sonrisa de Jax parecía de todo menos amigable.

—¿Tú crees? Porque a mí me ha parecido escuchar perfectamente a Olivia decirte que parases. Decirte que no.

Ezra intentó sonreír, pero era demasiado obvio que estaba nervioso. Aun así, intentó defenderse:

—No estaba haciendo nada malo.

Las cejas de Jax se alzaron, pero no había nada de burla en su expresión. Entonces puntualizó:

—No parar cuando una chica te dice que no es hacer algo malo.

Finalmente la sonrisa de Ezra se deshizo. Trató de buscar apoyo en mí, como si por algún milagro yo fuese a intentar ayudarlo. En su lugar, aparté la mirada y Heejin dio un paso al frente con los puños en posición de ataque.

No dudaba que fuese a darle un puñetazo si trataba de insistir.

—Creo que es mejor que te vayas —comentó mi amiga, apuntando directamente hacia él.

—Sí, yo también lo creo —añadió Jax.

Ezra paseó la mirada una vez más por mis amigos y por mí, hasta que acabó por volver a cuadrar los hombros y pasar de largo. Cuando se abrió camino hacia la puerta, escuché perfectamente cómo murmuraba:

—De acuerdo, estáis todos locos.

Heejin no tardó en saltar y gritar:

—¡Por lo menos no somos unos putos babosos!

Pero nadie respondió. Quizá ni lo había escuchado.

Isabella me apretó muy fuerte, y Carla se unió enseguida.

Cuando todo estuvo más tranquilo, Isa se ofreció a llevarme a casa, y Jax se encargó de Carla y Heejin. En el camino, me animé a preguntarle cómo habían sabido que algo iba mal.

Agradecía su ayuda, pero me picaba la curiosidad.

Entonces Isa, con una expresión que me decía que en realidad ella no quería contar nada, me hizo desbloquear el teléfono y entrar en la conversación del maldito y (a partir de ese momento) odiado chat grupal del curso.

Jason había mandado una imagen de mí, tomada de la mano de un Ezra sin camiseta, entrando a un cuarto.

Y acto seguido...

Jason
Adivinad quién más va a tener marcha esta noche.

Anna
Eres tan asqueroso...

Lydia
Fuera de mi casa, todos.

Brett
ˇVamos! Esta noche follas.

Jason
Seguro que ya están en ello.

Brett
Olivia está buenísima, yo también me la follaría.

Quise vomitar.

Anna
Sois asquerosos.

Samantha
żNueva pareja?

Thomas
Escuché gemidos al pasar por ahí.

Y no quise leer más.

La gente estaba fatal, bromeando sobre estos temas. ¿Nunca se plantearon que estaba mal? Pero no me importaba.

Estaba cansada, y gracias a esos mensajes mis amigas me encontraron. Ellas me conocían de verdad. Sabían que no había nada entre Ezra y yo, y que quizá me había metido en problemas.

Según me había contado Isabella, cuando regresó con Carla y Heejin, Jax volvía a estar con ellas. Sin Gemma. Entonces leyeron los mensajes y corrieron a ver si todo iba bien, solo por si acaso... Y menos mal.

Llegué a casa, apagué el teléfono y me metí en la cama para descansar. Al día siguiente tendría sesión de serie televisiva con mi tía. Y el lunes, cuando regresara a clase, todo iría mejor.

Igual que ocurrió con el mensaje equivocado de «a quien besaría, con quién me casaría y a quién mataría», mis compañeros se olvidarían de todo enseguida.

Como siempre hacían.

Poco sabía yo que la semana siguiente sería mucho, pero mucho peor...

22

—Si me das permiso, puedo romperle la nariz en cuanto lo vea.

Roí un poco de la zanahoria untada en humus que Isabella me había cedido de su almuerzo, aunque en realidad no tenía hambre. Ni siquiera la pizza con extra de queso en la bandeja de Jax me resultaba apetecible.

Tenerlo sentado con nosotras durante el almuerzo era toda una novedad y había provocado múltiples cotilleos. Pero a Isabella parecía caerle bastante bien. Ella fue quien lo había invitado a sentarse con nosotras. Y él había accedido.

—Es todo un detalle, Heejin, pero no hace falta —le aseguré, dejando finalmente la zanahoria en el plástico gastado—. Hablaré con él.

Mi amiga hizo un gesto amargo con la boca y murmuró:

—No creo que se pueda hablar con alguien de su especie.

Por encima de la mesa la mano de Isabella se topó con la mía, y yo traté de sonreír... solo que la sonrisa no llegó a mis ojos.

Después de la fiesta del sábado, todo había ido a peor.

Los mensajes de nuestros compañeros, junto con la foto de Ezra sin camiseta metiéndome dentro de una habitación, difundieron el rumor de que nos habíamos acostado.

Y todo habría quedado en eso, un rumor, si Ezra no se hubiese relamido sus heridas afirmando que aquella horrible mentira era cierta. Había ido proclamando por todo el instituto que él y yo habíamos hecho «cosas» aquella noche en la habitación de Lydia.

Y todo el mundo le había creído.

Todos menos Isabella, Carla, Heejin... y Jax.

Solo Isabella vino conmigo a clase de Química, por suerte. Y cuando encontramos a Ezra riéndose junto a su inseparable amigo Jason, le lancé una mirada para que se sentara junto a nosotras y yo pudiera hablar con él.

Isa me defendería a capa y espada, pero entendía que primero necesitaba tratar de resolver los problemas por mi cuenta.

Por eso mismo tomé aire y me dirigí hacia la zona donde estaba Ezra.

Las risas y voces se apagaron en cuanto llegué. No solo del pequeño grupo en el que él estaba, sino de toda la clase. Todos los ojos y oídos, de pronto, estaban puestos en mí.

Especialmente los de Ezra, que me miraba como diciendo «¿Qué quieres, preciosa?».

Asco.

Asco x2.

—Tengo que hablar contigo —avisé.

Cuadró los hombros, como empezaba a apreciar que era un gesto muy común en él. El popular Ezra, que vivía obsesionado por mantener su fama.

—Por supuesto, nena.

De algún modo, me esperaba esa respuesta...

Tomé aire profundamente y añadí:

—Ahora.

Eso le hizo alzar las cejas, pero no de forma seductora, sino molesta. Él sabía tan bien como yo que los rumores de los que se jactaba eran mentira. Era consciente del daño que me había hecho, y de que no era para nada una buena persona.

Por eso agregó:

—¿Vamos a un sitio más apartado?

¿Apartado, como el cuarto de Lydia Stevens, donde según él nos habíamos acostado, aunque era mentira?

Y una mierda.

Tomé aire y di un pequeño paso hacia él. Traté de imitarle al cuadrar mis hombros, y le avisé con voz grave:

—Dile a todo el mundo que es mentira que me acosté contigo.

No funcionó. Lo supe en cuanto sus ojos brillaron, pero me lo confirmaron sus palabras:

—¿Por qué diría eso, cuando sí que tuvimos sexo?

Quería matarlo.

En su lugar apreté los puños y repliqué:

—Porque solamente ocurrió en tus sueños, gilipollas.

Al lado de Ezra, Jason rio. A él también quería matarlo. Fue quien envió las fotos. No obstante, traté de mantener la calma. Primero intentaría solucionarlo todo con palabras, y después...

Ezra dio un par de pasos hacia mí, tranquilo. Cuando posó la mano sobre mi hombro quise gritar.

—Olivia, querida Olivia... No hay nada de lo que avergonzarse.

—Créeme, si de verdad me hubiese acostado contigo, sí que habría cosas de las que

avergonzarse.

Dije eso último mirando deliberadamente hacia abajo, hacia su entrepierna. El rostro de Ezra adquirió un matiz rosado. ¿Quería jugar duro? De acuerdo.

Sin embargo, no sirvió de nada.

A pesar de que todos se rieron, sabía que nadie me creyó cuando él se alejó unos pasos, riéndose con su amigo Jason.

Todos preferían el cotilleo.

Todos preferían creer que él se acostó conmigo, y ahí se acababa todo.

—Vamos.

Una mano pesada se posó en mi hombro. La sensación tibia y llameante de la cercanía de Jax fue suficiente para mitigar las energías negativas de mi interior. Lancé una última mirada a Ezra y Jason, que seguían riéndose con sus amigos, y me alejé junto a Jax a la mesa que Isabella había reservado para mí.

—¿Estás bien? —preguntó mientras nos acercábamos a mi amiga—. Puedo partirles la cara si me dejas, y de verdad que me encantaría hacerlo.

Me retrasé a propósito unos segundos. De esa manera el pecho de Jax chocó contra mi espalda, y yo sentí el confort de su calor.

—Está bien así—asentí, llegando a donde ella estaba—. No quiero más problemas.

Salí muy malhumorada de la última clase del día. Solo quería llegar al aparcamiento, que Jax me llevara a casa, y hundirme en la almohada.

Entonces comenzaría a gritar. Y lo haría sin parar.

Gritaría hasta quedarme afónica, hasta que las luces se fundieran y los vecinos llamaran a la puerta mosqueados.

Si hacía falta, gritaría hasta que Jax se ofreciera a tener sexo conmigo para calmarme.

A esas alturas de la vida, no lo veía como una mala opción...

—¡Cuidado!

Esquivé a tiempo a la persona que venía hacia mí. Caminaba con la cabeza agachada y sin mirar, así que era todo un milagro que a aquellas horas no me hubiese llevado por delante a nadie.

Ahí me di cuenta de que se trataba de Mateo Ford.

Pero ni con él me salía ser simpática.

—Perdona —susurré, haciéndome a un lado.

Traté de continuar mi camino, pero él se volvió enseguida y siguió mis pasos.

—Olivia, espera —me llamó.

Frené suavemente, rezando a todos los dioses habidos y por haber para que no fuese a preguntarme por el rumor. Estaba demasiado cansada de decirle a la gente que era mentira, y que

ellos no me creyesen...

—¿Sí? —dije.

Sus ojos azules parecían un poco más apagados de lo normal, y lo cierto es que la ropa ni siquiera le combinaba. ¿Camisa rosa con abrigo rojo? Puñetazo en el ojo. Pero no le iba a decir eso. En su lugar, él preguntó:

—Solo quería saber si estás bien.

Asentí un poco débil.

—Lo estaré —le aseguré.

Una extraña sonrisa cruzó el rostro de Mateo. ¿Qué demonios...? Hasta que añadió:

—Por lo que he escuchado, tienes a Jax DeLuca como escudo.

—¿Qué quieres decir?

La pregunta salió tan rápido de mis labios que no la pude contener, pero es que tampoco hubiese querido hacerlo. ¿De dónde sacaba él eso?

—Corre el rumor... —Genial, más rumores— de que Jax y Ezra tuvieron un altercado a última hora en Gimnasia.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo ante sus palabras, y la sonrisa de Mateo se desvaneció. El rumor tenía pinta de ser cierto.

—No te preocupes —trató de tranquilizarme—. Simplemente chocaron mientras corrían, se empujaron y Jax lo llamó gilipollas. Pero todos frenaron la pelea antes de que apareciera el profesor.

Oh, Dios mío.

No necesitaba que Jax me defendiera, y en parte se había mantenido alejado, salvo por ese encuentro. Pero tampoco podía enfadarme con él por llamar gilipollas a Ezra.

Ojalá hubiese hecho algo más grave, como tirarlo contra la pared. Yo misma tenía ganas de hacerlo.

—Me parece que tienes unos muy buenos amigos.

Sonreí ampliamente a Mateo, y asentí. Después recordé los rumores sobre él mismo en la fiesta y su estado.

—¿Tú cómo estás? —le pregunté.

Una sombra de tristeza cruzó su rostro. Se encogió de hombros y vi perfectamente cómo trataba de poner una máscara a su cara... pero fue imposible.

—He estado mejor —confesó por fin, dando un largo suspiro—. Rompí con mi novio después de casi dos años juntos.

¿Novio?

Pero no era el momento de hacer preguntas, solo de ser comprensiva. No podía ponerme en su lugar, pero sí intentarlo.

—Lo siento —dije, extendiendo la mano hacia su brazo—. Aquí tienes una amiga, si quieres hablar.

—Gracias.

Mateo esbozó una sonrisa, y ambos nos miramos mientras nos alejábamos hacia diferentes salidas.

Ya casi saboreaba el aire puro, el ambientador a limón del coche de Jax y sus críticas cuando en la radio ponían una de las canciones pop que a mí me gustaban..., pero alguien me llamó:

—¡Olivia!

Genial.

Esperaba que no fuese para preguntarme por Ezra porque gritaría. Y lo haría muy alto.

Sin embargo, el rostro agitado de la chica que me alcanzó parecía amable. La reconocí de una de las clases que habíamos compartido en primero. Se llamaba Hannah.

—¿Sí? —contesté con un poco de recelo.

Hannah tardó un poco en recuperar el aliento, pero cuando habló su voz todavía sonaba entrecortada.

—Verás, quería hablar contigo, porque...

Miró a un lado y luego al otro, como si temiese que alguien nos estuviese espiando. Eso me hizo desconfiar un poco más.

—Quería decirte que creo que lo que dices... Que Ezra...

Volvió a guardar silencio. Esta vez cerró los ojos, tomó aire antes de abrirlos y dio un paso hacia mí. Antes de que pudiera decir nada, ella misma volvió a hablar. Y lo que dijo me dejó sin palabras:

—Yo te creo... porque el año pasado Ezra Johnson fue diciéndole a todo el mundo que habíamos estado juntos en verano, y era mentira. Solo fui a su casa a llevar una tarta que habían encargado en la pastelería de mi madre, pero él lo convirtió en toda una anécdota.

Guau...

—Menudo capullo.

Asintió.

— Y estoy bastante segura de que no soy la primera, de que se lo ha hecho a más chicas, pero por alguna razón hay idiotas que siguen creyéndole... —Hannah hizo el amago de una sonrisa y luego extendió las manos hasta tomar las mías—. No estás sola, que lo sepas.

La sonrisa suave se contagió a mis labios.

—Ojalá alguien pudiera darle de su propia medicina... —añadió Hannah con disgusto.

Tenía razón. Alguien tenía que hacérselo pagar.

Y eso, de pronto, me dio una pequeña idea...

Una pequeña pero maléfica idea...

23

—¿De verdad que solo quieres eso para tu cumpleaños?

Mi tía me miró con una expresión parecida a la decepción, algo que yo no lograba comprender. Al cabo de poco tiempo cumpliría dieciocho, y de regalo le había pedido un perfume. Ella me había ofrecido una tarde de compras, preparar una gran fiesta (¿en nuestro diminuto apartamento?), salir a cenar a un buen restaurante...

No quería gastar dinero, necesitaba ahorrar para la universidad. Aunque viviríamos juntas mientras estudiase, siempre y cuando consiguiese comprar un coche, tendría gastos adicionales y no estaba de más ser previsora.

Desde que mi relación con Jax había mejorado, decidí que era mejor no gastar nada en una bicicleta y guardarlo todo para el coche. Además, aunque no lo admitiría nunca en voz alta y mucho menos delante de él... empezaba a agradarme eso de pasar tiempo juntos. A veces me hacía reír y tenía un lado amable que me gustaba bastante.

—Llego tarde al instituto —me despedí, dándole un beso en la mejilla y apresurándome hacia la puerta—. Seguro que Jax ya está listo.

Mi frase se fue apagando porque nada más abrir la puerta, efectivamente, me encontré con el susodicho. Estaba apoyado contra el marco (esta vez sin necesidad de caer sobre mí). Se había puesto una cazadora oscura sobre la camisa, y sus eternas gafas de sol cubriéndole los ojos.

Apenas había unos pequeños rayos a esas horas en el mes de febrero, pero eran suficientes para molestar mientras conducía.

No pensaba decirle en ningún momento lo sexy que parecía y cómo por dentro se me estaba cayendo la baba, aunque a juzgar por la pequeña sonrisa que comenzó a formarse en sus labios, él pudo leer mis pensamientos.

—¿Lista? —preguntó con voz ronca—. ¿O necesitas que te lleve en brazos hasta el coche?

Antes de que lograra contestar, mi tía, que también llegaba tarde, pasó zumbando a nuestro

lado. Jax se apartó para dejarla pasar, y ella nos lanzó una sonrisa cargada de picardía. Sabía que en su imaginación nosotros ya habíamos gastado varios condones del paquete del baño.

Y lo peor era que esa idea parecía gustarle.

—A ver si tú la convences de hacer alguna cosa por su cumpleaños —le comentó mientras comenzaba a correr escaleras abajo—. Algo me dice que a ti te escuchará mucho más que a mí.

Jax le guiñó un ojo en respuesta, y después desapareció. Lancé un suspiro mientras cerraba la puerta del apartamento y los dos seguimos el camino hacia el aparcamiento. El coche de mi tía ya había salido vibrando cuando nosotros subimos al negro de Jax.

No habían pasado más de dos minutos antes de que él comenzara a hablar:

—Así que... tu cumpleaños.

Asentí, observándolo de reojo. Su perfil era muy atractivo incluso a aquellas horas de la mañana. Yo aún tenía los ojos hinchados por estar recién levantada y la mirada somnolienta.

—Es a principios de marzo —le dije, y él asintió—. Por fin los dieciocho.

—Un gran número —me aseguró, aunque parecía burlarse un poco—. En varios países serías mayor de edad.

Jax había cumplido los dieciocho a principios de enero. Sabía tan bien como yo que solo se trataba de un cumpleaños más.

—¿Y qué quiere tu tía que hagas para celebrarlo?

Subí un poco el volumen de la música para poder escuchar mejor la canción que sonaba. Era la nueva de Taylor Swift. Mis piernas ya se estaban moviendo por sí solas al ritmo de la música.

—Ha propuesto desde una fiesta en nuestro diminuto apartamento hasta un viaje las dos juntas. Aunque la que más me ha gustado es la de salir a cenar con ella.

Sus ojos se movieron un segundo hacia mí, y sonrió al ver que estaba tatareando. ¡La canción era muy buena!

—Estoy casi seguro de que la fiesta no sería una mala idea —comentó.

—Sí, seguro. Con lo que les gustan las fiestas a los de nuestro curso, meter toda esa gente en el edificio... ¡Seguro que nos echarían!

El estribillo llegó, y ya estaba moviendo hasta los hombros. Escuchar a la reina Taylor conseguía mejorar mucho mis mañanas. Incluso si tenía que ir al instituto a hacer frente a los cotilleos sobre mi supuesto revolcón con Ezra el Baboso.

—Me gustaría ver al vecino del primero intentándolo —se rio, recordando al señor que quería pegarle con un bastón—. Ayer me amenazó con lanzarme una lata a la cabeza.

—Pero ¿qué le has hecho a ese señor?

—Creo que existir.

Nos reímos un buen rato y la canción terminó. Lamentándolo, bajé de nuevo el volumen de la radio y miré con seriedad el camino. En realidad, tenía un plan en mente para devolverle la jugada a Ezra, pero me daba algo de miedo ponerlo en marcha. No solía ser del tipo vengativo, y lo que iba a hacer probablemente llamaría aún más la atención sobre mí.

Vamos, que no estaba del todo segura de mi plan.

—¿Estás bien? —me preguntó Jax después de un rato de silencio.

Asentí con la cabeza, pero mi nerviosismo era bastante obvio. No dejaba de jugar con las manos, enredando los dedos sobre mi regazo.

—La verdad es que preferiría mil veces quedarme en casa antes que ir a clase —confesé.

Pero tenía que hacerlo. Si dejaba que un rumor absurdo me fastidiase la media, después también se apropiaría de mi vida por completo. No podía dejar que las cosas me afectaran tanto.

—Si quieres, puedo dar la vuelta y regresamos —propuso, y entonces se quitó las gafas para mostrar una mirada juguetona, y cambió el tono de su voz—. Tengo entendido que no hay nadie en tu casa.

Ya empezábamos...

Sin embargo, no pude evitar reírme. Comenzaba no solo a acostumbrarme a su constante tonteo, sino también a encontrarlo entretenido, a pesar de que nunca le había seguido el rollo. Lo que me hizo pensar...

¿Qué pasaría si yo también jugaba a su juego? Por eso mismo, pregunté:

—¿Qué tienes en mente, DeLuca?

Alcé las cejas, y la sonrisa de Jax creció. Sentí cómo se me calentaba el estómago cuando sus ojos se fijaron con intensidad en los míos, a pesar de que apenas fueron unos segundos.

—Tú, yo... —comenzó a susurrar, poniéndome la piel de gallina—. Una habitación vacía y oír cómo gimes mientras te beso. Eso estoy sugiriendo.

Ufff.

¿Había vuelto a subir la temperatura? ¿O era solo yo sintiendo todo mi cuerpo llamear?

Maldición, si fuese capaz de poner distancia entre mis sentimientos y las relaciones físicas, aceptaría su propuesta encantada. En aquellos momentos, solo tenía ganas de parar el coche y lanzarme sobre él a ver si de verdad cumplía lo que decía.

—Solo di que sí, piojosa —me advirtió con ese tono coqueto—, y volveremos a casa volando.

Jax había bromeado más veces con todo eso, pero siempre le contestaba mal y él acababa riéndose. Probablemente, eso era lo que estaba esperando que hiciese entonces. Pero ¿qué haría si decía que sí?

Me apetecía comprobarlo.

—De acuerdo —respondí con resolución, a pesar de que el corazón me iba a mil por hora—. Vayamos a casa.

El coche pegó un frenazo que casi me estampa contra el cristal. Agradecí profundamente lo buenos que eran los cinturones de seguridad.

Cuando me volví hacia Jax tenía la boca abierta por la sorpresa, pero rápidamente puso una máscara un poco más sutil.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

Me encogí de hombros. En mi cabeza comenzaron a reproducirse unas cuantas imágenes. De

él y yo. A solas. En mi habitación.

Entreabrí los labios, sintiéndolos húmedos, y sus ojos bajaron la vista unos segundos a ese punto de mi rostro. Pude ver el brillo lascivo en ellos.

—¿Por qué no?

Seguí con el juego, aunque una parte de mí estaba comenzando a avisarme de que aquello era fuego, y de que acabaría por quemarme.

Pero no me iba a achantar con facilidad. Si Jax era un ligón, yo también podía plantarle cara.

—Al fin y al cabo, ya están diciendo por todo el instituto que me acosté con el baboso de Ezra —añadí.

El brillo en sus ojos se apagó un poco, pero su cuerpo se inclinó hacia mí, lo justo como para que su cinturón de seguridad hiciese tope, y que mi respiración se quedara trabada en la garganta.

—Lo que ese imbécil ha hecho... —comenzó a decir despacio, como si midiera sus palabras —. No está nada bien.

—Lo sé.

Aunque eso no hacía que me molestase menos, sino que me diese más rabia.

La mano de Jax se posó sobre mis piernas y sentí el calor de sus dedos a través de la piel.

—Por lo menos tengo el apoyo de mis amigos —le dije, con una pequeña sonrisa.

Él asintió.

—Yo soy tu amigo.

Fue una afirmación, pero me percaté de que había parte de pregunta en ella. Eso me hizo sonreír un poco más.

—Por fin lo admites, ¿eh? —me burlé—. El mes pasado dijiste que no lo éramos.

Lo había mencionado el mismo día que me robaron la bicicleta, al llevarme a casa en coche. Que ese detalle no significaba que fuésemos amigos... Pero ninguno de los dos sabía cómo continuaría todo.

—Tú también lo admites —repuso.

Bueno, la verdad es que fue una sorpresa para los dos. Jamás en mi vida imaginé llevarme bien con Jax DeLuca.

Lo cual me recordó que...

—Pues los amigos no intentan ligar, Jax. Deberías saberlo. —Acerqué un poco más el rostro hacia él, hasta que estuvimos a menos de un palmo—. Y tampoco se acuestan.

El brillo travieso volvió a su mirada.

Oh, no.

—De hecho, sí pueden acostarse —replicó, y rozó su nariz contra la mía—. Incluso hay un término para ello.

La mano que tenía en mi pierna subió un poco más hacia el muslo. Sabía que podía pararla, pero no quise. Me gustó la sensación de tenerla allí, mandando cargas eléctricas hasta mi ingle y más allá.

Cuando volvió a hablar, el aire que compartíamos embriagó mis sentidos.

—Tú y yo... Follamigos. ¿Qué te parece?

Me las arreglé para mantener la sonrisa.

—¿No ibas a llevarme de vuelta a casa? —lo reté.

Su mano abandonó mi pierna, y lo hizo para posarse debajo de mi barbilla. Estaba bastante segura de que podía escuchar el latido frenético de mi corazón.

—Ah, piojosa... —susurró—. No me tientes, porque te aseguro que me encontrarás.

Entonces volvió a hacerlo. Movió el dedo pulgar hacia mi labio, y lo acarició provocando aquel cosquilleo suave. No podía ni quería apartar la mirada de él y de sus ojos verdes.

—Llevo queriendo besarte desde que me diste permiso para hacerlo aquel día —continuó, sin saber el efecto que estaban teniendo en mí sus palabras—. ¿Qué digo? Incluso antes de ese día.

—Sigues teniendo permiso para hacerlo —le aseguré.

Y de pronto me di cuenta de que ya no estaba siguiéndole el juego. Lo decía totalmente en serio.

Su dedo se deslizó fuera de mis labios, y cerré los ojos cuando él comenzó a acercarse. Esperé, con la boca húmeda por la expectativa del beso.

Pero nunca llegó.

Cuando abrí de nuevo los ojos Jax se había alejado de mí y me observaba sonriendo de forma socarrona.

¡Será maldito el muy...!

—No me mires así, Olivia —me avisó, y todo mi enfado se esfumó al escucharle decir mi nombre—. Si te besara ahora, de verdad tendría que dar la vuelta al coche y llevarnos hasta tu habitación. Pero tenemos clase, y ya llegamos tarde. La próxima vez te prometo que te mostraré lo mucho que me encantas... Y sin necesidad de decir una sola palabra.

Apreté los labios y asentí. Jax volvió a poner el coche en marcha para seguir el camino hacia el instituto.

Me mantuve en silencio el resto del trayecto, tratando de controlar la respiración y aclarar las ideas. Algo que, al lado de Jax, nunca conseguía.

Lo deseaba tanto que empezaba a dudar si sería capaz de mantenerme firme en mi decisión de no involucrarme físicamente con él.

24

Jason me lanzó un beso cuando pasé a su lado camino de la cafetería, y después comenzó a reír y chocar codos con Ezra. Pero la sonrisa de ambos se esfumó cuando sus ojos se fijaron más allá de mí, en Jax.

Decidí ignorarlos y seguir caminando. Sus risas y burlas solo alimentaban mi sed de venganza. No tenía cuadrados todos los detalles del plan, y probablemente era bastante infantil..., pero necesitaba llevarlo a cabo.

Isabella estaba hablando con Mateo cuando llegamos a la mesa con nuestro almuerzo. Nos saludó con una sonrisa mientras Jax se sentaba y yo soltaba la bandeja.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Todos me hacían la misma pregunta: mis amigas, Jax, y ahora también Mateo... Lo comprendía, era el centro del rumor en aquellos momentos, y la víctima. Pero no me gustaba ser tratada así. La gente o se burlaba, o suponía que era mentira. Ojalá lo olvidaran pronto...

Y lo harían en cuanto pusiera el plan en marcha, pero no podía hacerlo con ninguno de mis amigos, y Mateo no parecía la persona adecuada tampoco.

—Bien, hambrienta —bromeé, mientras señalaba con la mirada mi bandeja intacta.

Jax carraspeó y comenzó a comer del táper de macarrones que se había traído de casa. Lo cierto es que su comida siempre tenía muy buena pinta. Me había planteado sobornar a su padre para que me preparara táperes también a mí. Quizá si entregara a mi tía en ofrenda, lo conseguiría.

—Yo igual —dijo, levantando su propia bandeja unos centímetros—. Le estaba diciendo a Isabella que por ahí comentaban que al final el viaje de fin de curso será a la playa.

No lo veía descabellado ni me sorprendía demasiado. Vivíamos a unas tres horas en coche de Los Ángeles, y mis compañeros de clase estaban entusiasmados con la idea de pasar un fin de semana de fiesta y playa.

—Una pena, a mí me hubiese gustado más el viaje por Europa —suspiró Mateo, encogiéndose de hombros—. Pero supongo que siempre puedo ir en verano.

Asentí, un tanto afligida. Todavía no estaba segura de ir al viaje por temas de dinero. Si mis amigas se animaban, Los Ángeles al menos era un destino que podía pagar. Sin embargo, Europa... quedaba un poco más lejos de mis posibilidades.

—Yo iré a Italia en verano, para visitar a la familia —comentó Jax, con el tenedor en la mano y un macarrón pinchado en él—. Hay vuelos baratos que salen entre semana, por si te interesa.

Mateo asintió con la cabeza.

—Lo miraré, gracias.

Después se despidió y se fue a comer a una mesa donde sus amigos estaban esperándolo. Yo me senté al lado de Jax y enfrente de Isabella. Heejin y Carla no deberían tardar en llegar.

Observé con el estómago encogido mi sándwich. La lechuga se veía mustia y había demasiada mayonesa, pero la otra opción de la cafetería era pollo frito y por ahí sí que no pasaba.

—Abre la boca.

—¿Cómo?

Me volví hacia Jax, pero antes de que terminara la pregunta un tenedor cargado de macarrones apareció ante mis ojos, y fue directo a mi boca.

Creo que cerré los ojos cuando probé el sabor de aquella deliciosa pasta. Se notaba que estaban hechos del día anterior, pero aun así...

—Madre mía, qué delicia —gemí.

De verdad que gemí.

Cuando abrí los ojos Jax estaba sonriendo y me acercaba otro tenedor. Frente a nosotros, Isabella no se molestaba en ocultar su mirada divertida. Podía apostar mi disco favorito de Taylor Swift a que luego me diría algo...

Pero igualmente admití el siguiente tenedor de comida, porque no podía decir que no a la cocina de Tony DeLuca. Ya solo por eso podía entender por qué a mi tía le gustaba.

Carraspeé y me senté mejor en el sitio, tomé el sándwich en mis manos e intenté comerlo. No iba a dejar que Jax me diese todo su almuerzo.

—Entonces... —comencé a decir—, ¿ya tienes fecha para comenzar tu viaje?

—Sí. Me iré a Italia cuando empiecen las vacaciones. Pasaré el verano con mi familia, y después me moveré por toda Europa. Allí es muy fácil y barato viajar. Había pensado en comprar una autocaravana con lo que ahorre hasta entonces, para tener donde dormir.

Vaya. Lo tenía todo planeado. Era admirable, y a la vez... Pensé que esperaría a que pasara el verano para iniciar su viaje.

De pronto caí en la cuenta de que quizá, una vez terminase el instituto, no volvería a ver Jax. Automáticamente dejé de tener hambre.

—¿Nada más comiencen las vacaciones?

Asintió, y me forcé a dar un mordisco al sándwich para al menos tener algo con lo que

disimular mi repentina tristeza.

Hasta que de pronto Jax me lo arrebató de las manos.

—Anda, dame eso —dijo, y puso en su lugar su táper de macarrones—. Me está dando pena verte comer así.

En realidad mi desgana venía por la idea de que se fuera en unos meses, pero no iba a decírselo. Traté de recuperar el sándwich, pero lo apartó y dio un gran bocado.

—Oye, ¡esto no está tan mal! —comentó con la boca llena, mirando el bocadillo con admiración—. Eres demasiado quisquillosa para comer, piojosa.

Carla y Heejin llegaron en ese momento, mientras Isabella se reía y Jax clavaba el tenedor en los macarrones para acercármelo de nuevo a la boca. Al final cedí, mientras mis amigas me observaban entre confusas y divertidas. Y, diría, en parte emocionadas.

Mierda, cómo disfruté de esos macarrones.

De regreso a clase, iba comentando con Jax el nuevo menú que habían puesto en Alitas Picantes, que básicamente consistía en rebozar el pollo en nachos naranjas triturados, cuando vi a Lydia, la dueña de la casa donde se celebró la fiesta... y supe que podía poner en marcha mi plan.

—¡Lydia! —grité, y me alejé un poco de mis amigos—. ¿Cómo estás?

Ella se quedó quieta y me miró confundida. Iba con otras dos chicas que siguieron su camino. A mi espalda noté que Jax se acercaba.

—Supongo que... ¿bien?

Era lógico que se quedara así. Nunca habíamos intercambiado más de ocho palabras, a pesar de ser compañeras desde los doce años.

Quizá debía disimular un poco antes de iniciar el plan.

—Solo quería saber si todo estaba bien después de la fiesta —proseguí, metiendo un poco de contexto—. Se nos fue un poco de las manos...

Tampoco era una mentira. Aunque yo me fui antes, me enteré de que Jason lanzó un vaso a la pared que dio de pleno en la televisión, manchándola de cerveza. También decían que se había quemado una cortina y que ella al final tuvo que echar a la gente desconectando la electricidad de la casa.

Por eso mismo nadie se había ofrecido a hacer la siguiente fiesta todavía.

Lydia arrugó la nariz al recordarlo.

—Estoy castigada de por vida... O eso dicen mis padres. Pero oye, al menos tú te lo pasaste bien, ¿no?

Perfecto. Fue ella misma quien sacó el tema. Me estaba poniendo las cosas demasiado fáciles.

A mi lado apareció Jax, que intercambió una mirada conmigo. Sabía que me ponía incómoda con lo del rumor, pero tenía que afrontar el problema.

Por eso dije:

—Ya, la verdad es que me extrañó mucho que se atreviera a contarlo —comencé a decir, y noté que Jax soltaba un pequeño sonido de sorpresa—. Pensé que querría guardarlo en secreto,

por...

Miré a Lydia, poniendo mi mejor cara de «quizá no debería decirlo».

Eso solo consiguió que le picara más la curiosidad, y ella misma me animó a continuar.

—No me digas que la tiene pequeña —susurró, acercándose hacia mí.

Negué con la cabeza. Esa había sido la primera idea que se me ocurrió, pero los chicos se duchaban juntos tras los partidos, y sabrían si era mentira. Aunque, pensándolo bien, ni siquiera sabía qué tamaño tenía. Ni lo sabría nunca, gracias.

—Tú prométeme que no se lo dirás a nadie, por favor —pedí.

Ella asintió con decisión, pero sabía que mentía.

Perfecto.

—Verás, estábamos en ello cuando... —bajé el tono de mi voz, simulando que era un secreto —. Me pidió que le metiera un dedo en el culo.

Lydia abrió mucho los ojos y se llevó una mano a la boca, aunque no pudo ocultar su sorpresa. A mi lado Jax comenzó a toser de forma bastante dramática, y tuvo que darse la vuelta. Sabía que se estaba riendo.

Pues espérate, porque no he terminado.

Y continué:

—A ver, hasta ahí en realidad todo bien. Había leído que es un punto muy sensible para los chicos, y está genial que tenga la suficiente confianza como para pedírmelo, pero... después me pidió que le metiera otro, y con ganas. Ahí empecé a ponerme nerviosa.

Podía imaginarme las múltiples imágenes que pasaban por la mente de Lydia, y por la de toda la gente a la que después ella iría contándoselo. Detrás de mí, Jax se estremecía. Esperaba que pudiese contener la risa para que mi plan fuese efectivo, porque todavía quedaba el golpe maestro.

—¿Hay más? —ansió Lydia.

Bueno, esto no te va a gustar nada. Lo siento por los daños colaterales.

—Por lo visto mis dedos no fueron suficiente, tengo la mano pequeña.

La estiré entre nosotras y le di una rápida mirada. Lydia hizo lo mismo y asintió.

—¿Y entonces?

Mierda, estaba tragándose del todo la mentira.

—Entonces me pidió que le metiera la figurita que tienes en la mesilla de noche.

Pude ver cómo el horror comenzaba a aparecer en su cara. De hecho, incluso se puso pálida, probablemente al recordar la pequeña figurita de diez centímetros de Harry Styles a la que le había dado los buenos días cada mañana.

Jax tuvo que alejarse, pero lo hizo lo suficiente como para poder seguir escuchando la conversación sin que le oyéramos reírse.

—Lo... ¿lo hiciste?

—¿Qué? Claro que no. ¿Por quién me tomas?

El alivio recorrió su rostro. Poco duraría.

—Fue él mismo quien la agarró y se la metió —completé—. ¡Había traído hasta un bote de gel para que fuera más fácil!

Lydia Stevens se puso más blanca que el papel.

Coloqué una mano sobre su hombro y sonreí de lado.

—En fin, te lo cuento porque pienso que deberías saberlo. Cuando terminó fue a lavarla, pero... No sé, no me convenció.

El rostro de la chica era todo un poema y parecía incapaz de decir nada. Me incliné un poco más sobre ella y susurré:

—Que no se entere nadie, por favor. O Ezra se enfadará mucho conmigo.

Cuando regresé con mis amigas Jax ya les estaba contando todo sin poder dejar de reír.

Sabía que lo que acababa de hacer estaba mal, pero me había enfadado mucho. Ezra alimentó el rumor, aunque podría haberlo negado. Incluso no haber dicho nada y ya.

Ahora tomaría de su propia medicina.

—Eres mi ídola, piojosa —se jactó Jax, pasando un brazo por encima de mis hombros y atrayéndome hacia él.

Sonreí, y juntos nos dirigimos a nuestra siguiente clase.

Los mensajes en el chat grupal hablando sobre Ezra, emojis de plátanos y geles lubricantes no tardaron en llegar.

A ver si tenía narices de volver a esparcir un rumor sobre cualquier otra chica.

25

Miré el reloj con impaciencia. El repartidor de pizza había dicho que tardaría treinta minutos, pero claramente había mentido.

Mi tía había quedado con sus amigas, y para que no me muriera de hambre pidió una pizza para mí. Me había metido en la ducha mientras llegaba, pero a ella se le hizo tarde y se tenía que ir, porque el repartidor no cumplió con el tiempo prometido. Me dijo con un grito que dejaría el dinero en la mesa de la sala, y se fue.

Traté a toda prisa de terminar de enjabonarme, pero escuché el sonido del timbre poco después de cortar el agua, mientras me desenredaba el pelo mojado.

Maldiciendo, dejé el peine sobre el lavabo, me coloqué la toalla y salí a recoger mi cena.

—¿Extra de queso y piña? —preguntó un chico bastante joven cuando abrí.

Fruncí el ceño mientras sus ojos pasaban de la caja de pizza que tenía en la mano a mí. Sus mejillas se encendieron.

—Esa no es la mía —negué.

Jamás pondría piña, aunque el extra de queso sonaba bastante bien. Él sacudió la cabeza y volvió a mirar la caja, así que agregué:

—La mía era con jalapeños picantes.

Con el rostro todavía más rojo, una bombilla pareció encenderse en su cabeza. Dio un paso hacia atrás, apurado, con la caja todavía en las manos, y murmuró:

—Me he confundido. Dame un minuto que bajo a por tu pizza y vuelvo.

Suspiré mientras observaba cómo corría escaleras abajo. Salí un poco al descansillo, deseando que regresara de una vez. Con el pelo húmedo y solo una toalla, me enfriaría rápido.

Asomé la cabeza por las escaleras, y al cabo de unos veinte segundos volvió. Jadeaba, pero traía la pizza correcta.

Le di el dinero y desapareció de nuevo, bastante rápido y avergonzado. En fin, al menos

tendría pizza para la cena.

Me di la vuelta un poco más feliz y...

La puerta de mi casa estaba cerrada.

Todo bien, no habría problema... si yo no hubiese sido tan estúpida como para no sacar las llaves conmigo cuando salí a por la pizza.

—Mierda —susurré a la nada.

Pensé en las ventanas y dónde se situaban. La única accesible, la de la sala, estaba cerrada. Y mi habitación... Escalar en toalla hasta un segundo no lo veía como una opción factible.

A menos que quisiera quedarme un par de horas así en el descansillo del edificio, solo tenía una opción: llamar a los vecinos y pedir ayuda.

Lo valoré unos segundos más. Al menos tenía la cena conmigo. Pero era una idea muy imprudente.

Así que tomé aire y golpeé su puerta.

Tras un momento de espera escuché pasos y, acto seguido, Jax abrió la puerta. Maldije en mis pensamientos.

Iba sin camiseta, algo que para él parecía ser normal para estar en casa. Podía ver el piercing que perforaba su pezón brillar bajo la luz del descansillo.

Ladeó la cabeza al ver que era yo, pero entonces sus ojos comenzaron a bajar lentamente de mi cara a mis hombros desnudos, tapados apenas por el pelo húmedo. Una pequeña sonrisa fue dibujándose en su cara a medida que pasaba la mirada a mi pecho cubierto por la toalla, la caja de pizza y, finalmente, mis piernas y pies descalzos.

La volvió a subir muy despacio, hasta cruzar los brazos sobre el pecho. Elevó las cejas y sin ocultar el tono de burla, preguntó:

—¿He ganado algún premio? ¿O vienes a saldar la deuda de los viajes en coche?

Bueno, me lo merecía. Debería haber tomado las llaves, o simplemente no haberme movido del rellano.

—La puerta se cerró cuando salí a recoger la pizza —expliqué.

Eso pareció divertirlo más. Se apoyó contra el marco, bloqueándome así el paso.

—¿Sales siempre en toalla a recoger pizza? Quizá debería hacerme repartidor, en lugar de vender pollo frito. Desde luego te queda mucho mejor esto que el uniforme amarillo.

—Las llaves se quedaron dentro de casa —agregué.

Mierda, sonaba tan estúpido... Aunque, para Jax, más que estúpido parecía la mar de gracioso. Tenía que haberlo visto venir. Por esa misma razón pensé en no llamar.

—Siempre nos une la pizza, piojosa —afirmó, llevándose una mano a la boca.

Ni así pudo evitar la risa.

Suspiré, sintiendo los pies fríos. ¿No acabaría nunca aquella pesadilla?

—¿Puedo pasar, o piensas dejarme así en el descansillo hasta que vuelva mi tía?

No contestó, pero se hizo a un lado y esa fue suficiente invitación para mí. Entré, rozándole

con el brazo, y cerró la puerta detrás de mí.

Al pasar a la sala me percaté de que la televisión estaba encendida, pero no había nadie en el sofá.

—¿Estás solo? —pregunté, mientras dejaba la pizza sobre una mesa.

Jax asintió, y pasó a mi lado para tomar el mando de la televisión y apagarla.

—Sí, mi padre ha salido —comentó, rascándose la coronilla, pensativo—. Y ahora mismo estoy bastante seguro de que se trata de una cita. Con tu tía.

Lo miré con los ojos entrecerrados, procesando sus palabras. Mentía.

—¿Qué dices? —repliqué—. Si mi tía ha quedado con unas amigas.

Las cejas de Jax se alzaron, y comenzó a caminar de vuelta hacia donde yo estaba. Me apoyé sobre la mesa donde había dejado la pizza, y él quedó frente a mí.

—¿De verdad lo crees?

—¿Por qué mentiría?

No respondió, pero tampoco hizo falta. Yo sabía la respuesta: por mí. Nunca me gustó ninguno de sus novios, porque para mí ella era perfecta y única, y nadie estaba a la altura. Por supuesto, eso no le había impedido ligar. Era guapísima e inteligente, difícilmente alguien se resistiría. Siempre tuvo mucho cuidado antes de presentarme a alguien.

Si de verdad tenía una cita con Tony DeLuca, esperaría a ver si las cosas funcionaban o si iban en serio antes de decirme nada.

Suspiré y moví las manos sobre mis brazos desnudos. Comenzaba a tener frío, a pesar de que se estaba mejor dentro del apartamento que en el descansillo.

Me aclaré la garganta antes de hablar.

—Esto, Jax... Ya que parece que voy a quedarme aquí un tiempo, ¿te importaría dejarme algo de ropa que ponerme?

Tenía muchísimas ganas de quitarme aquella toalla mojada, y de pronto me imaginé con una de las camisetas que Jax usaba. Pensé en cómo sería estar rodeada de su olor.

—¿Por qué? —replicó, divertido—. A mí me parece que así estás perfecta.

Ya, eso me había quedado bastante claro.

—Muy gracioso.

—Tienes razón —comentó, inclinándose hacia mí—. Si te quitaras la toalla ya sería espectacular.

—¡Jax! —me quejé.

Sus carcajadas resonaron por toda la habitación cuando coloqué las palmas estiradas en su pecho desnudo para apartarle. Estaba caliente, y eso lanzó un nuevo escalofrío por mi cuerpo.

Él se alejó y me hizo un gesto con la mano.

—Venga, sígueme. Vamos a darte algo que abrigue algo más.

Atravesamos la sala hasta una de las habitaciones. Era un poco más grande que la mía, aunque también contaba solo con el mobiliario básico: una cama bien hecha, armario empotrado en la

pared, mesilla de noche a juego y un escritorio que brillaba gracias al reluciente ordenador de Jax.

Entramos. Su habitación olía como él, como estaba segura de que también lo haría su ropa. Un pequeño cosquilleo me invadió desde la punta de los pies hacia mi centro. Estaba a punto de usar la ropa de Jax.

Abrió el armario, que era bastante más alto que yo, y señaló el interior con el dedo.

—Camisetas arriba, pantalones abajo. ¿Deseas algo en especial?

A ti.

¡Maldición! ¿De dónde había salido aquel morboso pensamiento? Tragué saliva, decidida a ignorarlo, y me encogí de hombros.

—Cualquier cosa está bien. Un chándal o algo así. ¿Y una sudadera? Tengo algo de frío.

Él asintió y metió la cabeza dentro del armario, para buscar el pantalón.

Me moví a un lado para sacar una camiseta. Las tenía dobladas en la parte de arriba, perfectamente colocadas. Traté de tomar la que había más abajo, puesto que era la única a la que llegaba, pero al moverla el resto también lo hizo.

—Aquí está. —Oí que decía Jax mientras sacaba la cabeza del armario.

Justo entonces volví a tirar de la camiseta, y todas cayeron en masa sobre nosotros.

Me llevé las manos a la cabeza para cubrirme, aunque poco daño iban a hacerme. Jax hizo lo mismo, colocando una extendida sobre mi cabeza, y de repente su cuerpo invadió mi espacio personal.

Tomé aire de forma pesada, rodeada por su aroma. Por sus ojos, que estaban clavados en los míos. Por su pecho desnudo, que estaba prácticamente rozando el nudo de mi toalla. La sensación de calor volvió a apoderarse de mí ante la intensa corriente que pasaba entre nosotros.

Aparté las manos de la cabeza, rozando sus dedos en el camino, y despacio, él hizo lo mismo. Sin embargo, se quedó a medio camino, a la altura de mi mejilla. Un escalofrío agradable me recorrió al notar el roce, y cerré los ojos.

Deslizó la yema de los dedos con suavidad hasta llegar a mis labios. Tenía la boca húmeda.

Cuando volví a abrirlos, la mirada de Jax se había vuelto más intensa sobre la mía. Brillaba con ese toque de lujuria que había visto aquel día en el trabajo, cuando estuvo a punto de besarme.

Trazó con lentitud cada centímetro de mi boca, y después se alejó. Siguió la forma de mi mandíbula, acarició un punto nervioso debajo de mi oreja, y hundió su mano en mi nuca, bajo el pelo mojado.

A nuestro alrededor no había nada, solo un vacío zumbante que nos absorbía y nos acercaba cada vez más al otro. Mi cuerpo estaba totalmente aplastado contra el suyo, y fui brevemente consciente de su mano sobre mi cadera. Yo había dejado las mías sobre su pecho. El calor quemaba a través de mis dedos por el contacto con su piel.

Ya no tenía frío, sino que me sentía arder por dentro.

Con deseo.

Jax entreabrió los labios.

—¿Sigo teniendo permiso para besarte?

Sí. Cada fibra de mi piel gritaba que sí, pero me sentía incapaz de utilizar la voz, por lo que me limité a asentir.

Fue suficiente.

Con suavidad movió mi cabeza hasta que sus labios terminaron de rozar los míos. Cerré los ojos, cayendo en el mar profundo del deseo que crecía en mi interior, en el modo en que su boca se amoldaba a la mía, en cómo parecía que los dos habíamos dejado de respirar.

Los labios de Jax se abrieron sobre los míos, jugueteando despacio con ellos. Era un beso sin prisa, y a la vez, cargado de sensaciones.

Era uno de esos besos que me hacían desear más. Que, en lugar de llenar, despertaban mi hambre.

Era un primer beso perfecto.

Su cuerpo se aplastó contra el mío, prácticamente metiéndome dentro del armario, y yo subí las manos por su pecho desnudo, rozando el piercing con la palma, hasta llegar a los hombros. Quería estar más cerca de él, todo lo que fuese posible.

El beso aumentó de nivel cuando me puse de puntillas y le rodeé el cuello, tratando de acercarme más, de beber más de él. Del fondo de la garganta de Jax salió un sonido ronco, como un gemido roto, y acto seguido me lo devolvió con más ímpetu.

Me rodeó por la cintura, y apenas percibí que el nudo de la toalla era cada vez más leve. Nos besamos con ganas, casi con furia. Jax me giró, y caminamos hacia atrás hasta caer en la cama.

Noté el colchón suave a mi espalda, seguido del peso de su cuerpo cálido. Durante los breves segundos en los que nos separamos, la toalla terminó de desatarse, extendiéndose a mi alrededor.

Los ojos oscuros de Jax bajaron a mi pecho, pero el deseo con el que me miró hizo que no tuviera cabida la vergüenza. En su lugar, me sentí poderosa. Me sentí anhelada.

La forma en que me observaba me decía que lo que veía era todo y más de lo que imaginaba.

—Joder, Olivia... —susurró con voz ronca y queda.

Y sus labios volvieron sobre mí, esta vez acompañados del calor total de su pecho pegándose al mío. Envolví las piernas alrededor de sus caderas, atrayéndolo más a mí, y notando la dureza a través de la tela del pantalón.

Escuché cómo jadeaba en mi boca, mostrando lo mucho que le estaba gustando aquello. Justo como a mí.

Mi piel ardía junto a la suya, un fuego abrasador. Un fuego que iba a explotar.

Abandonó mis labios para poder llevar los suyos sobre la piel de mi cuello, mientras la yema de sus dedos llegaba a mi pecho. Cerré los ojos e incliné la cabeza hacia atrás.

Hundí las uñas en sus hombros sin contener el gemido cuando pellizcó mi pezón entre sus dedos, y después sus labios continuaron el camino desde mi cuello hacia abajo para acompañar a

las manos.

Aquello estaba siendo más que un simple beso, y yo lo quería. Lo necesitaba.

Cuando su boca se posó en mi pecho pensé que de verdad me quebraría por dentro. Era imposible la forma en la que me estaba haciendo sentir.

Hasta que de pronto se detuvo.

Pensé que quizá algo iba mal, o que yo había hecho algo inconveniente, pero segundos después escuché...

—¿Jax?

Su padre.

Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos. Tenía las pupilas dilatadas por el deseo.

—Jax, ¿estás todavía en casa?

Por fin reaccionó y se apartó de mí mientras el sonido de pasos se hizo más claro. Rápidamente tomé la toalla y me puse de pie para envolverme bien en ella mientras Jax trataba de ordenarse el pelo y metía la mano dentro de los pantalones, colocándose el bulto para que no se notara.

Justo cuando estuvo presentable, la figura de su padre apareció en la habitación.

—¿Por qué hay una pizza en la mesa de...?

Se quedó callado al vernos, y supe al instante por su expresión que, a pesar de nuestra rapidez al separarnos y colocarnos la ropa, era imposible que no pensase mal de la situación. O, en realidad, que pensase exactamente en lo que acababa de pasar.

La cama estaba entera arrugada, mi cabello y el de Jax despeinados, y a juzgar por el calor en mi rostro (y el resto del cuerpo), tendría las mejillas mucho más que sonrosadas. Por no hablar del hecho de que yo estaba usando una toalla para cubrirme, y Jax iba sin camiseta.

F.

Comencé a ponerme nerviosa, que junto al cortocircuito que el ardiente beso con Jax había provocado en mi cerebro, no era una buena combinación.

Ni el silencio. Odiaba aquel pesado e incómodo silencio. Lo único que se me ocurrió decir para romperlo fue:

—No te preocupes, mi tía ya me contó dónde guarda los condones.

Comprendí mis palabras a los dos segundos de decirlas. Los ojos de Tony se abrieron más, mientras continuaba callado. En cambio, Jax comenzó a reírse.

¿En serio podía encontrarle la diversión a aquella situación?

Apurada, agité las manos delante de mi cara.

—¡No quería decir eso! De verdad, de verdad, que no es lo que parece.

Jax rio todavía un poco más alto y replicó:

—Qué va. Sí que es lo que parece.

¿Cómo podía decir aquello? Me volví hacia él con las mejillas ardiendo aún más.

—¡Jax! ¿Por qué mientes?

—Oye, fuiste tú quien sacó el tema de los condones —dijo, encogiéndose de hombros la mar de tranquilo, para luego volverse hacia su padre—. Por cierto, ¿qué haces tan pronto de vuelta?

Él hombre parecía un poco más avergonzado que su hijo, lo cual tampoco era difícil. Mientras contestaba, Jax recogió una de las camisetas del suelo, el pantalón y me los pasó.

—Se me había olvidado la cartera.

Rebuscó en lo alto del armario y también encontró una sudadera, aunque en aquel momento no me hacía falta. Había entrado de sobra en calor.

—Ah. ¿Y por casualidad no habrás visto a la tía de Olivia? Se ha quedado fuera de casa y no tiene llaves.

Los ojos de Tony regresaron a mí, fijándose especialmente en la toalla. Podía notar su confusión.

—Salí a pagar una pizza tras la ducha y me quedé fuera —expliqué.

Incluso a mí, que lo había vivido, me sonaba a excusa.

Sin embargo, él pareció darla por válida, porque regresó la mirada a su hijo.

—Eh... —Parpadeó un par de veces y vaciló mientras llevaba la mano al bolsillo y sacaba su teléfono móvil—. ¿Debería quedarme en casa? Puedo cancelar planes.

Tomé la ropa que Jax me había pasado y la apreté contra el pecho. Solo quería huir. Esconderme en mi apartamento. O no, quizá mejor en otro país. Seguro que Tony le contaba todo después a mi tía... ¡No quería ni pensarlo!

—¿Por qué deberías? —repuso Jax, y luego se volvió hacia mí—. El baño está al fondo.

Asentí, agradecida de poder salir de la habitación, y prácticamente volé.

Me recreé unos cuantos minutos de más mientras me cambiaba la ropa, con el corazón a cien por lo que acababa de pasar.

Aspiré el aroma de la sudadera de Jax nada más pasármela por la cabeza. Era suave, calentita, y volvía a sentirme rodeada por él.

Llevé la mano a mis labios que, según me decía el espejo que tenía delante, estaban bastante hinchados. Cerré los ojos, recordando el beso. Un beso que no se parecía para nada al que Ezra me había dado.

Ni siquiera se parecía a ningún otro que me hubiesen dado antes.

¿Dónde nos dejaba todo esto? La tensión sexual que había entre ambos era innegable. Y nos gustábamos, pero...

Jax no quería más que un lío del momento. Y cuando salí de nuevo a la sala, me lo demostró.

Su padre ya se había ido, y él colocaba un plato en la mesa, al lado de la pizza.

—Qué vergüenza —murmuré, acercándome a él.

Me sonrió de forma traviesa y abrió la caja de la pizza.

—Tranquila, piojosa. Solo fue un beso.

Mordí el interior de la mejilla y me senté en la silla. ¿Solo había sido un beso? Puede que para

él. A mí me había hecho temblar por dentro, y dudaba poder sacar el recuerdo en mucho tiempo.

Jax se sentó frente a mí y tomó un trozo de pizza.

—Te lo dije una vez. Cuando me besaras, los de Ezra te parecerían basura.

Y no solo los de Ezra. A partir de ese momento, todos me lo parecerían...

Tomé otro trozo de pizza y comencé a mordisquearla. Se había quedado fría, pero me ayudaba tener algo que hacer para... para no mirar a Jax, que seguía sin camiseta y con el pelo despeinado por culpa de lo que habíamos hecho en su habitación.

Tras tres minutos de silencio, Jax volvió a hablar:

—Estás muy callada, piojosa. Apuesto a que eso significa que me vas a decir «Lo siento, Jax, pero a pesar de lo magnífico e increíble que ha sido tu beso, y de que soñaré con él todas las noches, no volverá a pasar».

Alcé los ojos hacia él, con el ceño fruncido. ¿Cómo lo supo?

Soltó lo que quedaba de su trozo de pizza y dejó salir una risa fría.

—No entiendo por qué te resistes tanto, si es obvio que te encantó.

Su burla consiguió sacarme un pequeño bufido.

—No fue para tanto —mentí.

Pero descaradamente.

Sus cejas se alzaron de manera juguetona. Apoyó los codos en la mesa y después dejó caer la barbilla sobre sus manos entrelazadas. Me miró con curiosidad fingida a través de las pestañas.

—¿En serio? Porque la forma en que gemías me decía todo lo contrario.

Mis mejillas, que por fin se habían apagado un poco, volvieron a encenderse, y él lo notó. Entrecerró los ojos sobre mí, y añadió:

—Me decía que querías más.

Tenía que ponerle freno, o aclarar las cosas. Tragué el bocado de pizza y tomé aire (y fuerzas) para decir:

—No voy a ser una de esas chicas con las que tienes una cita, un lío de una noche, y luego la dejas, Jax. Yo no busco eso. Yo quiero una relación.

—¿Y qué tiene de malo? Alguna vez deberías probarlo. Las relaciones, el romance... solo dan problemas.

Tomó de nuevo el trozo de pizza y continuó comiendo. A él todo aquello no le había afectado del mismo modo que a mí, estaba completamente segura.

¿Físicamente? Seguro.

¿Emocionalmente? Ni de lejos.

—¿Qué me dices, piojosa? ¿Probamos de nuevo?

26

El viernes por la mañana todo explotó.

Y cuando digo que explotó, me refiero a que estalló como una bomba nuclear en medio de la cafetería del instituto.

Ezra Johnson, hecho una furia, vino a reclamarme por el rumor que yo misma había esparcido sobre aquella noche. Cuando te dan de tu propia medicina no gusta, ¿verdad?

—¡Tú! —exclamó, avanzando hacia la mesa del comedor donde me encontraba.

Jax se puso inmediatamente de pie, antes de que yo misma lo hiciera. Frente a él, Heejin hizo lo mismo.

—¿Estás loca o qué cojones te pasa? —continuó Ezra, ya junto a nosotros—. ¿Cómo eres tan hija de puta de decir que me metiste...?

Ni siquiera pudo terminar la frase, lo cual me hizo gracia. Y a pesar de la notable rabia con la que me estaba hablando, de cómo había llegado hasta mí gritando, provocando que todos a nuestro alrededor callaran y nos mirasen, y de cómo el dedo con el que me señalaba temblaba...

Yo me reí.

Jamás pensé que me encontraría tan tranquila cuando una persona me amenazase.

—Creo que no te entiendo —contesté mientras posaba el tenedor sobre el plato y me levantaba para quedar a su altura—. ¿Podrías explicarte mejor?

La vena de su cuello palpitó.

¿Tan rápido pierdes los nervios, baboso?

Isabella y Carla también se pusieron de pie. Todos estaban listos por si aquello se convertía en algo más que palabras. Y todos estaban dispuestos a ponerse de mi lado frente a Ezra.

Jason no tardó en llegar al lado de su amigo, aunque tuvo la inteligencia (¡al fin!) de mantenerse un metro alejado de él.

—Sabes perfectamente de qué hablo —rugió, o al menos así sonó en mis oídos—. Del horrible

rumor que esparciste diciendo que yo te pedí que... hicieras eso.

Mi sonrisa se estiró un poco más. Dolía, ¿verdad?

—Pero no hay nada de lo que avergonzarse, Ezra.

Me recreé en mis propias palabras. Le había dicho exactamente lo mismo que él me dijo a mí cuando inició el primer rumor.

JÓ-DE-TE.

Su rostro comenzó a ponerse rojo, tanto que por un segundo pensé que empezaría a brillar y le saldría humo de los oídos.

Ah, satisfacción... Así se siente...

—¡Es mentira! —exclamó, visiblemente molesto—. Diles a todos que es mentira.

Crucé los brazos sobre el pecho y ladeé la cabeza con una expresión de confusión fingida en el rostro.

—¿Te refieres a que es mentira, igual que eso de que yo me acosté contigo?

Los ojos de Ezra escupían llamas. Estaba muy muy enfadado.

—Eres una maldita lunática —murmuró hacia mí—. Nos acostamos, y ahora inventas cosas.

Casi (casi) era gracioso cómo todavía trataba de hacer creer a la gente que él y yo de verdad nos habíamos acostado, incluso después del rumor que esparcí. Pensé que, si se avergonzaba, al menos intentaría zanjar todo el asunto y dejarlo en tablas.

—¿A estas alturas de la partida, y todavía intentas mentir? —Suspiré.

—La única que cuenta mentiras aquí eres tú. ¡Olivia James es una puta mentirosa!

Abrí los ojos, totalmente sorprendida. ¿Perdona? Medité una respuesta ingeniosa que darle, pero antes de que pudiera poner en orden mis pensamientos, una figura pasó borrosa a mi lado y estrelló el puño con fuerza contra su cara.

Lo siguiente que supe es que Ezra estaba tirado en el suelo, gritando. Se había llevado la mano a la nariz, que estaba chorreando sangre como si se la hubiesen roto.

De hecho, era probable que estuviese rota.

Y a mi lado, Heejin sacudía el puño con un odio profundo en la mirada.

Detrás, escuché el grito de Carla que decía:

—¡Esa es mi amiga!

Ezra comenzó a gemir, y la gente se nos fue acercando.

—Mi nariz...

Heejin dio un paso al frente, hacia él, bajo las atentas miradas de nuestros compañeros.

—No vuelvas a meterte con mi amiga, gilipollas —prácticamente le gritó, sin apartar la mirada de él—. O lo próximo que te romperé serán las pelotas... si es que tienes.

Por fortuna o desgracia, dependiendo de cómo lo quisieras ver, además de llamar la atención de los alumnos, también acabamos llamando la de los profesores. Y segundos después, todos éramos enviados directamente a Dirección.

Aceptaría el castigo con la cabeza alta y una sonrisa en los labios.

El karma no podía ser mejor.

Ni siquiera sé cómo llegué a librarme del castigo. Carla, Isabella y Jax eran meros testigos y apenas pasaron por el despacho del director para dar su versión de los hechos, en la que me apoyaban.

Ezra necesitó pasar por la enfermería, y después tendría que ir al hospital. De hecho, Heejin sí que le había roto la nariz. Por esa razón tendría que quedarse por las tardes en el instituto, ayudando a preparar las clases. Igual que Ezra, que fue castigado por iniciar el rumor sobre los dos teniendo sexo. Al parecer, un compañero de clase anónimo lo había delatado a los profesores. Sentí una malvada satisfacción al saber que, al final, Ezra Johnson no tenía tantos amigos como creía.

Debido a mi impoluto expediente y a que todo fue en defensa propia, me dejaron libre. Además, y por suerte, no tenían pruebas de que yo hubiese iniciado el rumor sobre Ezra y su petición de... meter cosas por ahí.

Me costaba trabajo creerlo, pero no iba a quejarme.

Aunque lo sentía mucho por mi amiga. Yo misma hubiese querido romperle la nariz a Ezra.

En el chat grupal ya habían enviado un meme de un luchador con la cara de Heejin, algo que le había hecho bastante gracia.

Y luego de un perro llorando, seguido de un montaje con la cara de Ezra.

Me reí durante todo el camino a Alitas Picantes en el coche de Jax, en especial cuando trató de imitar la cara de Ezra enfadado. Frunció el ceño, apretó los dientes y mostró parte de ellos. Se le daba bastante bien.

—Esto se lo tengo que contar a mi primo Angelo.

—¿Tu primo? —repetí.

Jax hablaba de su familia muy pocas veces. Sabía que su madre se llamaba Luna, y que le guardaba algún tipo de rencor por su muerte, por haberle dejado tener esperanzas de que sobreviviría y después morir, tras siete años luchando.

No tenía más familia aquí, que yo supiese.

—Sí, mi primo —asintió, llevando el coche al aparcamiento del centro comercial—. Vive en Roma, como casi toda mi familia. Pasamos juntos el verano pasado. Es como un hermano para mí.

Roma. Verano.

Jax fue allí para superar la muerte de su madre, y volvería. En menos de cuatro meses, tomaría un avión y desaparecería de mi vida.

Tragué saliva de forma pesada, tratando de evitar el pensamiento.

—¿Es en Roma donde pasarás el verano?

Negó con la cabeza, y puso el intermitente para entrar en un hueco libre.

—Iré a la casa familiar de mis abuelos. Ellos viven en un pueblo en la costa, pero está a una media hora en coche o moto de Roma. Angelo solo se queda en la ciudad mientras estudia, en una residencia. Durante el verano todos los primos nos reunimos en la casa familiar. Es enorme. Y un descontrol. Pero muy divertido.

Terminó de aparcar el coche y apagó el motor, pero no salimos. Me gustaba saber más sobre su familia. Yo no tenía a nadie más que a mi tía. Mi padre era hijo único, y mi tía no había tenido hijos. Todos mis abuelos fallecieron hacía muchísimo tiempo.

Me parecía increíble tener la oportunidad de disfrutar de una gran familia.

Quizá, en el futuro, a mí también me gustaría tener una.

—¿Tienes muchos primos?

Jax se rascó la barbilla, pensativo. Tenía la barba crecida de unos pocos días, de esa que raspaba al tocarla. Pensé en cómo se sentiría pasar los dedos por esa zona, y se me calentó el estómago.

—Veamos... Está Angelo, y los gemelos Alessandro y Marco. Las chicas son menos, Sofia y Gaia. Esos somos los DeLuca.

Seis primos en total, si lo contábamos a él. En una sola casa, un verano entero. Podía imaginar cómo sería. Qué envidia.

—Angelo y yo somos los mayores, por eso nos llevamos tan bien —continuó Jax, desabrochándose el cinturón.

Salí del coche tras él, con mi mente viajando fuera de nuestra pequeña ciudad, más allá del país y cruzando el océano. Estaba muerta de envidia.

—¿Has estado alguna vez en Venecia? —pregunté, acelerando el paso para alcanzarle a través del aparcamiento—. Escuché que en unos años se hundirá.

Jax me regaló una sonrisa ladeada, y sentí un pequeño aleteo que no tardé en acallar.

—Es bonito, sí —contestó—. Y en Verona está la casa de Romeo y Julieta, ¿sabes? Dicen que la gente deja cartas de amor en la pared.

Un suspiro cargado de romance se escapó de mis labios. Imaginé a miles de amantes dejando sus deseos en una vieja fachada, deseando que su amor fuese para siempre. Justo como lo de los candados. Me parecía todo tan bonito...

Jax arrugó la nariz y me tomó del brazo para ir un poco más rápido. Lo cierto es que llegábamos tarde a nuestro turno.

—¿Por qué tengo la impresión de que todo esto te encanta?

—¿Venecia? ¿Verona? Me suenan a ciudades del amor. Como Roma.

El sonido de una risa salió de sus labios.

Por supuesto, a él el amor le parecía una tontería.

—Supongo, pero tienen cosas más interesantes que el amor.

—El amor es interesante —repliqué.

Me solté de su agarre y caminé por mi cuenta, aunque casi me llevo por delante a dos chicas

que iban sin mirar. Su culpa, no mía.

—El amor solo trae sufrimiento.

Puse los ojos en blanco, decidida a no seguirle el juego. Ya habíamos hablado suficiente del tema. Como la otra noche, con la pizza fría entre nosotros y yo usando su ropa (ropa que, por cierto, todavía no le había devuelto. Y que, en el caso de la sudadera, puede que jamás le devuelva).

Jax básicamente me propuso ser follamigos.

Y yo le dije que no.

—Y felicidad —repuse con convicción—. Pero si no quieres arriesgarte a sufrir por amor, es comprensible.

Me miró, y lo hizo tan intensamente que casi tropiezo con mis propios pies de camino al local. Como no me respondió, tomé aire y aparté los ojos de él.

Quizá, si Jax se arriesgara y le diera una oportunidad, yo me permitiría a mí misma darle una a él.

Pero las cosas nunca eran como uno quería, y tampoco se podían forzar.

Por eso él y yo jamás estaríamos juntos.

27

—¿Me acompañarías a hacerme un tatuaje?

Cerré la app donde estaba buscando libros a mitad de precio para mirar a Jax con las cejas unidas por la confusión. En realidad, hacía tiempo que me había dicho que quería hacerse un tatuaje, pero no pensé que fuese en serio.

—Supongo —respondí.

Estábamos tirados en el sofá de mi casa. Me había pedido ayuda con los deberes de Historia, porque lo cierto era que, si aprobaba el instituto, sería un milagro. O gracias a los profesores. Todos sabían de su historia familiar, y también que no tenía intención de ir a la universidad, así que le daban facilidades para pasar el curso.

Pero una cosa eran facilidades y otra aprobar solo por pasarse por clase.

Después de una hora de sufrimiento habíamos dejado los libros a un lado y nos habíamos tirado en el sofá, con un batido de chocolate frente a nosotros y la intranquilidad que daba el procrastinar.

Aunque, en realidad, Jax parecía bastante relajado. Su espalda estaba apoyada en el reposabrazos del lado contrario, y sus piernas chocaban contra las mías en un nervioso juego que no dejaba de provocarme escalofríos.

—Había pensado ir antes de que acabe el mes, o a principios del que viene —continuó, y apartó el móvil de la cara para mirarme—. Quiero que cure bien antes del viaje a Italia. No me gustaría no poder meterme en el mar por miedo a que se me infecte.

Asentí, y yo también dejé el teléfono a un lado.

—¿Ya sabes qué te tatuarás?

Me arrepentí al instante de haberlo preguntado.

Primero, Jax asintió. Hasta ahí todo bien.

Después apartó las piernas de las mías, dejando atrás el inocente juego de roces que habíamos

tenido antes. También todo bien.

Se puso de pie y... comenzó a subirse la camiseta.

Ahí todo dejó de estar bien.

Tragué saliva de forma pesada, observando las líneas de su abdomen que se perdían dentro de sus pantalones, junto a una pequeña hilera de vello. Pensé en mis dedos al rozarlo, apenas unos segundos, la otra noche.

Subí los ojos despacio, pasando por el piercing de su pezón. El pulso entre mis piernas se hizo un poco más fuerte.

Finalmente clavé los ojos en la superficie de piel que él me mostraba con los dedos.

—Aquí —dijo.

Señalaba la parte izquierda de su cuerpo, justo debajo de su pecho, y recorriendo un camino que se perdía en el costado, bajo la axila.

De pronto, se me hizo increíblemente sexy la idea de ver un tatuaje en esa zona. La yema de mis dedos hormigueó ante el pensamiento de poder pasarlos por allí.

—¿Y qué es lo que te tatuarás? —pregunté de nuevo, alejando las imágenes mentales de los dos haciéndolo en este mismo sofá.

Necesitaba darme una ducha fría con urgencia.

—Lo descubrirás si me acompañas, piojosa —se burló, bajando la camiseta de nuevo.

Utilicé toda mi fuerza de voluntad para no hacer un puchero cuando la piel de su estómago desapareció tras la tela. Mierda. Con lo que le gustaba andar sin camiseta, ya podría haberse quedado así un rato más.

De repente, se me ocurrió una idea traviesa.

—Lo haré si tú accedes a venir a la feria escolar el próximo mes.

—¿Feria escolar? —repitió bastante confundido.

Me senté un poco más erguida en el sofá, dejando espacio para que él también lo hiciera. Necesitaba poner la mayor distancia posible entre ambos. Mi cuerpo me lo pedía.

En realidad, lo que mi cuerpo chillaba era que me lanzase sobre él, pero la mente racional me decía que no debía.

Olivia James, por favor, controla esa mente sucia que tienes.

—Mi tía tiene que ir a una feria escolar en la que participan sus alumnos. Habrá algodón de azúcar, perritos calientes, casetas... y muchos niños.

Iba a ser el primer año que asistía en mucho tiempo. Había dejado de ir al poco de empezar el instituto, pero debido a mi insistencia de estudiar para ser maestra como ella, tía Jenna me había pedido que me acercara a vigilar su caseta un rato. Sospechaba que pretendía ponerme a prueba con sus alumnos.

Eran niños de siete años, ¿qué podría ir mal?

Sin embargo, pensar que Jax me acompañara me daba un poco de tranquilidad.

—Estás aterrada —se burló.

¿Cómo era capaz de leerme tan bien?

—La caseta va de preguntas y respuestas. Si esos niños aciertan la pregunta pueden tirarme un globo de agua. ¡Tú también tendrías miedo!

Jax se rio, pero al cabo de unos segundos acabó estirándose en el sofá sobre mí. Repentinamente el ambiente cambió, aunque dudaba que él se hubiese dado cuenta.

Posó una mano sobre mi muslo, y otra bastante cerca de la pierna. A la vez, su rostro quedó pegado al mío, al punto de que solo un par de centímetros nos separaban.

Apreté los labios, sintiendo el conocido cosquilleo de la premeditación, del deseo de volver a besarlo.

—¿Estás diciéndome que podré verte mojada, piojosa?

De algún modo, aquella pregunta había sonado demasiado erótica. Me hizo malpensar de todas las formas posibles, y mi respiración se agitó. Porque Jax también se mojaría.

—Entonces, no podría apartar los ojos de ti —murmuró, bajando la voz y rozando su nariz contra la mía—. Y tendríamos un grave problema.

Sus ojos verdosos prendieron los míos. Me atraparon, sin dejar ninguna salida. Yo misma no quería escapar de aquella cárcel que tantas sensaciones me provocaba.

La mano de Jax que estaba en mi muslo se deslizó unos centímetros más arriba, provocando que tomara aire con fuerza. La otra se alejó del sofá, directa a mi rostro. Acarició mi mejilla, y la comisura de mis labios. Empezaba a sospechar que a Jax le encantaba hacer ese gesto.

Tan delicado.

Tan íntimo.

—Eres tan perfecta... —susurró.

—¿Qué...?

Pero no me dio tiempo a preguntar qué quería decir con aquellas palabras. Sus labios se movieron rápido, atrapando los míos, en un beso suave que hizo que cerrara los ojos.

La electricidad pasó de su boca a la mía, recorriendo cada célula de mi cuerpo y despertando mi interior. Tomé aire con fuerza, y los labios de Jax abrieron los míos, volviendo el beso un poco más intenso.

Mi mente se quedó en blanco. Me olvidé de la parte racional, de que aquello estaba mal, de que yo quería algo más... Y me quedé prendada en su beso, en su mano en mi muslo, tan cerca de la ingle que mandaba escalofríos a mi centro. De su pulgar rozándome la oreja, casi como una caricia. De sus labios fieros devorándome. De su lengua, chocando contra la mía.

Mis propias manos tomaron vida, y se lanzaron sobre él. Fueron directas a sus caderas, mientras mi cuerpo se aproximaba un poco más al suyo.

Rocé la suave piel bajo su camiseta, introduciendo los dedos un poco más y acariciándole. Jax jadeó en mi boca, haciendo más profundo el beso, y eso me encantó.

Algo me decía que podía ejercer sobre Jax el mismo poder que él tenía sobre mí. Que mis besos también le volvían loco. Que mi contacto lograba hacerle estremecer.

Se alejó un poco, mirándome con los ojos llameantes y los labios húmedos.

—Eres tan perfecta... —repitió.

Y fue suficiente para terminar de incendiarme.

Jax me hacía sentir así. Perfecta. Poderosa. Increíble. Deseada.

Despertaba sentimientos escondidos en mi interior, y tan solo con una mirada. Cada vez que estaba a su lado, que la cosa se ponía intensa, sentía que no podía parar.

Que no quería parar.

Me eché sobre el sofá, notando cómo se amoldaba a mi espalda, para después dejar que el cuerpo de Jax cayera sobre el mío.

El calor que emanaba me inundó, juntándose con el mío. Tiré del dobladillo de su camiseta hasta sacársela. El piercing de su pecho relució, y él me dejó pasar los dedos. Cuando se estremeció por el contacto, sonreí.

Pero no tardó en abalanzarse de nuevo, esta vez sobre mi cuello. Dejó un camino de besos aspirados que me hicieron cerrar los ojos, antes de que también mi camiseta desapareciera.

Y poco después mi sujetador. Me sorprendió la forma tan rápida en la que lo desabrochó, pero no quise pensar demasiado en ello.

De hecho, ni siquiera era capaz de pensar. Mucho menos cuando su boca bajó de mi cuello, por la clavícula, y llegó al pecho.

Lo recorrió con una pequeña hilera de besos que se convirtieron en espasmos de excitación. Cuando succionó mi pezón, un gemido fuerte escapó de mis labios.

Quería más.

Necesitaba más.

Mis dedos se clavaron sobre los hombros de Jax, exigentes, y él separó la boca de mi cuerpo. Sus pupilas estaban tan dilatadas que sus ojos parecían negros, pero eso solo consiguió que el calor en mi interior creciera.

Él me deseaba.

Y yo lo deseaba a él.

Su mano comenzó a bajar un poco más, llegando a la parte que había bajo mi ombligo.

—¿Puedo? —preguntó, aunque para mí sonó más como un jadeo.

En aquel momento, no podía negarle nada. Lo único que quería era más, todo lo que pudiera absorber de él.

Por eso asentí con vehemencia, y la sonrisa traviesa de Jax brilló en sus labios.

Segundos después, sus dedos se libraban del botón de mis vaqueros, adentrándose en mí, más allá de la ropa interior.

Mientras el calor crecía en mi vientre, sus labios regresaron a los míos, besándome con ganas. Podía notar cómo sus dedos traviesos jugueteaban abajo, cerca de mi entrada, volviéndome loca.

Y, en realidad, pensé que era verdad aquello que me había dicho una vez: él era muy bueno con los dedos.

Gemí con fuerza cuando sus yemas rozaron la zona sensible, y pude notar la sonrisa en su boca, sobre la mía.

Me estaba volviendo loca.

Los movió un poco más. Sabía lo que estaba a punto de pasar. Dónde se iba a meter. Y lo deseaba.

A la mierda la coherencia. ¿Qué más daba si luego me rompía el corazón? Era incapaz de pararlo. Solo quería más. Más de Jax. Más de sus besos. Más de su olor. Más de su tacto.

Más.

Entonces escuchamos un sonido procedente de la puerta de entrada.

Un sonido que indicaba que estaban a punto de abrirla.

Jax sacó la mano de mi interior y se alejó tan rápido que me asustó. Por mi parte, apenas conseguí volver a cerrarme el pantalón y tomar la camiseta para ponérmela sobre el pecho antes de que la puerta de casa se abriera.

Y mi tía Jenna apareciera por ella.

—No sabes todo lo que tengo que contarte, Olivia —comenzó a decir, sin mirar al interior del apartamento, dejando primero los zapatos a la entrada—. Hoy ha sido un día de locos y...

Su voz se apagó de sopetón en cuanto nos vio.

A Jax, sin camiseta, de pie delante del sofá. Con el pelo totalmente revuelto y, si te fijabas bien, una empalmada bastante grande.

A mí, tirada en el sofá, desnuda de cintura para arriba y usando una camiseta arrugada para taparme.

En aquel momento, supe que no había nada que pudiera decir para hacer creer a mi tía que Jax y yo solo éramos amigos.

28

No dormí nada en toda la noche, y nadie podría echarme en cara el no hacerlo. Ni siquiera Isabella, quien estuvo al teléfono hasta la una de la mañana escuchándome divagar sobre Jax DeLuca.

Eso sí que era una buena amiga.

¿Sus consejos? No tanto.

Isabella decía que me acostara con él, que disfrutara lo que durara, y luego le dijese adiós con un guiño de ojos. Según ella, eso me prepararía para la universidad.

Sospechaba que a las doce y veinte de la madrugada, cuando me dio el consejo, simplemente estaba demasiado cansada y quería librarse de mí cuanto antes.

No la culpo.

Al día siguiente me desperté mareada por la falta de sueño. Me di una ducha rápida, me enfundé unos vaqueros y una blusa, y fui a la cocina cual zombi a por un café tras aplicarme corrector de ojeras. Era imprescindible.

A tía Jenna no le gustaba que tomase café entre semana. Decía que no debía abusar de él porque mi cuerpo era joven y debía aprovechar esa energía, y que el café solo conseguiría alterarme.

¿Más? ¿Eso era posible?

Pero cuando no dormía o en fines de semana, hacía una excepción. Aunque no sabía que muchas veces lo tomaba sin que ella lo supiera.

Estaba terminando de echar una cucharadita de azúcar cuando ella salió del baño, con su impecable traje de dos piezas y el maquillaje alegre que usaba para ir a clase.

Tomé aire y removí el café para disimular.

Ella se acercó y comenzó a preparar el suyo sin decir nada. Dejé salir el aire despacio y me animé a continuar con el desayuno.

La noche anterior había sido horrible. Aunque en realidad, esa palabra se quedaba corta.

Después de que mi tía nos encontrase a Jax y a mí en el sofá, y que fuese imposible negar que estábamos a punto de hacer algo más que lanzarnos bromas, vino lo peor.

Jax se puso la camiseta y se despidió rápidamente antes de desaparecer del apartamento. Bien por él, que podía. Yo hubiese hecho lo mismo.

Pero nada más irse, mi tía agarró un plátano, un preservativo del baño, y volvió a explicarme de nuevo cómo se usaban. Como si aquella vez con catorce años no hubiese sido suficientemente traumática.

Y por si fuese poco, agenció una cita con su ginecóloga para el jueves siguiente por la tarde, a la que ella no me acompañaría.

Decía que ese tipo de intimidad ginecóloga-paciente era necesaria a mi edad, y que si quería usar algún otro método anticonceptivo ella me escucharía y apoyaría, pero siempre se trataría de mi decisión.

Así que el jueves me presentaría delante de una desconocida, a contarle mi vida sexual (que realmente era inexistente), para que ella estuviese más tranquila.

Isabella se rio mucho. Carla repitió que mi tía era la mejor del mundo. Heejin dijo que me envidiaba, porque sus padres ni siquiera la dejaban tocar la mano de un chico. De hecho, estaban bastante aliviados de que la llamada del instituto fuese porque había pegado a uno, y no porque lo hubiese besado.

Nadie me entendía.

—¿Quieres tostadas?

Negué con la cabeza y tomé sorbos de mi café. En realidad, solo quería que la tierra me tragase.

Aunque mi tía ya me había dado charlas sobre sexo (bastante vergonzosas), no era comparable a que ella realmente supiera que yo podía tener sexo. Y en realidad, aunque con Jax no había ocurrido nada más lejos de los besos, para ella sí que había pasado.

Mierda.

Terminé el café justo cuando unos golpes fuertes sonaron en la puerta. Golpeé el teléfono con los dedos para encender la pantalla y ver la hora, y lancé una mirada rápida. ¿Ya era tan tarde?

—¡Piojosa! —gritó Jax desde el otro lado de la puerta—. ¿Ya estás lista?

Mi tía bajó su taza de café de los labios y me lanzó una mirada curiosa. Una mirada que pedía más detalles.

¿No podía ser una tía normal y, no sé, fingir que yo no tenía vida amorosa?

Ese mismo pensamiento vino acompañado de otro. ¿Tenía vida amorosa? ¿Y con Jax? Imposible.

—No es lo que parece —murmuré mientras dejaba la taza en el fregadero.

Jax volvió a llamar, y yo corrí a recoger la mochila del suelo, echármela al hombro y salir hacia la puerta.

—No fue a mí a quien encontraron besuqueándose medio desnuda en el sofá con el vecino —me dijo mientras me alejaba.

Frené a pocos metros de la puerta y fruncí el ceño hacia ella, antes de gritar a mi vez:

—¡No fue eso lo que pasó!

Bueno, en realidad...

—Claro que fue eso lo que pasó —se burló.

Agh.

Y ojalá jamás me encuentre la imagen contraria.

—Te juro por las gafas de Harry Potter que en mi vida volverá a pasar.

Mi tía hizo un puchero mientras Jax llamaba de nuevo a la puerta y yo me calzaba las zapatillas negras en la entrada. Más deprisa no podía ir, aunque quería huir de ahí tan rápido como fuese posible.

—¿Por qué? —replicó ella—. Jax es mono. Es como una versión joven de su padre.

Qué asco.

Qué asco x2.

—Primero, su padre no me parece mono. Es viejo. Y segundo, Jax no es mi tipo.

Mi tía soltó una pequeña risa y después, imitándome, dijo:

—Primero, Tony no es viejo, es guapísimo. Y segundo, para no ser tu tipo, anoche te pillé de pleno enrollándote con él.

Sentí las mejillas volverse rojas, y el calor crecer en mi cuerpo. ¿No se suponía que debería usar esa información para castigarme de por vida, en lugar de avergonzarme?

En serio, no tenía una familia normal.

—Ten un buen día, tía Jenna.

—Saluda a Jax de mi parte —se burló ella.

Y acto seguido abrí la puerta, encontrándome con el susodicho frente a mí. Tomé aire y cerré a mi espalda.

Jax sonrió de forma torcida y me guiñó un ojo.

Así, de buena mañana. Haciendo tambalear los cimientos de mi cordura. Llevaba una sudadera distinta a la del día anterior, o a la que yo todavía tenía guardada en mi armario. Y se veía espectacular.

Tenía un serio problema con él.

—¿Lista, piojosa? —preguntó.

Como siempre, ajeno a todo lo sucedido. Ajeno a que sus besos ponían mi vida patas arriba. Él era flor de una noche, y al día siguiente, si no eras su amiga (algo que, por suerte, sí era), desaparecía.

Necesitaba aclarar las cosas.

Si tenía que elegir entre seguir siendo su amiga, o ser su rollo de una noche, me quedaba con la amistad.

Jax era increíble como persona. Era divertido, con un sentido del humor un tanto peculiar. También sensible, como cuando miraba la luna. Y educado, por mucho que otros pudiesen pensar lo contrario.

Obedecía a su padre y trataba bien a mi tía, a pesar de que al principio le costó un poco aceptar la situación.

Había tenido una vida dura, con su madre enferma, y no se regodeaba en ello. De hecho, le costaba hablar sobre el tema.

Jax, simplemente, era increíble.

Y cuantos más días pasaban, más me hundía en él. En una fantasía prohibida. Era demasiado para mí y, a la vez, insuficiente.

Porque lo que Jax quería, ser la diversión de una noche, era algo que yo no podía aceptar.

Y necesitaba dejarlo claro con más fuerza.

Fue cuando entramos en su coche y él puso rumbo al instituto que yo me aclaré la garganta. Eso fue suficiente para que me mirase, pero necesité otro aclarado para comenzar a hablar.

¿Por qué era tan complicado?

—No puede repetirse.

Así, de sopetón. Zanjé el tema con una sola frase. Simple, sencilla, correcta.

Lo decía todo.

Podíamos no volver a hablar, que cualquiera lo entendería...

Cualquiera menos Jax.

Él tosió, puso el intermitente para salir del aparcamiento, y comenzó a soltar una extraña retahíla de palabras:

—Buenos días, piojosa. Yo también me alegro mucho de verte esta bonita y preciosa mañana de febrero. ¿Has desayunado bien? Yo he tomado un café increíble con tostadas, ¿y tú?

¿En serio?

Cuadré los hombros, tratando de parecer inflexible.

Parecía que él sabía lo flexible que era en realidad.

Que, con una sola mirada, caería rendida.

Pero nadie más podía saber eso. Él en especial jamás debía saber las sensaciones que provocaba en mí.

—Hablo en serio, Jax.

—¿Sí? Pues yo no sé de qué me hablas.

Mis pies se aplastaron contra las alfombrillas del coche. ¿En serio? Porque lo dudaba. Aun así, tomé aire y dije:

—Lo de anoche. No puede repetirse.

Alzó las cejas y desvió la mirada hacia mí durante unos segundos. ¿Por qué parecía tan sumamente divertido?

Hasta que continuó:

—¿Te refieres a cómo mis dedos casi te consiguen un orgasmo? Pues no entiendo por qué. Fue tan increíble que lo repetí en mi cabeza por lo menos quince veces antes de dormir. Y después soñé con ello.

Idiota...

—Eres asqueroso.

Eso solo le hizo reír más.

—Qué va. Tú eres una diosa. Y quedará por siempre grabado en mi mente.

No supe qué contestar. Una parte de mí estaba avergonzada y quería gritarle que se callara.

Otra parte se sentía tal cual, una diosa, y solo pedía escuchar más palabras suyas alabándola.

¿Con cuál me quedaba?

29

No volvimos a tocar el tema del beso durante los siguientes días. En realidad, actuamos como si nunca hubiese pasado. Solo mis amigas y mi tía me molestaban constantemente con ello. Isabella seguía en sus trece de que debería dejarme llevar y disfrutar del momento

Cuando le dije que acompañaría a Jax a hacerse un tatuaje el lunes siguiente por la tarde, incluso soltó un pequeño grito de emoción y me perdonó al instante que la dejara plantada con el trabajo de Historia. Estaba más interesada en mi supuesta e insignificante vida amorosa que yo.

Iba en el coche con Jax camino al local, cuando me llegó un mensaje suyo.

Isabella
Os morreáis en el sofá de tu casa, vas en su coche, le acompañas a hacerse un tatuaje... ¿Estás segura de que no hay nada entre vosotros?

Bloqueé la pantalla y pasé de seguir mirando el móvil. Lancé una mirada hacia Jax. Llevaba las gafas de sol, como casi siempre que conducía, y tenía la ventanilla medio bajada. Me había dicho que quien tatuaba era amigo suyo. También le había hecho los piercings que tenía.

—Venga, va. Sería mi regalo de cumple para ti, piojosa.

Estaba intentando convencerme de que yo también me hiciese uno. Me reí y sacudí la cabeza. Habíamos llegado al punto en el que ya ni me importaba que me llamase piojosa. De hecho, casi podía decir que empezaba a encontrarlo... bonito.

—Gracias, pero no estoy muy convencida de querer un tatuaje.

Él se encogió de hombros, y me lanzó una de esas sonrisas juguetonas que me llenaban de mariposas el estómago.

—Pues yo creo que estarías muy sexy con un tatuaje.

Sentí que se me calentaban las mejillas. A pesar de su constante ligoteo, aún no me había terminado de acostumbrar, y él seguía consiguiendo que me sintiera sofocada.

—Pues yo creo que eso me da igual —repliqué.

Su sonrisa se amplió, y continuó el camino hasta el centro de nuestra pequeña ciudad.

Dejamos el coche en un aparcamiento, y lo seguí hacia una pequeña tienda con cristaleras enormes y un letrero rojo con letras negras. Al pasar sonó una campanita y se escucharon unos pasos desde lejos.

El local era bastante más grande por dentro de lo que parecía. Habíamos entrado a un pequeño recibidor, con las paredes pintadas en rojo y blanco, y muchísimas fotografías de tatuajes pegadas en ellas. Rodeaban unos cuantos títulos, supuse que del dueño.

Los pasos comenzaron a oírse más fuerte. Provenían de un pequeño pasillo que comunicaba con el recibidor.

Entonces, la figura de una mujer menuda, con un pelo rubio larguísimo y envidiable, apareció en él. Miró directamente hacia Jax y sonrió:

—¡Aquí está, el gran Jax! Por fin llegó el día.

Acto seguido, se acercó para darle un abrazo.

Yo me hice a un lado, y los observaba levemente incómoda. Parecía joven, quizá unos veinticinco o veintisiete. Llevaba una camisa sin mangas que mostraba unos brazos tatuados a colores vivos. Las uñas tenían una manicura perfecta y envidiable. Miré las mías durante unos segundos, cortas y sin una sola capa de pintaúñas.

—¿Estás nervioso? —preguntó con burla—. Hoy voy a desvirgarte.

Abrí los ojos con sorpresa, aunque él se rio. Imaginé que se refería a que le haría su primer tatuaje, pero de los labios de ella había sonado tan... sensual. Tenía una de esas voces graves que tantas veces había escuchado ser descritas como sexis.

La mujer se volvió hacia mí. Sus ojos azules daban un aspecto un poco infantil a su rostro. Tenía un piercing en el labio y otro en la nariz.

—Oh, ella es Olivia —me presentó Jax—. Olivia, te presento a mi tatuadora, Malena Rodríguez.

Malena extendió la mano hacia mí y, al tomarla, la estrechó con fuerza. Tanta que me dolió.

Así que... ¿ella era la tatuadora? Por alguna razón me había imaginado a un hombre. Entonces eso quería decir que también ella le había hecho los piercings. Y si era cierto que tenía uno ahí abajo... ¿ese también se lo había hecho?

Una sensación horrible se apoderó de mí al imaginar que ella y él...

Sacudí la cabeza, y Malena apartó la mano con el ceño un poco fruncido, aunque todavía sonreía.

—¿Es tu...? —comenzó a preguntar, volviéndose hacia Jax, pero él la interrumpió.

—Somos amigos, ¿verdad, piojosa?

Acto seguido, Jax pasó una mano por mi cintura, y tiró de mi cuerpo hacia el suyo. Coloqué una mano sobre su pecho para no caer, y él me lanzó una pequeña sonrisa. Había dejado las gafas en el coche, y lo cierto es que me gustaba más así. Podía mirarlo a los ojos.

Malena se aclaró la garganta y yo me alejé de Jax tanto como pude, aunque su mano continuó en mi cintura.

—Ugh, no me extraña que solo seáis amigos. ¿La acabas de llamar piojosa?

Él asintió, y la mujer sacudió la cabeza con decepción. Se dio la vuelta para volver a entrar al pasillo por el que había salido, y nos hizo un gesto para que la siguiésemos. Me solté de él e hice lo que decía.

—Eres increíble, Jax. A este paso ninguna chica te querrá.

—Me sirve mientras quieran acostarse conmigo.

—Eres asqueroso —contestamos las dos al mismo tiempo.

Malena se volvió para mirarme mientras se reía. Me guiñó un ojo, y después abrió una puerta que llevaba a otra salita.

Era más pequeña y estaba pintada de blanco, y ahí era donde tenía todo el equipo. Jax fue directo a una especie de camilla negra que parecía bastante cómoda, y ella tomó unos papeles de la mesa.

—¿Es esto lo que quieres?

Jax observó el papel que le estaba tendiendo y asintió:

—Es exactamente lo que quiero.

Me moví a un lado, a pesar de que Malena me indicó que podía sentarme en una de las sillas. Me producía curiosidad ver cómo era tatuar.

Mientras Jax se quitaba la camiseta, ella comenzó a preparar el equipo. Apenas le presté atención. Mis ojos se fueron casualmente al pecho desnudo de él. A sus hombros anchos, a la línea de su abdomen. Llevaba los pantalones algo caídos, y podía ver la cinturilla del calzoncillo asomar por ellos.

Cuando volví a mirarlo a la cara, sus ojos estaban clavados en mí. Una sonrisa de satisfacción cubría su rostro.

Maldición.

—Te gusta lo que ves, ¿verdad, piojosa? —se burló.

Lo ignoré totalmente, porque los dos sabíamos la respuesta a su pregunta, pero no pensaba decirlo en alto.

Malena terminó y le mandó tumbarse boca arriba en aquella camilla. Después extendió el brazo y ella colocó un recorte debajo de su pectoral izquierdo. Eran unas letras que se extendían en una pequeña curva hacia el lateral.

—¿Así, o más curvado?

—Así perfecto.

Intenté descifrar con curiosidad qué era lo que se quería tatuar, pero no conseguía ver bien, y

tampoco quería acercarme y molestar.

Malena se había inclinado sobre él, con una mano bajo su pecho y la otra con la máquina de tatuar. La postura era bastante comprometida y parecía un tanto... íntima. Pero Jax se mostraba tranquilo.

—¿Estás bien, piojosa? —me preguntó al cabo de un rato.

¿Y él me lo preguntaba a mí? No era yo quien estaba siendo martilleado con un alfiler cargado de tinta. Malena había dicho que tardaría poco porque solo era una palabra.

—¿Tú lo estás? —repliqué, moviéndome un poco hacia delante para ver mejor.

Entrecerré los ojos, y me pareció ver una letra «E» escrita con caligrafía elegante y torcida.

—¿Lo dices por esto? —repuso, y con el dedo índice señaló hacia aquella especie de lápiz enorme que Malena estaba usando sobre él—. Es como un pequeño cosquilleo en la piel, no duele.

Asentí, y me dirigí a la silla. Jax miraba con dificultad hacia el tatuaje de vez en cuando para ver cómo iba, y después Malena le reñía porque se movía. Se notaba que estaba entusiasmado.

Al cabo de una media hora, estaba listo.

—Bueno, ¡esto ya está! ¿Qué te parece?

Se apartó, dejando que Jax pudiese incorporarse, y fue a por un pequeño espejo para que él pudiera verse mejor.

Tenía la piel un poco inflamada, pero aun así cuando me levanté para acercarme pude ver perfectamente la palabra «Eterno» escrita en su piel. Me pregunté a qué se referiría.

Cuando alguien se hacía un tatuaje solía ser porque tenía un significado especial.

Jax se observó en el espejo, y sacudió la cabeza con admiración.

—Me encanta —le aseguró.

Malena sonrió con orgullo, y después me miró a mí.

—No sé si quieres que te repase esas líneas de ahí y hacerlas un poco más gruesas. ¿Tú como lo ves, Olivia?

Parpadeé, tratando de escoger mis palabras. Sentía el calor dentro de mí, en especial cuando Jax me miró.

—Está... bien.

Madre mía. Y era sexy. Muy muy sexy.

Ahora entendía a qué se refería Jax.

—Y mejor estará cuando cure, piojosa —se burló.

Malena le aplicó una pomada por encima y después lo tapó. Mientras se ponía la camiseta de nuevo, le dio un bote para que él también se la administrara en casa, con unas pocas instrucciones, y salimos de la salita para regresar a la recepción.

Jax sacó el dinero para pagar y yo miré distraídamente las fotografías de la pared. Había tatuajes muchísimo más grandes que el que Jax se había hecho. Si en ese había tardado media hora, ¿cuánto podría llevar el pájaro enorme que tenía una persona en su espalda? Probablemente

días.

—Entonces, ese asunto que habíamos hablado... ¿Pudiste hacerlo?

Me volví hacia Jax, que estaba inclinado sobre el mostrador. Frente a él, Malena sacudió la cabeza.

—Sí, no te preocupes. Para finales de semana estará todo listo.

—Eres la mejor.

Casi pude imaginarme su sonrisa seductora. La ponía siempre.

Metí las manos en los bolsillos de mis pantalones, y simulé seguir observando las fotografías, aunque en realidad estuviese mirándolos de reojo.

Malena soltó una pequeña risa.

—Eso ya lo sé. Pero estaría mejor que un chico de mi edad... o diez años mayor, también lo pensara. Estoy hasta los ovarios de rollos de una noche, ¿sabes?

—¿En serio?

—Cuando tengas mis años, tú también lo entenderás. Quizá incluso antes...

Me lanzó una rápida mirada, y no añadió más.

Jax se alejó y pasó una mano sobre mis hombros, atrayéndome hacia él por el lado contrario al que se acababa de hacer el tatuaje.

—¿Nos vamos, piojosa?

Asentí y nos despedimos de Malena, a quien él prometió volver a ver para el siguiente tatuaje.

Pensé que iríamos directos al coche, pero Jax me llevó por otro camino.

—Ya que me has acompañado, ¿qué te parece si te invito a cenar?

Eran cerca de las seis y media. No creía que hubiese comida en casa, y cualquier cosa me parecía mucho mejor que restos de verduras congeladas.

—Oh, sí. Porque ha sido un gran esfuerzo —me burlé.

Pasamos por una calle bastante concurrida, hasta llegar a un restaurante con aspecto de ser bastante más elegante de lo que mis pantalones vaqueros y chaqueta deshilachada podían permitirse.

Me quedé quieta unos segundos ante la puerta, vacilando. Parecía ser el típico sitio donde te pondrían una botella de vino caro y cobrarían el pan a diez dólares.

—Tranquila, conozco al cocinero —dijo Jax.

Acto seguido prácticamente me empujó dentro. Tardé unos segundos en hilar y darme cuenta de que se trataba del restaurante donde su padre trabajaba de chef.

Enseguida apareció un camarero, y su rostro se iluminó al ver a Jax.

—Pero ¡si es el joven DeLuca! —exclamó, a pesar de que no sería mucho mayor que nosotros —. ¿Vienes a cenar?

Sus ojos se movieron curiosos de Jax a mí, y él asintió.

Nos guio hacia una mesa apartada, pese a que apenas había gente por ser lunes. Después nos dejó un par de cartas sobre la mesa.

—Supongo que hubiese sido preferible venir aquí en fin de semana, pero cuesta bastante reservar —me explicó, mientras abría su carta sin apenas pasar los ojos por ella—. Mi padre es de los mejores cocineros que hay por la zona.

Y a juzgar por los platos que ya había probado, estaba bastante segura de que tenía razón.

Abrí la carta y comencé a ojearla. La mayoría eran recetas italianas, aunque también tenían hamburguesas.

—Te recomiendo la lasaña, está increíble. Es una receta mejorada por mí, en realidad. Ya te dije que soy un experto.

Mis mejillas se encendieron, pero por suerte había suficiente oscuridad en el local para que Jax no lo notara. De hecho, él parecía sumido en sus propios pensamientos.

—Aunque siendo lunes, mi padre no está... Entonces mejor los raviolis de queso, que son la especialidad de Aldo.

Asentí, y decidí que lo mejor era seguir sus recomendaciones.

El camarero que nos había llevado a la mesa volvió al cabo de un rato y ambos pedimos una ración de raviolis, tal como Jax había sugerido, seguida de una gran botella de agua. Nos dijo que haría una excepción si queríamos vino, pero al día siguiente había clase y además uno de los dos tenía que conducir para volver a casa.

Cuando se fue, después de encender una vela en la mesa, me di cuenta de lo que aquello parecía.

Una cita.

Para ellos, Jax y yo estábamos teniendo una cita romántica un lunes por la noche.

Oh, Dios mío.

¿Y por qué ese pensamiento me emocionaba?

—¿Te gustó el tatuaje? —preguntó después de que nos trajeran el agua.

Moví la cabeza con aprobación, despacio. No pensé que le fuese a quedar tan bien... y mucho menos que resultaría tan sexy, aunque eso no se lo diría.

Cualquiera lo aguantaba después...

En su lugar, comenté con curiosidad:

—¿Qué significa?

—Es la palabra «Eterno», en italiano.

Asentí despacio, aunque mi ceño se frunció un poco. El camarero volvió a aparecer, dejándonos unos panecitos salados y crujientes para que fuésemos comiendo mientras tanto.

Tomé uno, aunque fuese por tener algo entre las manos.

—¿Y por qué esa palabra?

—Para recordarme justamente eso, que nada es eterno. Todo se acaba en algún momento. Por eso es mejor arriesgarse, no temer el qué pasará porque algo nos dé miedo. No pasar por la vida preguntándonos «qué pasaría si...». Por eso he decidido recorrer Europa este verano. No me quedaré sin cumplir ese sueño solo porque lo socialmente correcto tras el instituto sea ir a la

universidad.

Pensé en su madre, en que hacía ya un año que había muerto. Era más que obvio que Jax, aunque actuase como si ya lo hubiese superado, todavía no lo había hecho.

—La vida no es eterna, Olivia. Y no debemos vivirla como si lo fuera.

Después de eso hubo un rato de silencio entre ambos, que llenamos terminándonos el pan salado, mientras mi cabeza estaba sumida en lo que había dicho.

Actuar de forma más impulsiva. No pensar todo el rato en las consecuencias. Me recordó a mi tía y su discurso sobre la dignidad, que no te conduce a ningún lado. A Isabella, diciéndome que me dejara llevar con Jax.

¿Por qué tenía tanto miedo a enamorarme de él y que me hiciera daño, cuando ya habíamos dejado las cosas claras desde un principio?

Pero como no me gustaban los silencios, después de un rato, acabé diciendo:

—Entonces... ¿sabes hablar italiano?

La cena estuvo deliciosa. Jax tenía razón y aquellos raviolis eran... alucinantes. Ojalá algún día pudiera aprender a cocinar igual que su padre o el tal Aldo.

Una vez en el coche, pusimos rumbo al edificio de apartamentos. Aún tenía que estudiar Matemáticas antes de irme a la cama, pero después de la cena tan fabulosa y la experiencia de acompañar a Jax a tatuarse, solo me apetecía tumbarme a descansar...

Y a soñar con que le tocaba la zona del tatuaje, y más abajo.

—Tengo una sorpresa para ti —dijo tras conectar su teléfono al coche.

Tenía una de esas pantallas táctiles donde podías ver la de tu teléfono.

—¿Para mí? —repetí, curiosa.

Sin dejar de mirar cada pocos segundos a la carretera, presionó el botón de la música con una sonrisa problemática.

—Dale al Play —me dijo.

Hice lo que me pedía, y segundos después, los primeros acordes de «You belong with me» comenzaron a sonar en el coche. Jax subió el volumen mientras se reía de mi cara de asombro.

—¡Es Taylor Swift! —grité.

Pero ¿cómo?

Ladeó la cabeza hacia mí, todavía con esa sonrisa suya.

—He comprado todas sus canciones para poder escucharlas en el coche —explicó—. Considéralo un regalo de cumpleaños por adelantado.

No me lo podía creer. ¡Si a él no le gustaba Taylor Swift!

—Pero... ¿por qué?

—Porque sé que te gusta.

Iba a gritar. Pero de la emoción.

En vez de eso, comencé a cantar al ritmo de la letra. A los pocos segundos Jax se llevó una de las manos al oído y arrugó la cara, simulando estar agobiado.

—Me duelen los oídos —se quejó, lanzándome una rápida mirada—. No cantas nada bien. Pero nada nada bien.

No pensaba disculparme. En su lugar, canté un poco más alto.

Eso hizo que él soltara una pequeña carcajada.

Walk in the streets with you in your worn-out jeans
I can't help thinking this is how it ought to be
Laughing on a park bench thinking to myself
Hey, isn't this easy?

Miraba de reojo a Jax mientras cantaba, sintiendo por primera vez en mi vida la letra de aquella canción en lo más profundo de mi corazón.

Y entonces, Jax se unió a mí.

And you've got a smile
That can light up this whole town.

Dejé de cantar en ese mismo instante por la sorpresa.

—¿Te sabes la letra? —exclamé, casi sin creerlo—. Pero ¡si a ti no te gusta Taylor Swift!

Se encogió de hombros, todavía sonriendo mientras la canción continuaba reproduciéndose.

—Y no me gusta, pero ayer estuve escuchándola toda la noche, porque esta es tu favorita, ¿no?

Asentí dudosa, mientras un cosquilleo caliente y agradable se extendía por mi cuerpo.

Se lo había comentado en uno de nuestros viajes al instituto, cuando en la radio sonaba uno de sus nuevos éxitos. Con diez años, Isabella y yo nos habíamos pasado una noche con la canción en bucle, y ese año nos disfrazamos de las dos Taylor en carnaval. Yo era la rubia nerd, y ella la animadora guapa.

Llegamos a casa después de escuchar por lo menos cuatro canciones más y de que Jax acabara lamentándose de haber adquirido toda la discografía. Me dijo que le había hecho estallar los tímpanos de tanto cantar, pero lo hizo riéndose.

Estaba de muy buen humor después de una dosis de Taylor Swift. Incluso él lo estaba. La tarde había resultado fantástica.

—¿Mañana a las ocho para ir a clase? —me preguntó una vez estuvimos delante de la puerta de mi casa.

Estaba inclinado sobre mí, muy cerca. Tanto que podía oler su perfume. Tanto que sentía la tentación de tocarle la cara.

—Solo si sigue sonando Taylor Swift en tu coche.

La expresión de Jax cayó en un simulado disgusto, porque en realidad sus ojos continuaban sonriendo.

—Mierda, jamás pensé que alguien me diría esa frase. Ni que habría Taylor Swift en mi coche.

—Ni que te sabrías la letra de sus canciones —agregué.

Los dos estallamos en risas suaves, y él se aproximó un poco. Ya tenía la llave metida en la cerradura. Solo necesitaba girarla un poco y entrar, pero no podía.

—Ni que las cantaría con la piojosa —susurró, muy cerca de mí.

Tragué saliva, pero pensé en la más que probable posibilidad de que mi tía estuviese espiándome al otro lado de la puerta. Después de encontrarnos en el sofá, ya nada me sorprendería.

—Hasta mañana entonces, Jax —me despedí.

Él se alejó, todavía sonriendo, y yo giré la llave.

Me di la vuelta para entrar en el apartamento, y me quedé helada ante lo que vi.

Mi sonrisa se desvaneció despacio. Por lo visto, sí que podía seguir sorprendiéndome en esta vida.

Y es que esta vez, quien estaba morreándose en el sofá era mi tía. Con Tony. Por suerte, ambos vestidos.

Mientras pensaba qué hacer, si carraspear para que se separasen o darme inmediatamente la vuelta, Jax apareció a mi lado. Me volví hacia él. Su sonrisa también había desaparecido, pero, a diferencia de mí, en lugar de sorpresa...

Había enfado.

No entendía nada. Jax era quien había insinuado de primeras que quizá ellos dos estaban saliendo en secreto, y no parecía enfadado al decirlo. Aunque tal vez no era lo mismo sospechar que confirmar.

Como si notara nuestra presencia, la pareja dejó de besarse y los dos se volvieron hacia nosotros. Mi tía se llevó una mano al pecho por el susto. Seguro que ya se imaginaba lo mucho que me metería con ella después de sus burlas. ¡Había hecho lo mismo que yo!

Sin embargo, Tony observó con una mezcla de horror y preocupación a su hijo.

A mi lado, escuché a Jax decir:

—¿Cómo has podido?

Su padre se puso de pie, alisándose torpemente la camisa, y dio un paso hacia él.

Pero Jax dio otro hacia atrás y volvió a hablar, esa vez más alto. Había reproche en su voz:

—Solo ha pasado un año.

Tony consiguió llegar a nuestro lado, con la mano estirada. Pero antes de que lograra sujetar a Jax, él ya se había dado la vuelta y salido corriendo.

Dejé a mi tía consolando a... ¿su novio?, y salí en busca de Jax. Tony quería ir tras él, pero después pensó que quizá estuviera más receptivo conmigo en aquel momento.

En realidad, yo también estaba molesta. Era muy dura con los novios de mi tía. Pero Jax... Él no parecía estarlo.

Y tampoco simplemente enfadado.

Parecía herido.

Bajé las escaleras de los apartamentos corriendo, temerosa de que se hubiese subido de nuevo al coche para irse corriendo, pero me equivocaba.

Lo encontré apoyado en la misma barandilla de siempre. Contemplando el cielo nocturno.

No, contemplando la luna.

Me acerqué despacio a él, y me apoyé a su lado, con los codos sobre la barandilla. No me echó ni se apartó. Esperé durante más de cinco minutos sin decir nada, dejándole espacio, pero haciéndole saber que me quedaría para apoyarle.

Hasta que, por fin, Jax habló. Lo hizo con la mirada todavía perdida en el firmamento.

—Mi madre luchó durante siete años contra el cáncer, y siempre me dijo que lo superaría. Que juntos, como familia, podríamos con todo.

Tragué saliva y en silencio observé su perfil. Permanecía serio, sin apenas una expresión perceptible. Casi nunca hablaba de su familia, mucho menos de su madre. Y por eso podía parecer que lo había superado.

Jax estaba solo, con su dolor, mientras todos pensaban que lo había dejado atrás.

—En el fondo lo sabía, ¿sabes? —continuó con un suspiro—. Pero su mentira era más bonita. Me prometía un futuro.

Sobre la barandilla moví la mano hacia la suya. Sus dedos estrecharon los míos de vuelta, como si ese contacto le hiciese bien.

—Creo que mi padre se despidió de ella hace mucho más que un año. Creo que él siempre supo que no acabaría bien.

—Jax...

Su nombre salió de mis labios, apenas un susurro... Y antes de que me diera cuenta, él se había separado de la barandilla. Tiró de mi cuerpo hacia el suyo, y nos fundimos en un fuerte abrazo.

30

JAX

Olivia olía a flores. A flores silvestres. Y su pelo suelto me hacía cosquillas en la nariz, pero nada de eso importaba.

Solo importaba la forma en la que sus brazos habían estrechado mi cintura. Importaba que no se había alejado cuando la abracé, cuando la acerqué tanto a mí porque la necesitaba.

Había rodeado su cuello, agachándome para estar a su altura, y era consciente de que la sujetaba con tanta fuerza que si hubiese querido apartarse de mí, no habría podido.

Pero no solo no intentó apartarme, hizo algo más: me devolvió el abrazo, con toda la fuerza que su pequeño cuerpo podía aportar.

Y estuvimos así por lo menos dos minutos.

Había oído decir que, para que un abrazo fuera real e hiciese efecto, tenía que durar por lo menos veinte segundos. Yo necesité más.

Y cuando me alejé de ella tras esos dos minutos, sentía que todavía habría necesitado más.

Sus grandes ojos marrones me observaban, intranquilos.

—¿Y si nos vamos a algún sitio? —pregunté.

En aquel momento solo quería escapar de allí. Tendría que enfrentar a mi padre, lo sabía... pero no entonces. Y por increíble que suene, la única persona con la que quería estar era...

Ella.

Olivia apretó los labios con duda, y mi mirada se dirigió inmediatamente a ellos.

En realidad, era un tonto por preguntar. Teníamos instituto al día siguiente, y ya me había acompañado a hacer el tatuaje. Estaría cansada.

—Claro, ¿qué tienes en mente? —fue su respuesta.

Sonreí vagamente. Siempre me sacaba sonrisas con demasiada facilidad, incluso en momentos como aquel, en el que solo quería gritar.

Di un paso atrás, y señalé hacia el coche antes de decir:

—Detrás de usted, piojosa.

Una pequeña risa cantarina salió de sus labios. Ya ni siquiera se enfadaba por aquel absurdo mote que le había puesto, pero seguía gustándome llamarla así. Se había convertido como en una

especie de broma privada. Solo nuestra.

—Se dice señorita —comentó al pasar delante de mí.

A pesar de la oscuridad, mis ojos bajaron automáticamente a su trasero. Los subí antes de que se volviera y me pillara.

—Nah, creo que me gusta mucho más piojosa —me burlé.

Nos montamos en el coche y yo conduje hasta el descampado. Cuando Olivia se percató de dónde íbamos, sus mejillas adquirieron un bonito tono rojo. Se sonrojaba con mucha facilidad, pero sabía que estaba recordando cómo semanas atrás le había propuesto ir allí a hacer... cosas.

Sin embargo, también era uno de los sitios con mejores vistas del cielo de toda la ciudad. Los edificios y casas quedaban atrás, y desde allí se podía contemplar sin apenas contaminación lumínica.

Mirar el cielo nocturno siempre me daba paz. Me recordaba a mi madre, y me hacía sentir un poco más cerca de ella, por muy lejos que estuviera en aquellos momentos.

Al llegar, salimos del coche, nos sentamos en el capó y nos pusimos a hablar.

Olivia era muy buena conversadora. No volvió a sacar el tema de mi padre y su tía. Simplemente se dedicó a hacer bromas sobre el trabajo, a contarme cotilleos del instituto, a quejarse de los estudios... Y a hacerme olvidar. Me hizo olvidar durante una larga media hora lo mal que me había sentido.

Mientras volvíamos a casa se pasó bostezando gran parte del camino. Entre eso y lo bien que se había portado conmigo, decidí no picarla más. Por muy divertido que fuese... era una amiga. Una gran amiga.

—Nos vemos mañana —me despedí, viendo cómo giraba la llave y entraba en su apartamento.

—Te espero a las ocho —me recordó.

Asentí, y después estuve un par de segundos más observando la puerta por la que había desaparecido.

Sí, una gran amiga...

Y esperaba que, si seguía repitiéndomelo, yo también me creyese que era solo eso.

No podía tener sentimientos por Olivia más allá del deseo o la amistad. No valía para una relación. Le haría daño a ella y a mí mismo. Esa es la única recompensa que da el amor.

Me gustaba pasar tiempo con ella. Era muy quejica, pero aun así trataba de mantenerse positiva ante todos los problemas. Me hacía reír, y buscarle las cosquillas era algo que me encantaba. Cuando arrugaba la nariz y el color rojo de su rostro le cubría hasta las pecas, me parecía adorable.

Y quería algo más con ella. Joder, claro que sí. Cada vez que apretaba los labios solo pensaba en lo bien que se sentía besarla. Si pudiera pasarme la vida tocándola, creo que no dudaría en hacerlo. Pero cuando los sentimientos aparecen, eso ya es otro asunto... Si te abres a alguien, si le das un trozo de tu corazón, tarde o temprano acabarás destrozado. La muerte de mi madre me enseñó eso. No solo yo, también vi cómo mi padre se hundía cada vez más año tras año. Aunque

piensa que no lo sé, lo encontré más de una noche solo junto a una botella de vino.

Y yo no quería eso. No quería sufrir.

Nunca más.

Mi padre estaba sentado en la mesa de la cocina cuando entré. Levantó la cabeza en silencio. Saqué un envase de zumo de la nevera, y me quedé de pie frente a él.

—Lo siento —susurré.

Sus cejas se juntaron por la confusión. Claramente no se esperaba que le dijera aquello. Yo mismo no pensé que lo haría, pero ese rato charlando con Olivia, y poner algo de distancia tras la sorpresa de verlo con Jenna, me había ayudado.

Tenía dieciocho años, no era un niño. Por mucho que quisiera que mi padre siguiera con mi madre, eso era imposible. Ella ya no estaba, y era normal que él quisiera seguir adelante. Yo mismo debería hacerlo, pero si no era capaz, tampoco podía pretender que él esperara por mí.

Era mi problema, no el suyo.

—Debí decírtelo —dijo—. Ha pasado tan rápido todo con Jenna... No esperaba que ocurriese, Jax. De verdad.

Asentí. Entendía el sentimiento.

Cuando descubrí que Olivia era nuestra vecina, nunca pensé que entre ella y yo... Ni siquiera cuando empecé a hablar con ella, o cuando envió aquel mensaje.

Aquella maldita equivocación, que nos había acercado.

—Hijo, si tú no...

—A mí no tienes que pedirme permiso para salir con nadie —interrumpí sus palabras antes de que acabara la frase—. Solo... cuéntame si hay novedades, ¿vale? No me gustaría volver a atraparte así.

Mi padre asintió, con una pequeña sonrisa de tranquilidad en los labios.

Se acercó a mí, y posó la mano con fuerza sobre mi hombro.

—Has crecido mucho este último año —sentenció, mirándome a los ojos—. Y no solo en altura.

—También en músculos —bromeé, doblando el brazo hacia arriba para sacar bíceps—. Angelo y yo hacíamos deporte todos los días en verano.

Mi padre se rio, esta vez con más tranquilidad, y yo le seguí.

Sin embargo, seguía sintiendo un horrible y pesado dolor en mi interior. Una bola de negatividad y tristeza que parecía no querer abandonarme del todo. Pero esta vez era un poco menos pesada que hacía un año y, con suerte, en unos meses lo sería menos.

Y así todos los días, hasta que se volviese tan pequeña que fuese más fácil aprender a vivir con ella.

31

—¡Felicidades, piojosa!

Me incorporé en la cama sobresaltada, y miré hacia todos lados completamente alarmada. Había estado soñando con la playa, yo tumbada en una hamaca, un batido de frutas en la mano, el sonido de las olas... y Jax en bañador abanicándome con una de esas ramas gigantes, rendido ante mí.

Sin embargo, cuando conseguí acostumbrarme a la luz de la mañana, el Jax que había ante mí me miraba con una sonrisa torcida, apoyado en mi armario y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Oh, y completamente vestido.

—¿Qué hora es? —pregunté con un bostezo.

Isabella, Carla y Heejin me habían ido a buscar el viernes a la salida de Alitas Picantes para celebrar mi cumpleaños por adelantado. Por lo visto Jax ya estaba enterado, porque se despidió de mí con un guiño y la advertencia de «no bebas demasiado».

No entendí nada hasta que aparecimos en casa de Isabella, donde habían preparado dieciocho chupitos de colores que pretendían que yo me bebiese.

Por suerte no lo hice, o no habría forma de que pudiera ir a trabajar el sábado, pero ellas sí lo hicieron.

Como se veía venir el desenlace (y también que no quería quedarme allí a dormir), Jax apareció pasadas las doce de la noche para acercarme a casa. Se quedó un rato más, porque Isabella y Carla se pusieron muy pesadas para convencerlo. El alcohol no les sentaba nada bien.

Al final, terminamos regresando cerca de la una de la mañana, con el peso de un día de trabajo sobre mis hombros. Me dormí un rato en el trayecto a casa y Jax no me despertó hasta llegar al edificio de apartamentos. Llegó a bromear acerca de subirme en brazos por las escaleras, pero sacudí la cabeza con fuerza. Me desplomé sobre la cama y ni siquiera me preocupé de echar a

Jax de mi cuarto antes de quedarme profundamente dormida. Lo siguiente que supe fue que Jax me despertaba con un grito demasiado alegre para ser tan temprano.

—Las diez en punto, que, según tu tía, es la hora a la que naciste.

Arrugué la nariz y me froté los ojos, esperando no encontrarme legañas.

—¿Por eso no me felicitaste ayer pasadas las doce?

—Muy observadora.

Aparté las sábanas de mis piernas y me levanté del todo. Me sentía un poco desnuda en mi pijama fino de Taylor Swift, el mismo con el que ya me había visto semanas antes. En cambio, él vestía una camiseta ajustada que le quedaba muy, pero muy bien.

Eché los hombros hacia atrás para estirarme, y cerré un poco los ojos. Al abrirlos, Jax se había separado del armario y estaba cerca de mí. La habitación, que de por sí era pequeña, con él dentro lo parecía mucho más.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté alarmada cuando alargó la mano hacia mí.

Sus dedos rodearon el lóbulo de mi oreja y con una sonrisilla traviesa, dio un tirón flojo.

—En España es tradición tirar de las orejas por cada año cumplido —dijo, sin parar de dar tirones—. Es una costumbre bastante divertida que tenía mi madre.

Y dolorosa, sobre todo cuanto más se acercaba Jax al final, pero cuando me quejé solo se rio y tiró más fuerte.

—... diecisiete, dieciocho, ¡y uno de propina!

Ese último fue todavía más fuerte, y hasta me llevó la cabeza hacia abajo. ¡Qué bruto!

—¿Y qué hay de la tradición de hacer regalos? —bromeé, sobándome la oreja en cuanto me soltó—. Esa me gusta mucho más.

Antes de que pudiera darme cuenta, Jax había vuelto a ocupar mi espacio vital. Tropecé contra la mesilla, y me quedé frente a él, con el rostro a apenas unos palmos de distancia del mío. Esa sí era una buena forma de comenzar la mañana de cumpleaños.

—¿Qué te parecería un beso de regalo?

A decir verdad, me encantaba cómo sonaba esa idea, en especial cuando sus labios se acercaron peligrosamente a mi mejilla.

Pero acababa de levantarme, no me había lavado los dientes y miedo me daba que pudiese oler mi aliento. Por eso mismo interpuse la palma de mi mano entre nosotros, provocando que él se alejase con una pequeña y reluciente sonrisa.

En el futuro, Jax iba a ser de esos hombres sexis con arrugas de expresión.

—Casi que me quedo con los tirones —le aseguré—. Oye, ¿y mi tía?

Me sorprendía que lo hubiese dejado pasar a mi habitación después de encontrarnos en el sofá aquel día. Aunque también es cierto que hablábamos de tía Jenna, y que jugábamos con cierta ventaja por la noche en que la encontramos a ella y a Tony haciendo prácticamente lo mismo.

—Preparándote un café y unas tortitas especiales, ha dicho.

¡El desayuno de mi cumpleaños! Todos los años me preparaba tortitas de chocolate, y desde

hacía dos añadía café, incluso si no caía en fin de semana. Eso hizo que mi humor mejorase por momentos.

—Me ha invitado a desayunar, y lo cierto es que tengo bastante hambre.

Me reí. ¿Cuándo no tenía hambre este chico? Pero en el momento en que ese pensamiento vino a mi mente, me asusté. ¡Si no me daba prisa me dejaría sin nada! Comía mucho y demasiado rápido.

Sin mediar palabra, eché a Jax de la habitación. Tomé la ropa necesaria y corrí a darme una ducha exprés y cambiarme antes de que se acabaran las tortitas.

Por suerte, mi tía estaba haciendo una nueva tanda cuando salí.

—Felicidades a la sobrina más preciosa del mundo —me dijo mientras dejaba la espátula unos segundos para abrazarme—. Qué mayor te has hecho, y qué rápido.

Me reí, dejando que me diese besos sonoros en la mejilla.

Después tomé asiento junto a Jax y di un sorbo al café. Él todavía estaba masticando una tortita. La última de la primera tanda.

—¿Estaban ricas? —ironicé.

—Deliciosas —asintió.

Por suerte las siguientes no tardaron en llegar, y mi tía se sentó a la mesa con nosotros. Disfruté de unas cuantas, dulces y deliciosas, y Jax tuvo la decencia de no comer ninguna más hasta que mi tía y yo dijimos que estábamos llenas. Después se las terminó todas.

—Hay que ver cómo come este chico —se burló ella, aunque lo observaba con admiración—. Lo que me recuerda que esta tarde, cuando vuelvas del trabajo, tienes que darte prisa en ducharte y cambiarte.

Fruncí el ceño, confundida. ¿Prisa para qué? Nuestro plan era cocinar un pastel gigante y comérnoslo de cena después de que yo soplara las velas. Estaría bien intentar apagarlas todas de una vez.

—¿Por qué?

La sonrisa se extendió en el rostro de mí tía con demasiada facilidad.

—Tony nos ha conseguido sitio en el restaurante. ¡Iremos a cenar allí para celebrar tu cumpleaños!

Oh, menudo cambio de planes. Pero no iba a quejarme. A ella le hacía mucha ilusión, así que asentí y sonreí con ganas, mientras Jax volvía a recomendarnos la lasaña.

Yo aún tenía ganas de probarla, pero sobre todo la que él cocinaba...

Mi tía me regaló un frasco del perfume que ella usaba, para que así no se lo robara más. Tomamos lasaña y Tony salió con una botella de champán y un pastel especial de cumpleaños para mí. Si exceptuamos la parte en la que tuve que ver cómo se daban un beso de lo más romántico y tierno, el resto fue bien.

Por lo menos no se metieron la lengua hasta la campanilla delante de mí. Pero a juzgar por cómo se hablaban y se miraban, la cosa iba bastante en serio...

Llegamos a casa cerca de las once, después de disfrutar de una agradable cena. Mi tía en realidad quería quedarse más tiempo, porque Tony no terminaba de trabajar hasta bastante más tarde, pero yo estaba algo cansada del día de trabajo, y era mi cumpleaños, así que ganaba.

Acababa de darle las buenas noches y ponerme mi magnífico pijama de Taylor Swift, cuando recibí un mensaje al teléfono.

Jax
Sal fuera, piojosa. Quiero darte una cosa.

Rodé en la cama, mientras observaba la pantalla brillante.

Yo
¿Ahora? ¿No serán más tirones de orejas? 😀 A este paso me las harás enormes.

Jax
Tengo una sorpresa para ti.

Apreté los labios, sin creerle. Cuando no contesté, volvió a escribir de nuevo.

Jax
Mueve tu precioso culo fuera, a menos que prefieras que entre yo a buscarte.

Sentí las mejillas sonrojarse. ¿Incluso por teléfono, Olivia? De verdad, tenía un serio problema.

Jax
Tu tía le ha dado una llave a mi padre. Tienes un minuto antes de que vaya a buscarla y la use.

Con razón no había visto últimamente la llave de emergencias... Lo creí, y también lo vi capaz de entrar dentro de casa. Así que salté de la cama y atravesé la desierta sala de estar hasta la

puerta. Podía escuchar el sonido de la televisión del cuarto de mi tía a pesar de su puerta cerrada.

Cuando salí al descansillo, me encontré de frente con el rostro de Jax. Apenas había un poco de luz artificial nada favorecedora, pero él continuaba viéndose increíble.

No como yo, en pijama, descalza y con el pelo recogido en una coleta deshecha.

—¿Qué tal la cena, piojosa? —preguntó después de que cerrara la puerta del apartamento.

—Deliciosa. La lasaña magnífica.

Y no era ninguna exageración. Jax dio un paso para acercarse a mí.

—Sigo debiéndote una —me aseguró—. Y la mía está mucho mejor.

La suya, según tenía entendido, me provocaría un orgasmo. Estaba tentada de descubrir si era cierto...

—Tengo una sorpresa para ti —dijo, colocando ambas manos en mis hombros.

Por unos segundos, pensé que sería aquel beso de cumpleaños que me dijo por la mañana. Hasta que las manos de Jax sobre mí me obligaron a girar, dejándolo a un lado. Al principio no entendí nada, y lo miré confusa, pero él insistió en que llevara la mirada un poco más allá.

A la barandilla del descansillo de nuestro segundo piso, algo más alejada de nosotros.

Y entonces fue cuando me percaté.

—No puede ser —susurré de forma ahogada.

Tenía que estar soñando. No podía ser cierto. ¿Cómo demonios podía serlo?

Me alejé de él, sintiendo cómo sus dedos se resbalaban de mis hombros y escuchando su risa detrás de mí. Apenas fui consciente de sus pasos siguiéndome mientras yo rompía la distancia y volvía a encontrarme con mi vieja amiga.

Con mi bicicleta.

La bicicleta de mi madre.

Pasé los dedos por el manillar, y después por la pintura desgastada, donde años atrás mi madre había grabado sus iniciales. Las ruedas eran nuevas y la cadena también. Incluso parecía que habían cambiado el timbre. Pero el resto... continuaba siendo mi bicicleta.

Y la tenía delante, pero aún no me lo creía.

—¿Cómo la has encontrado?

—Bueno, digamos que tengo contactos. Malena conoce a un tipo que se dedica a la compraventa de... —comenzó a decir Jax mientras yo me volvía hacia él—. Piojosa, ¿estás llorando?

Sentía la humedad cayendo por mis mejillas. Pero no era de tristeza, sino de emoción.

No podía creerme que la bicicleta estuviera de vuelta conmigo. Pero no era solo eso.

Jax se había tomado la molestia de encontrarla. Había hecho el esfuerzo de hablar con gente y mover contactos hasta conseguirla. Y todo porque sabía que era importante para mí.

—No tenías que haberlo hecho. Es...

Extendió una mano hacia el frente, y sus dedos acariciaron mi mejilla mientras se llevaba una de las lágrimas.

Mierda, lloraba por todo. Pero tampoco me importaba.

—Si alguien se hubiese llevado algo que me recordara a mi madre —explicó, con su pulgar rozando suavemente mi piel—, me habría gustado recuperarlo.

Asentí. Él comprendía perfectamente lo que sentía por aquella bicicleta vieja, y por qué una nueva no me hubiese ayudado. Los dos habíamos perdido a personas importantes de nuestra vida.

Dos meses antes, ese chico que tenía delante era tan solo el idiota que me había llamado piojosa el primer día de instituto. Era el solitario que daba miedo. El vecino molesto que se acababa de mudar a la puerta de enfrente.

Y ahora...

Jax dio un paso hacia atrás para mantener el equilibrio en el mismo momento en el que yo me lancé sobre él. Sentí el aroma de su cercanía al pasar los brazos alrededor de su cuello, y cómo sus labios suaves presionaron los míos cuando lo besé.

Segundos después, era él quien me rodeaba por la cintura y me atraía hacia él. Su boca se abrió, dejando paso a un beso más profundo. Pequeñas lágrimas se filtraron, dando un sabor salado, pero él las absorbió.

Y siguió besándome, abrazándome. Convirtió aquel melancólico sentimiento en emoción. En calor. En deseo.

El fuego comenzó a crecer de nuevo en mi interior, como cada vez que él me miraba, que me tocaba, que me besaba...

Sus manos se habían hundido en mi espalda, por debajo de la tela de mi pijama. Podía notar la suavidad de su roce, convertida en escalofríos que me recorrieron de arriba abajo.

Me apreté con más fuerza sobre él, hasta que lo obligué a retroceder. Hasta que acabé aplastando su cuerpo contra la pared. Bajé las manos de su cuello, y las enterré en sus hombros, arrugando la tela de su camiseta. Mi respiración se había vuelto agitada, y quería más de él.

Jax me hizo girar, dejándome entre él y la pared. Sus manos bajaron de nuevo, haciéndome cosquillas en la parte inferior de mi espalda. Pasaron por encima de mi pantalón, y entonces me subió hacia arriba.

Rodeé su cuerpo con las piernas, aferrándome más cerca mientras sus besos me embriagaban.

—Necesito más —susurré en su boca—. Jax, quiero más que esto.

Se alejó de mí, y me miró a través de aquellas pestañas oscuras. Su respiración agitada se entremezclaba con la mía. Tenía las pupilas dilatadas.

—¿Estás segura?

Nada era eterno.

No quería arrepentirme de lo que jamás me atreví a hacer.

Y la dignidad no servía de mucho, si te evitaba disfrutar de la vida.

Por eso asentí, y volví a estampar mis labios en los suyos. Jax gruñó bajo mi beso, y de pronto sentí que nos movíamos. La pared desapareció detrás de mí, pero él no me soltó.

Sin dejar de besarnos, hundí la mano detrás de su cuello, acariciándole la piel. Me llevó hasta la puerta de su casa y después pasamos al interior.

Apenas fui consciente de cómo atravesábamos la sala, sumergida en sus besos, en la forma en que suspiraba en mi boca por cada caricia que le daba. A nuestro alrededor se había creado una burbuja que me aislaba de todo. Solo importaba el momento. El ahora.

Se sentó en la cama de su habitación conmigo encima, sin soltarme, con mis piernas enlazadas a su cintura. Sentí cómo su mano tiraba de la goma elástica de mi cabello, que a aquellas alturas apenas lo sujetaba.

Yo alejé los dedos de su cuello, y los bajé por su pecho hasta llegar al dobladillo de la camiseta para tirar de ella y sacársela.

—Mucho mejor —murmuré.

Pasé los dedos por su piel caliente. Su abdomen estaba marcado y en su pecho brillaba el piercing. En un repentino alarde de valentía, cuando lo rocé, me alejé un poco de él para bajar la cabeza y dejar un pequeño beso, jugueteando con el metal.

Jax contuvo la respiración, pero cuando me alejé, sus ojos me miraban feroces. Colocó las manos sobre mi cintura y un escalofrío me recorrió al sentir la caricia en la piel. Envolvió los dedos en la parte inferior de la tela y me quitó la camiseta, dejándome igual de desnuda que él, porque nunca usaba sujetador para dormir.

—Mucho mejor —repitió, imitando mis palabras con una sonrisa burlona.

No era la primera vez que estaba semidesnuda delante de Jax, y al igual que había sucedido la vez anterior, ni siquiera pensé en la vergüenza. Con mis piernas todavía alrededor de su cintura, apoyó las manos en mi espalda e inclinó mi cuerpo hacia él. Jadeé cuando agachó la cabeza y sentí cómo sus labios se posaban en el centro. Después se movió a un lado, despacio, mortificándome con el deseo que crecía en mi interior.

Y llegó hasta uno de mis pechos. Noté la humedad de su lengua rozando mi piel sensible. No pude evitar gemir su nombre cuando el filo de sus dientes atrapó mi pezón.

—Jax...

Se alejó de mí con una sonrisa traviesa. Estaba claro que sabía lo que hacía y cómo debía hacerlo. Antes de que pudiese protestar por su ausencia, me sujetó de la cintura para acto seguido dejarme caer de espaldas sobre su cama.

Cuando se tumbó sobre mí pensé que me volvería a besar, pero sus labios se desviaron a la mejilla. Cerré los ojos mientras los bajaba por la línea del mentón, por el cuello, y llegaba de nuevo al pecho. Pasó la lengua sobre él y jugueteó con el otro pezón.

Esta vez también usó los dedos. Acarició con apenas la yema mi piel, provocando miles de escalofríos. Cerré los ojos y me dejé llevar por las sensaciones. Mientras sus labios llegaban al pezón y jugueteaban con él, aplastó entre los dedos el otro. No me hizo daño, casi no usaba fuerza, pero el impulso nervioso que me recorrió por dentro era fuego que me hacía desear cada vez más de él.

No había rastro de miedo, ni de vergüenza. Solo quería más.

Más de él.

En ese momento, tanto su boca como sus manos abandonaron mi pecho para bajar un poco más. Contuve el aliento y apreté los puños cuando noté cómo pasaba la lengua bajo el ombligo. Cada vez estaba más cerca y de tan solo imaginarlo... Como si leyera mi mente, jugó varias veces con eso. Llevó sus labios hasta la cinturilla de los pantalones y dejó pequeños besos húmedos por la zona. Clavó los dedos y los bajó un poco mientras su boca los seguía de cerca, para después alejarse.

Casi podía verle sonreír con perversión, pero no me importaba. En la habitación solo se escuchaban mis jadeos. Y el calor. La temperatura había subido en los últimos minutos.

Sus dedos regresaron a la cinturilla de mi pantalón de pijama y juguetearon de nuevo antes de, finalmente, bajarlos.

Era consciente de que, si quería parar, este era el momento. Como si pensara lo mismo, el cuerpo de Jax volvió a elevarse, colocándose sobre el mío.

—¿Sigues estando segura de querer esto? —preguntó.

Su mano ahuecó mi mejilla en una caricia que me hizo estremecer.

Claro que quería seguir. Había imaginado de muchas formas cómo podría ser aquello, tener sexo con un chico, y esto se alejaba bastante de la cama llena de pétalos de rosa en un hotel lujoso, o del sentimiento de incomodidad que esperaba.

Lo único que quería en aquel instante, que anhelaba como si fuese una droga de lo más adictiva, era seguir con lo que habíamos empezado.

Por eso asentí.

—¿Tú lo quieres?

Elevó la comisura de sus labios con la sonrisa juguetona que tanto me gustaba.

—Llevo queriéndolo desde hace mucho tiempo, Olivia —susurró, volviendo a besarme.

Aunque al principio no le tomase en serio.

—Yo también —contesté sobre sus labios.

Acaricié su cuello, el piercing de su pecho, y clavé las uñas en sus hombros cuando su mano volvió a bajar sobre mi estómago. Esta vez no lo dudó ni un segundo antes de hacer a un lado la tela de mi pijama. Solo que no se quedó ahí. Sus dedos se abrieron paso por debajo de mi ropa interior.

—Jax —musité, con un hilo de voz.

Cerré los ojos cuando llegaron a aquella zona tan íntima. Esa a la que nunca antes habían llegado y... mierda. Me producía placer. Avanzó en mi intimidad hasta llegar al punto acertado. Se me escapaba el aire de los labios, pero él atrapó mi gemido con un beso, sofocando el ruido.

—Joder, Olivia —murmuró sobre mis labios.

Y aquello sonó demasiado sexy. Me deseaba de la misma forma que yo a él, y estaba claro que disfrutaba tanto como yo lo que sucedía en aquel momento.

De manera tentativa bordeó mi entrada y contuve el aliento durante unos segundos cuando comenzó a meter un dedo. Sin embargo, me sorprendió notar que no dolía. Resultaba extraño, pero no desagradable. Su pulgar rozó mi clítoris de nuevo y sentí mi propio cuerpo curvarse para dejarle más amplitud.

Jax gruñó ante ese gesto y me besó más profundo mientras sus dedos continuaban frotándose contra mí. Movió el que tenía dentro encontrando un punto cargado de terminaciones nerviosas.

En mi interior, una bola de fuego comenzaba a formarse, y amenazaba con estallar. Si seguía así, duraría muy poco. Yo duraría muy poco, y no quería eso.

—Jax, espera —pedí, aunque sonó casi como un ruego.

Tomé su muñeca entre mis dedos y saqué despacio su mano de allí. Antes de que pudiera preguntar nada comencé a desabrochar el botón de su pantalón. Me miró y sonrió cuando lo entendió.

Me ayudó a quitárselo y también a librarnos de la ropa interior.

Apenas se alejó unos segundos para sacar el envoltorio de un preservativo de la mesilla. Y cuando lo hizo volvió a mirarme, como si me pidiera permiso de nuevo. Como si esperara que me echara atrás.

No a aquellas alturas.

No cuando todo lo que deseaba en ese instante era estar con él así.

Se lo puso, y se tumbó sobre mí, cubriéndome con su cuerpo.

—Eres un sueño —susurró contra mis labios.

Envolví las piernas a su alrededor y, lentamente, noté cómo iba introduciéndose en mi interior. De nuevo percibí aquella sensación. Ese bloqueo involuntario ante algo nuevo, pero entonces Jax bajó los labios a mi cuello, cerré los ojos y me relajé. Él tampoco fue deprisa. Se tomó su tiempo para que me acostumbrara, y cuando estuvo completamente dentro esperó unos segundos allí, quieto, y buscó mi mirada con la suya en una pregunta silenciosa.

Asentí con la cabeza, y entonces él comenzó a moverse.

Bajó la cabeza para besar mis labios y mi piel. Cerré los ojos, y yo misma me moví bajo él, acoplándome a su ritmo, hasta que este comenzó a ser más rápido.

Nuestras respiraciones estaban aceleradas. El olor a Jax se esparcía por todo mi cuerpo, y la bola de fuego crecía en mi interior, haciéndose cada vez más intensa.

No supe exactamente cuánto tiempo estuvimos así antes de que yo estallase, sacudiéndome debajo de él. Acalló mi gemido con un beso, sin perder el ritmo. Y unos segundos después, él también se dejó ir.

Su pesado cuerpo cayó sobre el mío, sacándome el aire de los pulmones hasta que se dio cuenta y se apoyó sobre los antebrazos para no aplastarme.

Todavía con la respiración acelerada y el corazón yéndonos a mil por hora, salió de mí y me miró. Apreté los labios y los noté hinchados. Aquello había sido...

Sonreí, y mi sonrisa se replicó en su rostro.

Hundió la cabeza en el hueco de mi cuello, haciéndome cosquillas con sus rizos, dejando que escuchara la risa cansada pero agradable que salía de su boca.

Aquello había sido increíble.

Espectacular.

Y pensar que todo había comenzado con un mensaje tonto, con un error, con...

Con una perfecta equivocación.

32

Jax me observaba mientras terminaba de vestirme. Él había sido mucho más rápido, y a mí todavía me quedaba ponerme la camiseta.

Cuando mi cabeza asomó por el cuello del pijama, encontré de pleno sus ojos. Aún tenían un toque brillante, como sospechaba que también los míos. Su cabello estaba revuelto, y de hecho se había puesto al revés la camiseta... pero no dije nada al respecto.

Una pequeña sonrisa curvó sus labios.

—Bueno, ha sido... —comenzó a decir, como si no supiera escoger las palabras.

No me sentí ofendida, porque su expresión transmitía exactamente lo que yo pensaba, pero decidí jugar un poco con él.

—¿Mejor de lo esperado? —le piqué, terminando su frase.

Sus cejas se alzaron, pero yo no podía ocultar la malicia en mi expresión, así que su sonrisa continuó.

Caminó a través de la pequeña habitación, acercándose, aunque en realidad apenas nos separaban unos pasos. Con la barbilla alzada pero sus ojos puestos en mí, podía percibir una vez más la altura que me sacaba.

—Vaya, iba a decir que genial —comentó, fingiendo estar ofendido—. Pero veo que tus expectativas conmigo eran bajas.

—Bajísimas —asentí.

La risa de Jax explotó, invadiendo la habitación. Aún sentía calor en mi interior a causa del ejercicio que acabábamos de hacer y, aunque hacía nada estaba tirada en la cama a punto de dormirme, ahora me encontraba totalmente despierta.

Sin embargo, a medida que veía su risa desaparecer, sabía que nos acercábamos al terrible momento: la despedida después del sexo.

No éramos novios, pero sí amigos, por lo que... ¿qué se suponía que debería hacer ahora?

¿Musitar un torpe «bueno, pues sí, fue genial... hasta luego» e irme con la cabeza gacha?

No tendría sentido, porque no me arrepentía de absolutamente nada.

No obstante, sí que había una cosa que quería hablar con él...

Entreabrí la boca para hablar, pero no encontré las palabras, y la cerré, dudosa. Eso le hizo fruncir un poco el ceño, al darse cuenta de que pasaba algo.

Y de pronto su mano estaba sobre la mía, tomándola.

—¿Qué sucede, Olivia? —preguntó.

Me dio un vuelco el corazón. Ahí estaba, Olivia otra vez. Empezaba a sospechar que usaba mi nombre solo en ocasiones especiales, o cuando quería hablar en serio.

Tragué saliva y lo miré a los ojos. Necesitaba ver su reacción.

—Necesito saberlo, Jax... —comencé—. ¿Esto ha sido cosa de un solo día, o...?

Dejé la respuesta en el aire, esperando que me entendiese.

—Pues depende —contestó, ladeando la cabeza, pero sin soltarme—. A mí me encantaría repetir siempre que quieras, pero esto es cosa de dos y no solo mía.

Sentí que el calor de momentos atrás volvía a crecer cuando sus ojos verdosos observaron mis labios durante unos segundos. Él quería repetir. Le había gustado de verdad.

Aun así, no me refería solo a eso.

—Lo que quiero decir, Jax, es que tú no quieres novias.

Ya está. Ya lo había dicho. Él asintió despacio. Contuve un suspiro. Si ya lo sabía, ¿para qué narices preguntaba?

Un silencio se apoderó de la habitación. No era exactamente tenso, pero... sí un poco incómodo, porque los dos intuíamos lo que el otro estaba pensando.

Fue Jax quien continuó:

—Olivia, cuando te dije que eras como una amiga, no mentía. Y tampoco las otras veces en las que he mencionado lo increíblemente atractiva y espectacular que me pareces.

Una pequeña sonrisa se filtró en mis labios, aunque no la dejé salir del todo. Su mirada había vuelto a bajar hacia mi cuerpo.

—No quiero novias, pero tampoco quiero perderte. Si para ello esto no debe volver a suceder, lo entiendo y lo acepto.

Su mano se soltó finalmente de la mía, y tragué saliva.

—Entonces ¿no quieres que vuelva a suceder?

Entrecerró los ojos con confusión.

—Pero ¿tú me has escuchado? Obviamente sí que quiero, pero eres mi amiga, me gustaría que eso siguiera así, y...

—Está bien —le interrumpí—. Entonces que vuelva a suceder. Seremos amigos con derechos.

A la mierda todo. Lo había decidido mucho antes, en realidad. Llevaba tiempo reprimiendo mis ganas de estar con Jax, y si bien sabía que lo nuestro era imposible, románticamente hablando, también podía poner mis propias barreras.

Disfrutaría de lo que teníamos, como Isabella me había recomendado.

Y después de aquella noche... vaya si disfrutaría. Todas las veces posibles.

—¿Estás segura?

Recordé cómo me había tocado. Sus besos electrizantes recorriéndome el cuerpo, el sabor de sus labios, la forma en que me miró y cómo me hizo sentir cuando él...

—Muy segura —asentí con ganas.

Me observó detenidamente durante unos segundos, hasta que valoró que sí iba en serio. Entonces su mirada fue cambiando junto con una sonrisa traviesa. Una que me encantaba.

—Ven aquí, piojosa —murmuró.

Y segundos después, me agarraba por detrás del cuello, acercándome con fuerza a él.

Juntó sus labios a los míos en un beso que poco tenía que envidiar a los anteriores, que calentó con fuerza mi piel y erizó mi vello, que envió pulsos directos a través de mi cuerpo.

Jax me encantaba.

Y sentía que poco podía hacer para evitarlo.

—¡Jo-der! ¡Ya sabía yo que esto iba a acabar sucediendo!

Miré a Isabella con los ojos muy abiertos y moví las manos delante de ella, pidiéndole que bajara el volumen mientras Carla y Heejin se reían y la animaban. Habíamos quedado el lunes por la mañana en la cafetería. Reunión de emergencia por mi parte.

Conseguí contenerme y no contarles nada durante todo el domingo, lo cual fue bastante difícil. Apenas conseguí concentrarme en los deberes de Matemáticas: no hacía más que mirar el móvil constantemente sin saber si decírselo o no.

El lunes a primera hora les mandé un mensaje. Después tomé mi preciosa bicicleta y pedaleé hasta la cafetería para encontrarme con ellas.

—¿Y lo de buscar tu bicicleta y devolvértela? —continuó Isabella, que parecía a punto de un colapso—. Me desmayo, qué increíble.

Suspiré, dándome cuenta de que no iba a conseguir pararla. Quizá hubiese hecho mejor en escribir un mensaje al grupo, pero no me arriesgué.

A saber si volvía a equivocarme y le contaba a todo el curso que me había acostado con Jax DeLuca. Después del rumor con Ezra, prefería no ir soltándolo a los cuatro vientos.

A diferencia de mis amigas...

—¡Has tenido sexo con uno de los tíos más guapos del instituto! —exclamó Isabella, consiguiendo que las cabezas de varias personas se volvieran hacia nosotras—. Necesitamos todos los detalles.

Alarmada, miré hacia todos lados. Algunos reían, y una señora mayor nos miró con el ceño fruncido. Iba a matar a mi amiga. Ojalá tuviese un botón para bajarle el volumen...

Carla tomó el relevo, y después de calmar la risa, se inclinó hacia el frente como si fuese a

contarnos un secreto, y dijo:

—Pero a ver, aquí lo más importante... ¿Tiene de verdad un piercing ahí abajo, o no?

Sacudí la cabeza hacia los lados, riéndome yo también.

—Es solo un rumor.

Mi amiga puso una expresión de disgusto, que daba a entender que hubiese preferido que sí lo tuviese.

Algo que no les contaría, porque a saber qué diría Isabella, es que eso me daba igual. Porque Jax tenía razón cuando me hablaba de sus dedos, y de lo bien que se le daba usarlos...

—¿Y ahora? —preguntó Heejin, mientras tomaba un sorbo de su té—. ¿Qué sois?

Fui perdiendo la sonrisa, pero solo Isabella pareció notarlo.

—¿Tenemos que buscar un nombre de shippeo? —agregó Carla—. Porque no es sencillo.

Heejin asintió dándole la razón, y juntas comenzaron a pensar en nombres.

—Es cierto. ¿Jaxovia? ¿Olijax?

—¡Eso suena a jarabe para la tos! Mejor Jolivia.

Carla asintió, convencida.

Y yo suspiré. Isabella tomó mi mano por debajo de la mesa, y nuestras otras amigas se callaron.

—¿Olivia? —presionó—. ¿Estás bien?

Asentí con la cabeza, y di un sorbo a mi café para ganar un poco de tiempo.

—No somos nada, chicas. No tenéis que buscar nombre de shippeo ni nada parecido. Jax no quiere tener relaciones, ni enamorarse, ni nada por el estilo...

Heejin arrugó la nariz, sin comprender.

—Pero sois amigos.

—Entonces supongo que solo somos amigos con derecho a roce.

Los dedos de Isabella se apretaron entre los míos. No parecía nada convencida de mis palabras.

—¿Y a ti eso te parece bien? —preguntó.

Me encogí de hombros y volví a asentir. Ellas me conocían de mucho tiempo, y mientras todas sabíamos que a Carla le gustaba ser libre y no tener relaciones, yo siempre fui todo lo contrario.

—Creo que sí —les aseguré, porque de verdad lo pensaba—. Al fin y al cabo, tampoco es que pudiese esperar mucho más de todo esto. En cuanto llegue el verano yo comenzaré la universidad y Jax se irá a Italia para quedarse, como mínimo, un año, pero probablemente mucho más.

Cada uno tomaría su propio camino, y el de Jax y el mío eran completamente distintos. Mientras que yo lo tenía todo claro, sabía que iría a la universidad y me convertiría en maestra, él quería viajar por el mundo y vivir el momento.

Para mí perder a mis padres significó la búsqueda interminable de alguien a quien querer, con quien estar para siempre, aunque eso me convirtiera en una romántica empedernida. Y para Jax significó la necesidad de alejarse de la gente, crear un caparazón y que nunca más pudieran

herirlo con una pérdida.

Ya tendría tiempo de encontrar a esa persona destinada a ser mi alma gemela, ahora me dedicaría simplemente a disfrutar, a dejarme llevar, que para eso tenía solo dieciocho años.

Además, saber que entre Jax y yo nunca habría nada más debería ayudarme a controlar mis sentimientos y no enamorarme completa y perdidamente de él, ¿verdad?

—¡Me has dejado tirado, piojosa!

Un brazo cayó sobre mis hombros mientras cruzaba el pasillo del instituto aquella mañana. Por la voz, el sobrenombre y el perfume, sabía perfectamente que se trataba de Jax.

No sabía cómo iba a ser volver a encontrarnos después de aquella sesión de sexo que tuvimos el sábado por mi cumple, pero sí esperaba que no fuese incómodo. Y no me equivocaba.

Se había despedido de mí en la puerta de casa, con un beso largo y profundo que me había cortado la respiración. Y el domingo por la noche también había aparecido, para darnos una fuente de macarrones para la cena, e irse guiñándome un ojo.

Y ahora, me lo encontraba en el instituto.

—Bueno, desde que he recuperado mi vieja y fiable bicicleta, ya no hace falta que me lleves en coche.

Reduje el paso, aunque no era muy inteligente por mi parte, ya que llegaba algo tarde a mi siguiente clase. Y él también.

Isabella se había adelantado porque no había terminado los deberes, así que se fue corriendo con los míos para poder copiarlos mientras Heejin y yo ayudábamos a Carla a criticar a su hermanastro.

—Vaya, es una pena, porque de verdad disfrutaba haciéndolo —suspiró él con fingida tristeza —. Además, tardarías bastante menos que pedaleando.

Ladeé la cabeza para mirarlo. Como siempre, estaba sonriendo. Me daba la sensación de que...

—¿Estás intentando convencerme para que siga viniendo contigo al instituto? —pregunté.

Dejé de andar, y nos quedamos quietos en aquel pasillo. Apenas quedaba un alumno igual de rezagado que nosotros, pero nos adelantó corriendo.

Jax apartó el brazo de mi hombro y me miró.

—Más bien pidiéndotelo, pero sí.

Me mordí el labio inferior, y su mirada bajó a él inmediatamente, sin poder ocultar el brillo de sus ojos.

Recordé la noche del sábado. Lo profundos que fueron sus besos, lo interminable de sus caricias, lo bien que me había hecho sentir... Y el nudo en mi estómago comenzó a formarse.

—¿Qué me dices, piojosa? —me alentó, dando un paso más hacia mí—. ¿Seguirás viniendo conmigo al instituto?

La cabeza de Jax bajó sobre la mía, y nuestras narices se rozaron. Durante unos segundos cerré los ojos, y al abrirlos me encontré los suyos muy cerca. Se movió, chocando mi mejilla con la suya, y al hablar su aliento acarició mi oreja.

—Y si quieres, la oferta de hacer más cosas dentro del coche, además de ser amigos, sigue en pie.

Sentí un escalofrío. Uno bastante agradable. Su voz había sido ronca y seductora. Prometía más.

Cuando se alejó asentí.

—Está bien. Acepto.

Alzó las cejas, probándome.

—¿Aceptas venir al instituto juntos... o hacer más cosas?

—Ambas.

La sonrisa brilló traviesa en sus labios y, segundos después, me estaba tomando de la mano y metiéndome deprisa dentro de uno de los servicios vacíos.

Me reí, protestando, pero sin alejarme.

Jax me agarró de la cintura y me subió sobre el lavamanos para sentarme, y segundos después estampaba los labios contra los míos.

Me dejé llevar por sus besos durante un buen rato, por el sabor que me embriagaba y el roce de su piel, pero cuando la situación comenzó a caldearse y los dedos de Jax tocaron mi pecho debajo de la ropa, decidí alejarlo.

—Tenemos que ir a clase —susurré.

Notaba la respiración acelerada. Él tenía el pelo revuelto por mi culpa. Me encantaba hundir las manos en él para acercarlo a mí.

—¿Por qué? —se quejó—. Esto es mucho mejor que la clase de Historia.

—Porque no voy a jugármela en mi último año, y porque tampoco pienso acabar teniendo sexo en los baños del instituto.

Su sonrisa ladeada hizo aparición, y tuve que contenerme para no volver a besarlo. Allí, con el pelo revuelto, su piercing de la ceja asomando entre los rizos, las pupilas dilatadas y su sonrisa... me tenía embelesada por completo.

—¿Estás segura...?

Su tono era seductor, pero volví a alejarlo de mí.

¡Mierda! Me costaba mantener la cabeza fría, y él no ayudaba en nada.

—Completamente —mentí.

Pero me hizo caso.

Me ayudó a bajar del lavamanos, aunque apenas era un metro de altura. Dejó que me peinara el cabello con ayuda del espejo y que me lavara la cara, y juntos caminamos hacia la clase de Historia ya empezada.

La señora Anderson nos miró enfadada, pero como era mi primera falta y Jax hacía tiempo que llegaba a la hora, nos dejó pasar.

Isabella, por otro lado, me lanzó una mirada pícara de cejas alzadas, y nada más sentarme a su lado me dio un codazo suave en el brazo.

Sentí el calor en la nuca, por culpa de lo que acababa de suceder en los servicios, y de los ojos de Jax, que estaba sentado justo detrás de mí.

No sabía muy bien dónde me acababa de meter, pero estaba más que dispuesta a descubrirlo.

33

—Estoy impresionado. Eres más inteligente de lo que pensaba, piojosa.

Alcé la cabeza con suficiencia hacia Jax. Estábamos sentados en el sofá de su apartamento, cada uno a un lado, estudiando Historia porque tendríamos un examen pronto. Su padre estaba trabajando, y nos había dejado preparada una ensalada de pasta para la cena que hacía ya bastante que nos habíamos comido.

Me tía me dio permiso para que fuese a estudiar a su casa, pero también se aseguró de que tendría cuidado, usaría protección y me negaría si no estaba segura de querer hacer algo.

Sospechaba que para ella era más sencillo ser tan abierta con el sexo que para mí, pero en más de una ocasión me dijo que se trataba de mi cuerpo y que a estas alturas de la vida no podía prohibirme que me acostara con alguien. Después de todo su empeño por enseñarme a cuidarme, se enfadaría si no lo hiciese.

—¿Acaso alguna vez te he dado motivos para dudar de mi inteligencia?

Jax ladeó la cabeza y abrió la boca para contestar, pero al ver mi mirada seria se calló y simplemente se rio.

Buen chico. Íbamos aprendiendo.

Posé de nuevo la mirada en mis apuntes, pero noté por encima de los folios un pequeño movimiento. Al bajarlos, me encontré a Jax más cerca de mí, y no en la esquina del sofá donde lo había dejado.

—¿No te has aburrido ya de estudiar? —preguntó.

Sus ojos, sonrientes, bajaron un poco sobre mi rostro... a mis labios. Sentí cómo me calentaba por dentro, pero intenté tener suficiente fuerza de voluntad para negarme.

Aunque en realidad quisiera lanzarme sobre él en ese mismo momento.

—Cinco minutos más —le aseguré.

Y volví a intentar repetir el último párrafo en mi cabeza.

Sin embargo, enseguida noté una mano cálida sobre mi pierna. Estaba medio tumbada en el sofá, estirada hacia él, por lo que al bajar los apuntes de nuevo no me sorprendió ver que colocaba mis rodillas encima de las suyas, amoldándose entre los asientos y mi cuerpo.

—¿Estás cómodo así? —me burlé.

Sus ojos brillaron con malicia en mi dirección. Ups.

—Estaría más cómodo si te tuviera a ti entera debajo de mí. O encima. En la posición que más te guste, en realidad.

Tragué saliva con fuerza, y su mano volvió a posarse sobre mi rodilla, subiendo lentamente hacia mi muslo. Sus ojos compartieron una mirada traviesa conmigo, consiguió que sonriera..., pero volví de nuevo a mis apuntes.

No obstante, la mano de Jax siguió moviéndose, hasta llegar a la parte superior de mi muslo, y entonces preguntó:

—¿Paro?

Apreté los labios y, sin quitar los folios, negué con la cabeza.

La mano de Jax continuó subiendo segundos después. Y yo llevaba como cinco intentos de entender aquel estúpido párrafo.

¿A quién quería engañar? No me enteraría nunca. Mejor mandar a la mierda los apuntes de una vez por todas.

Los dedos de Jax llegaron casi arriba del todo, y entonces se metieron entre mis piernas. Inconscientemente (¡mentira!) las abrí, y noté su mano por encima de la tela de mis pantalones.

Madre mía. ¿Era posible que estuviese hiperventilando?

Muy probablemente.

De pronto él se movió. Bajé los folios y me encontré su cuerpo extendiéndose sobre el mío.

Mira, de verdad, a la mierda el estudio. Una era fuerte, pero no tanto. Especialmente si también lo deseaba.

Dejé los folios a un lado y Jax me lanzó una sonrisa traviesa antes de que su cuerpo aplastara el mío... y segundos después sus labios y los míos se encontraron.

Cerré los ojos, sumergiéndome en el beso, en su boca suave contra la mía, en el sabor que tenía. En sus dedos, que recorrían mi cara y acariciaban mi mejilla.

Mordisqueé su labio inferior, y hundí mis manos en su cabello, atrayéndolo más hacia mí.

Lentamente nuestros cuerpos fueron amoldándose en aquel sofá, hasta que terminó presionado contra mí, con mis piernas haciéndole prisionero por su cadera. Pude notar que estaba duro incluso a través de la tela de nuestra ropa, y las cosquillas de premeditación invadieron mi estómago.

Ya no estábamos en los lavabos del instituto.

Bajé las manos al dobladillo de su camiseta, tocando la suave piel bajo ella, y subiéndola un poco más arriba mientras mis yemas trazaban las curvas de su estómago y llegaban a su pecho.

Por otro lado, Jax continuaba con una mano en mi entrepierna, rozándome por encima de la

ropa, arriba y abajo, y aumentando cada vez más el calor entre los dos.

Su rostro viajó por mi rostro, dejando un pequeño reguero de besos, hasta llegar a mi oído, donde susurró:

—Me gustaría hacerte algo... si tú me dejas.

Miles de ideas pasaron por mi cabeza, y prácticamente en todas asentía sin lugar a dudas. Tenía una mente sumamente depravada, y echaba la culpa a Jax. A él y a cómo me hacía sentir.

Así que simplemente asentí.

Se alejó de mí, apenas unos centímetros, mirándome a los ojos con un brillo oscuro en ellos.

—Si quieres que pare, solo dilo —avisó.

Y entonces comenzó a deslizarse hacia abajo.

Mi camiseta se había subido, revelando el estómago, y aquel trozo de piel fue cubierto enseguida por la calidez de sus labios húmedos. Cerré los ojos y los puños, rozando la tela del sofá, mientras su boca continuaba un poco más abajo.

Noté cómo me desabrochaba el pantalón con los dedos... y lo bajaba, hasta quitármelo.

Oh, por lo más sagrado. Si iba a hacer lo que pensaba, dudaba que pudiese decirle que no. De hecho, solo la excitación del momento me hacía la boca agua.

Los labios de Jax regresaron a mi piel, pero esta vez besó mi muslo, doblando mi pierna hacia un lado y dejándome más expuesta. Sabía que estaba colorada... pero no era por la vergüenza.

Sus dedos juguetearon por el borde de mi ropa interior mientras sus labios se acercaban tentativamente, y un pequeño gemido escapó de mi boca sin que pudiera evitarlo.

—Me encanta oírte gemir, Olivia James —escuché que dijo, y casi pude ver la sonrisa traviesa de sus labios.

Sus palabras mandaron una pequeña ráfaga de aire sobre mi piel, demasiado cerca de aquella zona.

Finalmente, los dedos atravesaron la tela, apartándola, y lentamente su boca los siguió, hasta llegar al lugar que tantos escalofríos me lanzaba.

Mi respiración se volvió más perceptible, con la ropa interior a un lado sujeta entre sus dedos y su lengua moviéndose en círculos sobre mí.

—Dios, Jax... —suspiré.

Me había perdido completamente.

Mi voz solo le hizo continuar, y utilizar su otra mano para acompañar a su lengua.

Respiré pesadamente, de forma acelerada. Él continuó acariciándome, llevándome hasta un punto de no retorno, y creo que gemí un poco más alto de lo que pretendía cuando alcancé el orgasmo.

Abrí los ojos varios segundos después, encontrándome a Jax de nuevo sobre mí, y con una sonrisa que le iba de oreja a oreja, orgulloso de la proeza que acababa de conseguir.

Bueno, si lo repetía más a menudo tampoco me iba a quejar.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

Tenía que ser una broma.

Me mordí el labio inferior, sintiendo mis mejillas rojas, y eso le bastó como confirmación.

Fue mi turno de inclinarme hacia el frente, y Jax retrocedió sin perder el brillo en sus ojos. Tal como estaba, desnuda de cintura para abajo, me puse sobre él, rodeándolo con los brazos y apretándolo entre mis piernas. Hundí la cara en su cuello, besándole allí con suavidad.

—Pero me parece a mí que esto no ha terminado todavía —susurré, apretándome contra él.

—Siempre que tú quieras, durará —replicó en voz baja y profunda—. Y planeo hacerte gritar de placer durante mucho mucho tiempo.

Segundos después, estaba en pie, llevándome en sus brazos, con mis piernas rodeando todavía su cuerpo, directos a su habitación.

No dejaba de preguntarme, ¿por qué demonios tardé tanto en aceptar a Jax?

34

—Y recuerda, lo importante es que lo paséis muy bien.

Asentí enérgicamente a las palabras de mi tía.

El gran día había llegado, y estaba tan cagada de miedo que no descartaba la idea de irme corriendo a un lavabo y esconderme. Pero no podía ser tan complicado, ¿no? Solo tenía que quedarme vigilando una caseta llena de niños de siete u ocho años durante una hora.

Además, Jax estaría a mi lado.

Sobreviviría, y así cualquier duda que tuviese sobre ser maestra en el futuro, como mi tía, se disiparía.

Y no es que tuviera dudas. Era un trabajo increíble. Mi tía era increíble. Solo que...

—¿Estás segura de esto, cielo?

Tía Jenna me miró con recelo, pero yo volví a mover la cabeza con fuerza de forma afirmativa. Aquella era una hora poco concurrida, apenas había un puñado de niños de su clase, y sus padres estaban cerca vigilándolos.

Todavía con dudas, se alejó con Tony para tomar el almuerzo mientras yo me quedaba allí sola con Jax.

Cuando un niño de cualquier curso quisiera participar en la caseta, debía colocarme en el centro de esta y responder a unas preguntas sobre lo que habían estudiado en el curso. Si fallaba, me lanzarían globos de agua. Si fallaban ellos, se los lanzaría yo.

Pan comido.

—¿Cómo te llamas?

Bajé la vista hacia una niña con el pelo trenzado que estaba comiéndose un pretzel al lado de la caseta. Me sonaba haberla visto en una de las fotos de mi tía. Era alumna de su curso.

—Piojosa —respondió una voz detrás de mí.

Me volví hacia Jax con los ojos abiertos del horror, y después los entrecerré enfadada mientras

él se reía. ¿Cómo se atrevía?

—¿De verdad te llamas piojosa? —repitió la niña. Había dejado de comer su pretzel del asombro—. ¿Por qué?

Jax se rio con más fuerza.

Ignorándolo, sacudí las manos hacia la pequeña mientras negaba alarmada.

—Es mentira, no le hagas caso.

Sin embargo, ella ya estaba intrigada. Y no se iba a olvidar del tema con facilidad.

—¿Es porque tienes piojos? —presionó, alzando la barbilla—. No te preocupes, mi abuela tiene un remedio muy bueno con vinagre... aunque después el pelo huele fatal.

Iba a matar a Jax... en cuanto se acabase la hora en aquella caseta. ¡Encima no paraba de reírse de la situación! A mí no me parecía nada divertida.

—Me llamo Olivia —agregué ya un poco a la desesperada—. Olivia James. Soy la sobrina de tu profesora.

Eso hizo que la niña arrugase la nariz.

—¿La señorita Jenna también tiene piojos? Cuando mi hermana los tuvo, nos los pegó a toda la familia.

Comencé a negar con fuerza. ¿En qué lío me estaba metiendo? Pero al intentar ponerme a su altura para aclarárselo ella dio un paso para alejarse de mí, asustada.

Mierda. Seguro que ahora pensaba que todos teníamos piojos. Y Jax...

Jax estaba desternillándose de risa.

Suspiré, y vi cómo la niña se alejaba corriendo hacia una señora, y después ambas nos observaban con una mano en la boca.

Empezábamos bien el día...

—No parece que se te den muy bien los niños, ¿sabes? —comentó Jax.

Seguía apoyado en un palo de la caseta, con esa estúpida pose de Don Juan que me volvía loca. Pero me vengaría... claro que lo haría.

—Cállate —le espeté—. Esto es culpa tuya.

Pero Jax tenía razón, como descubrí poco después. Le obligué a ser el primero en entrar en la caseta mientras yo ponía orden a la fila de niños que se acercaban. En realidad, era mi plan de venganza: escogería las tarjetas más complicadas para que fallara y así se mojaría. Pero él pareció disfrutar del juego, aunque los niños le lanzasen el globo perdiera o ganara.

¡Menudos tramposos estaban hechos!

Sin embargo, para mí fue otra historia.

No me hacían caso. Pero cero patatero.

Chillaban por encima de mí.

Invadían mi espacio personal.

Se ponían alrededor de la caseta aunque les pidiera hacer una fila en orden.

Y me bombardeaban a preguntas:

—¿Cuántos años tienes?

—¿Tienes hijos?

—¿Tienes novio?

—¿Ese es tu novio?

—Mi mamá se cortó el pelo la semana pasada... y tú también deberías.

Lo peor de aquel último niño es que encima tenía razón.

Malditos críos.

Al final terminé prácticamente rogándole a Jax que intercambiáramos papeles, pero fue igual. Tal como le había pasado a él, me lanzaban globos incluso si acertaba.

Cuando mi tía y Tony regresaron, estaba empapada, helada y malhumorada. Una perfecta combinación. Y hasta las narices de tanto niño.

—Pero ¡bueno! —exclamó mi tía al ver el descontrol de la caseta—. ¿Qué es todo esto?

Se acercó a grandes pasos, dando unas cuantas palmadas y cinco frases en tono serio pero sin gritar y, sin más, todos los niños comenzaron a formar una fila en orden.

¿Qué clase de magia oscura era aquella?

Jax me abrió la puerta trasera para que pudiera salir de aquella asquerosa caseta. Él estaba igual de empapado que yo, con la camiseta pegada al torso y el pelo revuelto. Sin embargo, tenía un aspecto fantástico. Más que fantástico. Y para colmo, con un humor genial.

—Pareces un gato pasado por agua —se burló mientras pasaba a su lado.

Iba a darme la vuelta para enseñarle el dedo medio, pero entonces lo atrapé con los ojos puestos en mi trasero. Bueno... eso no estaba tan mal.

—Un gato bastante sexy, pero... mejor espera un momento.

Observé con una mezcla de sorpresa y confusión cómo se quitaba la camiseta por la cabeza y me la acercaba, atándola a mi cintura. No entendía nada. Estaba igual de mojada que la mía.

—¿Qué se supone que...?

—Llevas pantalones blancos con ropa interior de encaje —comenzó a decir, y yo me pregunté cómo narices se había dado cuenta—. Se te transparenta por el agua.

Alarmada, traté de mirarme el trasero, pero él ya lo había cubierto. Eso significaba que, mientras estaba en la caseta, todos lo habían visto también.

Y si las bragas se me habían transparentado, entonces...

—Sí, y un sujetador precioso —agregó con una pequeña risa, para luego inclinarse sobre mí —. No me molestaría si luego me dejas quitártelo a mordiscos, ¿sabes?

Dos semanas antes lo hubiese mandado muy lejos, pero después de los últimos días... No podía.

Más bien tenía ganas de comprobar si su amenaza iba en serio, para disfrutarla a gusto y esas cosas...

Habían pasado catorce días desde mi cumpleaños, desde la primera vez que nos acostamos, y aunque hubo más veces después, todavía me sentía nerviosa a su lado, de una forma que no era

nada desagradable, a decir verdad.

Así que, en aquellos momentos, escucharle decir que me quería arrancar la ropa a mordiscos conseguía generar un calor inmenso dentro de mí. Y también me daban ganas de arrastrarlo directo hasta el coche.

—¿Qué tal? —preguntó Tony cuando llegamos junto a ellos, mientras mi tía hacía un repaso con la mirada a los niños—. ¿Os lo habéis pasado bien?

No sabía si la pregunta iba en serio o estaba bromeando. ¿Tenía cara de habérmelo pasado bien? ¡Aquellos niños eran unos vándalos!

—Algunos más que otros —respondió Jax.

Mi tía se centró en nosotros unos segundos. Me tomó de las puntas del pelo, empapado, y luego sonrió.

—Igual es mejor que vayas a casa a cambiarte antes de que te enfríes y enfermes —me aconsejó.

Me parecía un plan perfecto, al igual que irme de allí corriendo. Había un par de niños que lanzaban globos de agua al aire sin dejar de mirarme.

De pronto, la niña de las trenzas llamó a mi tía.

—¡Señorita Jenna! ¿Es verdad que tiene piojos?

—¿De dónde has sacado eso, Lucy?

Entrecerró los ojos y se volvió hacia ella mientras Jax me tomaba del brazo y tiraba de mí, sacudiendo la mano en gesto de despedida.

—Bueno, nosotros ya nos íbamos. ¡Pasadlo bien!

Su padre nos devolvió el gesto, y varios pequeños hicieron lo mismo, aunque empezaron a gritar:

—¡Adiós, Jax! ¡Vuelve pronto!

Agh. Genial. ¿Por qué tuvo que caerles bien él y yo no? Seguro que era culpa suya por haber insinuado que era una piojosa. Nadie quería estar cerca de alguien que tuviese piojos.

Lo seguí hasta coche, que habíamos dejado en un aparcamiento algo alejado de la feria. Cuando llegamos estaba casi vacío, pero ahora había muchísimos vehículos, de todas las familias que habían tenido la misma idea que nosotros. Por suerte, estaban todos en las casetas y no allí. Y digo suerte, porque cuando abrí la puerta para entrar, Jax me detuvo.

—¿No pensarás montarte en mi coche así de mojada? ¡Tardaría mucho en secar!

Contuve las ganas de resoplar. Mojada, con frío y tras el estrés vivido durante la hora anterior, solo quería llegar a casa. Y a ser posible, meterme bajo un chorro de agua caliente.

—No seas dramático —me quejé.

Pero la puerta no se abrió cuando tiré de ella. No había desbloqueado el coche aún.

—Vamos, Jax, abre —le pedí—. No estoy para juegos.

—Es que no es un juego —replicó él, sin rastro de sonrisa—. Al menos tan mojados, no vamos a subir.

Y entonces, para demostrarme que iba en serio, comenzó a quitarse los pantalones.

Estaría más sorprendida si no fuese porque sabía lo mucho que le gustaba caminar medio desnudo, pero, vamos... una cosa era en su casa y otra en plena calle.

—No me mires así, piojosa —se burló, doblando la prenda mojada y rodeando el coche para dejarla en el maletero—. Puedes quedarte con la ropa interior.

Valoré unos segundos más si podía discutir con él, pero sabía que no habría forma de hacerle cambiar de opinión. Así que lancé una mirada rápida a nuestro alrededor, para cerciorarme de que no había nadie... y comencé a desvestirme.

Movió la cabeza con satisfacción al verme, desbloqueó el coche y colocó sus pantalones en una bolsa de plástico antes de dejarlos en el maletero. Después volvió al sitio del conductor y se metió dentro.

—Idiota... —siseé antes de que cerrara la puerta.

Oí una carcajada, y luego yo también rodeé el coche para dejar mi ropa en la bolsa. A decir verdad, sentí un poco menos de frío sin las prendas mojadas. La temperatura no era tan mala, pero parecía peor por la humedad.

Cerré el maletero para meterme dentro del coche y entonces...

—¡Esa chica está desnuda!

Miré con horror a todos lados, hasta que mis ojos se centraron en un niño de unos diez años. Me estaba señalando con el dedo mientras observaba con la boca abierta. Segundos después los dos adultos que estaban con él me vieron. La mujer le tapó los ojos al niño, y el hombre comenzó a reírse mientras saludaba.

Mataría a Jax.

Con mis propias manos.

Era tan...

Cuando entré al coche muerta de la vergüenza, se estaba riendo. Había bajado la ventanilla, y era obvio que lo había escuchado todo.

—¿Haciendo nudismo, piojosa?

—Cállate —le espeté, mientras me ponía el cinturón y cruzaba los brazos sobre el pecho—. Y arranca de una vez.

Sin dejar de reír, hizo lo que le pedí.

Guardé silencio durante los primeros minutos de trayecto, fiel a mi posición de indignación ante todo lo sucedido. ¡El día hubiese ido mucho mejor sin él!

Pero a medida que las canciones de Taylor sonaban, que oía cómo Jax las tarareaba (¡cada vez se sabía más!) y que el calor volvía a mi cuerpo, mi enfado se fue pasando. Porque en realidad, no estaba molesta con él.

Bueno, un poco sí.

Con quien realmente lo estaba era conmigo misma. No había sido capaz de manejar a los niños. Mierda, ¡ni siquiera creía que me gustase estar con niños después de aquella maldita hora

en la caseta de preguntas!

Entonces ¿debería escoger otra carrera? Pero ¿cuál? Había soñado prácticamente toda mi vida con ser maestra, y ahora la idea de pasarme cinco horas al día encerrada con veinte monstruitos de esos me daba escalofríos.

Por suerte Jax no comentó nada al respecto. Sospechaba que se había dado cuenta de lo mal que lo había pasado y no quería echar más mierda al asunto.

Cuando llegamos al edificio de apartamentos nos vimos en la tesitura de tener que volver a salir del coche. En ropa interior.

Para colmo, al poco de cerrar las puertas, escuchamos al vecino del primero gritarnos:

—¡Nudismo en el vecindario! ¡Vándalos! ¡Llamaré a la policía!

No habría importado si no fuese porque al volvernos hacia los gritos, lo encontramos caminando hacia nosotros desde los cubos de basura. Y agitaba el bastón en la mano. ¿Qué le pasaba a todo el mundo ese domingo?

Jax me tomó de la mano y rápidamente tiró de mí escaleras arriba. Cuando llegamos al descansillo del segundo piso, oímos que el vecino nos seguía.

—¡Me he dejado las llaves de casa en la ropa! —exclamé al darme cuenta.

Y la ropa, en una bolsa en el maletero de Jax.

¡Mierda! No podía bajar a por ellas sin tropezarme con el vecino loco del bastón. Y aunque por mi mente pasó la fugaz idea de empujarle y correr como una posesa, en realidad no quería empujar a un anciano, y menos aún que me persiguiera por el aparcamiento mientras iba medio desnuda.

Jax sacudió un juego de llaves frente a mí.

—Tranquila, yo sí tengo las mías.

Abrió la puerta justo cuando la cabeza del vecino asomó escaleras abajo. ¿Cómo era tan rápido?

—¡Delincuentes! —nos gritó.

Nos colamos dentro de la casa y Jax cerró a nuestra espalda. Estuvimos quietos unos minutos, esperando a que llamara al timbre, pero no lo hizo. Después de eso, comenzamos a reírnos con fuerza.

Seguro que, viéndolo en retrospectiva, sería incluso gracioso.

—Nos van a echar del vecindario si seguimos así —le dije a Jax, apretándome el estómago a causa de las carcajadas.

—A quien deberían echar es a él —me aseguró.

Después de unos minutos en los que conseguimos tranquilizarnos, avanzamos dentro de la sala. Su padre se quedaría con mi tía hasta que la feria acabara, y de ahí se iría directo al restaurante. Lo que quería decir que estábamos solos en aquel apartamento, y que lo estaríamos durante muchas horas.

—¿Quieres algo de beber? —dijo Jax, mientras entraba en la cocina—. Creo que hay limonada

en la nevera.

Por muy normal que fuese para él caminar en ropa interior, para mí no lo era. Y lo cierto es que no había recuperado el calor del todo tras la mojadura.

—Me gustaría ducharme, si no te importa —comenté mientras lo seguía—. Y que me dejaras algo para taparme.

Sus ojos volaron fugaces a mi pecho, con un pequeño brillo de lujuria, pero cuando me miró parecía más bien divertido.

—¿Te refieres a algo como la sudadera que nunca me devolviste?

Una pequeña risa cantarina salió de mi boca. Le había dado los pantalones y la camiseta, pero la sudadera me la quedé deliberadamente. Era muy cómoda, y todavía olía a él.

Los dos sabíamos que ya era más mía que suya.

—Sip, algo como eso —me burlé.

Sacudió la cabeza, y cambió el rumbo a su habitación, que últimamente conocía demasiado bien. Me acercó una camiseta amplia y los mismos pantalones que me había dejado la otra vez.

—¿Sabes el camino al baño, o prefieres que te acompañe? —preguntó mientras me pasaba la ropa.

Lo dijo como una pequeña broma, pero yo ya la esperaba. En realidad, cuando me di cuenta de que nos quedaríamos a solas en el apartamento, se me ocurrió algo. Mucho antes, si era sincera. Cuando se quitó la camiseta. O cuando se empapó y se le marcaron los abdominales.

—Pues en realidad... no me importaría si me acompañaras.

Sus cejas se alzaron con asombro, pero rápidamente elevó las comisuras de los labios, lleno de picardía.

—Usted manda, piojosa.

Me reí y me di la vuelta, iniciando el camino veloz, con Jax prácticamente pegado a mí.

Dejé la ropa sobre el mueble del lavamanos y di al agua caliente de la ducha. Su baño, como el nuestro, era bastante pequeño. Tanto que era casi imposible que no nos tocásemos.

Tanto, que los brazos de Jax no tardaron en rodear mi cuerpo para acercarlo al suyo.

Tanto, que fue imposible resistirme a la tentación de besarlo.

Su boca se cernió sobre la mía, saboreándome, robándome el aire, y metiéndome de nuevo en esa perfecta burbuja donde todo estaba bien.

El baño comenzó a llenarse de vapor, y Jax me empujó bajo el agua en un rápido movimiento. Chillé un poco, porque se había pasado de caliente, pero enseguida lo cambiamos a una temperatura más templada.

—Date la vuelta —susurró.

Pensé en muchas cosas depravadas mientras le hacía caso, pero lo único que hizo fue tomar el champú y echárselo en las manos. Entonces comenzó a enjabonarme el pelo, dejando bastante espuma... y también besos. Cuando terminó, acercó la boca a mis hombros, posando los labios en mi piel, sobre el agua.

Y después, utilizó la espuma de más para limpiar otras partes de mi cuerpo.

Desde atrás me rodeó, masajeando mi pecho. Y bajó un poco más, aunque solo quedase agua, hasta llegar bajo mi estómago, y entre mis piernas.

Me apreté contra él, y sentí su dureza en mi trasero, y sus dedos meterse en aquel punto donde se unían mis piernas.

Entre más risas y suspiros, yo también lo acaricié, pasando el brazo hacia atrás, y envolviendo mi mano sobre su miembro. Sintiéndolo duro y firme.

Me volví para poder mover la mano mejor, sin parar. Jax la rodeó, marcándome el ritmo, y después volvió a buscar aquel punto en mi intimidad.

Nos besamos mientras el nudo comenzaba a formarse en nuestro interior, hasta que llegué al orgasmo primero, y después conseguí que lo hiciera él.

Y disfruté del momento.

Jax y yo no habíamos concretado nada. No éramos nada. Solo dos jóvenes que se gustaban. Que eran amigos.

Y que se acostaban.

Y empezaba a hacerme a la idea. Igual que empezaba a contar las semanas que quedaban hasta que todo aquello se acabara. Hasta que él se fuera a Italia y tuviera que decirle adiós.

Ocho semanas hasta que todo llegara a su fin.

35

Jax subió el sonido de la música, pero sabía que era para acallar mis gritos de fan loca. Me reí, tratando de cantar más alto, pero era imposible.

Al final terminé por llevarme las manos a los oídos y él por bajarlo. El coche explotaría por culpa de una bomba de ondas provocada por el sonido.

Íbamos camino a clase, disfrutando del buen tiempo que abril comenzaba a regalarnos, con la ventanilla bajada y en pleno apogeo de Taylor Swift, para horror de los transeúntes que se toparon con nosotros.

—¿Has decidido ya si irás al viaje a la playa? —preguntó mientras doblaba una curva que nos llevaba hasta el aparcamiento del instituto.

Me encogí de hombros. Todavía tenía mis dudas. Aunque Isabella, Carla y Heejin irían (y mira que nos llevó trabajo convencer a los padres de Heejin, especialmente después de su castigo por pegar a Ezra), me seguía pareciendo bastante caro. Y Jax...

Él ya no estaría aquí en esas fechas. A pesar de ser un viaje organizado por los estudiantes, no era exactamente escolar. Lo haríamos después de graduarnos, un fin de semana. Nuestra despedida tras tantos años juntos.

—Deberías ir. Hasta tu tía lo dice. Van a ser unos buenos recuerdos con tus amigas.

Sabía la teoría. Igual que sabía que si mi «amigo con derecho a roce» no podía ir, tampoco debía desanimarme. Estaba más que asimilado el hecho de que Jax se iría en menos de dos meses a Italia.

Viviría su verano increíble y después viajaría.

En realidad, me daba bastante envidia. A aquellas alturas yo todavía no sabía ni qué narices iba a estudiar, porque lo de maestra... Digamos que empezaba a estar un poco descartado. Prácticamente se había convertido en mi última opción, aunque todavía no se lo había dicho a nadie.

—Supongo que al final lo haré —murmuré más para mí que para él.

Dejamos el coche al fondo del concurrido aparcamiento, y Jax pasó un brazo sobre mis hombros para atraerme hacia él mientras caminábamos hasta el instituto. Varios compañeros se volvieron para mirarnos y después cuchichear.

El rumor de que él y yo nos acostábamos (ay, si ellos supieran cuánto de verdad había en él) había corrido como la pólvora. De primeras sospechaba de Ezra Johnson, como una especie de venganza por su parte, pero Heejin me aseguró que le había preguntado y él no había sido. Tampoco sabía cómo era capaz de fiarse de su palabra, por muchas tardes que pasasen juntos en el instituto cumpliendo el castigo.

Sin embargo, la verdadera razón podía ser más bien nuestro comportamiento.

El hecho de que Jax me llevase en coche, que casi siempre estuviésemos juntos, que pasase su brazo por mis hombros como en aquel momento...

O que nos hubiesen visto enrollándonos en su coche un día por la mañana, antes de entrar a clase. Esto último no lo podía confirmar, pero sí que nos habíamos besado, y era probable que alguien nos hubiese pillado.

De todas formas, era cierto, y no me importaba. No iba a molestarme en apagar el rumor, y Jax tampoco parecía molesto.

Mateo me saludó con la mano al pasar a su lado.

—¡Oye, Olivia! —me llamó, y luego corrió hacia mí—. ¿Has pensado lo que te dije del baile?

El brazo de Jax se fue bajando por mis hombros. Hacía unos días Mateo nos propuso a todas si queríamos ir en grupo al baile de graduación. Desde que su novio y él lo habían dejado, no tenía mucho humor para asistir, y todos sus amigos iban con pareja.

A ellas les pareció una idea magnífica, pero en el fondo yo guardaba la esperanza de poder asistir con Jax, aunque fuese de forma no oficial.

—Supongo que estaría bien —contesté por fin, notando cómo tosían a mi lado.

—¡Perfecto! —exclamó, levantando la mano para que la chocase—. Hablaré con Isabella para planear los detalles.

Después se alejó corriendo a clase. Isa se pondría muy contenta. Ya estaba pensando en buscar vestidos de diferentes colores pastel para todas, y así quedar conjuntadas en la foto. Decía que Jax podría ir de negro para marcar la diferencia. Que le pegaba.

Me despedí de él para ir a mi siguiente clase, que compartía solo con Isabella, y a la que no me apetecía llegar tarde, pero sentí la urgencia de ir al baño por culpa del café de la mañana y al final terminé por retrasarme unos minutos.

Estaba andando a pasos rápidos por el pasillo, rezando para que el profesor llegase tarde como siempre, cuando los vi.

Necesité retroceder unos metros, entrecerrar los ojos y luego frotármelos. Porque simplemente no podía creerlo.

Tenía que ser una broma.

Una maldita broma, o mi amiga se había vuelto loca. Quizá había desayunado mermelada de enajenación mental aquella mañana.

Pero no, Heejin parecía bastante cuerda mientras besaba contra los casilleros a Ezra Johnson.

—Perdón. Lo siento mucho, Olivia. De verdad que lo siento.

Era oficial que me perdería aquella primera hora. Por lo menos, siempre podría decirle a Isabella que me había enrollado con Jax en el baño en lugar de... explicar aquel horror que mis ojos acababan de presenciar.

¿Con Ezra? ¿Con Ezra «baboso» Johnson? En serio, Heejin, ¿qué mierdas te pasaba por la cabeza?

Al menos eso era lo que quería decirle. En su lugar tomé aire, bastante, tratando de tranquilizarme, y susurré:

—A mí no tienes que pedirme perdón. Más bien a ti misma. ¿Sabes con quién te estás liando?

Es que... ¡Ezra Johnson! Si Carla e Isa se enteraban, le gritarían y la llevarían al manicomio de cabeza.

Heejin gimió y se apoyó contra la pared, dando un pequeño cabezazo que sonó bastante fuerte en mis oídos.

Sí, amiga. Tú sigue así, a ver si consigues sacarte el asqueroso recuerdo de tu mente. Porque personalmente, su beso fue tan horrible que no creía poder librarme nunca de semejante pesadilla.

—No sé qué me pasó —gimió con los ojos cerrados—. Si lo odio... ¡Me cae fatal!

Hasta hacía diez minutos, eso mismo pensaba yo. Lo último que supe de ellos dos era que Heejin le había roto la nariz en medio de la cafetería por el rumor que esparció sobre mí. ¿Cómo demonios habíamos pasado de un puñetazo a un beso?

—Después de lo que te hizo...

Sabía que no hablaba solo de aquel rumor, también de la escena en la habitación, en la casa. Cuando le decía que no, pero no parecía escucharme.

Me acerqué a ella y puse una mano sobre su hombro. Al abrir los ojos, los tenía brillantes de pura rabia.

—Es un mal chico, Heejin. No quiero que te haga daño.

Asintió. Por supuesto, ella ya lo sabía.

—Me parece que se arrepiente de lo que te hizo, pero aun así...

Sabía que lo hacía. Me había buscado por los pasillos un día y me había pedido perdón. Incluso mandó a Jason a Alitas Picantes para disculparse en nombre de ambos, ya que él también había participado.

Jason dijo que Ezra había amenazado con dejar de hablarle si no me pedía perdón de rodillas. Y lo hizo. Agarró una alita entre las manos y se arrodilló mientras la levantaba en alto y gritaba

«Lo siento, Olivia James, por ser un completo idiota».

Aunque suene gracioso, no fue tan bonito de ver. Llamó demasiado la atención.

—¡Si no hacemos más que discutir! —continuó Heejin—. ¡Todo el tiempo!

Acto seguido se cubrió el rostro con las manos, se apartó de mí, y soltó un sonido cargado de frustración.

—¿Por qué lo besé, Dios mío?

Parpadeé varias veces seguidas.

—Espera, ¿que tú lo besaste a él? ¿Y no saliste asqueada?

Los dedos se esparcieron sobre su cara para poder mirarme a través de las pequeñas rendijas que formaban. Parecía sumamente avergonzada.

—No sé cómo ha podido pasar, Olivia, pero es que... Pasamos mucho tiempo juntos cuando estábamos castigados y no tenía nadie más con quien hablar, ¿sabes? Son muchas horas muy aburridas. Pero Ezra... ¡No sé, consiguió hacerme reír! Y me contó que se comportaba así porque llevaba toda la vida viéndoselo hacer a su padre, pero que al final solo consigue alejar a la gente de él. Y le entiendo, porque yo también lo pasé mal al venir aquí, me costó mucho hacer amigas. Empezamos a hablar y a chatear y el otro día me... ¡Me besó!

Hundió de nuevo la cara entre las manos. Ni siquiera sabía qué decir, hasta que mi amiga se animó a continuar:

—En realidad, a mí me parece que besa bastante bien... No me ha dejado babas por toda la cara, y ha sido bastante...

—No, calla —la interrumpí—. No quiero escucharlo.

Heejin suspiró y terminó de bajar las manos. Agachó la cabeza para mirar al suelo, pero después volvió a alzarla para encontrarse con mis ojos.

—No volverá a pasar —me aseguró—. Lo prometo.

No sabía si creerlo o no. En realidad, lo que Ezra hiciese o dejase de hacer no era mi problema. Y tampoco podía controlar si mi amiga se sentía o no atraída por él, pero no podía evitar preocuparme.

¿Qué hubiese pasado si Jax y ellas no hubiesen entrado aquel día en la habitación? ¿Habría parado finalmente, o...?

—Ten cuidado, ¿vale?

Asintió con fuerza, y luego la acerqué a mí en un abrazo reconfortante.

Al menos, una cosa debía admitir: cuando los días pasaron, no escuché ningún rumor sobre Heejin y Ezra circulando por los pasillos.

36

El viernes fue un día extremadamente largo. Tuvimos que hacer una exposición en clase sobre los últimos vídeos que habíamos visto en Historia, y Jax nos hizo un montón de preguntas incómodas a Isabella y a mí sobre la situación de la sexualidad en la Revolución Industrial.

Lo peor es que era parte de nuestra exposición, pero no faltaron las risas de nuestros compañeros, aunque la profesora trató de cortarlas.

También hacía mucho calor. Demasiado. Y trabajar en Alitas Picantes friendo pollo con el horrible uniforme amarillo no ayudaba en nada.

Tener a Jax al lado con el uniforme pegado al cuerpo, mucho menos.

—¿Cuánto nos queda para ser libres? —me preguntó después de que el último cliente recibiera su ración.

Habíamos estado sin parar durante por lo menos dos horas, sirviendo menú tras menú. Parecía que, con el buen tiempo, la gente también se animaba más a salir. Y a comer pollo frito.

—Quince minutos —respondí, alejándome de los fuegos para enfriar la cara—. Y espero que pasen rápido.

Me senté sobre una pequeña encimera que teníamos en la parte de atrás. Ojalá no viniese ningún cliente más en aquel cuarto de hora, porque no me apetecía lo más mínimo moverme de allí.

Jax se acercó a mí, colocándose enfrente. Abrí las piernas para dejarle hueco y aparté uno de los rizos que cubrían su frente. Necesitaba un corte de pelo con urgencia. Y quizá también un afeitado.

—Se me ocurre una cosa que hacer para que parezca menos tiempo...

Bufé, aunque estaba sonriendo.

—Eh... Jax. Normalmente te diría que vale, que no hay problema. Pero estamos en medio del trabajo, y sería poco higiénico.

Sus cejas se elevaron y comenzó a negar, mientras apartaba mi mano de su cabello.

—Pero ¡qué malpensada eres, piojosa! —exclamó—. Me refería a rellenar los botes de kétchup.

Ya, claro. Y yo era la reina de Inglaterra.

Ladeé la cabeza y lo miré con una sonrisa perspicaz. Entonces colocó las manos a ambos lados de mis piernas y se inclinó hacia delante, hasta que su nariz se rozó con la mía.

—Aunque, si lo prefieres...

No terminó de completar la frase, porque unió sus labios a los míos y me besó.

Sabía que debía apartarme. Era algo bastante obvio porque estábamos en el trabajo, ¿no?

Mientras tanto, sus manos comenzaron a deslizarse a ambos lados de mis muslos, llegaron a adentrarse en mis piernas y me transmitían su calor.

—Si prefiero ¿qué? —traté de molestarle.

Aparté la boca de la suya, interrumpiendo el beso, y me reí.

Los ojos de Jax relucieron oscuros frente a mí. Me encantaba hacerle creer que me tenía, y después disfrutar de la tortura de su mirada.

Todo porque justo después...

—Tú te lo has buscado, piojosa.

Ahogué una risa cuando su boca regresó a la mía, más impaciente, más fogosa. Me devoró hasta acabar con el aire de mis pulmones, hasta que todo a mi alrededor dio vueltas, y solo la forma en que me sujetaba a sus hombros me mantenía en pie.

Mi adicción por Jax era más fuerte que nunca.

Me atraía desde el primer momento en el que se había mudado al apartamento de enfrente. Desde que comenzó en el trabajo. Desde que me llamó piojosa.

Y desde que yo no me atrevía a admitirlo.

Sus manos continuaron viajando a través de mis muslos. Subieron por mi cintura, clavándose en los laterales del pantalón amarillo, y comenzaron a meterse dentro de la camiseta.

Sentí la piel arder bajo su contacto, a mi corazón pedir más, pero...

—Será mejor que vaya a ver si hay algún cliente —susurré contra sus labios.

Y aunque fui yo quien lo dijo, al mismo tiempo enrollé las piernas alrededor de su cintura para atraerlo más cerca.

Para conseguir, de nuevo, más de él.

—¿Estás segura? —se burló.

Y en lugar de volver a intentar besarme, pasó su boca a mi mejilla.

A la línea de mi mandíbula.

Debajo de mi oreja.

A mi cuello.

Lo agarré de los hombros, clavando las uñas en él. Escuché cómo gemía, y mi cuerpo me pidió apretarlo de nuevo contra mí...

Pero no allí.

Disponíamos de dos bonitos apartamentos libres (casi todo el tiempo) y un coche donde poder hacer estas cosas. El trabajo era necesario, y yo quería conservarlo.

De alguna forma me las apañé para volver a alejar a Jax, y esta vez no volvió a oponer resistencia. Simplemente se rio, y yo tomé una profunda bocanada de aire.

—Voy a ver si tenemos algún cliente —aseguré, más para mí que para él.

Se hizo a un lado y pude saltar para bajarme. Sentía la respiración acelerada, y me atusé el cabello en el camino hacia el mostrador.

Era increíble lo mucho que Jax me sacaba de mi zona de confort... y cuánto me gustaba aquello. Si alguien se lo hubiese dicho a la Olivia del pasado, no se lo habría creído.

Inspiré varias veces antes de llegar a la zona visible para los clientes. Entonces me percaté de que había una chica esperando mientras miraba el teléfono.

Me recorrió un escalofrío cuando la vi acercarse. ¿Cuánto tiempo llevaría allí? Hasta que, cuando alzó los ojos hacia mí, la reconocí.

Se trataba de la chica pelirroja que me había pedido el teléfono de Jax, a la que le había dicho que era gay, y con la que él había salido después.

¿Qué hacía allí?

Al verme, abandonó el teléfono. Lo guardó en el apretado bolsillo de sus pantalones y ladeó la cabeza hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Y tu compañero?

Fue mi turno de juntar también las cejas.

—¿Dices Jax? Trabajando. ¿Qué deseas? ¿Menú infantil?

Ni siquiera sabía cómo demonios recordaba su orden.

Sin embargo, mi frase hizo que su ceño todavía se frunciese más. Era obvio que la había ofendido. ¿Por mi respuesta seca?

—No, alitas picantes con cerveza —contestó de forma demasiado borde—. Y dile al puto Jax que salga.

Mis cejas prácticamente llegaron a las raíces de mi cabello. Primero, ¿qué forma era esa de decirme las cosas? Poco conseguiría con semejantes modales.

Y segundo, ¿puto Jax?

—Necesito un documento de identidad —exigí, aclarándome la voz.

—Por supuesto —replicó, poniendo una insufrible voz, acompañada de sonrisa falsa—. Todos los del instituto sois iguales.

Rebuscó en su bolso y acabó sacando una credencial, que acompañó con el carnet de identidad. ¿Esa chica de veintidós años sabría que Jax tenía tan solo dieciocho?

Probablemente sí. Y probablemente no le importaba.

—Marchando —dije al devolvérselos.

Me regaló otra sonrisa falsa y guardó sus carnets mientras yo marcaba la orden en la pantalla

portátil. Tomé un vaso de refresco y fui a la barra de bebidas.

Estuve tentada de servirle cerveza sin alcohol solo por molestar, pero saqué una lata normal y fue lo primero que le di, mientras Jax preparaba la orden lejos de sus ojos. Probablemente sin ni siquiera saber que ella estaba allí.

La chica abrió la lata delante de mí y pegó un gran sorbo mientras me pasaba una tarjeta para pagar.

—Entonces... ¿por qué me dijiste que era gay?

Fingí no oírla, cargué los siete con cincuenta de su pedido, y le devolví el trozo de plástico.

—Te gusta, ¿verdad? —continuó, ignorando por completo el hecho de que yo había hecho como si no la escuchara—. Jax, quiero decir.

Claro, porque no te había entendido, ¿sabes?

Su sonrisa de suficiencia me estaba dando arcadas.

Podía admitir que tenía un cabello rojizo envidiable, unos ojos muy bonitos y un rostro que valdría para modelaje, pero... ¡semejante actitud se merecía un sermón!

Sin embargo, estaba trabajando, así que simplemente asentí.

—Pues sí. Me gusta mucho. ¿Y qué?

Los ojos de la chica fueron unos segundos detrás de mí, pero regresaron enseguida. Tenía una sonrisa demasiado engreída en el rostro.

—Pues que no es tuyo.

Dime algo que no sepa.

—Claro que no lo es —repuse, aburrida y cansada de que una desconocida antigua cita de Jax quisiera darme el sermón—. Ni tuyo, porque es una persona.

Su sonrisa flaqueó. Y volvió a mirar detrás de mí. ¿Qué demonios...?

—Alitas picantes, ¿algo más?

Me volví de un salto hacia atrás. Jax estaba allí, con el conocido bote de cartón amarillo y rojo en las manos. Lo dejó sobre la mesa y, al poco tiempo, sentí sus dedos tomarme de la cintura.

Los ojos de la chica que teníamos delante también lo notaron.

—Sí, que me devuelvas los mensajes —le retó.

Ufff.

Tenía que admitirle las agallas.

—¿Por qué? —replicó Jax, y yo me negué a volverme hacia él—. Nuestra cita fue un desastre.

¿Lo fue? El día que le pregunté, solo había dicho que la película estuvo bien.

Delante de nosotros la chica arrugó la nariz nuevamente.

—¿Estás dejándome por ella?

Los dedos de Jax me apretaron más fuerte.

—No, pero está claro que no congeniamos. Te lo dije entonces, te lo he dicho por mensaje y te lo repito ahora. Olvídate de mí.

Un silencioso duelo de miradas pasó entre los tres. Me sentí espectador invisible, pero

tampoco quería alejarme.

Finalmente ella sacudió su melena, tomó la comida y bebida, y se alejó a una mesa en la que la esperaba un grupo de amigos.

Ni siquiera me había dado cuenta de cómo martilleaba mi corazón.

Jax me soltó, pero tomó mi mano para guiarme de nuevo a la parte posterior del local.

—Perdona el lío —susurró—. No pensé que vendría, de verdad que terminamos mal.

Asentí, y mis dedos se deslizaron de los suyos cuando escuchamos un ruido al fondo. Los que venían para sustituirnos ya estaban allí, y era nuestra hora de regresar casa.

Nos saludamos con una sonrisa, y yo conseguí componer otra en mis labios. En realidad, seguía muy cansada de toda la semana. Del curso. Del final que se acercaba.

—¿Vamos a casa? —le pregunté, y Jax asintió.

Nos despedimos de los compañeros que empezaban el turno y fuimos a su coche. Una vez encendió el motor, la diosa Taylor no tardó en sonar.

A aquellas alturas me resultaba extraño montarme en aquel coche sin esa música. De hecho, Jax se sabía ya casi todas las canciones. A veces recitaba las letras, otras las tarareaba... pero había memorizado bastante de su repertorio. Increíble para quien la consideraba muy mainstream.

Estábamos casi llegando a casa cuando se volvió hacia mí y preguntó:

—Así que... ¿te gusto mucho?

Idiota.

Sabía que no iba a dejarlo pasar.

—No te lo creas tanto —refunfuñé, pasándome el pelo tras las orejas—. Fue para quitármela de encima.

Por supuesto que fue por eso.

Por nada más.

¿Qué razón habría, si no?

Entones la mano derecha de Jax abandonó el volante, y lo hizo para moverse sobre el reposabrazos y llegar hasta la mía.

Ahí, sus dedos se entrelazaron de nuevo en los míos.

—Tú a mí... también me gustas —susurró.

Sentí la tentación de volver el rostro para mirarlo, pero temía que, de hacerlo, la magia del momento terminase.

Así que simplemente tragué saliva, grité por dentro, y estreché con más fuerza la mano que me estaba ofreciendo.

Y en todo lo que duró el trayecto a casa, Jax no me soltó.

37

—Tienes que ir a Los Ángeles.

—No insistáis.

—Pero es que... ¡será un viaje único!

—Lo sé, ¿y?

—¡Que no te entendemos, Jax!

Decidí no participar en la conversación mientras mis amigas trataban de convencerlo. Isabella se había mostrado profundamente decepcionada cuando supo que Jax (que, en ese tiempo, también se había convertido en su amigo) se iría a Italia nada más acabar las clases. Eso significaba que no estaría en el momento del viaje.

—Yo también os echaré de menos cuando termine el instituto.

Pasó el brazo por los hombros de Isa, que fue quien había prácticamente gritado que no le entendía, y ella sacudió la cabeza derrotada.

Estábamos en el aparcamiento del instituto, despidiéndonos antes de volver a nuestras casas. Cuanto más se acercaba el final del curso, más tiempo parecíamos querer sacar todos para estar juntos.

—Claro que sí —se quejó mi amiga, pero no lo alejó—. Seguro que te acuerdas de nosotros mientras disfrutas de la buena vida italiana.

—Pasta, familia, playa, vino... —comenzó a burlarse Jax sin dejar de asentir—. Me suena muchísimo mejor que ir a Los Ángeles.

Isabella le dio un codazo entre las costillas para soltarse y alzó la barbilla, simulando enfado. Después intercambió una rápida mirada conmigo.

Ya habíamos hablado del tema, ella misma lo había sacado. Estaba preocupada por si estaría bien una vez Jax se marchase, pero... Creo que ya me había hecho a la idea. Lo pasaría mal un tiempo, igual que cuando nos separásemos todas para ir a la universidad, pero acabaría

superándolo.

Por eso mismo evitaba a toda costa hacerme ilusiones con él.

—Eh, chicas, Jax, ¿qué tal?

Mateo apareció con una pequeña sonrisa a nuestro lado. Últimamente parecía estar algo mejor después de la ruptura, y me alegraba por él.

—Aquí, intentando convencer a Jax de que venga al viaje —suspiró Isabella—. Pero no hay suerte.

—¿Y habría suerte de convenceros de venir el sábado a la fiesta que haré en mi casa? Estaría bien que no aparecieran solo Jason y sus amigos... Tienden a complicar demasiado las cosas.

No entendía cómo Mateo se había prestado a organizar él la siguiente. Siempre se descontrolaban. Era una completa locura.

—Mis amigos también estarán —continuó cuando Carla asintió por todas las demás—. De hecho, ha sido cosa suya lo de organizarla, supuestamente para animarme, pero...

—No te preocupes —le interrumpí, tomándolo del brazo para acercarlo un poco más—. Cuenta con nosotras.

Me miró con esa pequeña pero hermosa sonrisa, y me dio un rápido abrazo antes de alejarse de nuevo. Mateo me caía muy bien. Era de ese tipo de personas que siempre se comportaba de forma amable, que no se metía en problemas y que sabía medir sus palabras.

Nos despedimos de las demás, y me monté en el coche con Jax para volver a casa. Él me acompañó hasta la puerta, como otras veces y, al abrirla, encontramos a mi tía inmersa en un collage de cartulinas enormes sobre un proyecto de ciencias que estaba haciendo con sus alumnos.

Llevaba un pantalón de chándal viejo con una camiseta de su universidad, y estaba tirada sobre el papel, con recortes de fotos y rotuladores de muchos colores por todas partes. Había varios botes de purpurina, y ella tenía brillos de esos en el pelo, en la cara y hasta en la ropa.

Oh, mierda. Odiaba cuando se ponía así. Principalmente porque...

—¡Olivia! —exclamó al verme entrar, y poco después sus ojos viajaron un poco más allá de mí—. ¡Y Jax! Qué bien que estéis aquí. ¿Por qué no me echáis una mano?

Inconscientemente di un paso hacia atrás, pero eso solo me llevó a chocar contra el pecho de Jax, que, pobre inocente, ignorante del caramelo envenenado que nos había ofrecido mi tía, estaba a punto de aceptar.

—¿Qué es lo que...? —comenzó a preguntar con curiosidad.

—¡No podemos! —le interrumpí, notando mi voz unas octavas más aguda de lo normal—. Tenemos deberes. ¡Muchos deberes!

Jax no conocía a mi tía Jenna y lo loca que se volvía con los proyectos escolares. Encima había sacado la purpurina. ¡LA PURPURINA! Eso era ya material pesado.

Lo más probable es que estuviese hasta bien entrada la madrugada preparando lo que parecía un póster científico gigante para llevarlo al día siguiente a clase. Encima tendríamos purpurina

por la casa durante una buena temporada.

Todavía continuaba encontrando restos del proyecto del año anterior en el baño. La purpurina era uno de los productos más horribles y difíciles de eliminar.

—¿Ni siquiera una hora? —insistió.

Quise decir que por supuesto que no. Ni una hora. Ni media hora. Ni siquiera cinco minutos. Porque cuando decías que sí ella te atrapaba en su telaraña de manualidades hasta que fuese de noche y te doliesen los dedos de tanto pintar, pero...

—Bueno, una hora no hará daño a nadie, ¿eh, piojosa?

Me giré hacia Jax horrorizada. Me devolvió una mirada confusa, pero ya era tarde.

El mal estaba hecho.

Mi tía dio unas palmadas, entusiasmada, y enseguida nos guio para que cada uno comenzara a repasar letras de diferentes lugares del cartel gigante.

Tomé un rotulador rojo y miré lo brillante que estaba nuestro suelo. Ni siquiera la aspiradora más potente del mercado nos libraría de él.

—Tía Jenna, ¿qué habíamos hablado sobre la purpurina? —suspiré, mientras trazaba las letras redondas de la cartulina.

Ya podría despedirme de terminar los deberes de Matemáticas a tiempo.

—Que en casa no. En la calle o en clase, vale. Pero ¡hace viento y saldrá volando! Ya lo limpiaré todo después. Igual Jax puede ayudarme.

Jax buscó mi mirada con la suya como pidiendo ayuda.

Lo siento, amigo, pero tú nos metiste en este lío.

No pensaba salvarlo.

Me encogí de hombros y seguí con mis letras.

Tal como predije y sin riesgo a equivocarme, dos horas después mi tía aún no nos había dejado ir.

Después de las letras hicimos un par de dibujos.

Tras ello vino pegar fotos.

Acto seguido añadir algo de purpurina.

En aquellos momentos, nos instaba a unir unos cuantos trozos de cartulina para hacer el póster más grande.

—¿Y si hacemos la cena? —propuse, con la espalda dolorida—. Tengo hambre.

—Yo también —añadió con rapidez Jax, y soltó el pegamento, que rebotó en el suelo.

Tenía purpurina en toda la camiseta y en el pelo, e imaginaba que yo estaría igual. A aquellas alturas de la vida había llegado a la conclusión de que la purpurina no podía ser tóxica, porque si lo fuera, estaría muerta de toda la que había ingerido.

—Había pensado en pedir una pizza —respondió mi tía—, o quizá hamburguesas. Yo invito.

Siguiendo el ejemplo de Jax me puse en pie de un salto, abandoné mi cartulina y negué varias veces seguidas.

—¡No, no! ¡Que Jax pensaba hacer su famosa lasaña!

Él frunció el ceño y me miró receloso.

—Ah, ¿sí?

¡Por supuesto que sí! Lo que sea menos seguir pegando, dibujando, pintando y llenándolo todo de purpurina.

Mi tía suspiró, pero al final nos dejó ir. Pasamos por el baño para enjuagarnos bien las manos y, en vista del desastre en el que se había convertido el apartamento, fuimos al suyo para hacer la cena.

Lo seguí hasta la cocina, donde me ofreció un refresco y, de paso, me echó un poco la bronca.

—Tienes suerte de que guarde relleno de más para la lasaña. ¿Tú sabes el tiempo que lleva preparar una casera?

Pues no. Sinceramente ni siquiera tenía idea de cómo se preparaba, pero Jax se encargó de enseñarme durante la siguiente hora completa. Quizá pedir una pizza hubiese sido mejor idea...

—Toma, ponte un delantal o la brillantina de tu ropa caerá en la comida.

Tomé la prenda sin protestar, aunque no sería la primera vez que acababa alimentándome de brillantina. Jax pasó detrás de mí para hacerme un nudo a la espalda. Después se puso otro delantal con mucha facilidad. Los tenían colgados a un lado de la puerta de la cocina y conté al menos cuatro, además de los que llevábamos puestos.

—Vamos a comenzar por sacar el relleno, pero te advierto que este no es el mejor método para descongelar.

Lo observé caminar hacia el congelador y sacar una bolsa de plástico. Después tomó un cuenco, lo llenó con agua tibia y la metió dentro.

—En el cajón que tienes a tu derecha hay cacerolas. Toma una, llénala de agua y ponla a hervir.

Bien, eso era fácil. No podía meter la pata en calentar agua. Hasta un niño de cinco años era capaz de hacerlo.

Me dispuse a cumplir la tarea mientras Jax buscaba en los cajones unas láminas de pasta que teníamos que echar al agua caliente para que se reblandecieran. Se encontraban bastante arriba y tuvo que estirarse. La camiseta se levantó y pude ver parte de su abdomen, la que el delantal no tapaba.

Y así fue como no me fijé en que la cacerola, que estaba bajo el grifo, se había llenado de agua. Como era alta y sobresalía, comenzó a desbordar y se salió del fregadero hasta invadir la encimera de la cocina.

Genial, Olivia. Ni siquiera eso puedes hacer.

Solté un pequeño grito y cerré el grifo. Jax llegó enseguida con un trapo para secarlo todo, pero no parecía enfadado por el desastre. Se estaba riendo de mí.

—Qué torpe eres, piojosa...

¿Eso era una burla? Pero antes de que pudiera protestar dejó el trapo sobre el fregadero, tomó

mi mano y me volvió hacia él para estamparme un beso suave en los labios.

Terminó tan rápido como empezó, pero me dejó con las rodillas temblando por el poco esperado y a la vez espontáneo gesto.

Jax terminó de poner el agua a hervir bajo mi atenta mirada y después sacó una fuente de cristal y un bote con salsa de tomate casera. A partir de ahí vinieron las instrucciones.

—Vamos, espárcela en la base.

Hice lo que me dijo con una cuchara.

—El agua ha roto a hervir, ahora tienes que añadir las láminas una a una. Deja unos cinco segundos entre cada una que eches.

Casi me quemo con las burbujas de agua caliente, pero no me quejé.

—El relleno sigue como un bloque, vamos a terminar de descongelarlo al fuego.

Me pasó una sartén y volcamos la carne junto con un poco de tomate. Lo revolvimos hasta que estuvo listo.

—Apaga el fuego y escurre el agua sobrante.

La tarea que más tediosa me pareció hasta el momento: sacar las láminas ardiendo sin que ninguna se rompiese. Más bien fue imposible, pero Jax intervino y las colocó con maestría sobre un paño húmedo.

—Ahora montas una base de láminas que cubra todo, después una de masa. Otra de láminas, otra de masa... Y así sucesivamente.

Lo hicimos juntos hasta llegar a la última capa. Me sentía como una verdadera cocinera, aunque tenía la punta de los dedos quemada y salpicones de salsa de tomate por todos lados.

Cuando me volví hacia Jax, una sonrisa cubría mi rostro e iba casi de oreja a oreja.

—¿Lo he hecho bien?

Las comisuras de sus labios también tiraron hacia arriba mientras me observaba. Se inclinó un poco hacia mí y el corazón casi me da un vuelco en el momento en que alzó la mano y con la yema de su dedo tocó la punta de mi nariz. Apenas un pequeño roce que la acható por unos segundos, como si estuviese jugando, y añadió:

—De maravilla, piojosa... Pero falta la bechamel para cubrirlo todo.

Esa parte era más delicada, o al menos Jax opinaba así, por lo que observé el proceso desde un lado. En una sartén añadió mantequilla, nuez moscada y algo de sal. Cuando se deshizo puso harina y movió con una cuchara de madera hasta formar una masa. En ese punto tomó leche y fue añadiendo sin dejar de remover. Me alegraba de no haber podido ayudar en esa parte: tenía que dolerle la muñeca.

—El truco para que una bechamel salga bien, piojosa, es no añadir más leche hasta que hayas disuelto todos los grumos.

Había momentos en los que parecía que nunca terminaría de eliminarlos, pero él insistía y lo lograba. Yo ya hubiese perdido la paciencia.

Cuando le pareció que la textura era la adecuada la volcó sobre la fuente sin derramar ni una

sola gota. Añadió algo de queso por encima y la metió en el horno.

Para cuando le llevamos un plato a mi tía, ella ya tenía purpurina hasta en las cejas.

La dejamos allí con un tenedor y huimos de nuevo al apartamento de Jax. Si nos quedábamos corríamos el riesgo de ser engatusados para seguir con el proyecto.

Nos sentamos en el sofá, con una serie de Netflix de fondo en la televisión. Jax abrió una de las botellas de vino de su padre y nos sirvió una copa a cada uno. Al día siguiente había clase, pero si tomábamos poco, no pasaría nada.

Y por fin probé su famosa lasaña.

—Oye, pues esto está muy rico —le aseguré—. Aunque no tanto como para provocar un orgasmo.

Aquello era una burla malvada por mi parte. Obviamente sabía que era imposible hacerlo con comida, y que cuando me lo dijo se trataba de una forma de hablar. Pero Jax no pareció encontrarle la gracia.

—Eso es porque el relleno es descongelado. El día que me lo digas con tiempo y te prepare una bien, vas a alucinar.

—A alucinar... ¿o a tener un orgasmo?

Esa vez sí me acompañó la gracia con una sonrisa. Observé cómo tomaba un tenedor de comida y lo llevaba a la boca, apretando los labios alrededor del cubierto de un modo que me resultó hipnotizante.

—Las dos cosas —respondió al cabo de unos segundos.

Tragué saliva y aparté la mirada, decidida a terminar de cenar y ver la serie... aunque en realidad ya no tenía ni idea de qué demonios estaba pasando en la pantalla de televisión.

Eso sí, acabé el plato en menos de quince minutos. ¡Estaba riquísima! Y Jax me dejó repetir. Su padre trabajaba esa noche y cenaría en el restaurante.

No se lo dije, pero a pesar de que el relleno era descongelado, aquella lasaña me gustó mucho más que la que comí en el restaurante.

Llevamos los platos al fregadero y él sacó una tarrina de helado de vainilla y un coulant de chocolate de supermercado. Lo metió medio minuto al microondas y lo sirvió con el helado en un plato. Empezamos a comerlo ahí mismo, en la encimera de la cocina.

—Esto está bastante bueno —comenté tras la primera cucharada.

Él asintió complacido. Estaba apoyado de costado, frente a mí. Mi tía me reñiría por comer de pie. Decía que así no se hacía bien la digestión.

—No toda la comida precocinada está mala. Este es de mis coulants favoritos, aunque tendrías que probar el tiramisú de mi abuela... El mejor del mundo. Este verano prepararé varios con ella. Y su panna cotta... Ufff...

Cerró los ojos, absorbido por el recuerdo, con una sonrisa tranquila en los labios. Estaba claro que pensar en Italia, en su familia y en la cocina le gustaba.

De hecho, empezaba a apreciar lo mucho que a Jax le gustaba el mundo de la comida. Y lo

cierto es que se le daba bastante bien.

Yo apenas sabía descongelar una pizza y preparar magdalenas.

—¿Alguna vez has pensado en dedicarte a la cocina? —pregunté con curiosidad, llevándome un poco más de helado a la boca.

Se encogió de hombros y también siguió comiendo.

—No sé. Mi padre ya es cocinero.

—¿Y eso no te gusta?

Ladeé la cabeza sin comprender del todo, pero él apretó los labios antes de continuar:

—Sí, pero... ¿qué sentido tiene intentar serlo si ya sé que no voy a superarlo?

Fue mi turno de fruncir el ceño. ¿Qué tontería era esa? Jamás me planteé que no superar a mi tía me impidiese ser profesora (los niños, sin embargo, eran otra historia). De hecho, que ella trabajase de lo mismo era un plus, porque contaría con su experiencia y ayuda.

—No es una competición —le dije—. Si te gusta, hazlo, y ya.

—El mundo de la cocina es muy competitivo.

Me mordí el interior de la mejilla y comí un poco más de coulant. El chocolate derretido del centro era increíble. Si no hubiese visto cómo lo sacaba de la tarrina del supermercado, creería que era casero.

—Si tú lo dices... pero no pierdes nada por intentarlo, si esto te gusta.

—Quizá... Tal vez después de mi viaje por el mundo. Me gustaría pasar un tiempo explorando la cocina de diferentes países.

Una pequeña sonrisa se me escapó burlona de los labios.

—Todos los grandes chefs lo han hecho —le aseguré.

Y la sonrisa llegó a los suyos.

—Touché.

Y de pronto, cuando me quise dar cuenta, solo quedaba un trocito de coulant.

—El trozo de la vergüenza —comentó, porque era lo que se solía decir con el último—. Y es para mí.

Comenzó a llevar la cuchara hacia él, pero yo me adelanté.

Ni cuchara, ni nada. Acerqué el rostro y coloqué los labios sobre el trozo de chocolate antes de que él llegara con su cubierto.

Y me lo comí.

Cuando volví a mirarlo con una sonrisa triunfante en los labios, estaba negando con indignación fingida.

—Eres mala —susurró, mientras dejaba la cuchara sobre el plato, al lado de la mía—. Y tienes los dientes negros.

Eso me hizo reír más.

—¿Cómo de negros?

Entonces forcé mucho más la sonrisa, enseñando todos y cada uno de los dientes delanteros de

mi boca, consciente de cómo me vería... pero al mismo tiempo muerta de la risa.

Los labios de Jax se curvaron sin que pudiese fingir más el enfado, y susurró:

—Eres increíble, Olivia.

Segundos después me estaba besando.

Ni siquiera me dio tiempo a burlarme porque hubiese vuelto a usar mi nombre real, y no piojosa.

Sus labios se habían posado sobre los míos, mientras llevaba las manos a ambos lados de mi cintura, atrayendo mi cuerpo hacia el suyo y separándolo de la encimera.

Me reí contra su boca y susurré «Lo sé», para luego devolverle el beso.

Me gustaban los besos de Jax.

Me gustaba cómo me hacía sentir, cómo me acariciaba y me envolvía en una nube de deseo y dulzura.

Era increíble cómo un chico de apariencia tan dura podía volverse tan tierno e íntimo en cuestión de segundos.

Cómo podía fastidiarme y hacerme rabiar para luego conseguir que me riese tanto que mi estómago doliera.

Cómo las conversaciones a su lado eran cómodas, y conseguía ser yo misma sin tener miedo a que eso lo alejase.

Cómo no tenía que intentar ser más graciosa, o más femenina, o más amable, o más precavida.

Cómo a su lado me sentía bien. Me sentía yo.

Sus manos bajaron hasta llegar a mis caderas, y con un pequeño impulso me subió sobre la encimera. Profundizó el beso mientras mis dedos traviesos se hundían por debajo de su camiseta, acercándolo más a mí.

Lo rodeé con las piernas, sentí el bulto en su centro y, enseguida, el calor. Lo sentí sobre todo cuando sus labios pasaron a la línea de mi mandíbula, y después al cuello.

Cuando gimió en mi oído al clavarle las uñas en la espalda, o cuando sus dedos rozaron el botón de mi pantalón vaquero.

—Llévame a tu habitación —le pedí, desabrochando yo el suyo.

No tardó en hacerme caso.

Sin dejar que mis pies pisaran el suelo, me sujetó del trasero mientras mis piernas seguían amarradas a su cuerpo, y me transportó a pequeños pasos desde la cocina hasta su habitación.

A nuestro alrededor esa conocida burbuja de cercanía, de deseo, de placer, nos envolvía. Esa burbuja donde solo estábamos él, yo y nuestra respiración agitada.

Mi espalda chocó contra el colchón blando de su cama, para poco después notar su cuerpo sobre el mío. Me quitó la camiseta, mordiendo el dobladillo por debajo, y yo me reí. La ferocidad en sus ojos me atrapaba y me encendía más.

Le quité la suya, y apartó mi sujetador para luego cubrir aquel pedazo de piel con sus labios. Para llenarlo de tantos besos que me hicieron cerrar los ojos, y luego bajar en un camino delicado

hasta el botón de mis pantalones.

Y no parar allí.

Hundió la cabeza entre mis piernas, haciéndome gemir cuando su lengua pasó por el punto sensible en mi centro.

—Jax... —susurré, con los ojos cerrados—. Oh, mierda...

Su lengua continuó jugando un rato más, hasta el punto de casi hacerme llegar al final. Sin embargo, acabó apartándose en el momento justo, dejándome húmeda y jadeante.

Me senté mejor en la cama mientras él se alejaba para buscar un preservativo, y cuando se hundió dentro de mí, cuando lo sentí profundamente, y sus ojos no abandonaron los míos, pensé que estaba perdida.

Que había metido la pata.

Y que por mucho que intentase evitarlo, al final me estaba enamorando de Jax DeLuca.

38

Probablemente jamás echaría de menos trabajar en Alitas Picantes. Una vez terminara el curso dejaría el trabajo. Mi tía me había convencido de que intentara disfrutar de mi último verano antes de la universidad.

Todavía tenía la idea de ir a la que había cerca de casa y seguir viviendo con mi tía. Teníamos una buena dinámica familiar y, además, eso me ahorraría mucho dinero. Por otra parte, optar a préstamos estudiantiles que pagasen poco más que mi matrícula y que luego tuviese que devolver no me entusiasmaba...

—Y con esto serían diecisiete dólares.

La pareja que tenía enfrente me pasó veinte y me dijo que podía quedarme con el cambio. Jamás lograría alcanzar a Jax y su insana cantidad de propinas, pero había aprendido que con una sonrisa te dejaban más.

Guardé el dinero en la caja a tiempo de ver aparecer a los relevos. Con un suspiro de alivio agité la mano hacia mi compañera y me dirigí a la parte trasera mientras más clientes aparecían. Jax me esperaba apoyado contra la pared.

—¿Un día duro, piojosa? —se burló.

Veamos... El examen de Historia no me había salido tan bien como esperaba, probablemente no sacara más de un notable. Tuve que ducharme con agua fría por la mañana porque el calentador se había estropeado y, cuando mi tía llamó, le dijeron que tardarían unas horas en poder ir a arreglarlo. Y encima era viernes y había tocado trabajar.

Me acerqué a él, poniéndome de puntillas para poder llegar a su rostro y besarlo.

—Como cualquier viernes —fue mi respuesta.

Sus labios se curvaron en una sonrisa poco antes de que yo los rozara con los míos, pero nada más hacer contacto se entreabrieron, convirtiendo un beso sencillo en otro más ardiente.

Fui a quejarme, pero sus manos pasaron por mi cadera, tiraron de la camiseta amarillo pollo

para acercarme más a él. Mi estómago chocó contra el suyo y cerré los ojos, sumergiéndome en el beso.

—No dejo de preguntarme por qué narices no puedo mantener las manos quietas cuando estoy contigo —susurró contra mi boca.

Llevé las mías hacia su cuello, para sostenerme más cerca de él, y así poder enterrar los dedos en sus rizos castaños. Después de haber usado su champú aquel día en la ducha y pasar un día oliendo a él, estuve tentada de buscar la marca en el supermercado y comprarme el mismo.

Mierda, me estaba convirtiendo en una acosadora.

—¿Sabes? También me hago la misma pregunta —me burlé, mientras mordía su labio inferior —. Qué curioso.

Jax gimió, sus dedos subieron un poco más, a mi cintura, y me apretaron con fuerza.

—Realmente curioso...

—Sí, y si os despido lo sería mucho más.

Nos separamos rápidamente (o, al menos, yo lo hice), ante la voz de nuestro encargado. Nos miraba con los brazos cruzados y expresión de pocos amigos.

Me aclaré la garganta y murmuré un breve «lo siento» al pasar a su lado para dirigirme directamente hacia la salida. Poco después me siguió Jax.

Sabía que, si nos consentía aquellas muestras de afecto y no nos había echado aún, era por toda la clientela que Jax atraía al local. Nuestros turnos eran una completa locura por la fila de jóvenes que se acercaban a que él les sirviera la comida.

A decir verdad, si ganaba tantas propinas también era porque no paraba en ningún momento de trabajar.

—No dejas de meterme en líos, Jax DeLuca —me burlé, camino de su coche.

Él llegó a mi altura y pasó una mano por mis hombros, dificultando así nuestro camino, pero haciendo que las mariposas revoloteasen en mi interior.

—¿Tendré yo la culpa? Aquí la piojosa que se lanzó a besarme en el trabajo fuiste tú.

Culpable.

Y nada arrepentida.

Jax puso a mi querida Taylor Swift todo el camino, y cuando llegamos al complejo de apartamentos estaba sonriendo como una tonta mientras tarareaba el final de «Look what you made me do».

Aparcó cerca de la entrada y, mientras me quitaba el cinturón y salía, aún tenía la canción en los labios, metida en mi mundo. Mi tía me había prometido hacer una cena rica para compensar la ducha fría de por la mañana, y eso mejoraba mucho mi ánimo.

Por eso mismo, al girarme, no vi venir a Jax.

—Aunque en realidad, sí sé por qué no puedo contenerme cuando estoy contigo... y es que me encantas —susurró.

Y segundos después volvía a besarme, como en Alitas Picantes, atrapando mi boca con

agresividad y sujetándome de las caderas. Solo que esta vez también me apresó contra el coche.

Solté un pequeño jadeo, tomada por sorpresa, pero no tardé en rodearlo y hundirme en su beso, que despertaba la sangre bajo mi piel. La temperatura subía en mi interior y el cansancio del trabajo había desaparecido completamente.

Solo sentía a Jax, besándome con ganas, y cómo mi cuerpo siempre reaccionaba a él.

—¡Vándalos!

El beso se rompió, y Jax se separó unos centímetros de mí. A lo lejos, por donde los cubos de basura, vimos un bastón sacudirse en el aire mientras el señor mayor del primero nos gritaba.

No pudimos evitar echarnos a reír, porque al menos no se molestó en intentar perseguirnos. Suponía que ya nos tenía por una causa perdida, pero al menos se desfogaría gritándonos.

Maldito Jax, nunca tuve problemas con el vecindario hasta que decidí juntarme con él... Pero tampoco es que me importara mucho.

Nos alejamos del coche y subimos las escaleras. La magia se había roto, pero todavía notaba el calor en mi cuerpo y el hormigueo de sus labios sobre los míos.

Cuando llegamos al descansillo del segundo piso, la puerta de su apartamento se abrió y Tony nos saludó con una sonrisa.

—Me voy a trabajar, chicos —se despidió, y pasó de largo dando un pequeño golpe en el brazo a Jax—. Portaos bien.

Lo seguí un instante con la mirada mientras continuaba escaleras abajo. Al volverme, Jax ya estaba camino a su casa, y yo seguía en el último escalón.

Apreté los labios, lo miré durante unos segundos, después a la puerta de mi apartamento, de nuevo a él... y sus ojos burlones me miraban con la mano en el pomo de la puerta.

Oh, a la mierda. Si ya había decidido disfrutar del momento, ¿no era mejor aprovechar todos los que pudiera hasta que nuestro tiempo se terminara?

Así que le devolví la sonrisa, fui tras él y me colé dentro de su apartamento.

Nada más dejar la mochila con los libros de clase en el suelo, mi cuerpo volvió a ser apresado, esta vez contra la puerta, y los labios de Jax llegaron veloces a mi boca.

Ya no había público y me dejé llevar. No solo le rodeé el cuello, sino que me encaramé sobre él, rodeándolo con las piernas y dejando que me sostuviera en el aire, con mi espalda en la madera. De esa forma podía sentirlo con más fuerza en mi intimidad.

—¿Quieres hacerlo? —me preguntó, llevando los labios a mi cuello.

Cerré los ojos, y sentí cómo me tomaba por el trasero y sus labios humedecían mi piel. Mientras me sujetaba con una de sus manos, comenzó a subir la otra, metiéndola bajo mi camiseta y trazando suaves caricias con la yema de los dedos hasta llegar a mi sujetador.

Después de unos segundos, lo había desabrochado.

—Sí —susurré.

Y clavé las uñas en sus hombros, por encima de la tela de la camiseta. Jax jadeó, y miles de escalofríos recorrieron mi piel cuando su aliento me golpeó el cuello.

—Mierda, te follaría aquí mismo.

Apreté los labios, imaginando la escena. Atrevido...

Sin embargo, me alejó de la puerta y, sin soltarme, fuimos hasta su habitación. Quizá fuese muy lanzado, pero no dudábamos de que cabía la mínima posibilidad de que su padre, que acababa de irse, se hubiese olvidado algo y volviera. Como la cartera.

Por eso mismo también cerramos la puerta nada más pasar.

Jax me sacó la horrible camiseta por la cabeza, y con ella se fue el sujetador ya desabrochado. Sus ojos me recorrieron entera, fijándose en mi pecho que subía y bajaba agitado. Me encantaba cómo me hacía sentir cuando me observaba así, como si yo fuese... increíble.

Se agachó frente a mí y me levantó una pierna para quitarme la zapatilla. Después hizo lo mismo con la otra, y yo me relamí los labios, viéndolo a mis pies.

Volvió a incorporarse tras quitarse también las suyas, y sus manos regresaron sobre mí pero solo fue para tirar de los pantalones y bajarlos.

Cuando estuve totalmente desnuda frente a él, me las apañé para arquear las cejas con picardía.

—Me siento en desventaja, ¿sabes?

Sus ojos brillaron y volvieron a recorrerme entera con la mirada.

Y entonces me dio la vuelta.

Acabé colocando las palmas de las manos sobre el pequeño escritorio, y cerré los ojos cuando sentí sus dedos posarse en mis caderas y avanzar hacia delante. Su boca llegó a mi cuello, libre gracias a la goma de pelo que me ponía para trabajar.

—Enseguida resolveremos ese asunto —susurró.

Llegó a mi centro, y contuve el aliento cuando comenzó a tocarme. Inconscientemente abrí un poco más las piernas para él, para que pudiese llegar mejor.

—Jax... —musité.

Con sus labios cerca de mi oreja, escuchaba también su respiración entrecortada.

—Mierda, me encantas —dijo.

Y sin dejar de tocarme con la otra, una de sus manos se alejó de mí. Segundos después, lo sentí, desnudo de cintura para abajo, contra mi trasero.

Continuamos un rato más así, entre jadeos y movimientos traviesos, hasta que finalmente se alejó para ponerse un condón.

No aparté las manos del escritorio, sobre todo cuando sentí cómo se amoldaba a mi entrada, mientras sus dedos continuaban tocándome por delante, sujetándome más contra él.

Me penetró despacio, sin dejar de respirar en mi cuello, cerca de mi oreja, envolviéndome con su aliento, y después comenzó a moverse. Entre las embestidas y sus dedos juguetones, no tardé demasiado en terminar, y él lo notó.

Entonces me aparté para girarme, y me encontré con sus ojos, confusos durante un momento... Hasta que me subí sobre el escritorio y lo rodeé con las piernas para volver a pegarlo a mí.

Esta vez entró rápido, sin premeditaciones. Sus ojos unidos a los míos se cerraron durante unos segundos.

—No tengas miedo a hacerme daño —murmuré, tomándole del cuello para acercarle más.

Se movió ágil y profundo, hizo temblar el escritorio, y casi consiguió que volviera a tener un orgasmo con él.

Jax y yo no teníamos nada serio. Solo éramos amigos. Amigos que se acuestan. Había accedido a ello sabiendo las consecuencias y decidida a disfrutar mientras durase, hasta que él se alejara. Sabiendo que saldría herida.

Era una maldita masoquista.

—Bueno, ha estado bien.

Apreté los labios mientras Jax volvía el rostro hacia mí y fruncía el ceño. Estábamos tumbados en su cama, con la respiración todavía algo acelerada por lo que acabábamos de hacer y... total y completamente desnudos.

—¿Solo bien? —preguntó.

Más bien se quejó. Y eso hizo que no pudiera contener más la risa. Ladeé la cabeza y jugueteé con mis piernas entre las suyas. Estaban prácticamente enlazadas.

—Ya sabes lo que dicen... para mejorar hay que practicar —le piqué.

Alzó las cejas y dejó de lado el ceño fruncido para cambiarlo por una expresión más divertida y coqueta. Entonces susurró:

—No sabía yo que fueses tan traviesa, piojosa...

—¿Acaso me tomas por una niña inocente?

Se alejó un poco, lo justo para poder verme mejor mientras sus ojos recorrían mi cuerpo hasta llegar al pecho desnudo. Podría sentir vergüenza, pero con Jax era difícil. La forma en que me miraba... Era deseo. Admiración. Fuego.

—Ni niña... —comenzó a susurrar y regresó la mirada a la mía—. Ni inocente.

Me tomó desprevenida cuando en un movimiento brusco movió su cuerpo y obligó al mío a apartarse, todo para quedar él encima. Sentí el calor de su desnudez cubrirme como una manta y las llamas volver a avivarse en mi interior.

Bajó el rostro unos centímetros hasta que las puntas de nuestras narices se rozaron, pero cuando pensaba que iba a besarme, se apartó y en su lugar me dio un suave mordisco en la mejilla.

No pude evitar reírme.

—¿Y eso? —pregunté mientras se alejaba unos centímetros.

No contestó, pero no me importaba. Me encontraba demasiado relajada allí, con él, juntos, solos... Alcé la mano sin pensar mucho en qué estaba haciendo y la llevé a los suaves rizos que caían sobre su frente. A veces llegaban a taparle los ojos. El pelo le crecía bastante rápido. En un

pequeño movimiento hice el amago de apartarlo, pero volvió a su lugar por la postura. Aun así fue agradable sentir el tacto de su cabello en aquella pequeña caricia.

—Deberías cortarte el pelo.

Sus ojos sostuvieron mi mirada. Él también parecía relajado. Porque estábamos compartiendo un momento, un instante en nuestras vidas, íntimo, que no era de nadie más.

—Tengo tijeras en la cocina, ¿te animas?

—¿Confiarías en que yo te cortase el pelo?

—Por supuesto que confío en ti.

Sin condicional. Era una afirmación. Más bien, una declaración. Bajó un poco más el rostro, hasta que nuestras narices chocaron de nuevo, y esta vez me besó de verdad. Un beso lento pero profundo, de esos que se graban en tu alma y quedan en la memoria, de esos que recuerdas cuando las situaciones se vuelven difíciles.

Como si sellara una promesa.

Diez minutos después, Jax reafirmaba su intención de confiar en mí. Porque estábamos en el baño de su casa y yo tenía unas tijeras en las manos.

—No lo he hecho antes. Podría provocar un estropicio.

—Es pelo, piojosa —me aseguró tras mojarse con agua del lavamanos el cabello—. Crecerá.

Bueno, quizá si solo retocaba las puntas... Apenas lo suficiente para dejarle los ojos al descubierto, eso es.

Tomé aire y me incliné hacia delante. Aquello era una completa locura. Ni siquiera me había dado un peine. Utilicé mis dedos índice y anular para atrapar los mechones delanteros y entrecerré los ojos para enfocar bien mientras acercaba las tijeras.

—Relájate, piojosa. Porque si me sacas un ojo... eso seguro que no tiene arreglo.

¿Cómo podía tener humor para hacer bromas? Las tijeras temblaban en mi mano a causa de los nervios. Pero tomé aire nuevamente y estiré bien el pelo.

—¡Ay! —exclamó y casi me sobresalta—. No me tires así, que haces daño.

—Entonces no bromees y déjame hacer mi trabajo tranquila —le pedí.

Noté el aire que expulsaba por la boca al reír.

—¡Piojosa, sí, piojosa! —replicó, al estilo militar.

Idiota... Pero yo también me estaba riendo.

Al final me atreví a cortar solo los mechones de la frente y apenas unos centímetros. Jax se observó en el espejo con una mueca de satisfacción en la cara.

—Ha quedado irregular —suspiré.

Era cierto. Estaba más largo en el lado derecho que en el izquierdo. Por lo menos era muy poco y crecería rápido.

—No creas. Cuando seque y se rice nadie lo notará —me aseguró.

Después pasó un brazo por mis hombros, me atrajo hacia él y me sonrió a través del espejo.

—¿Te das cuenta de la clase de bromas que puedo hacer ahora? Una piojosa me ha cortado el pelo.

Ya empezábamos... Hice el amago de alejarme, pero me apretó más contra él y añadió:

—¿Eso me convierte en un piojoso? Porque se supone que se pegan con facilidad.

—A veces eres insoportable —me quejé.

Pero en realidad no me molestaba y él lo sabía. Las bromas de Jax no tenían mal fondo. No era mala persona. Volvió el rostro de nuevo hacia mí y susurró:

—Gracias.

Acto seguido me dio un beso en la mejilla.

Cuando se alejó, mi reflejo en el espejo estaba sonriendo.

39

—¿En serio quieres ir?

—¿Yo? Pues claro. Pero si tú no quieres no tienes por qué. Llamaré a Isabella para que me recoja.

Jax murmuró unas palabras sin sentido que no llegué a entender, y me abrió la puerta del coche. Entrecerré los ojos hacia él, todavía sin entrar y sin comprender por qué, si claramente no estaba cómodo yendo a la fiesta de Mateo, se molestaba en asistir.

—Jax, va en serio —le dije, esperando que el aire caliente de finales de abril no me levantase el vuelo de la falda de tablas—. A Isa no le importará.

Mi mejor amiga siempre decía que conduciría hasta el fin del mundo por nosotras, sobre todo si eso implicaba no perderse una buena fiesta.

Cada persona tenía sus principios.

—No, está bien —me aseguró—. Me apetece pasar la noche contigo.

Entonces ¿lo hacía por mí? Pero dando por zanjada la discusión, colocó una mano sobre mi hombro y me invitó a entrar al vehículo. Cerró la puerta tras de mí y rodeó el coche hasta el asiento del conductor.

Escuchamos a la diosa Taylor en el camino hasta la fiesta. Sentí un poco de nervios al notar que había muchos coches, y tuvimos que aparcar algo lejos. No sabía cómo se sentiría Mateo al respecto. No era muy fan de las fiestas, especialmente si se trataba de su casa.

Podía imaginar lo nervioso y molesto que debía de estar porque toda esa gente estuviese allí... O eso creía...

Hasta que lo encontramos.

O, mejor dicho, hasta que encontramos la sombra de su persona.

Mateo Ford estaba tan borracho que apenas podía mantenerse en pie.

—¡Olivia! —exclamó al verme, y dejó de hablar con Carla para lanzarse sobre mi cuello—.

Chica, qué guapa estás.

Alargué las manos hasta su espalda y pedí ayuda con la mirada a mi amiga para que me lo quitara de encima. Pesaba mucho, y no quería imaginar cómo acabaríamos si terminaba por tirarme al suelo.

—Gracias —gemí, mientras sentía cómo retiraban su peso de mí.

Jax lo tomó del brazo, con una mirada un tanto preocupada.

—Oye, tío, ¿estás bien?

Mateo asintió con energía y se soltó de él... para ir a parar contra Carla, que tiró parte de su cerveza al suelo. Ella también parecía afectada, pero no tanto.

—¡Mejor que nunca! —exclamó Mateo, tan alto que se le escuchó por encima de la música—. ¡Nunca me había sentido tan bien!

No me gustó aquello. Él no era de los que solían emborracharse en las fiestas, y mucho menos de los que permitirían que una se saliera tanto de madre como aquella.

La música sonaba a todo volumen. Había botellas de cristal rotas en la cocina, cajas de pizza vacías y gente saltando en la sala. Al día siguiente limpiar aquello se convertiría en misión imposible.

Si el día de mañana tenía hijos, no pensaba dejarles montar fiestas en casa.

Entonces, Mateo se colocó entre Jax y yo. Pasó los brazos por nuestros hombros y exclamó sin mirar a nadie en concreto:

—La vida es corta, ¿sabéis? No merece la pena comerse la cabeza porque has roto con tu novio y luego lo has visto enrollarse con ese amigo que solo era un amigo. ¡No merece la pena! Os lo digo yo, que me ha pasado.

Entonces nos soltó y se fue hacia una esquina, donde estaban dos de sus amigos. Esperé un rato hasta ver cómo uno de ellos le ofrecía un trozo de pizza y le daba unas palmadas preocupadas en la espalda. Estaría bien... o todo lo que fuera posible.

—¿Sabéis qué? —comentó Carla de pronto—. Creo que Mateo tiene razón.

Intercambié una mirada cargada de confusión con Jax. ¿Se había vuelto loco todo el mundo? Hasta que mi amiga continuó:

—La vida es corta y no pienso arrepentirme de nada.

De la nada dio un paso al frente, estampó la cerveza en mi mano y se inclinó sobre mi oído para susurrar sin que Jax pudiese escucharla:

—Si Heejin puede besarse con el tonto de Ezra el Baboso, yo puedo liarme con mi hermanastro.

Y sin más se fue escaleras arriba.

¿Qué demonios acababa de pasar?

Fuertes declaraciones.

Punto número uno: ¿desde cuándo Carla sabía lo de Heejin y Ezra? ¿No se suponía que no iría a más?

Y punto número dos: ¿cómo que liarse con su hermanastro? ¡Si lo odiaba!

Le pasé la cerveza a Jax e intenté correr tras ella, pero cuando subí las escaleras la había perdido. Por lo menos, sí que vi a Isabella, que estaba hablando con Heejin.

—... no tiene ningún sentido. ¡Mira lo mal que se portó con Olivia! —escuché que le decía.

Ni siquiera me hizo falta preguntar de qué hablaban para darme cuenta. Todas mis amigas sabían lo que pasaba entre ellos.

Al verme, los ojos de Isabella se iluminaron; sabía que la había escuchado porque allí la música era más suave. Suspiré y puse una mano sobre el hombro de Heejin.

—Tranquila, ya lo sabía —admití, mientras miraba hacia todos lados—. ¿Habéis visto a Carla?

—Ha entrado en el baño —me respondió mi amiga—. Olivia, lo siento tanto... Esta vez sí que no volverá a pasar.

Devolví el abrazo a Heejin totalmente confusa. ¿Esta vez? ¿Cómo que esta vez?

Isabella suspiró y negó con la cabeza.

—Acaba de liarse con Ezra en medio de la fiesta. Y así nos hemos enterado todas...

Y por todas hablaba de Carla y ella. Lancé una mirada a la puerta del baño cerrada. ¿Qué demonios estaba pasando en la vida de mis amigas?

Primero Heejin se liaba con el mayor idiota del curso, prometía que no pasaría de nuevo... ¡y pasaba! Y ahora Carla...

—Tenemos que hablar con Carla —intervine, porque me parecía preciso—. Me acaba de decir que la vida es corta y que quiere liarse con su hermanastro.

Dos reacciones distintas ocurrieron en ese momento.

Isabella se llevó una mano al pecho y exclamó:

—Oh, Dios mío.

Heejin, por otro lado...

—¿Qué? Otra vez no.

¿Cómo que «otra vez no»? ¿Cuándo había pasado antes?

Pero no preguntamos. Me quedé con Isa mientras nuestra otra amiga golpeaba la puerta del baño hasta que Carla la dejó entrar.

Estaba alucinando.

Y Jax llegó en ese preciso momento, sin enterarse de nada.

—¿Sabéis que Mateo está vomitando en un macetero? Quizá deberíamos desconectar la luz y espantar a toda esta gente.

Su idea, aunque me pareció en parte cómica y en parte razonable, no creía que funcionase otra vez. Tarde o temprano alguien miraría el panel, conectaría de nuevo la corriente y retomarían la fiesta.

—Hola —saludó de pronto una voz detrás de nosotros.

Me giré con un horrible escalofrío.

Como si no tuviésemos suficiente, Ezra Johnson acababa de llegar.

Y de hablar.

Y de saludar.

¿No podrías perderte en la vida?

Pero como mi tía me enseñó a ser educada, me obligué a decir:

—Hola, ¿buscabas a alguien?

Sus ojos se posaron en Isabella. Después en Jax. Y finalmente en mí.

Y como peor opción de todas, decidió inclinarse sobre mí (que, en su defensa, diré que era la que más cerca estaba de él) y susurró:

—¿Has visto a Heejin? Necesito hablar con ella.

Apreté los labios y me alejé unos centímetros para mirarlo bien. ¿Qué debería decirle?

No me fiaba nada de él. Se portó muy mal conmigo. ¿Qué me aseguraba que no fuese a hacerle lo mismo a mi amiga?

Por eso mismo escupí:

—No, lo siento.

La mirada en sus ojos se suavizó, y hasta me dio un poco de pena cuando me tomó de la mano y susurró:

—Olivia, por favor...

Mierda... ¿Sentiría de verdad algo por Heejin? ¿O sería solo otro juego de popularidad como quiso hacer conmigo?

Pero mientras yo me planeaba aquellas preguntas, Jax interrumpió. Conseguí ver su rostro enfadado antes de que cambiara rápidamente a una expresión más calmada. Aun así, se movió a mi lado, pasó una mano sobre mis hombros y, cuadrando los suyos, le advirtió a Ezra:

—Estás molestando.

Los ojos del chico se movieron hacia los de Jax. Dudó un segundo, volvió a mirarme, y al final dijo:

—Te prometo que no quiero nada con tu chica, tío. Solo estaba preguntando si...

—Déjala en paz —intervino Jax, con la barbilla alzada.

Me acercó más a él, y su mirada era feroz sobre Ezra, que, en realidad, ni siquiera le hacía mucho caso.

—Que sí, que lo que digas, pero yo...

—Te ibas —completó Jax, provocando que mi rostro se volviese hacia él con velocidad—. Adiós.

¿Qué narices...?

Isabella tosió a nuestro lado. Ezra la miró, después a mí... y finalmente asintió y se alejó de nosotros.

Sobre mí, el peso del brazo de Jax quemaba. ¿Qué acababa de pasar?

Intercambié una rápida mirada con mi amiga, que estaba igual de confusa.

Dentro de mí, las emociones gritaban que Jax se había puesto celoso, pero al mismo tiempo...

Heejin y Carla regresaron en ese momento. Heejin tenía el maquillaje corrido en los ojos, y Carla las mejillas sonrosadas. ¿Qué había pasado?

No tardamos en enterarnos.

Como todas sabíamos ya lo sucedido, Heejin nos contó que tras el beso en público Ezra miró hacia todos lados y simuló que había sido una apuesta para que nadie supiera que había algo entre ellos.

Gilipollas. Ya sabía yo que era un idiota sin remedio.

Jax se atragantó con una cerveza que estaba tomando mientras la escuchábamos.

La estuvimos consolando un rato, y después Carla nos contó que no había hecho nada. Que solo se había besado una vez con su hermanastro y que probablemente era una decisión horrible porque lo odiaba.

Pero, para odiarlo, pensé... Llevaba mucho tiempo hablándonos casi únicamente de él.

Sin embargo, igual que Isa y yo éramos mejores amigas, Carla y Heejin también lo eran. Estaba muy interesada en la vida de todas ellas y en que fuesen felices, pero no quería obligarlas a contarme cosas de su vida si ellas no querían.

La fiesta terminó más pronto que tarde. Uno de los amigos de Mateo nos acabó echando a todos. Me gustó que tomasen cartas en el asunto. Mientras uno desconectaba la corriente otro nos alumbró con una linterna la salida y deseó buen viaje a casa a todo el mundo.

Isa llevó a Heejin y Carla a sus casas, y yo regresé con Jax.

El camino fue silencioso, y no entendía nada. Algo le pasaba, pero ¿qué? Probé a entablar un poco de conversación, porque era extraño no charlar con él, pero no funcionó.

—¿Te lo has pasado bien?

Se encogió de hombros.

—En realidad me da un poco de pena que el instituto vaya a acabar. Esta ha sido una de nuestras últimas fiestas.

Un pequeño monosílabo en respuesta.

Incluso llegué a mencionar el tiempo atmosférico.

—Cada vez las noches son más cálidas, ¿no crees?

No fue hasta que llegamos al complejo de apartamentos y salimos de su coche cuando lo encaré.

—¿Estás bien? —pregunté mientras avanzábamos hacia las escaleras.

El paso de Jax se ralentizó, hasta quedarse quieto finalmente. Y asintió.

—Por supuesto.

Claro.

Y yo era Hermione Granger.

—¿Es por la fiesta? —pregunté, confusa—. Si te has aburrido...

Negó con la cabeza, y se situó frente a mí. Sin embargo, tenía la mirada en los pies, como si

fuese sumamente interesante mirar ahí.

—No es eso.

Ajá, así que algo pasaba.

—¿Jax? —apremié.

Esperé largos segundos, mientras tragaba saliva, alzaba los ojos hacia el cielo, y suspiraba. Parecía confuso con sus propios pensamientos.

—Es que... yo... Creo que me puse celoso.

Oh.

Así que era eso.

Pero seguía sin entender nada.

—¿De quién?

—De Ezra Johnson.

Junté las cejas en una línea, en ese momento ya totalmente perdida en la conversación. ¿Por qué narices iba a estar celoso de él?

—Pero... si tiene algo raro con Heejin.

Se rascó la cabeza y movió un poco los ojos sobre el pavimento, alrededor de sus pies.

—Eso lo sé ahora.

—¿Entonces?

Volvió a tomar aire y, cuando alzó el rostro, su mirada se encontró con la mía. Casi podía ver la luna brillando en su pupila.

Dio un paso hacia mí, y no me alejé. Me gustaba su cercanía.

—Me puse celoso porque pensé que quería algo contigo, y aunque tú y yo no hemos formalizado nada, yo...

Sentí que la boca se me secaba.

¿Él... celoso?

Hasta que continuó:

—Estaba celoso. Muy celoso, de pensar que quería algo contigo.

Tragué saliva y tomé su mano en la mía.

—No pasa nada por tener celos. Al menos mientras seas consciente de ellos y los puedas controlar.

Eran algo normal, pero no debíamos dejar que controlasen nuestras vidas.

Sin embargo, Jax soltó su mano.

—No lo entiendes, Olivia —dijo mientras negaba con la cabeza. Su voz era rasposa, casi torturada—. Si tengo celos de él... ¡es porque te quiero!

Aquello último prácticamente lo gritó, con los ojos clavados por fin en mí. Abrí los míos, tomada por sorpresa, pero al verme, su mirada se relajó. Tomó aire, suspirando, y acabó por susurrar:

—Es porque estoy enamorándome de ti...

40

El tiempo a mi alrededor pareció congelarse.

Nada existía. Solo nosotros dos, en aquel aparcamiento, de noche.

Sus ojos, sin soltarme.

Y sus palabras.

«Porque estoy enamorándome de ti...».

Cuando hablamos sobre nuestra relación, cuando la definimos como amigos que ocasionalmente se acostaban, todo estaba bien. Pero después de eso fuimos cambiando, yo lo hice y la forma en la que me sentía respecto a él también. Para mí, no era solo un amigo...

Y, por lo visto, a él le había pasado algo parecido.

Y aunque sabía que el corazón tenía que latirme a mil por hora, que debía saltar de felicidad porque el extraño sentimiento que me había asolado era correspondido... porque, aunque no lo dijera en voz alta, yo también estaba enamorada de él... algo me decía que no era el momento. Su expresión, el modo en que me lo dijo, gritaba que...

Que estar enamorado no lo estaba haciendo feliz.

Que darse cuenta de todo lo que le pasaba lo estaba torturando.

De alguna manera, me las arreglé para preguntar:

—¿Y por qué me lo dices como si fuera malo?

Aunque «horrible» había sido la primera palabra que me había cruzado la mente. Y eso dolía.

Jax parpadeó, apartando la mirada unos segundos, pero regresó.

—Porque yo no quería enamorarme, Olivia. No puedo hacerlo. Volver a perder a alguien...

Sus dedos se deslizaron de los míos. El zumbido de la noche nos envolvía, y mi corazón latía tan rápido que parecía capaz de escaparse del pecho.

¿Qué estaba pasando?

—No vas a perderme —le aseguré.

Traté de volver a atrapar su mano, pero él la apartó.

—¿Y cómo puedes saber eso? ¿Cómo puedes asegurar que no tendremos unos meses muy buenos, para luego estar más jodidos cuando yo me vaya en verano? Es mejor ponerle freno ahora, antes de que esto vaya a más y ambos suframos demasiado.

—¿No crees que merecería la pena?

Sentía las lágrimas picar detrás de los ojos, pero no lloraría. No ahí.

Dolía escucharle decir que, en realidad, sí estaba teniendo sentimientos por mí... pero que él mismo se negaba y los echaba por tierra.

Y yo era una idiota ilusa, porque fui quien en primer lugar aceptó que no fuésemos más que amigos.

—¿Desde cuándo sufrir merece la pena? —alegó.

Guardé silencio, porque no tenía respuesta a su pregunta. Por dentro Jax estaba tan roto que nadie podía sanarlo. Solo él mismo tenía ese poder.

Pero no estaba preparado para hacerlo.

—Desde que querer a alguien compensa —repliqué por fin, pero el brillo en sus ojos me respondió que él no pensaba igual.

Mantuve su mirada, me negaba a ser la primera en ceder.

Nunca pensé que la noche se torcería tanto, y de aquella forma.

—¿Y si no compensa lo suficiente? —preguntó.

Entrecerré los ojos para mirarlo. Estaba dolida.

—¿Eso piensas tú? ¿Que quererme no compensa lo suficiente?

Negó con suavidad, sacudiendo la cabeza de un lado al otro, sin apartar la mirada. Y, aun así, lo notaba lejos.

Demasiado lejos de mí.

Era increíble la rapidez con la que cambiaban las cosas, con una sola frase... con un sentimiento.

Hacía unos minutos el corazón me aleteaba con fuerza por la confesión, y ahora...

—No, claro que no pienso eso, Olivia.

El frío de la noche comenzaba a ser demasiado, a ser insoportable.

El frío de su distancia era peor.

—Pero sí creo que esto se va a terminar en algún momento —continuó—. Y que, si sigo así, me enamoraré tanto de ti que no podré dar marcha atrás.

Dejé que sus dedos encontrasen los míos y se entrelazasen. Como si una parte de mí, la masoquista, se estuviese negando a dejarlo ir.

Jax continuó:

—Me enamoraré tanto de ti, porque es tan malditamente fácil hacerlo, que sería capaz de cambiar mi vida, mi viaje a Italia, mi año sabático, por seguir a tu lado.

Dejé que su rostro bajase sobre el mío y que nuestras frentes se apoyasen la una en la otra.

—Me enamoraré tanto de ti que serás el centro de mi vida.

Dejé que nuestras respiraciones se uniesen en una sola, mezcladas por la cercanía.

—Me enamoraré tanto de ti que te convertirás en lo más importante y me olvidaré de mí mismo.

Dejé que mi mirada regresara a la suya. Dolida. Sola.

Jamás debí aceptar ser solo su amiga.

Jamás debí acceder a que nos comportáramos como pareja sin serlo.

Jamás debí enamorarme de Jax.

—¿Y tan malo sería?

Mi voz apenas fue un sonido ahogado, muestra de cómo me sentía por dentro.

De cómo él me estaba haciendo añicos, despacio.

De cómo yo misma me había dejado llevar hasta aquella situación.

Porque dejarme llevar con Jax DeLuca nunca fue buena idea.

—Sería igual de malo que si tú te enamorases de esa forma de mí —finalizó—. Si echases por la borda todo el futuro que tenías pensado, solo por seguir conmigo... No lo soportaría.

Tomé aire, y separé el rostro de él.

El aire de la noche y la tenue luz del firmamento nos envolvió. Me parecía increíble estar viviendo aquel momento, aquella extraña separación...

Y lo mucho que, en realidad, dolía.

Porque quizá yo no le dije nunca si sentía o no celos.

No le dije que lo quería.

No le dije que estaba enamorada...

Pero eso no significaba que no lo estuviese. Que no lo quisiese ...

Y mucho menos, que no doliese.

—Jax... —susurré.

—Lo siento. Nunca quise hacerte daño.

—Pues felicidades —repliqué, sintiendo la punzada del aguijón del dolor tomar el control de mi lengua.—. Porque lo has conseguido.

Tragué saliva, y mis pies finalmente fueron capaces de poner distancia entre nuestros cuerpos.

Porque si Jax iba a terminar con todo, por lo menos no me arrastraría. No lo haría.

—Olivia...

—Que te jodan, Jax DeLuca.

Di un paso hacia atrás, y noté la frescura de la noche cubrir mi cuerpo.

—Que te jodan, por haberme dejado enamorarme de ti.

Y subí las escaleras corriendo, casi de dos en dos, hasta mi casa.

Sin mirar atrás. Sin esperar a que me siguiese, porque sabía que no lo haría.

Porque Jax DeLuca no solo quería evitar a toda costa enamorarse. Tenía miedo de hacerlo.

Y como una idiota, yo había caído. Me había enamorado. Y me habían roto el corazón. Y

aunque no era su culpa, porque siempre dijimos que no seríamos más que amigos con derecho a roce... en aquel momento él también estaba rompiendo nuestra amistad.

Querer a alguien para mí no implicaba solo el romance, también la amistad. ¿Y no dolería si nuestra amistad terminaba?

Si le ponía fin, como acababa de hacer.

Como una idiota tuve la ilusión de pensar que la gente cambiaba. Que él lo haría. Que el amor lo podía todo.

Pero la vida no era un cuento de hadas.

El amor no lo puede todo.

La gente no cambia tan fácilmente.

Y los corazones se rompen con demasiada facilidad.

41

—No estás sola. Nunca estarás sola.

Asentí contra el estómago de Isabella, mientras ella me hacía caricias en la cabeza, me apartaba el pelo del rostro y me repetía lo mucho que me quería y que siempre estaría a mi lado.

Porque mentiría como una idiota si dijese que no lo pasé mal después de aquella noche con Jax.

Ni siquiera sabía cómo había conseguido que tía Jenna no me viese llorar, pero tan pronto como entré en mi habitación esa noche, tan pronto como Isabella apareció en su coche para recogerme a la mañana siguiente mis ojos se convirtieron en un mar de lágrimas infinito.

Tenía que sacarlo.

Mi dolor.

Mis sentimientos por Jax.

Nuestros recuerdos.

Debía sacarlo todo de mi interior lo antes posible. Debía gastar cada una de esas lágrimas, todas las que necesitase, para renovarme. Para que nadie lo notase.

Ni mi tía.

Mucho menos Jax.

—Lo sé —gemí sobre las piernas de mi amiga, sabiendo que estaba mojando su ropa con mis lágrimas—. Gracias.

Isabella me dio otro beso más sobre la coronilla, y continuó acariciándome mientras yo no podía parar de llorar.

Antes de conocer a Jax me gustaron otros chicos, pero no fue amor. No estuve enamorada.

Le había preguntado a tía Jenna cómo sabías que lo estabas, pero, cuando lo descubrí... fue tarde.

Ahora lo sabía.

Estabas enamorada cuando te importaba la otra persona. Cuando era tu amigo. Cuando querías su felicidad.

Cuando la mezcla de deseo y de un cariño como el de la amistad se unían.

Yo había estado enamorada de Jax DeLuca, por mucho que me empeñase en negarlo, y aún lo estaba.

Pero el tiempo tendría que actuar y conseguir que lo olvidase.

Apenas un mes más de clases, y él se iría a Italia. Porque al final habíamos roto tan solo un mes antes de lo esperado. Nada que no hubiese predicho...

Exceptuando lo mucho que me iba a doler.

Ni siquiera siendo consciente de ello pude evitarlo.

—Te quiero —susurró Isabella sobre mí.

Moví la cabeza para mostrar que la había escuchado.

—Y yo a ti.

Pasé todo el fin de semana en su casa. Tía Jenna me acercó algo de ropa, que recogieron sus padres y subieron a la habitación de Isabella. Ella sabía que pasaba algo, pero también que necesitaba mi espacio, y no presionó.

Ni siquiera insistió cuando le pedí permiso para quedarme asimismo la noche del domingo, aunque el lunes hubiese clase. Simplemente trajo también mi mochila y los libros, e Isabella me acercó al instituto al día siguiente.

—¿Estás bien? —preguntó cuando llegamos.

Asentí, aunque no era cierto. Todavía continuaba en la estúpida fase de duelo y, por mucho que quisiera librarme de ella, no era tan sencillo.

En especial al darme cuenta de que Jax estaba en la puerta de entrada cuando llegamos.

—Olivia —me llamó.

Pero Isabella apretó mi mano con fuerza y, al igual que se había hecho su amiga cuando él y yo nos empezamos a llevar bien, lo ignoraba como si no existiera en aquellos momentos.

En Historia noté su bolígrafo clavarse al menos cuatro veces en mi espalda, pero seguí ignorándolo.

Sin embargo, cuando llegué a casa el lunes tras el instituto, ya no pude hacerlo más.

—¿Qué quieres? —le espeté nada más cerrar la puerta del coche de Isabella.

Jax estaba sentado en el bordillo que había delante de nuestro portal, al lado de la barandilla que siempre ocupaba. Durante un segundo me planteé ignorarlo, hasta que recordé que además de compañeros de clase y vecinos, también trabajábamos juntos.

Vaya, que ignorarlo no era una opción.

Con la barbilla alta y la estúpida dignidad medio intacta, intenté sostenerle la mirada.

Su estúpida y maravillosa mirada.

Esperaba muchas cosas.

Un «te lo advertí, piojosa».

Un «esto fue demasiado lejos».

Pero lo que no imaginaba, fue su...

—Lo siento.

Esto me dio todavía más rabia, me retorció las tripas, y apreté las manos hasta que se me pusieron blancas.

—¿Por qué? —le reté.

El pecho de Jax se hinchó mientras respiraba. Isabella ya se había alejado con el coche, dándonos espacio, aunque sabía que estaba pendiente del móvil por si necesitaba ayuda. Solo ella sabía cómo lo estaba pasando.

—Porque te hice daño, y lo siento.

—No tanto como crees.

Mantuve la barbilla alzada, pero estaba claro que no me creía. Ni yo misma lo hacía. Ambos sabíamos que era una mentira.

—Olivia, nos conocemos y...

—No, no nos conocemos —le interrumpí, enfadada—. Yo pensaba que lo hacíamos, que éramos amigos, pero no. Porque sigues siendo el mismo chico idiota que vive en el apartamento de enfrente, que me llama piojosa como si tuviésemos todavía doce años, y al que odio.

El sufrimiento hablaba por mí. Ni le odiaba, ni pensaba que fuese el mismo chico idiota de doce años..., pero mantener esa idea hacía más llevadero el dolor.

—¿Me odias?

Sus ojos relampaguearon, y se movió unos centímetros más cerca de mí.

No pude evitar pensar en lo guapo que estaba, con su cabello revuelto, sus ojos centelleantes y la camisa abierta.

Sin embargo, eso no era suficiente. Porque, al final, volvíamos al inicio. Al hecho de que yo quería más, y de que él había tenido suficiente.

Quizá demasiado.

Una parte de mí también se fustigaba. ¿Le habría atosigado demasiado? ¿Me habría pasado de empalagosa? ¿De cercana? Siempre pensé que él...

Que él también lo quería.

Supongo que me equivocaba.

—Con toda mi alma —respondí.

—¿Estás segura?

Tomé aire despacio.

—Completamente.

Mentira. Pero a medias.

Porque una parte de mí lo odiaba, de la misma forma que me odiaba a mí misma. Por haberme enamorado de él. Por haber caído en aquella horrible trampa del destino.

—Pero yo no te odio —repuso.

Apreté los puños y lo fulminé con la mirada.

—Ese es tu puto problema.

Intenté subir las escaleras hacia el portal, pero él volvió a llamarme:

—Olivia.

Y, como una tonta, yo frené.

Me volví hacia él con el corazón latiendo a mil por hora.

—¿Qué? ¿Qué quieres, Jax? ¿Hacerme más daño?

Mi voz sonó más elevada de lo que pensaba. El dolor me atravesaba como miles de puñales que no me dejaban respirar, que cerraban mi garganta y dañaban las cuerdas vocales. Solo quería huir, salir corriendo e intentar respirar bocanadas de aire que me devolvieran la vida.

Que me devolvieran la felicidad.

¿Por qué mierda tenía que doler tanto?

—No. Lo último que quiero es eso. Te lo juro.

—¿Entonces?

—De verdad que te quiero. De verdad que...

Estiró la mano hacia mí, pero yo retrocedí nuevamente, y su voz se apagó. Sacudí la cabeza y contuve las lágrimas. No podía decirme que me quería y alejarme al mismo tiempo.

Volvería a llorar, seguro. Pero no delante de él.

No lo merecía.

—Cállate. Porque si de verdad me quisieras tendrías las agallas de arriesgarte por mí.

Podía intentar comprender por qué Jax no quería arriesgarse al amor. Pero al final, igual que Heejin no pudo evitar preocuparse por un imbécil como Ezra Johnson, igual que Carla no odiaba del todo a su hermanastro...

El amor era un sentimiento tonto y horrible que no podíamos controlar. Nadie podía.

Y él había decidido que entonces, como mínimo, sufriría lo justo.

Y que yo no valía el riesgo.

Porque podríamos haber seguido como hasta entonces, ser amigos con derechos, y separarnos en verano. Pero él no quería tampoco eso.

—Estás siendo muy injusta... —susurró.

Eso hizo que me enfadara mucho más. Con el dedo índice apuntando hacia él y sintiendo el calor de la rabia en mi interior, comencé a decir:

—No, ¡tú lo estás siendo! Dices que me quieres, pero que como puede que esto se acabe no vas a arriesgarte, porque no quieres salir herido.

Sus labios se apretaron, pero no contestó.

Al brillo de la luna llena podía ver sus ojos relampaguear, el estómago me apretaba, y deseaba lanzarme en sus brazos.

Pero no lo hice.

—¡Pues felicidades, idiota de mierda! Ya salí yo herida por ti. Espero que eso te parezca

suficiente.

—Olivia...

Di un paso hacia atrás.

—¡Déjame en paz!

Él intentó avanzar hacia mí, pero frenó cuando yo di otro paso más y estiré las manos hacia el frente en señal de protección.

—No me hables, no me mires, no... —comencé a decir, pero las palabras se perdían en mi garganta.

Necesité tomar varias respiraciones antes de seguir.

—Simplemente, olvídate de mí, ¿de acuerdo? —continué por fin. Y, esa vez, lo hice con lágrimas en los ojos—. Al fin y al cabo, en un mes no volveremos a vernos.

Me giré y subí las últimas escaleras sabiendo que él no iría detrás de mí.

Que nunca más estaría allí, a mi espalda.

Que ya no habría más Jax DeLuca.

42

Es increíble lo rápido que pasa el tiempo. Hacía nada, empezaba el instituto.

Hacía nada, Jax DeLuca se mudaba al apartamento de enfrente.

Hacía nada, cometía un error y enviaba un mensaje equivocado al grupo de clase.

Hacía nada, besaba a Jax DeLuca.

Hacía nada, me rompía el corazón.

Y ahora, estaba en una tienda de vestidos con mis amigas y Mateo Ford, buscando el traje ideal.

Heejin había encontrado un vestido blanco increíble, estilo princesa, que prácticamente le obligamos a comprar.

Carla uno rojo despampanante que iba con su personalidad. Además, era muy probable que el idiota (ya no tan idiota) de su hermanastro la acompañase al baile, y ella pretendía deslumbrarle.

Isabella uno rosa diamante increíble que hacía juego con sus ojos, y yo...

—A tu piel le va genial el color azul, así que iremos de azul.

Asentí a Mateo, que llevaba un esmoquin de un color parecido. Allí en el probador de la tienda, mirándonos al espejo, parecíamos una pareja ideal de revista para el baile de fin de curso.

Nuestros trajes a juego, él tan guapo...

Y, aun así, nada de aquello me hacía feliz.

De pronto sentí un peso sobre mi hombro. Era Mateo, con su sonrisa amable brillando en el rostro.

Y eso, de alguna forma, me hizo extrañar la de Jax. Traviesa, divertida, problemática... Una sonrisa que, al final, siempre acababa sacándome una a mí.

Él se iría al día siguiente del baile, y después probablemente no volvería a verlo. Según mi tía, por lo que le había dicho Tony, Jax ya tenía apalabrada la autocaravana para remodelar durante el verano antes de irse de viaje por Europa.

Era increíble cómo, tras estas semanas, estos meses, lo único que parecía unirnos a Jax y a mí eran mi tía y su padre, y la relación que ambos tenían.

—Se supera —me aseguró Mateo, buscando mis ojos con los suyos—. El dolor, la distancia, la incertidumbre de qué será de él... Se supera. Y volverás a vivir y pensarás: «¿Por qué estaba tan mal por alguien que me importa tan poco ahora?».

Devolví la mirada a la chica imponente del espejo, a la belleza de pelo oscuro y vestido azul brillante que ni siquiera parecía yo de lo guapa que estaba.

—¿Lo prometes? —pregunté.

Aunque en realidad, no me imaginaba un futuro en el que Jax DeLuca fuese alguien que no me importase...

Los dedos de Mateo apretaron mi hombro y asintió.

—Prometo que se volverá más fácil.

Y aunque al principio no le creí, en realidad tenía razón. Él había pasado por una ruptura hacía poco tiempo.

Las primeras mañanas, cuando Isabella me llevaba a clase en lugar de él... Las primeras tardes, cuando tenía que compartir tiempo de trabajo en la central del pollo frito a su lado... Los primeros encontronazos... fueron difíciles.

Pero Jax dejó Alitas Picantes a las dos semanas. Probablemente ya tenía suficiente dinero para cumplir su sueño de viajar por Europa.

También dejé de verlo cuando Isabella comenzó a venir a buscarme quince minutos antes de la hora normal, o cuando Jax se cambió al fondo de la clase de Historia.

Heejin me preguntó si quería vengarme de él, y Carla aseguró que si necesitaba ayuda para hacerlo estaría a mi lado.

Tía Jenna también dejó de preguntar por él. Ella no sabía toda la historia, pero era una mujer inteligente. Intuía que las cosas no estaban bien.

O quizá su novio Tony se lo había dicho.

Ellos dos parecían ser la pareja ideal.

Se querían. Se abrazaban. Se entendían.

Tenían citas siempre que el trabajo de él lo permitía, y Tony iba a buscarla al colegio cada tarde.

La hacía feliz y, a diferencia de su hijo, no tenía miedo a enamorarse. Todo lo contrario.

A tía Jenna le brillaban los ojos cada vez que regresaba de verlo, y eso me hacía feliz.

Siempre pensé que seríamos ella y yo, por siempre y para siempre. Juntas contra el mundo.

Pero me equivocaba. La vida no se contaba en días, sino en momentos de felicidad.

Tony se los daba, y eso bastaba. Mientras durase aquella felicidad, bienvenida fuera. Ojalá fuese para siempre, porque ambos se la merecían.

El día de la graduación llegó más rápido de lo esperado. Y yo lloré y reí mucho. Sobre todo con mis amigas. Tía Jenna nos sacó muchas fotos. ¡Los padres de Isabella contrataron un fotógrafo profesional! Los de Heejin y Carla se unieron para hacer prácticamente una sesión:

—Niñas, ¡aquí!

—¡Sonreíd al objetivo!

—A ver, de lado.

—No, ¡del otro lado!

—¿Eso es sonreír? Venga...

—Haced como si algo os hiciese mucha gracia.

—¡Un abrazo grupal!

Al final fue hasta entretenido.

Y después vino el baile.

Mateo fue casa por casa de cada una a buscarnos con una imponente limusina. Si no fuese gay, de verdad que hubiese sido el chico perfecto para nosotras. Pero qué se le iba a hacer, así eran las cosas.

Y bueno, porque Isabella opinaba que no era su tipo de todas formas.

Llegamos entre risas al instituto con nuestros trajes y los brazos entrelazados, encontrándonos con sus amigos a la entrada, que nos silbaron con admiración.

Enseguida Isabella se fue con uno de ellos para hablar y, por mucho que Heejin lo negase, supe que había huido con Ezra. Solo Carla se quedó a mi lado, pero en cuanto su hermanastro apareció en un traje despampanante y con expresión de arrepentido en el rostro, me abandonó para irse con él.

Así, Mateo y yo nos quedamos solos.

—¿Me concede este baile, señorita? —preguntó.

Con una pequeña risa asentí, y juntos salimos al centro de la pista a bailar una canción lenta.

Mateo olía a menta, algo que me encantaba. Su pose, sonrisa y gestos eran muy varoniles, pero también amables. Era la pareja de baile ideal, hasta que...

—¿Puedo?

Me separé de él casi sobresaltada. El corazón me latía a mil por hora nada más escuchar su tono de voz.

Nada más oír a Jax.

Los ojos de Mateo miraron por encima de mi hombro, pero yo necesité unos segundos más antes de volverme para mirarlo.

Tragué saliva, mientras la música se convertía en un zumbido de fondo en la habitación, y los ojos brillantes de Jax me encontraban entre las luces parpadeantes del baile. A diferencia de Mateo, él no llevaba traje, sino unos pantalones oscuros con una camisa verde que hacía juego con su mirada. Y estaba increíblemente atractivo.

¡Maldición, Olivia! ¡Estás enfadada con él, no pensando en lo guapo que se ve!

El brazo de Jax se estiró hacia mí, en una invitación silenciosa para bailar con él.

Dudosa y sin alejarme de Mateo busqué por toda la sala a mis amigas, o al menos entre las personas que nos rodeaban, pero no había rastro de ellas. Mi hasta entonces pareja de baile se encogió de hombros, dándome a entender que aquella era únicamente mi decisión.

Podría ignorar a Jax, como había hecho hasta el momento, o...

—Está bien —asentí.

Quizá estaba loca, pero también estaba cansada. Esta sería probablemente la última vez que viese a Jax antes de su viaje a Italia y, después de todo lo que habíamos vivido, no podía engañarme a mí misma. Si de verdad quería olvidarlo, necesitaba despedirme.

Y necesitaba hacerlo bien.

Segundos después, mis dedos rozaron los suyos.

Una sacudida eléctrica e invisible recorrió mi cuerpo de arriba abajo con su contacto, especialmente cuando pasó una mano tras mi espalda, atrayéndome más cerca. Volver a estar a su lado, poder oler su aroma, sentirlo...

Apoyé la frente en su hombro, embriagándome con su aroma. Podía sentir sus rizos haciéndome cosquillas en la frente.

Lo echaba tanto de menos...

—Estás preciosa —susurró.

Mierda.

Incluso un mes después, aún tenía ganas de llorar. ¿Cuánto tiempo iba a necesitar?

Tragué saliva y respondí:

—Gracias. Tú también.

—¿También estoy preciosa, piojosa?

De mi interior salió una mezcla extraña entre risa y queja.

Risa, porque era tan sumamente cercano y fácil que sus bromas me hicieran gracia...

Queja, porque ya no podía. Ya no tenía ningún derecho a seguir usando aquel apodo.

—¿Qué quieres, Jax?

Mi pregunta sonó cansada, aunque para mí, era casi un ruego. Como si necesitase escuchar... que él me quería.

Me hizo girar casi en el aire, y yo cerré los ojos, hasta apoyar el rostro en su pecho de nuevo.

Olía a su perfume. A cercanía. A él.

Y me encantaba.

—Solo pasar tiempo contigo —contestó.

Sin separarme de él, con la mejilla contra la tela de su camiseta y los ojos cerrados, pregunté:

—¿Por qué?

Estábamos, de nuevo, en nuestra propia burbuja, la que hacía tanto tiempo que no creábamos. Pasar tiempo a su lado siempre fue increíblemente sencillo.

—Porque te echo de menos —respondió con voz queda—. Eras mi amiga.

De alguna forma, sus palabras me dolieron tanto como me gustaron. Porque él también fue mi amigo, y también le echaba de menos en ese sentido.

—Siento haberla jodido tanto —añadió, mientras dábamos vueltas en la pista—. Siento haberte hecho daño.

—Yo también lo siento —repliqué, en un susurro que no supe si llegó a escuchar.

Permaneció en silencio.

Seguimos girando y bailando, pegados. Canción tras canción, sin importar si era lenta o rápida.

Continuamos así, sin separarnos, girando en la pista, en medio de nuestra burbuja invisible. La que nos hacía estar solos y ser únicos.

Aquella que me acercaba más a él.

Había metido la pata hasta el fondo aceptando tener algo más con Jax.

Pero la había metido más enamorándome de él. Porque, aunque siempre pensé que, de alguna forma, éramos capaces de elegir nuestro propio destino, de tener opinión sobre cuándo nos enamorábamos y de quién...

Aquello era una puta mentira.

Nunca quise enamorarme de Jax. Solo dejarme llevar.

Y la vida me jodió pero bien.

Sin embargo, el daño ya estaba hecho. ¿Y tan malo podía ser un poquito más de felicidad?

Cuando la gente comenzó a irse para asistir a la fiesta real que preparaban tras el baile, yo me atreví a enredar los brazos con fuerza en su cuello. Sentí cómo sus manos se tensaban tras mi espalda. Giré el rostro, lo justo para poder alcanzar su cuello, y susurré:

—Llévame a casa.

Solté el agarre despacio, sintiendo cómo sus dedos se desplazaban por mis caderas, liberándome. Cuando nuestros ojos se encontraron, los de Jax brillaban. Y únicamente asintió.

Me despedí de mis amigas, y en silencio viajamos escuchando a Taylor Swift hasta nuestro edificio de apartamentos.

En silencio, apagó el motor del coche, y le seguí hasta la puerta de su casa.

En silencio, me puse de puntillas y rocé sus labios con los míos.

En silencio, los dos entendimos lo que queríamos.

Y aunque en las películas románticas una situación así sería más especial, aunque en los libros te las adornasen con flores y sensaciones preciosas... para mí fue solo...

Jax y yo.

Y una despedida.

Él, quitándome el vestido.

Él, besándome la espalda.

Él y yo... Una vez más.

Despidiéndonos.

Porque no habría de nuevo un Jax y Olivia.
Porque aquella sería nuestra última vez.

43

JAX

—¿Estás segura de esto?

Olivia me miró como si estuviese tomándole el pelo. Como si en realidad, ella estuviese cansada de ese tipo de preguntas. De mis ganas de saber si ella estaba bien con todo este asunto.

Pero asintió. Y eso fue suficiente.

La besé. Incliné el rostro sobre el suyo y dejé que nuestros labios se uniesen como meses atrás habían hecho, como parecían predestinados a hacer...

Mierda, cómo la echaba de menos.

—Jax... —susurró contra mi boca.

Conseguí abrir la puerta del apartamento, y entramos.

Mi padre estaba trabajando y estaríamos solos. Al día siguiente yo me iría. Tomaría la maleta que eché a un lado de una patada, iría al aeropuerto y me subiría en un avión, para viajar lejos de allí.

Y durante un tiempo, durante unas semanas, me había convencido de que aquello era lo correcto. Yo solo, siguiendo mi vida. Persiguiendo lo que quería hacer, lo que siempre quise hacer.

Una chica no podía hacerme cambiar de opinión.

Sin embargo...

—Te echaba tanto de menos —susurró.

Aunque, en realidad, creo que apenas se dio cuenta de que lo decía.

Mis manos nadaron debajo de la tela brillante de su vestido, esa que le hacía parecer una princesa, aunque Olivia jamás lo admitiría.

Era preciosa. Era fantástica. Era increíble. Y me encantaba.

Olivia tenía esa clase de belleza que no era solo física, brillaba por su personalidad. Lo supe el día en el que se acercó a mí con doce años para preguntar mi nombre. Cuando no le importó que la ignorara y comentó que mi teléfono era el mismo que el de Taylor Swift.

Cuando la dejé en mal lugar llamándola piojosa y, aun así, a lo largo de los años, continuó

sosteniendo mi mirada, sin tenerme miedo.

Cuando apareció con una cena la primera noche que nos mudamos a aquel horrible edificio de apartamentos.

Cuando se volvió enfadada al pincharle con el bolígrafo en la espalda.

Cuando me observó con sorpresa (y sin fingir) al verme en el pollo frito.

Cuando intentó ser mi amiga y me escuchó hablar de la luna, sin burlarse a pesar de todo.

Cuando me acompañó a hacerme el tatuaje.

Cuando me escuchó.

Cuando me habló.

Cuando me cuidó.

Cuando se abrió a mí.

Cuando me trató como su amigo.

Cuando fue ella misma conmigo.

Cuando pude ser yo mismo con ella.

Cuando no me apartó al ver la mierda que estaba hecho, lo dolido que estaba por dentro, y lo mucho que echaba de menos a mi madre.

Cuando se quedó conmigo...

Cuando yo... la alejé de mí.

Empezaba a sospechar que en realidad ya era muy tarde, y que me había enamorado de Olivia, la maldita piojosa... y también que lo había fastidiado todo.

Lo había hecho al alejarla de mí, por decir que no quería enamorarme, por tenerle miedo a enamorarme y aún más de ella. Pero ya no había vuelta atrás.

Porque yo me iría a Italia al día siguiente y no me volvería a ver.

Y ya no merecía la pena causarle más dolor.

—A tu habitación —susurró en mi oído mientras mordía el lóbulo de mi oreja, como tantas veces había hecho antes.

Le hice caso, y la abracé y besé todo el camino hasta mi cuarto.

La dejé caer en la cama y la desvestí sin dejar de cubrirla con pequeños besos, todos y a la vez menos de los que se merecía.

Pasé la lengua por su espalda desnuda, y exploté por dentro con su sabor, con su piel salada y el sonido de sus gemidos.

Olivia...

Olivia lo era todo.

Todo lo que quería. Todo lo que necesitaba.

—Jax... —susurró.

Maldición.

Me separé para buscar un condón en mi mesilla de noche y me lo puse, pero entonces Olivia colocó ambas manos sobre mi pecho y me empujó sobre la cama. Caí en ella, sentado, con las

manos estiradas en el colchón para mantenerme erguido.

Y después ella se subió sobre mí.

Sus ojos conectaron con los míos, y volvió a poner ambas manos en mí, hasta afianzarlas en mis hombros. Sentí sus piernas a un lado y otro de las mías, abierta sobre mí, hasta que lentamente fue bajando.

El calor de su humedad me rodeó, y llevé mis manos a sus caderas, sujetándola mientras comenzaba a hundirse dentro de mí. Cerré los ojos, y mi jadeo se convirtió en un suave gruñido cuando ella hizo el primer movimiento, arriba, abajo, trazando un delicado círculo.

Esta era nuestra despedida. La última vez que estaríamos juntos, antes de intentar olvidarme de ella.

Sin dejar de mirarme, continuó moviéndose sobre mí, tan despacio y profundo que me estaba llevando al borde de la locura.

Junté mi nariz a la suya, rozándola, y los jadeos de su boca inundaron la mía antes de que volviera a besarla y de que nuestros ojos se cerraran.

No quería que aquel momento terminase nunca, pero cada segundo que pasaba, cada movimiento de ella sobre mí, de su cuerpo sudado domando el mío, aumentaba más el deseo por ella.

Hasta que no aguanté más, y rompí el beso mientras hice que giráramos. Coloqué las manos alrededor de ella, posándola con cuidado sobre el colchón, conmigo encima.

Sus ojos se abrieron con sorpresa. Estaba claro que no era eso lo que esperaba de aquella noche, pero...

Me volví a hundir en ella, y sus párpados bajaron mientras me rodeaba el cuerpo perlado en sudor con las piernas. Ahora yo marcaba el ritmo.

Comencé a moverme, y sus dedos fueron clavándose en mi espalda cada vez más con cada embestida. Movió su rostro cerca, besándome en el cuello, jadeando en mi oído.

—Más fuerte, Jax... Así...

Aumenté el ritmo, percibiendo a la lejanía los golpes del cabecero en la pared. Pero no frené. Ella gimió más alto, y noté las contracciones de su interior, hasta que sus gemidos fueron tan altos que me avisaron de que ya llegaba.

Los acallé con un beso, dejando que explotaran en mi boca, y yéndome a los pocos segundos sin poder aguantar más.

Ella también me calló con su beso.

Me alejé de Olivia, con la respiración acelerada y el corazón latiendo tan rápido que pensé que se saldría del pecho. Era capaz de escucharlo en los oídos. Pero al girarme, noté que se estaba levantando de la cama.

La observé confundido y me puse en pie para seguirla a través de la casa mientras ella recogía su ropa interior y se la ponía. Después el vestido.

Como un tonto, la miré cuando se dirigió a la puerta, sin saber qué decir, hasta que fue ella

quien se volvió hacia mí.

—Ten un buen viaje, Jax —susurró como despedida.

Y después se fue de mi apartamento.

Y me dejó allí.

Solo.

Sabiendo que ya no había vuelta atrás.

Y sintiendo que había cometido una gran y estúpida equivocación.

44

El viaje a Los Ángeles no estuvo mal.

En realidad, estuvo bastante bien.

Demasiado bien. Y a pesar del dinero, jamás me arrepentiría de nada. Porque hay cosas, como las experiencias vividas con amigos, que el dinero nunca podría comprar.

Como ver a Heejin tomar su primer café.

O a Isabella besarse con Lydia Stevens.

O a Carla hacerle un corte de manga a su hermanastro en un vídeo.

O estar las cuatro bailando hasta casi quedarnos dormidas en una habitación de hotel, a las tantas de la madrugada, celebrando lo mucho que nos queríamos.

Y sí, quizá Los Ángeles no fuese Europa. Quizá estuviese a unas horas de distancia de nuestra ciudad natal. Quizá pudiésemos volver cualquier año... pero nunca así.

Nunca en una despedida como aquella, diciéndole adiós a una etapa especial de nuestra vida, de nuestras vivencias.

Todas juntas, como el equipo que siempre formamos. Que siempre formaríamos.

Y quizá Heejin e Isabella se fuesen a otro estado al terminar sus estudios.

Quizá solo Carla y yo nos quedásemos en nuestra pequeña ciudad estudiando.

Quizá Jax ya estuviese sobrevolando el océano hacia Italia.

Quizá la vida no tuviese marcha atrás y todo lo vivido solo pudiese mantenerse en nuestros recuerdos...

Pero eran únicos.

Irremplazables.

Inolvidables.

Y nadie nos los arrebataría.

Regresamos a casa con una mezcla de cansancio, felicidad y resaca que no pensaba explicar a

mi tía. Únicamente tenía ganas de dormir unas cuantas horas más, fundirme con mi cama y soñar con las aventuras vividas.

Ganas de levantarme al día siguiente para reírme con mis amigas de nuestras travesuras en Los Ángeles y planificar las que estaban por venir en los años universitarios, cuando visitásemos a Heejin e Isabella en sus residencias estudiantiles.

Ya habíamos montado un pequeño plan de vuelos económicos para poder hacerlo todo. No nos daríamos por vencidas.

—¿El viaje bien? —preguntó mi tía camino a casa, tras recogerme en la de Isabella, donde había pasado la noche.

Dejé caer la cabeza sobre la ventanilla del copiloto con una sonrisa feliz. A pesar de todo, era feliz.

Increíblemente feliz.

—Mucho —contesté con un suspiro—. Ojalá se pudiera repetir.

—¿En serio? ¿Y qué te parecería un viaje con tu querida tía?

Fruncí el ceño desde la frialdad del cristal sin comprender del todo qué me quería decir. ¿Nos iríamos de vacaciones ese verano?

—¿Qué quieres decir?

Me senté mejor en el asiento, y mi tía señaló hacia la guantera del copiloto. Un repentino escalofrío me recorrió de pies a cabeza, y llevé los dedos hacia el frente hasta escuchar el clic que lo abría.

Enseguida encontré un sobre blanco un poco abultado. No tardé en percatarme de que dentro estaban nuestros pasaportes.

—¿Tía Jenna? —insistí, volviéndome para mirarla.

Ella carraspeó, pero no disminuyó la velocidad. ¿Qué narices...? Nosotras no teníamos dinero suficiente como para permitirnos un gran viaje, especialmente con la universidad a la vuelta de la esquina.

—Sabes que estoy de vacaciones escolares estas semanas, ¿verdad? —comenzó a decir, mientras yo sacaba los pasaportes del sobre, notando que también había unos billetes de avión en él.

Tres billetes.

Se me paró el corazón, pero intenté no demostrarlo. Tenía la sensación de que mi intuición no estaba traicionándome esta vez.

—Resulta que a Tony le han dado unas semanas en el restaurante, para disfrutar del verano —continuó ella, con la voz tan aguda que sabía que tenía una mezcla de emoción y miedo—, y también para ir a ver a su familia.

No, no, no...

—Así que... ¡Sorpresa! —exclamó, mirándome con una sonrisa enorme—. Nos vamos a Italia, a ver a su familia.

Eso solo podía significar una cosa: la casa familiar de los DeLuca.
Conocerlos a todos.
Volver a ver a Jax.

Capítulo extra 1

JAX

El primer día de instituto

Odiaba el instituto.

Apenas lo acababa de comenzar y ya era un hecho.

Igual que el colegio, la escuela secundaria solo era un vano intento de socializar con gente estúpida, sin problemas reales. Una forma que tenía la vida de obligarme a estar separado de mi madre aunque yo no quisiera.

Aunque ella se estuviese muriendo, y cada segundo que pudiésemos pasar juntos fuese crucial.

En aquellos momentos, mientras toda la clase estaba metida en un ridículo juego de presentaciones, yo solo esperaba el mensaje de respuesta de mi madre, diciéndome que aquella mañana todo iba bien.

Y quizá a cualquier persona pudiese parecerle una tontería, pero no lo era para mí. Si mi madre no me decía que todo iba bien, ¿qué narices podría pasar? Nunca fallaba, menos ese día.

¿Y si algo iba mal?

Estaba de los nervios.

—Hola.

Una voz sonó por encima de la pantalla del móvil y de los gritos de mis estúpidos compañeros. Una voz suave y alegre. Demasiado suave y alegre para mí.

Ni siquiera quise mirarla.

—¿Cómo te llamas?

Imaginé a una compañera pesada y repliqué un simple:

—Déjame en paz.

Ya podía darse por enterada de que me molestaba. Cualquier persona normal se iría y me dejaría en paz. Pero, por supuesto, eso no pasó.

La estúpida niña (porque, a juzgar por su voz, era una niña) continuó insistiendo.

—Yo me llamo Olivia. —¿No podía callarse?—. Tu teléfono es el mismo que tiene Taylor

Swift.

Lo que faltaba. ¿Y a mí qué mierda me importaba si Taylor Swift tenía este teléfono o no? Me lo había regalado mi madre al cumplir los doce y eso era lo único importante del dichoso aparato.

Levanté la mirada, irritado por la intervención, y me encontré con unos ojos oscuros que me miraban con simpatía.

No sé qué me molestó más, si lo animada que ella parecía mientras yo moría de angustia por dentro, o la suave sensación que me embriagó al notar la calidez de su mirada. Como si algo dentro de mí gritase que debía acercarme a esa chica, en lugar de alejarla de mí... que es lo que al final hice.

—Te dije que me dejaras en paz y... —comencé a decir mientras me ponía de pie, elevando los ojos para no tener que seguir mirándola a la cara—. ¿Qué es eso que tienes ahí?

Apenas fui consciente del gesto de preocupación de su rostro mientras mi cerebro trabajaba a toda velocidad para quitármela de encima. Haciendo de tripas corazón, tragué saliva y di un paso al frente. Volví a clavar mis ojos en los suyos, eran tan profundos que me dio vértigo.

La primera vez en mi vida que una mirada me llenaba de sensaciones.

Y solo supe reaccionar diciendo lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Tienes piojos.

La chica abrió la boca, alarmada. Sus labios eran muy bonitos. Obviamente no tenía piojos. Era mentira. Ambos sabíamos eso, pero el resto de la clase no.

Debería haberme callado, pero fui incapaz. Los sentimientos que aquella chica estaba despertando en mí me alarmaban, porque lo único que debía pensar era en si mi madre estaba bien o no. No podía permitir que una niña desconocida me apartase de lo importante.

Llevado por la rabia, continué:

—¿Cómo has dicho que te llamabas? —exclamé alzando la voz y haciendo que varios de nuestros compañeros nos observasen—. ¿Olivia?

Ella comenzó a negar con la cabeza, pero ya era tarde. Llevaría a cabo mi plan, me la quitaría de encima, y con suerte a todos los demás. Solo eran una molestia. Llevarme bien con mis compañeros no haría que mi madre mejorase.

—Vaya —exclamé—. ¡Olivia la piojosa!

El sonido de la risa de nuestros compañeros comenzó a inundar el ambiente mientras las lágrimas se arremolinaban en sus ojos. Sentí una punzada de arrepentimiento, pero el teléfono vibró anunciando una respuesta y enseguida lo olvidé.

¿Habría pasado algo?

—¡Es mentira! —gritó.

Como si me importara.

Antes de sentarme y volver a mirar la pantalla, ansioso por leer la respuesta, me acerqué un poco más a ella y susurré:

—Te dije que no me molestaras, piojosa.

Después de eso apenas fui consciente de cómo se acercaba a unas chicas y comenzaba a hablar con ellas. Solo me importaba mi madre, y nada más.

Y durante unos meses, así fue. Por mucho que el psicólogo del instituto se empeñase en que tuviera hobbies o hiciera amigos, mi única preocupación era ella. ¿Por qué no podían ver lo importante que su salud era para mí?

¿Por qué todo el mundo actuaba como si mi preocupación estuviese mal?

La salud de mi madre fue deteriorándose con el tiempo, tan despacio que en realidad nos costó verlo.

Viajamos a Italia, a la tierra de mi familia paterna, porque era su deseo.

Lo que yo no sabía es que era su último deseo.

Mientras la vida continuaba, fui levemente consciente de aquella niña. La piojosa, porque en realidad ni siquiera recordaba su nombre. Coincidimos en alguna clase, a las que siempre llegaba tarde y en las que los profesores me trataban con cuidado por si me sentía mal por mi madre. Por su lento empeoramiento.

Por su repentina muerte.

No volví a hacer caso de la piojosa hasta unos meses después de que Luna, mi madre, partiese. Hasta después de un verano sanador en Italia.

Capítulo extra 2

JAX

El día de la equivocación

Era un día de mierda.

En realidad, todos después de la muerte de mi madre lo habían sido, aunque mejoraron un poco mientras estuve en Italia. Tuve suerte de poder alargar mi estancia un poco más, aunque llegar con el curso empezado después de haber dejado el anterior antes de que acabara me ponía las cosas complicadas para graduarme. Pero el profesorado era consciente de mi situación y me echaría una mano.

No es que me guste jugar con la pena, solo que las situaciones desesperadas requerían de un poco de ayuda. Y yo estaba desesperado por terminar el instituto y comenzar a vivir mi vida. Me sentía encerrado en ese lugar.

Pero aquel era un día de mierda en especial, porque mi padre finalmente había conseguido vender nuestra casa y nos mudábamos a un apartamento pequeño, viejo y económico a las afueras. No me molestaba demasiado ninguna de esas características, lo que de verdad era una auténtica mierda era vender nuestra casa.

Allí habíamos vivido toda la vida. Allí había aprendido mis primeras recetas. Allí estaban nuestras fotos familiares.

La casa que mi madre había decorado y donde estaban todos nuestros recuerdos.

Pero después de su muerte tras duros años luchando contra el cáncer, las deudas nos acechaban por todos lados. Mi padre nunca dejó de trabajar para pagar los tratamientos médicos. Sin embargo, aunque su sueldo era muy bueno porque era un gran chef, no alcanzaba. Hacía una semana le dieron la noticia de que una de las visitas había decidido hacer una oferta por la casa. Era una familia con dos niños pequeños y mi padre quedó encantado con ellos.

«Piensa en los nuevos recuerdos que crearán. Le darán vida a este hogar», me había dicho.

Como si mi opinión al respecto valiese para algo.

Ayer por la tarde terminamos de empaquetar todas nuestras cosas en cajas, incluidas las de

mamá, y mientras yo estaba en el instituto él se encargaría de dirigir al camión de mudanzas a aquel apartamento económico que encontró. Por lo menos, el dinero sobrante de la venta de la casa nos daría para pagar las deudas y podríamos empezar de cero.

Estaba tan enfadado con todos y con todo, con el mundo y con lo injusta que era la vida, que necesité salir del instituto durante la hora del almuerzo o acabaría por volverme loco. Aquel lugar estaba lleno de personas que se reían y divertían ajenas a lo que les rodeaba. Y no podía culparlos, probablemente disfrutar del momento era lo mejor, pero yo no podía permitírmelo.

Conduje hasta un parque cercano y comencé a busca ofertas de empleo para estudiantes en internet. Necesitaba dinero para cumplir mi sueño de viajar y conocer el mundo. Cuando regresé al instituto apenas quedaban alumnos en el pasillo. Mi teléfono vibró mientras me acercaba a la puerta cerrada de clase. Al mirarlo descubrí que estaba dentro de un grupo de chat nuevo. Mis compañeros de clase lo habían creado y estaban todos.

Genial. Esperaría a un momento en el que todos estuviesen hablando para salir de él sin que lo notaran.

Nadie me caía especialmente mal, pero no me gustaba crear lazos. Los únicos amigos que tenía seguían en Italia, donde estaba mi hogar tras la muerte de mi madre, y así continuaría.

Abrí la puerta del aula y me encontré con la clase sumida en la oscuridad. La profesora de Historia había puesto uno de esos documentales que tanto le gustaban, así que todas las miradas se volvieron hacia mí.

Genial...

La señora Anderson cruzó los brazos y me miró enfadada.

—Vaya, señor DeLuca. Veo que por fin nos concede el honor de aparecer por la puerta... cinco minutos tarde.

Fingí una sonrisa y la miré, tratando de obviar los ojos de los compañeros todavía en mí.

—Si quiere puedo irme —propuse, porque en realidad era un buen plan—. Sé perfectamente donde está el camino a la sala de estudio.

Escuché alguna que otra risa mientras la profesora sacudía la cabeza con decepción, pero algo más llamó mi atención. Alguien se quejó con molestia y mis ojos no tardaron en buscar en su dirección. Cuando la vi, la sonrisa que había forzado se volvió natural por unos segundos.

Por supuesto que había sido ella.

Olivia James.

Me hace gracia pensar que cuando regresé al instituto no recordaba su nombre. Me había pasado los últimos años dirigiéndome a ella por el apodo que le puse el primer día de clases, con doce años: piojosa. En parte me arrepentía, porque se lo dije para quitármela de encima, ya que estaba molestándome en un momento inoportuno. Sin embargo, era gracioso ver cómo aquella niña pecosa se enfadaba tanto que su cara se volvía roja. Incluso con los años le seguía pasando y tapaba todas las pecas de su rostro.

Todavía recuerdo el día que regresé al instituto, con las clases empezadas. Había tenido que ir

temprano para recoger mi horario y tener una charla «motivadora» en dirección. Ya conocía el centro así que no tenía que pasar por los problemas de perderme o presentarme ante los compañeros. La había visto en el aparcamiento, pero no fue hasta que iba camino de mi primera clase cuando ella me vio a mí.

Hablaba con una de sus amigas, que estaba de espaldas, pero supe que perdió el hilo de la conversación en cuanto nuestras miradas coincidieron porque su boca se quedó abierta y la otra chica le dio un golpe en el brazo para llamar su atención. En ese momento yo sonreí y ella apartó la mirada mientras alzaba la barbilla con orgullo. Eso me había hecho sonreír más.

Y ahí estaba, como todos los días durante la clase de Historia. Con el pelo oscuro cayéndole despeinado en una larga melena que siempre se ponía tras las orejas, a menos que se lo recogiese con una goma. Siempre llevaba el mismo peinado clásico de raya al medio. Desde los doce años. Menos aquella vez que se peinó como Taylor Swift.

La noté incómoda cuando se revolvió en la silla y volví a mirar a la señora Anderson.

—Apaga la luz y toma asiento —dijo mientras se disponía a encender el proyector

Eché un ojo a la clase para buscar un sitio libre.

Había uno detrás de Olivia James.

Su amiga se inclinó para decirle algo al oído y no pude evitar mirarla de nuevo. Como si lo notara, ella volvió a mirarme. Apartó enseguida su mirada y se enderezó mientras la profesora Anderson continuaba con la presentación del documental.

Me senté y miré hacia el frente. Su mochila estaba en el respaldo, la misma que había estado usando los últimos años, negra con una imagen de Taylor Swift además de unos cuantos pins de la cantante. No le daba nada de vergüenza admitir que era fan. De hecho, muchas veces usaba camisetas con letras de sus canciones. Por no hablar de sus deportivas. Siempre usaba unas negras con flores en las que había garabateado las iniciales «TS» con rotulador permanente.

Y ni siquiera entendía por qué me fijaba tanto ella.

Quizá porque era la única persona del instituto que me devolvía la mirada en lugar de apartarla con rapidez cuando coincidíamos.

Quizá porque nunca me había insultado a pesar de llamarla piojosa.

O quizá fuesen esos ojos brillantes y redondos que parecían desafiarme.

Solo sabía que aquella chica con la que no había intercambiado más de unas cuantas frases me resultaba enigmática.

Y eso me encantaba.

—Sé un poco más positivo, Jax. Por favor...

Observé a mi padre con rabia. ¿Cómo podía pedirme positivismo después de todo lo que nos había tocado vivir? Él mismo había perdido a su mujer, su vida, su casa... Y ahora tenía que hacer horas extras en el restaurante mientras vivíamos en un apartamento en el que todavía no

funcionaba el agua caliente.

—Es una mierda, ¿o no te das cuenta?

Me observó con expresión de tristeza y eso fue peor, porque no quería causarle pena a mi padre. Los dos habíamos pasado por mucho en aquel último año, no solo yo, y aunque a veces los sentimientos me sobrepasaran, sabía que tenía suficiente con su vida como para ocuparse de la mía también.

Sacudí la cabeza y me alejé de él, pero justo entonces llamaron a la puerta.

—Nunca tendría que haber vuelto de Italia... —farfullé y fui a abrir, agradecido de tener una distracción.

Habíamos terminado la mudanza a aquel apartamento hacía apenas unos minutos y todo iba mal. Las cajas nos comían por todos lados, no sabíamos dónde habíamos dejado las ollas para preparar la cena, apenas llegaba señal al teléfono para hacer un pedido online y luego lo del agua... Ni siquiera podía darme una buena ducha.

Lo que no me esperaba era encontrarme con aquellos ojos redondos y brillantes frente a mí nada más abrir la puerta. ¿Qué cojones hacía ella aquí?

Olivia James, desde luego, estaba igual de sorprendida que yo, porque se quedó con la boca abierta como si no supiera qué decir. Hasta que una mujer de la que apenas me había percatado apareció tras ella.

—Tú debes de ser Jax. ¿Está tu padre? Os hemos traído esto para daros la bienvenida.

Hice mi mejor esfuerzo para dejar de mirar a Olivia.

—¿Bienvenida a este lugar? —comenté—. Hubiese sido mejor una malvenida.

No pude añadir más porque mi padre apareció rápidamente detrás de mí y me dio un codazo entre las costillas que ninguna de las dos pudo ver.

—Jax, sé amable —me riñó antes de volverse hacia la mujer—. Vaya, qué agradable sorpresa. Primero me ayudas a subir cajas, y ahora me traes la cena.

¿Estaba ligando con la madre de Olivia? Joder...

Aunque parecía un poco joven para ser su madre.

—Oh, no es nada.

La mujer le pasó una olla que llevaba en las manos a mi padre y él hizo un gesto para invitarlas a pasar. ¿Con el desastre que era la casa en aquel momento?

—Aquí hay mucho, ¿os gustaría a tu hija y a ti cenar con nosotros hoy? El apartamento está hecho un desastre, pero...

—¡Nos encantaría!

Iba a protestar, pero Olivia lo hizo primero. Carraspeó con educación y alzó la voz por encima de los demás, haciéndose notar. Eso era algo que siempre me había gustado de ella. Casi nunca hablaba en clase y parecía tímida, pero cuando lo hacía imponía, como si todo el mundo supiera que lo que iba a decir era importante.

—Soy su sobrina. Lo siento, pero yo no puedo, tengo mucho que estudiar.

Quizá debería dejarlo allí... que regresara a su casa y no saber más de ella.

Quizá, pero ver a Olivia parada tras mi puerta había sido lo único interesante después de la mudanza a aquel lugar...

—¿Qué dices? Si hoy no nos han mandado apenas deberes.

Ajá, ahí estaba. El tono rojo en su piel que cubría cada una de sus pecas. Y su mirada, que se clavó sin miedo en la mía y me observó con descaro.

—¿Os conocéis? —preguntó mi padre.

—Vamos juntos a algunas clases —gruñó ella.

—¡Vaya! Sí que es pequeña esta ciudad.

Pero Olivia apenas le hizo caso. Continuaba manteniendo sus ojos en mí, hasta que al final murmuró:

—Bueno, que tú no tengas que estudiar no quiere decir que a mí no me importe mi futuro.

—¡Olivia! —gritó su tía con horror—. Lo siento, no suele ser así.

Ignoré la disculpa. Tenía derecho a enfadarse conmigo. Sin embargo, no perdió la dignidad. Ella nunca lo hacía. Alzó más la barbilla y miró a la mujer antes de decir:

—Tía, es en serio. Tengo que estudiar.

—Está bien. Ve a casa. Tienes un táper con verduras en la nevera.

Después la mujer siguió a mi padre dentro de casa y, aunque yo debía cerrar la puerta y seguirlos, no quise. Me quedé allí, mirando a Olivia. Tenía el pelo metido tras las orejas, como casi siempre. Llevaba los pantalones vaqueros gastados y una sudadera morada, la misma que había gastado durante los últimos dos años.

Era al menos una cabeza más baja que yo, pero había mucha fuerza en su mirada. Sonreí y me incliné hacia ella justo cuando se giraba para irse.

—¿Tanto miedo me tienes que no te atreves a entrar en mi casa? —la piqué.

Observé cómo apretaba los puños antes de girarse para mirarme.

—Sí, no sea que muerdas.

Si tú supieras, piojosa...

Alcé las cejas y me incliné un poco más, lo justo para poder oler su aroma a flores. Nunca había estado tan cerca, pero no dejé que eso me aplacara. Sonreí un poco más y susurré:

—Tranquila, piojosa. A ti te morderé flojito.

Y así fue como Olivia James se fue de mi casa tras enseñarme el dedo corazón. No me alejé de la puerta mientras la observaba irse, pero entonces ella abrió la que estaba justo delante y la cerró de un portazo.

¿Vivía justo enfrente?

Y luego me di cuenta de que estaba sonriendo como un completo idiota.

Sacudí la cabeza y regresé al interior del apartamento. Escuché las risas de mi padre y la tía de Olivia desde la cocina y algo dentro de mi corazón se rompió. Una sensación agridulce. Porque hacía mucho que no escuchaba a mi padre reír así, a pesar del tiempo que había pasado, y eso me

gustaba, pero...

No era la risa de mi madre la que le acompañaba.

Decidí ignorarlos y fui directo a darme una ducha. Todavía escuchaba voces en la cocina cuando salí y me metí en la habitación. Tomé una de las últimas pastillas para dormir que el psicólogo de Italia me había recetado y la tragué sin agua. Hacía semanas que no las necesitaba, pero la situación lo requería. Era una habitación nueva y últimamente todo había cambiado. Demasiado. Y no de una forma agradable.

Me tumbé en la cama que solo tenía una sábana vieja encima y agarré el teléfono.

Tenía más de cien mensajes. Y todos del mismo grupo.

El chat grupal de clase.

Pensé que ese sería el momento perfecto para salir sin que nadie lo notara, porque no dejaban de comentar, hasta que leí uno de los mensajes.

Mateo
Olivia se ha equivocado, dejadla en paz.

El corazón me dio un vuelco y me incorporé de golpe en la cama.

¿Qué Olivia?

¿La piojosa?

Entonces comencé a navegar por los múltiples mensajes del chat como un poseso. Leí prácticamente todos, hasta que llegué a él. Uno de Olivia del que alguien había tenido la fabulosa idea de sacar pantallazo para inmortalizar por toda la eternidad.

Olivia
Pues siguiendo con el juego, yo besaría también a Ezra Johnson, porque está cañón. Me casaría sin dudarlo con Mateo Ford. żHas visto lo guapo y simpático que es? Y definitivamente, mataría a Jax DeLuca. Es la persona más idiota y narcisista que conozco.

Perdón, pero... ¿idiota? ¿Narcisista?

Busqué el significado de narcisista en Google:

Narcisista: trastorno mental por el que las personas tienen un sentido desmesurado de su propia importancia. Sienten una necesidad profunda y excesiva de atención y admiración, tienen relaciones conflictivas y carecen de empatía por los demás.

¿Qué cojo...? Yo no era narcisista.

Algo me decía que ella nunca quiso enviar aquel mensaje, pero aunque quisiera remediarlo ya no podía. Habían sacado pantallazos y los habían reenviado.

Por otra parte, estaba algo molesto, porque... ¿Me mataría? ¿Por qué?

Ni siquiera me conocía. No habíamos hablado lo suficiente como para que tuviera esa imagen de mí.

Cliqué en el usuario de ella con el ceño fruncido y, segundos después, escribí la siguiente frase:

«¿Así que me matarías, Olivia James? ¿Tú y cuántos más?».

Agradecimientos

Gracias, Jon, porque sin ti nunca hubiese sido posible ver este libro en papel. Has sido el apoyo, la valentía y el impulso que necesitaba. Y sigues ahí, sabiendo siempre qué decir.

Gracias, Chime. Leíste los primeros capítulos y es por ti por lo que comencé a subir la historia a Wattpad.

Gracias, Anna, porque me animaste a escribirla, confiando en ella más que yo misma.

Gracias, lectores, por darle vida a esta historia.

Una comedia romántica que te enamorará de la sensación española de Wattpad:
¡Andrea Smith!

¿A quién besarías, con quién te casarías y a quién matarías?

Cuando sus amigas le hacen esta pregunta, Olivia James lo tiene claro:

Besaría a Ezra Johnson, porque está cañón.

Se casaría con Mateo Ford, porque además de ser guapísimo tiene buen corazón.

Y... mataría a Jax DeLuca, porque es la persona más idiota e inaguantable que conoce.

Después de su primer encuentro años atrás, cuando Jax la convirtió en el hazmerreír del instituto, Olivia se juró a sí misma que siempre lo odiaría. ¡Siempre!

Y ahora, sin darse cuenta, en lugar de enviar la respuesta a sus amigas, manda el mensaje al chat grupal donde están toooodos sus compañeros de clase... ¡Incluidos esos tres chicos!

Una divertidísima comedia romántica de Wattpad, donde nada es lo que parece y las equivocaciones a veces pueden ser el comienzo de algo muy especial.

Andrea Smith comenzó su andadura en la plataforma Wattpad en 2014, donde ganó un premio Watty en 2015 con su obra *Mi plan D*. Desde entonces, ha publicado varios libros en papel. Es maestra de Educación Primaria y combina su profesión con su amor por escribir novelas. Además de en Wattpad, con el nombre de AndreaSmithh, también puedes encontrarla en diversas plataformas, como Instagram o TikTok, en las que crea contenido sobre libros y escritura.

Primera edición: febrero de 2023

© 2023, Andrea Smith
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2013, Margarita H. García (@margaong), por las ilustraciones en interiores
© 2023, iStockphoto, por el recurso gráfico de inicio de capítulos

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial /Ariadna Oliver Belmonte
Ilustración de portada: © Naah Floro

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19357-02-1

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: somosinfinitos
Twitter: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Una perfecta equivocación

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo extra 1
Capítulo extra 2
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Andrea Smith
Créditos